

JULIO VERNE

LA JANGADA

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I

UN CAPITÁN DE LOS BOSQUES

*Chnyisgeggpdzxqxehñuqgpgchnqyeleocruhxbfidxhumñdyrfi
llrxvqoedhruyvhchvetllxee crfn gro bpbgrñiulhrgrlldqrjiehñ
zgmñxchbfttgchhoisrhhñmllrlremfpyrubflqxgdthllvotfvmycr
edgruzblqllxyudphozffspfiñdhrcqv hvxgdpvsbgonlxhtfenchh
ñullhegpchtne dfqjpllvxbflrochfnhluzslyrfmboepvmñrcrut
llruygopchlluñtdrqokofundfisrqrñgshsuvihd*

El documento en el que aparecía escrito el extravagante conjunto de letras que acabamos de copiar, estaba en manos de un hombre que, tras leerlo por segunda vez con mucha atención, permaneció algunos instantes pensativo.

Unas cien líneas de letras sin división de palabras, figuraban escritas en el documento que, al parecer, debía haber sido hecho bastantes años atrás, ya que sobre la hoja de papel grueso que cubrían aquellos jeroglíficos, el tiempo había impreso su tinte amarillento.

Pero, ¿bajo qué clave se habían escrito aquellas letras? Sólo aquel hombre podía decirlo. En efecto, los escritos cifrados vienen a ser como las cerraduras de las grandes cajas modernas, y se defienden de la misma manera. Las combinaciones que pueden formarse son incontables, y la vida de un calculista no bastaría para enumerarlas todas. Es precisa la clave para abrir la caja de seguridad, como es necesario saber la cifra para leer un criptograma de aquel género. Más adelante veremos cómo resiste a las más ingeniosas tentativas, y esto en momentos de la mayor gravedad.

El hombre que acababa de leer aquel documento era un simple *capitán del bosque*.

El título de *capitães do matto* se daba en el Brasil a los agentes empleados en la busca de

negros cimarrones (1).

(1) Dábase este nombre a los esclavos negros que huían de las haciendas donde trabajaban y volvíanse montaraces.

La institución databa del año 1722, época en que las ideas antiesclavistas sólo existían en el espíritu de algunos filántropos. Más de un siglo debía pasar aún antes que fueran admitidas y aplicadas por los pueblos civilizados, pese a que el ser libre y pertenecerse es un derecho, el primero de los derechos naturales para el hombre. Miles de años han transcurrido antes que el generoso pensamiento haya sido proclamado por algunas naciones.

En 1852, año en que va a desarrollarse esta historia, existían todavía esclavos en el Brasil, y por consiguiente, *capitanes del bosque* dedicados a cazarles. Aun cuando ciertas razones de economía política habían retardado la hora de la emancipación general, el negro tenía ya el derecho de rescatarse, y los hijos que tenía nacían libres. No estaba muy lejano el día en que en aquel magnífico país, en el cual caben las tres cuartas partes de Europa, no se había de contar un solo esclavo entre sus diez millones de habitantes.

Ya antes advertíase que en breve plazo, el cargo de *capitán del bosque* estaba llamado a desaparecer y los beneficios producidos por la captura de los fugitivos habían disminuido considerablemente. Muy distinto, pues, del largo período en que fueron bastante considerables los productos del oficio; entonces los *capitanes del bosque* constituían un mundo de aventureros, formado ordinariamente de manumisos y desertores merecedores todos de poca estimación.

En efecto, los tales cazadores de esclavos sólo pertenecían a la hez de la sociedad, y con seguridad que el hombre del documento que hemos presentado, no desmerecía la poco recomendable milicia de los *capitães do matto*.

Torres se llamaba el hombre, y no era mestizo, ni indio, ni negro, como la mayor parte de sus compañeros. Se trataba de un blanco de origen brasileño, y que había recibido algo más de instrucción que la necesaria para su situación actual. En realidad, parecía ser uno de esos hombres, venidos a menos, que tanto abundan en el Nuevo Mundo, sobre todo en una época en que la ley brasileña excluía todavía de ciertos empleos a los mulatos y otros individuos de sangre mezclada; a pesar de que si esta exclusión le alcanzaba, no debía atribuirse a su origen, sino a su contextura moral.

En aquellos momentos Torres hallábase fuera del Brasil. Había pasado hacía poco la frontera, y desde hacía algunos días andaba vagando por los bosques del Perú, a través de los cuales deslizase el curso del Alto Amazonas.

Torres era un hombre de unos treinta años. Bien constituido, de temperamento excepcional y salud de hierro, no parecía haber hecho mella en su organismo la fatiga de una existencia hartamente problemática.

Era de mediana estatura, ancho de hombros, de facciones regulares, tostadas por el aire abrasador de los trópicos, y su paso era rápido, seguro. Usaba una espesa barba negra y sus ojos ocultos bajo las cejas que se juntaban, lanzaban esa mirada viva, pero dura, de las naturalezas imprudentes. Era evidente que allí donde el clima no había impreso su tinte bronceado, su rostro, en vez de sonrojarse, más bien debía contraerse bajo el influjo de las malas pasiones.

Torres aparecía vestido al uso muy rudimentario de corredores de los bosques. Las prendas que llevaba demostraban tener muy largo uso. Cubría su cabeza un sombrero de fieltro de anchas alas puesto a través, y un ancho pantalón de lana gruesa se escondía entre las cañas de unas fuertes botas, que constituían la parte más sólida de aquella vestidura. Tapándolo todo, llevaba un poncho desteñido y amarillento, que no permitía ver si usaba chaqueta o chaleco que le cubriesen el pecho.

Lo evidente era que, aun cuando Torres fuese un *capitán del bosque*, no ejercía aquel oficio, al menos en las condiciones en que se encontraba en tales momentos, por lo que tocaba a sus medios de ataque o defensa para la persecución de negros. No llevaba armas de fuego; ni fusil ni revólver. Solamente se veía en su cintura uno de esos útiles que tiene más de sable que de cuchillo de caza, y a los que se les da el nombre de machete. Aparte, Torres se hallaba provisto de una *enchada*, especie de azada, que suele emplearse sobre todo para la persecución de los armadillos y agutíes que abundan en las selvas del Alto Amazonas, donde los *flavos* son por lo común escasamente temibles (1).

(1) Suelen llamarse flavos a los animales monteses, como cabras, rebecos, gamos, etc.

De todos modos, aquel día, 4 de marzo de 1852, aquel aventurero, o se hallaba singularmente absorto en la lectura del documento que tenía ante los ojos, o, acostumbrado a recorrer los bosques de la América del Sur, le tenían sin cuidado sus esplendores. En efecto, nada podía distraerle de su lectura. Ni el grito prolongado de los monos aulladores, que Saint-Hilaire equipara justamente al ruido del hacha de leñador cuando cae sobre las ramas de los árboles; ni el seco retintín de los anillos del crótalo, serpiente en realidad poco agresiva, pero sí extraordinariamente venenosa; ni el croar chillón del sapo cornudo, merecedor de la palma de la fealdad en el género de los batracios; ni el canto a la vez sonoro y grave de la rana bramadora, que si no puede pretender semejarse al buey por la corpulencia, le iguala al menos por el estrépido de su croar parecido a los mugidos.

Torres, repetimos, no se daba cuenta de aquellos ruidos, que son como la voz compleja de los bosques del Nuevo Mundo. Tumbado al pie de un árbol magnífico, ni se había fijado en el alto ramaje de aquel admirable *pao ferro*, o «árbol de hierro», oscuro y descortezado, de apretada fibra, y duro como el metal, de quien hacía antaño las armas y los útiles el indio salvaje. ¡No! Abstraído en su pensamiento, el *capitán del bosque* seguía examinando el singular documento. Con la clave que poseía, concedía a cada letra el sentido real que tenía, leyendo aquellas palabras, incomprensibles para los demás. Precisamente en aquellos momentos sonreía con expresión maligna.

Tras la sonrisa, comenzó a murmurar algunas frases, que nadie podía oír en aquel desierto lugar del bosque peruano, y que, por otra parte, nadie hubiera podido comprender.

—He aquí —decía— un centenar de líneas claramente escritas, y que tienen para quien yo sé una importancia indudable. Alguien que es rico. Esta es una cuestión de vida o muerte para él, y en todas partes esto se paga caro.

Volvió a mirar el documento con ojos ávidos, y siguió monologando:

—A un conto de reis solamente por cada una de las palabras de esta última frase, ascendería a una buena suma. ¡Y esa frase resume todo el documento! Da su verdadero nombre a los personajes... Mas antes de probar a comprenderla, será bueno contar el número de palabras que contiene.

Y diciendo esto, Torres se puso a contar mentalmente.

—Suma cincuenta y ocho palabras —exclamó luego—, lo que hará cincuenta y ocho contos. ¡Nada! ¡Qué con esto se puede vivir en el Brasil, en Norteamérica y en todas partes donde se quiera, y vivir sin hacer nada! ¿Y a cuánto ascendería si todas las palabras del documento me fueran pagadas a este precio? ¡Podría calcular entonces por centenares de contos...! ¡Voto a diablos! ¡Ahí tengo una fortuna que realizar, o soy el mayor de los tontos!

Y ya parecía que sus manos tocaban la enorme suma, y que empuñaba los cartuchos de monedas de oro.

Bruscamente, su pensamiento tomó un nuevo giro.

—Como sea —murmuró—, ya toco el fin de este viaje, que me ha traído desde las orillas del Atlántico a las márgenes del Alto Amazonas. Lo malo es que este hombre puede haber dejado América, puede estar al otro lado de los mares, y entonces, ¿cómo haré yo para encontrarle...? Pero no, él está aquí, y con sólo subirme a la cima de uno de estos árboles, podré descubrir el techo de la casa donde mora con su familia.

Después, agarrando el papel y agitándolo con un gesto febril, continuó:

—¡Antes que pase mañana estaré en su presencia! Y ya sabrá que su honor y su vida están encerrados en estas líneas. Cuando quiera conocer la clave que le permita leerlas, de muy buena gana pagará esta clave, si yo quiero, con toda su fortuna, como la pagaría con toda su sangre. ¡Ah, diantre...! El compadre que me entregó este precioso documento, que me ha proporcionado el secreto, dicho dónde encontraría a su antiguo colega y el nombre bajo el que se oculta después de treinta años, no podía sospechar que labraba mi fortuna.

Torres miró por última vez el viejo papel, y después de haberlo doblado cuidadosamente, lo guardó en una sólida cajita de cobre, que le servía también de portamonedas.

Advirtamos que, si toda la fortuna de Torres se hallaba contenida en aquella cajita, que era del tamaño de una tabaquera, en ningún país del mundo habría pasado por rico. Tenía en ella unas pocas de todas las monedas de oro de los Estados circunvecinos. Dos cóndores dobles de Colombia; una cantidad similar en bolívares venezolanos; doble número de soles del Perú; algunos escudos chilenos y otras pequeñas piezas; todo lo cual componía una cantidad insignificante. No obstante ello, Torres se hubiera visto muy embarazado para dar cuenta de dónde y cómo había adquirido dichas monedas.

Lo que había de cierto era que Torres, después de algunos meses de haber abandonado su oficio de *capitán del bosque*, que ejercía en la provincia de Pará, había subido por la cuenca del río Amazonas y atravesado la frontera para entrar en el territorio peruano.

A este aventurero, por otra parte, le hacían falta muy pocas cosas para vivir.

¿Qué cosas le eran necesarias? Nada para vivienda y poco para vestirse. El bosque le facilitaba su alimento, que preparaba sin gastos, al uso de los corredores de las florestas. Bastábanle algunos reis para su tabaco que compraba en las Misiones o en las pequeñas aldeas, así como para el aguardiente de su calabaza. Con muy poco podía ir bastante lejos.

Cuando el papel estuvo encerrado en la cajita de metal, cuya tapa se cerraba herméticamente, Torres, en lugar de volverla a poner en el bolsillo de la chaqueta que cubría su poncho, le pareció más conveniente, por un exceso de precaución, depositarla cerca de él, en el hueco de una raíz del árbol a cuyo pie se hallaba tendido.

Esto era una imprudencia, que le iba a costar cara.

Hacía mucho calor. El tiempo era pesado. Si la iglesia de la aldea inmediata hubiese tenido reloj, hubiera dado entonces las dos de la tarde, y Torres lo habría oído, merced al

viento, porque sólo se encontraba a dos millas de la población, aunque, desde luego, la hora le era indiferente. Acostumbrado a guiarse por la altura, más o menos bien calculada, del sol bajo el horizonte, un aventurero no sabría llevar con exactitud militar los actos de la vida. Desayunábase o comía cuando le parecía conveniente o cuando le era posible. Dormía donde y cuando le venía el sueño. Si la mesa no estaba siempre puesta, el lecho, en cambio, en todo momento lo tenía dispuesto al pie de un árbol, en la espesa maleza y en pleno bosque. Torres no era descontentadizo en las cuestiones de comodidad. Como había caminado una gran parte de la mañana y comido un poco, la necesidad de dormir se dejaba sentir impetuosamente. Le convenían, pues, dos o tres horas de descanso que le pondrían en disposición de poder continuar su camino. Acostóse, pues, sobre la hierba lo más cómodamente que le fue posible, y procuró conciliar el sueño.

Sin embargo, Torres no era de esas personas que se duermen sin algunas precauciones elementales. Tenía, en primer lugar, la costumbre de tomar algunos sorbos de licor fuerte, y tras esto fumarse una pipa. El aguardiente sobreexcita el cerebro, y el humo del tabaco se mezcla bien con el humo de los ensueños. Por lo menos, tal era su opinión.

Torres empezó, pues, por acercarse a sus labios una calabaza que llevaba pendiente del costado y que estaba llena de aquel licor al que se da en el Perú el nombre de *chicha*, y más particularmente el de *caysuma* en el Alto Amazonas, y que es el producto de una ligera destilación de la raíz de yuca dulce después que se ha producido la fermentación, al cual el *capitán del bosque*, como hombre cuyo paladar estaba bastante estragado, creía deber añadir una buena dosis de aguardiente de caña.

Cuando hubo bebido unos cuantos sorbos de aquel licor, agitó la calabaza, convenciéndose, no sin pesar, de que se hallaba casi vacía.

—Será preciso llenarla de nuevo —dijo simplemente.

Después, sacando una pipa corta de raíz, la llenó de este tabaco acre y fuerte del Brasil, que es el antiguo tabaco de hoja, introducido en Francia por Nicot, a quien debemos la vulgarización de la más productiva y más conocida de los solanáceas.

Ese tabaco no se parecía en nada al que se produce en la actualidad; pero Torres no era muy exigente sobre este punto, como tampoco sobre otros. Tras golpear el pedernal con el eslabón, inflamó un poco de esa sustancia viscosa, a la que se da el nombre de *yesca de hormigas* y es segregada por ciertos himenópteros. Con la inflamada yesca encendió su pipa.

Habría dado nueve o diez chupadas, cuando sus ojos se cerraron y la pipa se escapó de sus dedos. Habíase quedado dormido o, mejor dicho, sumido en una especie de sopor que

no llegaba a sueño verdadero.

CAPÍTULO II

EL LADRÓN ROBADO

Casi media hora hacía que dormitaba Torres, cuando bajo los árboles percibióse un rumor de pasos ligeros, como de alguien que caminase descalzo y con ciertas precauciones para no ser oído.

De haber estado despierto, el primer cuidado del aventurero habría sido ponerse en guardia contra toda visita sospechosa. Pero, como no era así, el que avanzaba pudo llegar a su lado, sin que el durmiente se pusiera en guardia.

Entonces viose que no se trataba de un hombre, sino de un guariba.

De cuantos monos abundan en los bosques del Alto Amazonas y cuya cola tiene la propiedad de asirse a cualquier parte, el guariba es, sin duda alguna, el más original. Los sahús son de graciosas formas, los sajúes cornudos ofrecen su pelo bellamente gris, y los samioles o saguinos parece que llevan una máscara sobre su rostro gesticulante. Sin embargo, lo repetimos, no hay ninguno como el guariba. De instinto sociable, poco feroz y, muy distinto en esto del mucura, fiero y asqueroso, gusta de la sociedad y anda generalmente en manadas. Su presencia se anuncia desde lejos por un concierto de voces monótonas, que recuerdan las oraciones salmodiadas de los chantres. Pero, si la Naturaleza no le ha creado perverso, no se le debe atacar sin precauciones. En todo caso, un viajero dormido no deja de hallarse bastante expuesto, cuando un guariba le sorprende en esta situación y fuera de estado de defenderse.

Este mono, que se llama también barbado en el Brasil, es de gran estatura. La agilidad y la fuerza de sus miembros hacen de él un animal vigoroso, tan apto para luchar en tierra como para saltar de rama en rama hasta la cima de los gigantes de la selva.

Pero entonces éste avanzaba poco a poco y con prudencia. Miraba a todos lados y agitaba rápidamente su cola. A estos individuos de la raza símica, la Naturaleza no se ha contentado con darles cuatro manos, de donde les viene el nombre de cuadrúmanos, sino que ha querido mostrarse más generosa concediéndoles verdaderamente cinco, puesto que la extremidad de su apéndice posee una gran fuerza de aprehensión.

El guariba se aproximó sin hacer ruido, blandiendo un grueso palo, que, manejado por su brazo vigoroso, podía llegar a ser un arma temible. Pasados algunos minutos desde que viera al hombre echado al pie del árbol, la inmovilidad del que dormía le alentó, sin duda, para venir a verle más de cerca. Avanzó, pues, no sin algo de vacilación, y se detuvo por fin a tres pasos de él.

En su rostro barbudo apareció un gesto que descubrió sus dientes acerados, blancos como el marfil, y agitó la estaca de un modo poco seguro para el *capitán del bosque*.

El contemplar a Torres no despertaba, desde luego, en el guariba, muy benévolas ideas. ¿Debía tener, pues, algunos motivos particulares para querer mal a aquella muestra de la raza humana que la casualidad le presentaba sin defensa? Tal vez. Es sabido cuánto conservan algunos animales la memoria de los malos tratos que reciben, y era muy posible que aquél tuviese algún motivo de rencor contra los corredores de los bosques.

En efecto, para los indios sobre todo, el mono es una caza que llama mucho la atención, sea cualquiera la especie a que pertenezca, y se les caza con todo el ardor de un Nemrod, no solamente por el placer de cazarle, sino también por el gusto de comérselo.

Pero si el guariba no parecía dispuesto a invertir esta vez los papeles, ya que la Naturaleza sólo ha hecho de él un simple herbívoro; si no trataba de devorar al capitán de los bosques, por lo menos sí parecía dispuesto a destruir a uno de sus naturales enemigos.

Así, después de haberle contemplado algunos instantes, principió a dar vueltas en torno del árbol. Caminaba lentamente, conteniendo su aliento y aproximándose más y más. Su actitud era amenazadora; su fisonomía, feroz. Nada le era más fácil que matar de un solo golpe a aquel hombre inmóvil, y era lo cierto que en aquel instante la vida del *capitán del bosque* pendía de un hilo.

En efecto, el guariba se había detenido por segunda vez junto al árbol, colocándose de modo que pudiera dominar la cabeza del hombre que dormía, y levantó la estaca para descargar el golpe.

Pero si Torres había cometido un imprudencia ocultando en el hueco de la raíz la cajita que contenía su documento y su fortuna, esta imprudencia, sin embargo, fue la que le salvó la vida.

Por las ramas deslizóse un rayo de sol que vino a herir la cajita, cuyo metal bruñido brillaba como un espejo.

El mono, con esa veleidad propia de los de su especie, inmediatamente se distrajo. Sus ideas, si es que un animal puede tenerlas, tomaron otro giro. Agachóse, cogió la cajita, retrocedió algunos pasos, y levantándola hasta sus ojos la contempló con sorpresa.

Tal vez lo que le produjo más admiración fue el oír resonar las piezas de oro que contenía. Aquel sonido le encantó. Era como un chupón en manos de un niño, porque se la llevó a la boca, apretándola fuertemente con los dientes, pero sin lograr ni siquiera hacer mella en el metal.

Indudablemente, el guariba creyó encontrar en aquéllo alguna fruta de nueva especie. Una gran almendra brillante, con un hueso que flotaba libremente dentro de su cáscara. Mas, aunque bien pronto comprendió su error, no creyó que por esto debía abandonar la caja. Por el contrario, la cogió fuerte mente con la mano izquierda y soltó la estaca, que al caer rompió una rama seca.

Al ruido que hizo, Torres despertóse, y con la prontitud de las personas que siempre están alerta y para quienes es cosa fácil la transición del sueño a la vigilia, al momento se puso en pie.

En seguida diose cuenta Torres de quién tenía delante.

Y tomando el machete, que se encontraba junto a él, se preparó para la defensa.

El mono, asustado, había retrocedido al punto y menos bravo delante de un hombre despierto que dormido, dando un rápido salto se encaramó por los árboles.

—¡Ya era tiempo! —exclamó Torres—. ¡El bribón me hubiera matado sin ninguna ceremonia!

Mas, de pronto, advirtió su preciosa cajita entre las manos del mono, que se había detenido a veinte pasos, y que le miraba haciéndole ademanes, como burlándose de él.

Entonces, soltando una imprecación, agregó Torres:

—¡El bribón no me ha matado, pero ha hecho otra cosa casi peor...! ¡Me ha robado!

El pensamiento de que la cajita contenía todo su dinero, no fue, sin embargo, bastante a preocuparle por el momento. Lo que le hizo saltar de cólera fue la idea de que la caja encerraba aquel documento, cuya pérdida, irreparable para él, entrañaba la de todas sus esperanzas.

—¡Maldito! —gritó.

Y esta vez, queriendo recobrar a toda costa su caja, lanzóse en pos del guariba.

Harto conocía que no era muy fácil detener a aquel ágil animal. En tierra se le escaparía muy pronto, y por las ramas más pronto todavía. Un tiro quizá bastara a detenerle en su carrera o en su vuelo; pero Torres no tenía ningún arma de fuego. Su machete y su azada sólo podían servirle contra el guariba en caso de poder acercarse.

Bien pronto comprendió que el mono no podía ser detenido sino merced a la astucia o la sorpresa. Y era mejor usar la primera con el malicioso animal. Detenerse, ocultarse bajo el ramaje, e incitar al guariba ya a detenerse, ya a volver sobre sus pasos, era lo tánico que podía intentarse. Esto fue lo que hizo Torres, y la persecución comenzó bajo tales condiciones; mas cuando el *capitán del bosque* desaparecía, el mono se paraba, pero sólo a contemplar lo que hacía, sin moverse, por lo que en este ejercicio Torres se fatigaba sin resultado.

—¡Condenado guariba! —exclamó al fin—. ¡No acabaremos nunca, y es capaz de volverme a llevar así hasta la frontera brasileña! ¡Si al menos soltase mi caja...! Pero ¡no! ¡El sonido de las piezas de oro le divierte! ¡Ah, ladrón, si yo te llegara a echar mano!

Y Torres volvió a emprender la persecución, y el mono a escapársele con nuevo ardor.

Una hora transcurrió de tal guisa, sin obtener ningún resultado. Torres sentía una preocupación muy natural. ¿Cómo no, si con aquel documento podía nadar en dinero?

La cólera se apoderó de él. Juró, pateó el suelo y hasta amenazó al guariba. El terco animal le contestó con una especie de risa burlona, la más a propósito para ponerle fuera de sí.

Torres volvió a lanzarse a la persecución; corrió hasta perder el aliento enredándose entre aquellas altas hierbas, aquellas espesas malezas y aquellas lianas entrelazadas, a través de las cuales el guariba pasaba fácilmente.

Las gruesas raíces ocultas entre las hierbas borraban de vez en cuando los senderos. Tropezándose, levantándose, al final principió a gritar «¡socorro!», como si pudiera ser oído.

Luego, acabándosele las fuerzas y faltándole la respiración, se vio obligado a detenerse.

—¡Mil diablos! —exclamó—. Cuando perseguía a los negros cimarrones a través de las

malezas, no me causaba tanto disgusto. ¡Pero he de atrapar a este mono maldito! ¡Iré tras él, sí, iré tras él, mientras mis piernas puedan sostenerme, y ya nos veremos !

El guariba se había quedado inmóvil, viendo que el aventurero cesaba de perseguirle, y se aprovechaba de este intervalo para descansar, aunque estaba muy lejos de haber llegado a aquel grado de fatiga que privaba de todo movimiento a Torres.

Permaneció en tal estado unos diez minutos, mascando algunas raíces que había arrancado a flor de tierra, y haciendo sonar de tiempo en tiempo la caja junto a su oreja.

Torres, exasperado, le tiró algunas piedras que llegaron a tocarle, aunque sin hacerle ningún daño a causa de la distancia.

Era preciso, sin embargo, tomar un partido. Por una parte, parecía insensato continuar la persecución del mono sin una seguridad de cogerle; y por otra, aceptar con todas sus consecuencias aquel capricho de la casualidad era quedar no solamente vencido, sino también engañado y burlado por un despreciable animal, lo cual bastaba para causar la desesperación de cualquiera.

Y, sin embargo, Torres comprendía que cuando llegase la noche el ladrón se escaparía cómodamente, y él, el robado, tendría mucha dificultad para volver a encontrar su camino a través de aquel espeso bosque. En efecto, la persecución le había alejado bastantes kilómetros de la orilla del río, y le sería ya muy difícil volver a ella.

Aunque titubeando, procuró resumir sus ideas con sangre fría, y finalmente, después de haber proferido la última imprecación, resolvióse a abandonar toda idea de volver a recobrar su caja; pero ansiando todavía, a pesar de su aparente conformidad, tener aquel documento en que estaba basado su porvenir, según el uso que pensaba hacer de él, se dijo que era preciso intentar un último esfuerzo.

Conque levantóse y el guariba le imitó. Dio el hombre algunos pasos hacia delante. El mono hizo otro tanto hacia atrás. Pero esta vez, en lugar de internarse en lo profundo del bosque, se detuvo al pie de un gran ficus, árbol cuyas variedades son tan numerosas en toda la cuenca del Alto Amazonas.

Asirse al tronco con sus cuatro manos; trepar por él con la agilidad de un payaso que imitase a un mono; agarrarse con la cola a las primeras ramas extendidas horizontalmente a once metros del suelo; subirse después hasta la cima del árbol, hasta el sitio en que sus últimas ramas se inclinaban sobre él, todo esto sólo fue un juego para el ágil guariba, y tarea de algunos instantes.

Instalado allí con la mayor comodidad, continuó su interrumpida comida, cogiendo las frutas que se hallaban al alcance de su mano. ¡Torres también tenía gran necesidad de comer y de beber; pero le era imposible! ¡Su morral estaba limpio y su calabaza vacía!

Sin embargo, en lugar de retroceder, se dirigió hacia el árbol, por más que la posición adoptada por el mono fuese entonces muy desfavorable para él. No podía ni aun soñar en trepar a las ramas de aquel ficus, que su ladrón habría muy pronto abandonado por otro.

¡Y siempre la cajita, que no podía recuperar, resonaba en su oído!

Llevado por su furor y su locura, el aventurero apostrofó al guariba. Sería imposible decir la serie de invectivas que le dirigió.

No se limitó a llamarle mestizo, lo cual es una grave injuria en boca de un brasileño de raza blanca, sino que también le llamó *curiboca*, esto, es, mestizo de negro y de india, pues de todos los insultos que un hombre puede dirigir a otro, era el más cruel en aquella latitud ecuatorial.

Pero el mono, que no era más que un simple cuadrúmano, se burlaba de todo lo que pudiera gritarle un ser humano.

Torres entonces comenzó a tirarle piedras, raíces y todo lo que podía servirle de proyectiles. ¿Tenía esperanza de herir gravemente al mono? No..., ya ignoraba lo que hacía. A decir verdad, la rabia que le causaba su impotencia le privaba de la razón. Quizá esperaba el instante en que, al hacer el guariba un movimiento para saltar de una rama a otra, arrojase la cajita, y aun que, para imitar los ademanes del agresor, llegase a tirársela a la cabeza.

Pero no; el mono procuraba retenerla, y aunque tenía ocupada una mano con ella, aun le quedaban tres para manejarse.

Torres, desesperado, iba ya a abandonar la partida y volverse hacia el Amazonas, cuando se dejó oír un rumor de voces... ¡No era ilusión, no! Se trataba de voces humanas.

Se hablaba a unos veinte pasos del sitio en que se encontraba parado el aventurero.

El primer cuidado de Torres fue ocultarse entre un espeso ramaje. Como hombre prudente, no quería dejarse ver sin saber, al menos, ante quién podía hacerlo.

Palpitante, turbado, escuchaba con atento oído, cuando de repente se oyó la detonación de un arma de fuego.

Un grito la siguió, y el mono, mortalmente herido, cayó pesadamente al suelo, teniendo siempre la cajita de Torres en la mano.

—¡Diablo! —exclamó—. He aquí una bala que llega a muy buen tiempo.

Y esta vez, no importándole que le vieran, salió de entre el ramaje a tiempo que dos jóvenes aparecían bajo los árboles.

Se trataba de dos brasileños en traje de caza, con botas de cuero, ligero sombrero de palma, chaqueta, o más bien casaca, ceñida a la cintura, y prenda más cómoda que el poncho nacional. Por sus facciones y su color, claramente se conocía que eran de sangre portuguesa.

Cada uno estaba armado con un largo fusil de fábrica española, que recuerdan algo las armas árabes; fusiles de largo alcance y de una gran precisión, y que los habitantes de los bosques del Alto Amazonas manejan con sumo acierto.

Lo que acababa de suceder era la prueba. A una distancia oblicua de más de ochenta pasos, el cuadrúmano había sido herido en medio de la cabeza.

Además, los dos jóvenes llevaban a la cintura una especie de cuchillo-puñal, que se llama *faca* en el Brasil, y el cual los cazadores no vacilan en emplear contra la onza (1) y otros animales, si no tan terribles, por lo menos bastante numerosos en aquellos bosques.

(1) Se trata del jaguar. Se la conoce también por "onza" y tigre americano.

Evidentemente, Torres nada tenía que temer de aquel encuentro, y se apresuró a correr hacia el cuerpo del mono.

Pero los jóvenes, que avanzaban en la misma dirección, tenían menos camino que andar y se habían aproximado algunos pasos cuando se encontraron ante Torres.

Este había recobrado su presencia de ánimo.

—¡Muchas gracias, señores! —les dijo alegremente, quitándose el sombrero—. Me habéis hecho un gran servicio matando a este perverso animal.

Los cazadores se miraron, sin comprender, desde luego, por qué se les daba las gracias.

En pocas palabras, les puso Torres al corriente de lo que ocurría.

—Habéis creído matar a un mono —concluyó—, y en realidad habéis matado a un ladrón.

—Si os hemos sido útil —respondió el más joven de los dos—, ha sido sin sospecharlo; mas no por esto nos consideramos menos dichosos por haberos prestado el servicio.

Y dando algunos pasos atrás, se inclinó sobre el guariba y arrancóle, no sin esfuerzo, la cajita de su mano.

—Ved lo que, sin duda, os pertenece, señor — agregó.

—Esto es —dijo Torres, que tomó apresuradamente la cajita, sin poder contener un gran suspiro de consuelo—. ¿A quién debo agradecer, señores, el servicio que se me acaba de hacer?

—A mi amigo Manuel, ayudante mayor de médico en el ejército brasileño —informó el que hasta entonces hablara.

—Si yo he sido el que ha tirado al mono —replicó Manuel—, tú fuiste quien me lo hizo ver, querido Benito.

—En ese caso, señores —replicó Torres— a ambos me hallo obligado; tanto al señor Manuel como al señor...

—Benito Garral —hizo saber Manuel.

Mucha fuerza de ánimo necesitó el *capitán del bosque*, para no estremecerse al oír aquel nombre, y sobre todo cuando el joven añadió con galantería:

—La granja de mi padre Juan Garral se halla a tres millas de aquí (1). Si os place, señor...

(1) Las medidas itinerarias en el Brasil eran, en aquella época, la pequeña milla, equivalente a 2.060 metros, y la legua común, que valía 6.180 metros.

—Torres —manifestó el aventurero.

—Si os place, señor Torres, venir con nosotros, seréis bien recibido.

—Yo no sé si podré —contestó Torres, que, sorprendido por aquel encuentro inesperado, vacilaba en tomar una decisión—. Temo, a la verdad, no poder admitir vuestra oferta. El

incidente que me acaba de ocurrir me ha hecho perder tiempo... Tengo que volver prontamente hacia el Amazonas, porque cuento con bajar hasta Pará.

—Entonces, señor Torres —repuso Benito—, es muy probable que nos volvamos a ver, porque antes de un mes mi padre y toda su familia habrán tomado el mismo camino que vos.

—¡Ah! —exclamó vivamente Torres—. ¿Vuestro padre trata de cruzar la frontera brasileña?

—En efecto, en un viaje de varios meses —respondió Benito—. Al menos, nosotros confiamos llegar a decidirle. ¿No es así, Manuel?

El aludido hizo un signo afirmativo.

—Entonces, señores —manifestó Torres—, es tal vez posible que volvamos a encontrarnos. En cambio ahora, aun cuando lo siento mucho, no puedo, en este instante, aceptar la oferta que me hacéis. Os lo agradezco, sin embargo, y me considero doblemente obligado.

Y, tras de decir esto, saludó a los dos jóvenes, los que, después de corresponderle, tomaron el camino de su granja.

Torres los contempló alejarse. Cuando los hubo perdido de vista, comentó en voz alta y enronquecida:

—¡Ah...! ¡De manera que va a cruzar la frontera! Mejor, que la pase, y así se encontrará por completo a merced mía... ¡Buen viaje, Juan Garra!

Y dichas estas palabras, el *capitán del bosque* emprendió la marcha hacia el Sur.

Iba en busca de la orilla izquierda del río por el camino más corto. No tardó en desaparecer entre la espesa arboleda.

CAPÍTULO III

JUAN GARRAL Y SU FAMILIA

Situada la aldea de Iquitos cerca de la orilla izquierda del Amazonas, se alza poco más o menos sobre el 74° meridiano, en aquella parte del gran río que aún lleva el nombre de Marañón, cuyo lecho separa el Perú de la República del Ecuador, unos trescientos kilómetros hacia el oeste de la frontera del Brasil.

Al igual que todas las casas, aldeas y lugarcillos que se alzan en la cuenca del Amazonas, Iquitos fue fundada por los misioneros. Hasta el año decimoséptimo del siglo diecinueve, los indios iquitos, que formaron por el momento su única población, vivían retirados hacia el interior, bastante lejos del río. Pero un día los manantiales de su territorio se secaron de resultas de una erupción volcánica, viéndose entonces obligados a establecerse en la orilla izquierda del Marañón. La raza se alteró bien pronto, a consecuencia de los enlaces que contrajeron con los indios ribereños, ticunas u omaguas, y hasta hoy día Iquitos sólo cuenta con una población mixta, a la cual se deben añadir algunos españoles y dos o tres familias de mestizos.

Unas cuarenta chozas, bastante miserables, cuyo techo de bálago apenas las hacía dignas del nombre de cabañas, componían toda la aldea, aunque, por otra parte, se hallaban pintorescamente agrupadas en una explanada que dominaba las orillas del río a unos sesenta pies de elevación. Una escalera hecha de troncos, transversalmente colocados, daba acceso a la aldea; pero se escondía tanto a los ojos del forastero, que éste no se determinaba a trepar por ella, porque la bajada parecía imposible. Mas una vez en lo alto, veíase ante una cerca, poco resguardada, de arbustos variados y plantas arborescentes, liadas por cordones de lianas que se extendían aquí y allí, desde las copas de los bananos y de palmeras de la más elegante especie.

En aquella época, la moda había de tardar mucho tiempo en modificar el traje primitivo: los indios de Iquitos iban poco menos que desnudos. Solamente los portugueses y mestizos, que miraban con gran desdén a sus conciudadanos indígenas, iban vestidos con una simple camisa, un pantalón ligero de telilla de algodón, cubriéndose la cabeza con un sombrero de paja. Por lo demás, todos vivían miserablemente en este lugarcillo, tratándose y juntándose poco; y si alguna vez se reunían, era únicamente en las horas en que la campana de la Misión los llamaba a la casa medio derruida que servía de iglesia.

Pero si la vida hallábase en estado casi rudimentario en el lugarejo de Iquitos, como en la mayor parte de las aldeillas del Alto Amazonas, no había más que andar una legua bajando hacia el río, para ver en la misma ribera un rico establecimiento, donde se encontraban reunidos todos los elementos para gozar una vida cómoda.

Esta era la granja de Juan Garral, hacia la cual volvían los dos jóvenes, después de su encuentro con el *capitán del bosque*.

Allí, sobre un recodo del río, en la confluencia del Nanay, ancho de quinientos pies, hacía bastantes años que estaba fundada aquella granja, aquella alquería, o para emplear la expresión del país, aquella *fazenda*, entonces en plena prosperidad. Bañada por el Norte por las aguas del Nanay en un espacio de una pequeña milla, tenía una anchura igual al Este, por donde tocaba a la orilla del gran río. Al Oeste, pequeñas corrientes de agua, tributarias del Nanay, y algunas lagunas de mediana extensión, la separaban de la sabana y de las campiñas destinadas a pasto de los animales.

Allí era donde Juan Garral, en 1826, veintiséis años antes de la época en que comienza esta historia, fue acogido por el propietario de la *fazenda*.

Era un portugués, llamado Magallanes, que no tenía más industria que la de explotar las maderas del país; y su establecimiento, recientemente fundado, ocupaba entonces una media milla en la ribera del río.

Allí, Magallanes, hospitalario como todos los portugueses de antigua raza, vivía con su hija Yaquita, que desde la muerte de su madre había tomado el gobierno de la casa. Magallanes era un buen trabajador, de los duros; pero carecía de instrucción. Aunque sabía dirigir algunos esclavos que poseía y la docena de indios cuyos servicios ajustaba, mostrábase poco apto en las operaciones exteriores de su comercio. Así, pues, por su ignorancia, el establecimiento de Iquitos no prosperaba, y los asuntos del negociante portugués se encontraban bastante confusos.

En aquellas circunstancias fue cuando Juan Garral, que contaba entonces veintidós años, se encontró un día con Magallanes. Había llegado al país al cabo de muchos esfuerzos y apuros. Magallanes le había encontrado en un bosque vecino, medio muerto de hambre y de fatiga. Aquel portugués tenía un gran corazón, y no preguntó al desconocido de dónde venía, sino lo que necesitaba. El noble y altivo rostro de Juan Garral, a pesar de su debilidad, le había interesado. Le recogió, ayudándole a ponerse en pie y le ofreció, desde luego, y por algunos días, una hospitalidad que debía durar toda su vida.

Véase, pues, por qué circunstancias entró Juan Garral en la granja de Iquitos.

Era brasileño, y se encontraba sin familia ni fortuna. Los disgustos, decía él, le habían obligado a expatriarse y a renunciar a toda idea de volver a su patria, y rogó a su huésped que no le preguntase nada sobre sus desgracias pasadas, desgracias tan graves como innecesarias. Lo que él buscaba, lo que él quería, era una vida nueva, una vida de trabajo. Había andado un poco a la ventura con la idea de establecerse en alguna hacienda del interior. Era instruido, inteligente, y tenía en toda su presencia ese no sé qué que revela al hombre sincero, de alma pura y recta. Magallanes quedó seducido y le rogó que

permaneciese en la hacienda, donde podía hacer lo que no sabía el digno granjero.

Juan Garral aceptó sin vacilar.

La intención había sido entrar, desde luego, en un *seringal*, explotación de caucho, donde un buen obrero ganaba en aquella época cinco o seis piastras diarias, y podía esperar encontrar patrón por poco que la suerte le favoreciese; pero Magallanes le hizo observar justamente que, si la paga era crecida, no se hallaba trabajo en el *seringal* más que en la época de la recolección, es decir, durante algunos meses únicamente, lo cual no iba a resultar una situación estable y tal como él debía desearla.

El portugués tenía razón. Juan Garral lo comprendió y entró resueltamente al servicio de la *fazenda*, decidido a consagrarle todas sus fuerzas.

No tuvo Magallanes motivo para arrepentirse de la buena acción que ejecutara. Sus negocios se restablecieron. Su comercio de maderas, que por el Amazonas se extendía hasta Pará, adquirió muy pronto, bajo la dirección de Juan Garral, una extensión considerable. La *fazenda* no tardó en aumentar en proporciones, y se desarrolló sobre la ribera del río hasta la desembocadura del Nanay. De la casa se hizo una hermosa morada, con un segundo piso al que rodeaba una galería cubierta y medio encerrada entre hermosos árboles, como mimosas, higueras y pauli nias, cuyos troncos desaparecían bajo un enrejado de granadillas, de bromelias de flores escarlata y multitud de lianas enredaderas.

A lo lejos, detrás de los gigantescos árboles y de un espeso matorral de plantas arborescentes, se ocultaba el conjunto de las construcciones donde habitaba el personal de la *fazenda*. Las habitaciones comunes a todos, las chozas de los negros, las cabafias de los indios. Desde la ribera del río, guarnecida de cañas y otras plantas acuáticas, no se veía más que la casa forestal.

Una vasta campiña, cuidadosamente desmontada a lo largo de las lagunas, ofrecía excelentes pastos, y los animales abundaban. Esto fue una nueva fuente de importantes ganancias de aquellas ricas comarcas, donde un rebaño se duplica en cuatro años dando un diez por ciento de interés solamente con la venta de la carne y de las pieles de los animales sacrificados para consumo de los ganaderos. Se establecieron algunos *sítios* o plantaciones de yuca y de café en aquellas partes del bosque despejadas por la tala de árboles. Los plantíos de caña de azúcar exigieron bien pronto la construcción de un ingenio de azúcar para la fabricación de la melaza, el aguardiente y el ron. Brevemente, diez años después de la llegada de Juan Garral a la granja de Iquitos, la *fazenda* se había convertido en uno de los más ricos establecimientos del Alto Amazonas. Gracias a la buena dirección dada por el joven encargado a los trabajos del interior y a los negocios de fuera, su prosperidad iba en aumento de día en día.

El portugués no había tardado mucho tiempo en reconocer lo que debía a Juan Garral. A fin de recompensarle según su mérito, le había interesado desde luego en los beneficios de su explotación, y al cabo de cuatro años de su llegada le hizo su socio, con las mismas atribuciones que él y con igual participación.

Pero aún meditaba premiarle mejor. Yaquita, su hija, había reconocido, como él, en aquel joven silencioso, dulce con los otros, duro consigo mismo, im portantes cualidades de corazón y de talento. Ella le amaba; pero aunque, por su parte, Juan no hubiera sido insensible a los méritos y a la bondad de aquella hermosa joven, fuese por orgullo o fuese por reserva, no parecía dispuesto a pedirla en matrimonio.

Un desgraciado suceso resolvió el asunto.

Dirigiendo Magallanes, cierto día, una tala de árboles, fue herido mortalmente por la caída de uno de ellos.

Transportado casi moribundo a la granja, y sintiéndose perdido, levantó a Yaquita, que lloraba a su lado, le tomó la mano y la unió a la de Juan Garral, haciendo jurar a éste que la tomaría por esposa.

—Has rehecho mi fortuna —le dijo—, y no moriré tranquilo si por medio de esta unión no dejo asegurado el porvenir de mi hija.

—Es que puedo quedar siendo su servidor más adicto, su hermano, su protector, sin ser su esposo— había contestado, desde luego, Juan Garral—. Os lo debo todo, Magallanes, y no lo olvidaré jamás; el precio a que queréis pagar mis servicios es muy superior a su mérito.

Pero el viejo insistió; la proximidad de la muerte no le permitía aguardar, y exigió una promesa que le fue otorgada.

Yaquita tenía entonces veintidós años; Juan veintiséis; los dos se amaban, y se unieron algunas horas antes de la muerte de Magallanes, que aún tuvo fuerzas bastantes para bendecir su unión.

Por consecuencia de estas circunstancias, Juan Garral quedó en 1830 como nuevo granjero de Iquitos, con extrema satisfacción de todos los que componían el personal de la quinta.

La prosperidad del establecimiento no podía menos de aumentarse dirigido por aquellas dos inteligencias reunidas en un solo corazón.

Un año después de su enlace, Yaquita dio un hijo a su marido, y dos años más tarde, una hija; Benito y Minha, los nietos del viejo portugués, habían de ser dignos de su abuelo, y los hijos dignos de Juan y Yaquita.

La niña se criaba hermosa, sin salir un solo instante de la *fazenda*. Educada en aquel lugar puro y sano, en el centro de aquella naturaleza hermosísima de las regiones tropicales, la educación que le daba su madre y la instrucción que recibía de su padre fueron suficientes para ella. ¿Qué más hubiera podido aprender en un convento de Manaos o de Belem? ¿Y dónde podría haber encontrado mejores ejemplos de todas las virtudes privadas? ¿Su corazón y su talento serían más delicadamente formados lejos del hogar paterno? Si el destino le reservaba el suceder a su madre en la administración de la *fazenda* sabría colocarse a la altura que conviniera a aquella situación.

En cuanto a Benito, ya fue otra cosa. Su padre quiso, y con razón, que recibiese una educación tan sólida y tan completa como se daba entonces en las grandes ciudades del Brasil. Ya el rico granjero no tenía nada que negarse tratándose de su hijo. Benito manifestaba felices disposiciones, un talento claro, una inteligencia viva, y cualidades del corazón iguales a las del ingeniero. A la edad de doce años se le envió a Pará, a Belem, y allí, bajo la dirección de excelentes profesores, adquirió los elementos de una educación que debía hacer de él un hombre distinguido. Nada le fue difícil en las letras, las ciencias y las artes, y se instruyó como si la fortuna de su padre no le hubiera permitido vivir ocioso. No era de los que se imagina que la riqueza dispensa del trabajo; contrariamente, era uno de esos nobles espíritus, firmes y rectos, que creen que nada se debe sustraer a aquella obligación natural, si se quiere hacerse digno del título de hombre.

Durante los primeros años de su permanencia en Belem, Benito se había relacionado con Manuel Valdés. Este joven, hijo de un comerciante de Pará, seguía sus estudios en el mismo instituto que Benito. La similitud de sus caracteres y de sus gustos no tardó en unirlos con una estrecha amistad, y fueron dos inseparables compañeros.

Manuel, nacido en 1832, tenía un año menos que Benito. No tenía más que a su madre, que vivía de la modesta fortuna que le había dejado su marido. Así, cuando terminó sus primeros estudios, siguió la carrera de medicina. Tenía un entusiasmo decidido por esta noble profesión, y era su intento entrar en el servicio militar, hacia el cual se sentía inclinado.

En la época en que le venimos a encontrar con su amigo Benito, había obtenido ya su primer grado, y había venido a disfrutar algunos meses de licencia a la *fazenda*, donde tenía la costumbre de pasar sus vacaciones. Este joven, de buen rostro, de fisonomía distinguida y de cierta arrogancia natural, que le sentaba muy bien, era un hijo más que Juan y Yaquita

contaban en la casa. Pero si esta cualidad de hijo le hacía el hermano de Benito, semejante título no le había parecido suficiente con Minha, y bien pronto debía unirse a la joven con un lazo más estrecho que el que une a una hermana y a un hermano.

En el año 1852 habían ya pasado cuatro meses desde el principio de esta historia, Juan Garra! contaba cuarenta y ocho años. Bajo un clima devorador que gasta la vida muy pronto, por su sobriedad, la precaución en satisfacer sus gustos y la moralidad de su vida, toda trabajo, pudo resistir allí donde otros caducan antes de tiempo. Sus cabellos, que gastaba cortos, y su barba, que llevaba entera, empezaban ya a ponerse grises, y le daban el aspecto de un puritano. La honradez proverbial de los comerciantes y hacendados brasileños estaba impresa en su fisonomía, en la cual la rectitud era el carácter más notable. Aunque de temperamento tranquilo, notábase en él como un fuego interior, que la voluntad sabía dominar. La pureza de su mirada indicaba una gran fortaleza a la cual jamás se apelaba en vano cuando se trataba de portarse con honor.

Y, sin embargo, en este hombre tranquilo, que parecía haber conseguido cuanto puede desearse en la vida, se advertía un fondo de tristeza, que la misma ternura de Yaquita no había podido vencer.

¿Por qué este hombre recto, considerado por todos, que había alcanzado las condiciones que deben asegurar la dicha, no manifestaba una expresión radiante? ¿Por qué parecía no poder ser dichoso, cuando procuraba que los demás lo fuesen? ¿Debía atribuirse esta disposición a algún secreto pesar? Esto era un motivo de constante preocupación para su esposa.

Yaquita tenía entonces cuarenta y cuatro años. En aquel país tropical, donde sus semejantes eran ya viejos a los treinta, ella había podido resistir a las disolventes influencias del clima. Sus facciones, un poco duras, pero hermosas todavía, conservaban ese altivo trazo del tipo portugués, en el que la nobleza del rostro se une a la dignidad del alma.

Benito y Minha correspondían con un cariño sin límites, que se demostraba en todas las ocasiones, al amor que sus padres manifestaban por ellos.

Benito, de veintiún años entonces, vivo, animoso, simpático, todo sencillez, contrastaba en esto con su amigo Manuel, más serio, más reflexivo. Había sido un placer extraordinario para él, después de un año pasado en Belem, lejos de la quinta, volverse a hallar con su joven amigo en la mansión paterna, haber vuelto a ver a su padre, su madre y a su hermana, y encontrarse, en fin él, que era un cazador temerario, en medio de los soberbios bosques del Alto Amazonas de los que el hombre aún tardará muchos años en conocer sus secretos.

Minha tenía entonces veinte años. Era una hermosa joven morena, con ojos azules, de esos ojos que hablan al alma. De mediana estatura, bien formada y de una gracia vivaz, recordaba el bello tipo de Yaquita. Un poco más seria que su hermano, buena, caritativa y piadosa, era querida de todos. Sobre este punto podía preguntarse sin temor a los más ínfimos criados de la granja. En cambio, a quien no se hubiera podido preguntar era al amigo de su hermano, a Manuel Valdés. Este se hallaba muy interesado en la cuestión, y no habría podido responder sin algo de parcialidad.

La pintura de la familia Garral no estaría bien acabada y le faltarían algunas pinceladas si no se hablase del numeroso personal de la hacienda.

En primer lugar, debemos nombrar a una vieja negra, de sesenta años, llamada Cibeles, libre por la voluntad de su amo, y esclava por el afecto que a él y a los suyos profesaba, y que había sido la nodriza de Yaquita. Ella pertenecía ya a la familia y trataba con toda familiaridad a la madre y a la hija. Toda la vida de esta excelente criatura se había pasado en aquellos campos, entre aquellos bosques y junto a aquella ribera del río, que limitaba el horizonte de la quinta. Había venido muy niña a Iquitos; en el tiempo en que aún se hacía la trata de negros, no salió jamás de la aldeíta donde se casó, habiendo quedado viuda muy temprano, y perdiendo a su único hijo, consagróse enteramente al servicio de Magallanes. No conocía más del territorio del Amazonas que lo que se desplegaba ante su vista.

Con ella, y más especialmente consagrada al servicio de Minha, veíase una linda y alegre mulata de la edad de la joven, y que le era adicta por completo. Respondía al nombre de Lina, y era una de esas preciosas criaturas, un tanto consentidas, a las cuales se les permite una gran familiaridad en gracia a la adoración que demuestran por sus señoras. Viva, traviesa, cariñosa, todo le era consentido en la casa.

El resto de los sirvientes pertenecían a dos clases. Los indios, que figuraban en número de un centenar, estaban empleados a sueldo en los trabajos de la quinta, y los negros, que sumaban el doble que los indios, y que si bien todavía no eran libres, por lo menos sus hijos ya no eran esclavos. Juan Garral se había anticipado con esto al gobierno brasileño. Bueno es advertir, sin embargo, que en el Brasil, mayormente que en ningún otro país, los negros traídos de Benguela, del Congo y de la costa de Oro, eran siempre tratados con dulzura.

Hubiera sido vano buscar en la hacienda de Iquitos aquellos tristes ejemplos de crueldad, tan frecuentes en las plantaciones de otros países.

CAPÍTULO IV

LAS VACILACIONES DE JUAN GARRAL

El futuro médico amaba a la hermana de su amigo Benito, y Minha correspondía a su cariño. Habían podido apreciarse, y realmente eran dignos uno del otro.

Manuel, cuando estuvo seguro de la índole de sentimientos que experimentaba por Minha, lo hizo saber a su amigo Benito.

—Querido Manuel —le había contestado al punto el entusiasta joven—, tienes sobrados motivos para querer casarte con mi hermana. Déjame hacer. Empezaré por hablar a nuestra madre, y creo poderte ofrecer que su consentimiento no se hará esperar.

Al cabo de media hora, el ofrecimiento estaba cumplido. Benito no había descubierto nada con lo que le dijera; la buena Yaquita había leído antes que ellos en el corazón de ambos jóvenes.

Diez minutos después Benito hallábase ante Minha. Forzoso es convenir que no tuvo necesidad de emplear con ella grandes recursos de elocuencia. A sus primeras palabras, la niña inclinó la cabeza en el hombro de su hermano, y el consentimiento vino directamente de su corazón con esta palabra;

—Consiento.

La respuesta llegó casi antes que la pregunta. Benito no pidió más.

Respecto al consentimiento de Juan Garral, no había que abrigar la menor duda. Si Yaquita y sus hijos no le hablaron al punto de aquel proyecto de unión, fue porque con el asunto del casamiento querían tratar al mismo tiempo una cuestión que podía ser muy bien difícil de resolver. Esta era en qué lugar se celebraría el matrimonio.

En efecto, ¿dónde se celebraría? ¿En aquella modesta cabaña que servía de iglesia a la aldea? ¿Por qué no, puesto que en ella Juan y Yaquita habían sido casados por el padre Passanha, que era entonces el cura de la parroquia de Iquitos? En aquella época, como en la actual, se confundía en el Brasil el acto civil con el religioso, y los registros de la Misión bastaban para hacer constar la regularidad de una situación que ningún oficial del estado

civil habíase encargado de legalizar.

Era muy probable que éste fuese el deseo de Juan Garral: que el matrimonio se celebrase en Iquitos, con gran ceremonia y con asistencia de todo el personal de la quinta. Pero si tal era su pensamiento, debía sufrir un fuerte ataque con tal motivo.

—Manuel —había dicho la joven a su prometido—, si yo fuese consultada, no será aquí, sino en Pará, donde se celebre nuestro matrimonio. La señora de Valdés está enferma; no puede trasladarse a Iquitos, y yo no querría ser su hija sin haberla conocido antes y sin que ella me conociera a mí. Mi madre piensa como yo en todo esto. Por eso quisiéramos decidir a mi padre a que nos lleve a Belem, al lado de aquella cuya casa va a convertirse en mía. ¿Os parece bien?

A esta pregunta había respondido Manuel estrechando la mano de Minha. Era para él el más ardiente deseo que su madre asistiera a la ceremonia de su casamiento. Benito había aprobado este proyecto sin reserva, y ya no se trataba más que de decidir a Juan Garral.

Y si aquel día los dos jóvenes habían ido a cazar al bosque fue con objeto de dejar solos a Yaquita y a su marido.

Al mediodía, hallábanse ambos en la sala de la casa.

Juan Garral, que acababa de entrar, se hallaba tendido en un diván de bambú finamente tejido, cuando, un tanto conmovida, vino Yaquita a colocarse junto a él.

Lo que la preocupaba no era manifestar a Juan cuáles eran los sentimientos que animaban a Manuel respecto de su hija. La dicha de Minha no podía menos de asegurarse con este matrimonio, y Juan se consideraría feliz abriendo los brazos a este nuevo hijo, cuyas formales cualidades conocía y apreciaba. Pero Yaquita conocía que decidir a su marido a dejar la hacienda era una gravísima cuestión.

En efecto, desde que Juan Garral, joven aún, había llegado a aquel país, jamás estuvo ausente más de un día.

Aunque la vista del Amazonas, con sus aguas dulcemente conducidas hacia el Este, invitasen a seguir su curso; aunque Juan enviaba todos los años cargamentos de madera ya fuese a Manaos o Belem o al litoral de Pará; aunque veía partir a Benito después de las vacaciones para continuar sus estudios, jamás pareció tener deseos de acompañarle.

Hubiérase dicho que no quería franquear con el pensamiento ni con la vista el horizonte que limitaba aquel edén, donde estaba su vida concentrada.

Deducíase de aquí que si, después de veinticinco años, Juan Garral no había pasado ni un momento la frontera, su esposa y su hija no habían aún puesto el pie en el suelo de Brasil, y, por tanto, no les faltaba el deseo de conocer algo de aquel hermoso país, de que Benito les hablaba con frecuencia. Dos o tres veces Yaquita había presentado esta consideración a su marido; pero había visto que el pensamiento de dejar la quinta, aunque sólo fuese por algunas semanas, imprimía en su frente un tinte de mayor tristeza. Sus ojos se nublaban entonces, y decía con un tono de dulce reproche:

—¿Por qué dejar nuestra casa? ¿No somos felices aquí?

Y Yaquita no se atrevía a insistir delante de aquel hombre, cuya bondad activa e inalterable ternura la hacían tan dichosa.

Esta vez, sin embargo, existía una razón poderosa que hacer valer. El casamiento de Minha presentaba una ocasión muy natural de conducir a la joven a Belem, donde debía residir con su marido.

Allí ella vería y aprendería a amar a la madre de su prometido. Garral no podía vacilar ante tan legítimo deseo, y ¿cómo, por otra parte, no comprendería el deseo, que también tendría aquélla, de conocer a la que había sido una segunda madre para su hijo?

Yaquita había tomado la mano de su marido, y con aquella voz cariñosa que había sido toda la música de la vida de aquel duro trabajador.

—Juan —empezó—, vengo a hablarte de un proyecto cuya realización deseamos ardientemente, y que te hará dichoso como lo somos tus hijos y yo.

—Dime de qué se trata, Yaquita —pidió el marido.

—Manuel ama a nuestra hija y es amado de ella, y con su unión encontrarán la felicidad.

A las primeras palabras de Yaquita, Juan Garral se había levantado, sin poder dominar aquel brusco movimiento. Sus ojos se bajaron en seguida, y pareció querer evitar la mirada de su esposa.

—¿Qué tienes, Juan? —preguntó ella.

—Que va a casarse Minha —murmuró Juan.

—Amigo mío —exclamó Yaquita, con el corazón oprimido—, ¿tienes, pues, alguna

objeción que hacer a este matrimonio? ¿No habías notado ya, desde hace mucho tiempo, los sentimientos de Manuel para nuestra hija?

—Desde luego... Hace cosa de un año.

Después, Juan se volvió a sentar sin concluir de expresar su pensamiento. Por un esfuerzo de voluntad volvió a ser dueño de sí. La inexplicable impresión que se advirtió en él quedó disipada. Poco a poco sus ojos volvieron a buscar los de su esposa, y se quedó pensativo contemplándola.

Yaquita volvió a tomarle la mano.

—Juan mío —empezó—. ¿Me habré equivocado? ¿No tenías tú el pensamiento de que esta unión se efectuaría algún día, y que aseguraría a nuestra hija todas las condiciones de la felicidad?

Juan afirmó:

—Claro que todas... ¡Claro...! Sin embargo, Yaquita, este matrimonio... ¿Cuándo se efectuará, próximamente?

—En la época que tú elijas, Juan.

—¿Y se verificará aquí en Iquitos?

Esta pregunta debía llevar a Yaquita a tratar la segunda cuestión que preocupaba su alma. Sin embargo, no lo hizo sin una vacilación muy comprensible.

Tras un instante de silencio habló así;

—Escúchame bien, Juan; con motivo de la celebración de este matrimonio, deseo hacerte una proposición, que me figuro aceptarás. Ya dos o tres veces, hace veinte años, te he propuesto que nos llevaras, a mi hija y a mí, a esas provincias del Bajo Amazonas y de Pará, que nunca hemos visitado. Los cuidados de la hacienda, y los trabajos que reclamaban tu presencia aquí, no te han permitido satisfacer nuestro deseo. Ausentarte, aunque no fuera más que por algunos días, podía entonces perjudicar tus negocios. Mas ahora que el éxito de éstos ha superado a nuestras esperanzas, si la hora del descanso no ha llegado todavía para ti, puedes, al menos, distraerte por algunas semanas de tus quehaceres.

Garral no contestó; pero Yaquita sintió que su mano temblaba entre las de ella, como bajo el choque de una impresión dolorosa; con todo, una semisonrisa se dibujó en sus labios,

como una invitación muda a su esposa para que concluyese lo que tenía que decir.

—Juan —siguió diciendo su mujer—, he aquí una ocasión que no se te presentará más en nuestra vida. ¡Minha va a casarse lejos y a dejarnos! ¡Este es el primer disgusto que va a darnos, y mi corazón se oprime cuando pienso en esta separación tan próxima! Quiero hacerte saber que me alegraría mucho poderla acompañar hasta Belem. ¿No te parece, por otra parte, conveniente que conozcamos a la madre de su esposo, a la que va a remplazarme, y a quien vamos a confiarla? Añadiré que Minha no querrá dar a la señora Valdés el sentimiento de casarse lejos de ella. En la época de nuestra unión, Juan mío, si tu madre hubiera vivido, ¿no te habrías alegrado de casarte ante ella?

A estas palabras de Yaquita, contestó Juan Garral con otro movimiento que no pudo reprimir. —Amigo mío —continuó Yaquita—, con Minha, con nuestros dos hijos Benito y Manuel, y contigo, ¡ah, cuánto me alegraría visitar nuestro Brasil, bajar por ese hermoso río hasta las últimas provincias del litoral que atraviesa! Me parece que allá abajo la separación sería menos cruel. A nuestro regreso yo podría ver con el pensamiento a nuestra hija en la casa donde la aguarda su segunda madre. Ya no la buscaría en lo desconocido. Y no me creería extraña a los actos de su vida.

Garral tenía los ojos fijos en su mujer, a la que contemplaba sin decir palabra.

¿Qué pasaba por él? ¿Por qué aquella vacilación en satisfacer una petición tan justa por sí misma? ¿Por qué no pronunciar un sí que debía causar tan vivo placer a todos los suyos? No podía ser una razón suficiente el cuidado de sus negocios. Algunas semanas de ausencia no les comprometerían de ninguna manera. Su administrador, en efecto, sabría, sin perjuicio, remplazarle en la granja. ¡Y, sin embargo, vacilaba siempre!

Yaquita había tomado otra vez entre sus manos la de su marido, y la estrechaba dulcemente.

—Juan mío —continuó—, no es a la realización de un vano capricho a lo que te suplico que accedas. ¡No! Hace largo tiempo que he reflexionado la proposición que acabo de hacerte, y el cumplirla es mi más ardiente deseo. Nuestros hijos saben el paso que doy cerca de ti en este momento; Minha, Benito y Manuel esperan de ti esta felicidad; que los dos les acompañemos. Y te aseguro que me alegraré de celebrar este matrimonio en Belem mejor que en Iquitos. Esto también será muy útil a nuestra hija para su futuro en la situación que debe tomar en Belem, pues al verla llegar con los suyos no parecerá tan extraña en aquella ciudad, donde deberá pasar la mayor parte de su vida.

Juan había puesto los codos sobre sus rodillas, ocultando el rostro entre las manos, como un hombre que siente la necesidad de recogerse a meditar antes de dar una respuesta. Era

evidente que experimentaba una vacilación, contra la que pretendía resistirse, y al mismo tiempo una turbación que su mujer advertía, pero que no podía explicarse. Un gran combate tenía lugar bajo aquella frente pensativa. Yaquita, muy inquieta, casi se reprochaba haber tocado aquella cuestión. En todo caso, ella se conformaría con lo que Juan decidiese. Si aquella marcha le costaba mucho, ella sabría acallar sus deseos y no hablaría jamás de dejar la hacienda, ni jamás le pediría cuenta de aquella inexplicable negativa.

Pasaron algunos minutos. Juan se había levantado y se dirigió, sin volverse, hasta la puerta. Allí pareció dirigir una última mirada sobre aquella hermosa naturaleza, sobre aquel rincón del mundo donde, por espacio de veinte años, había guardado la felicidad de su vida.

Después volvióse hacia su mujer con lentos pasos. Su fisonomía había adquirido una nueva expresión. La de un hombre que ha tomado una resolución suprema y cuyas indecisiones han concluido.

—Tienes razón —dijo con voz firme a Yaquita—. Este viaje es necesario. ¿Cuándo quieres que marchemos?

—¡Ah, Juan mío! —gritó Yaquita llena de gozo—. ¡Gracias por mí, gracias por ellos!

Y lágrimas de ternura acudieron a sus ojos, mientras que su marido la estrechaba contra su corazón.

En aquel momento oyéronse dos alegres voces a la puerta de la casa.

Un instante después, Manuel y Benito aparecieron en la puerta, casi al mismo tiempo que Minha, que Acudía desde su cuarto.

—¡Vuestro padre consiente, hijos míos! —anunció Yaquita—. Partiremos todos juntos.

Con el rostro grave y sin pronunciar una palabra, Juan Garral recibió los apretones de manos de los dos jóvenes y los besos de su hija.

Benito preguntó, luego de pasado el primer transporte de júbilo:

—¿Y en qué fecha, padre mío, queréis que se celebre el matrimonio?

—¿La fecha, la fecha? —repitió Garral—. ¡Ya veremos! La fijaremos en Belem.

—¡Ah! ¡Cuán contenta estoy! ¡Cuán contenta estoy! —exclamaba Minha, como el día que había conocido el amor de Manuel—. Vamos a ver el Amazonas en todo su esplendor,

y, sobre todo, su recorrido a través de las provincias brasileñas. ¡Ah, padre, gracias!

Y la entusiasta muchacha, cuya imaginación lanzábase ya a grandes vuelos, añadió, dirigiéndose a su hermano y a Manuel:

—¡Vamos a la biblioteca a buscar todos los libros y cuantos mapas hallemos que puedan darnos a conocer esta magnífica cuenca! ¡No quiero caminar a ciegas! ¡Deseo ver y saber todo lo que concierne a este rey de los ríos de la tierra!

CAPÍTULO V

EL RÍO AMAZONAS

El río más grande del mundo! —declaró Benito a Manuel Valdés.

Era el día siguiente; sentados sobre un ribazo, en el límite meridional de la hacienda, veían pasar lentamente aquellas moléculas líquidas, que, teniendo su origen en la enorme cadena de Los Andes, van a perderse a ochocientas leguas de allí, en el océano Atlántico.

—¡Y también el río que aporta al mar el volumen de agua más considerable! —respondió Manuel a su amigo Benito.

—¡Volumen tan verdaderamente considerable —añadió éste— que le desala a una gran distancia de su desembocadura, y a ochenta leguas de la costa ha llegado a hundir buques!

—¡Un río cuyo ancho curso se extiende por más de treinta grados de latitud! —¡Y en una cuenca que, desde el Sur al Norte, no comprende menos de veinticinco grados!

—¡Una cuenca! —exclamó Benito—. ¿Pero es una cuenca esta vasta llanura a través de la cual corre el Amazonas, esta sabana que se extiende hasta perderse de vista, sin una colina para mantener su declive, sin una montaña que limite su horizonte?

—Y sobre toda su extensión —siguió diciendo Manuel—, como los mil tentáculos de algún gigantesco pulpo, vienen a desembocar en él desde el Norte o del Sur otros ríos, nutridos a su vez por otros afluentes sin número, comparados con los cuales los grandes ríos de Europa no resultan más que simples arroyuelos.

—Y en un curso donde quinientas sesenta islas, sin contar los islotes o en deriva, forman una especie de archipiélago, que por sí solo puede constituir la fortuna de un reino.

—Y en sus orillas se ven canales, lagunas y lagos como no se hallarán en toda Suiza, Lombardía, Escocia y Canadá reunidos.

—Un río que, engrosado por seis mil tributarios, no vierte en el océano Atlántico menos de doscientos millones de metros cúbicos de agua por hora.

—Un río cuyo curso sirve de frontera a dos repúblicas, y atraviesa majestuosamente el reino más grande de la América del Sur, como si en verdad fuese el mismo océano Pacífico, que por su canal, se vertiera entero en el Atlántico.

—¡Y por qué desembocadura! Por un brazo de mar en el cual una isla, la de Marajó, presenta un perímetro de más de tres mil kilómetros.

—Y del que el océano no logra rechazar las aguas sino levantando, en una lucha fenomenal, una marea, una *pororoca*, respecto de las cuales los reflujos, las barras y las rápidas mareas de otros ríos no son, en comparación, más que pequeñas arrugas levantadas por la brisa.

—Un río que no son bastantes tres nombres para denominarle, y por el cual los buques de gran porte pueden subir hasta cinco mil kilómetros de su desembocadura sin ningún menoscabo de su cargamento.

—Un río que, bien por sí mismo, bien por sus afluentes y subafluentes, abre una vía comercial y fluvial a través de todo el Norte de la América del Sur, pasando del Magdalena al Ortecua; del Ortecua el Caquetá; del Caquetá al Putumayo, y del Putumayo al Amazonas. Cuatro mil millas de caminos fluviales, que sólo necesitarían de algunos canales para que la red navegable fuese completa.

—En fin, el más grande, el más admirable sistema hidrográfico que hay en el mundo.

Así hablaban, con una especie de ímpetu, aquellos dos jóvenes, del incomparable río. Bien demostraban ser los hijos de aquel río, cuyos afluentes, dignos de él mismo, forman los *caminos que andan* a través de Bolivia, Perú, Ecuador, Nueva Granada, Venezuela y las cuatro Guayanas, inglesa, francesa, holandesa y brasileña.

¡Qué de pueblos, qué de razas, cuyo origen se pierde en la oscuridad de los tiempos! Así es el mayor de los grandes ríos del mundo. Su nacimiento verdadero permanece oculto aún a todas las investigaciones. Numerosos Estados reclaman el honor de que nazca en ellos. El

Amazonas no podía evadirse de esta ley. Perú, Ecuador y Colombia se han disputado largo tiempo esta gloriosa paternidad.

Hoy día, sin embargo, parece fuera de duda que el Amazonas nace en el Perú, en el distrito de Huánuco, intendencia de Tarma, y que sale del lago Lauricocha, situado poco más o menos, entre los once y doce grados de latitud Sur.

A los que quieren hacerle nacer en Bolivia y caer de las montañas de Titicaca, les cumple la obligación de probar que el verdadero Amazonas es el Ucayali, que se forma de la unión del Paro y del Apurímac; pero esta opinión debe ser rechazada en adelante.

A su salida del lago Lauricocha, el naciente río se eleva hacia el Noroeste, por un curso de quinientas sesenta millas, y no se dirige libremente hacia el Este hasta después de haber recibido un importante tributario, el Panta. Llámase Marañón en los territorios colombianos y del Perú, hasta la frontera brasileña, o más bien Maranhao, porque Marañón no es otra cosa que el nombre portugués españolizado. De la frontera del Brasil a Manaos, donde el soberbio Río Negro viene a confundirse con él, toma el nombre de Solimoes o Solimoens, del nombre de la tribu india de los solimoes, de la cual se hallan todavía algunos restos en las provincias ribereñas. Finalmente, de Manaos al mar, es el Amazonas o Río de las Amazonas, nombre dado por los españoles, aquellos descendientes del aventurero Orellana, cuyas relaciones dudosas, pero entusiastas, hicieron creer que existía una tribu de mujeres guerreras, establecidas junto al río Namundha, uno de los afluentes medios del gran río.

Desde el principio se puede ya comprender que el Amazonas lleva un magnífico curso de agua. Nada tiene de estorbos ni de obstáculos de ninguna clase, desde su nacimiento hasta el sitio en que la corriente, un poco estrechada, se desenvuelve entre dos pintorescas colinas. Las caídas no empiezan a batir la corriente sino en el punto donde oblicúa hacia el Este, mientras atraviesa las estribaciones de Los Andes. Allí existen algunos saltos, sin los cuales sería ciertamente navegable desde su desembocadura hasta su nacimiento. Comoquiera que sea, y así lo ha hecho observar Humboldt, está libre en las cinco sextas partes del curso que recorre.

Y desde su principio, los tributarios, alimentados a su vez por un gran número de afluentes, no le faltan. Uno es el Chinchipé, que viene del Noroeste por la izquierda. A la derecha está el Uacubamba, que viene del Sudeste. A la izquierda, el Morona y el Pastaza, y a la derecha el Guallaga, que se pierde pronto cerca de la Misión de la Laguna. Por la izquierda todavía llegan el Chambira y el Tigre, que vienen del Nordeste, y a la derecha el Huallaga, que desemboca a unas dos mil ochocientas millas en el Atlántico, y del cual las barcas pueden aún subir el curso del río en una longitud de más de doscientas millas, para internarse en el centro del Perú. A la derecha, en fin, cerca de las Misiones de San Joaquín de Omaguas, y después de haber paseado majestuosamente sus aguas por medio de las

Pampas de Sacramento, aparece el magnífico Ucayali, en el sitio donde termina la cuenca superior del Amazonas, gran arteria engrosada por numerosas corrientes de agua que derrama el lago Chucuito en el Nordeste de Perú.

Tales son los principales afluentes antes de la aldea de Iquitos. Más hacia abajo, los tributarios son tan considerables, que el lecho de los ríos de Europa sería ciertamente muy estrecho para contenerlos. Pero de todos los afluentes, Juan Garral y los suyos habían reconocido las desembocaduras durante sus descensos por el Amazonas.

A las bellezas de este río sin rival, que riega el más hermoso país de la tierra, estando casi constantemente a algunos grados por debajo de la línea ecuatorial, conviene añadir aún una cualidad que no poseen ni el Nilo, ni el Mississippi, ni el Livingstone, este antiguo Congo-Zaire-Lualaba.

Nos referimos al hecho de que, a pesar de lo que hayan podido decir viajeros mal informados, el Amazonas corre por medio de la parte más salubre de la América meridional. Su cuenca está incesantemente purificada por los vientos generales del Oeste. No es un valle encajonado entre altas montañas que encierran su curso, sino una ancha llanura, que mide trescientas cincuenta leguas de Norte a Sur, apenas interrumpida por algunas colinas, y que las corrientes atmosféricas pueden libremente recorrer.

El profesor Agassiz se pronuncia, con razón, contra aquella pretendida insalubridad del clima de un país destinado, sin duda, a llegar a ser el centro más activo de producción comercial. Según él, «un aire ligero y suave se deja sentir constantemente, merced a lo cual la temperatura desciende, y el suelo no se calienta excesivamente». La constancia de este aire refrescante hace el clima del río de las Amazonas agradable y delicioso al mismo tiempo.

También el abate Durand, antiguo misionero, ha hecho constar que si la temperatura no baja menos de veinticinco grados centígrados, tampoco se eleva casi nunca arriba de treinta y tres, lo cual da para todo el año un término medio de veintiocho a veintinueve, con una variación de ocho grados solamente.

Después de estas justificaciones, es permitido, pues, afirmar que en la cuenca del Amazonas no hay esos calores tórridos de las comarcas de Asia o de África, que atraviesan los mismos paralelos.

La vasta llanura que les sirve de cauce es completamente accesible a las extensas brisas que le envía el océano Atlántico.

También las provincias a las que el río ha dado su nombre tienen incontestable derecho de

llamarse la más salubres de un país que es ya uno de los más hermosos de la tierra.

Y no se crea que el sistema hidrográfico de este río es desconocido.

En el siglo XVI, Orellana, teniente de uno de los hermanos Pizarro, bajó por el Río Negro, pasó por el gran río en 1540, se aventuró a entrar sin guía por medio de aquellas regiones, y después de una navegación de dieciocho meses, de la cual hizo una maravillosa relación, llegó hasta su desembocadura.

En 1636 y 1637, el portugués Pedro Texeira subió por el Amazonas hasta el Napo con una flotilla de cuarenta y siete piraguas.

En 1743, La Condamine, después de haber medido el arco del meridiano en el Ecuador, se separó de sus compañeros Bouguer y Godin des Odonais, se embarcó en el Chinchipé, bajó por él hasta su confluencia con el Marañón; llegó a la embocadura del Napo el 31 de julio, en el momento de poder observar una emersión del primer satélite de Júpiter, lo que permitió a este Humboldt del siglo XVIII fijar exactamente la longitud y latitud de aquel punto; visitó las aldeas de las dos orillas, y el 6 de setiembre llegó al fuerte de Pará. Aquel inmenso viaje debía producir considerables resultados; no solamente quedaba establecido de una manera científica el curso del Amazonas, sino que parecía casi seguro que se comunicaba con el Orinoco,

Cincuenta y ocho años después, Humbolt y Bonpland completaron los preciosos trabajos de La Condamine, levantando el mapa del Marañón hasta el río Napo.

Desde aquella época no ha dejado de ser recorrido el Amazonas, y lo mismo sus principales afluentes.

En 1827, Lister-Man; en 1834 y 35, el inglés Smith; en 1884, el teniente francés comandante de la *Boulounnaise*; el brasileño Valdés, en 1840; el francés Paul Marcoy, en 1848 a 1860; el fantástico pintor Biard, en 1858; el profesor Agassiz, de 1865 a 1866; en 1867, el ingeniero brasileño Franz-Keller-Linzenger; en fin, en 1879, el doctor Crevaux, han explorado el curso del río, subido por varias de sus afluentes y reconocido lo navegable de sus principales tributarios.

Pero el hecho más considerable, y que honra en extremo al Gobierno brasileño es el siguiente:

El treinta de julio de 1850, tras multitud de conversaciones sobre la cuestión de fronteras entre Francia y Brasil, por los límites de la Guayana, el curso del Amazonas fue declarado libre, quedando abierto a todos los pabellones; y a fin de que la práctica correspondiese a la

teoría, Brasil trató con los países limítrofes para la explotación de todas las vías fluviales en la cuenca del Amazonas.

Hoy día, las líneas de buques de vapor, cómodamente instaladas, que corresponden directamente con Liverpool, hacen el servicio del río desde su desembocadura hasta Manaos; otras suben hasta Iquitos, y otras, en fin, por el Tapajoz, el Madera, el Río Negro y el Purús, penetran hasta el corazón de Perú y de Bolivia.

Con dificultad puede imaginarse el vuelo que tomará un día el comercio en toda esta inmensa y rica cuenca, que no tiene rival en el mundo.

Pero esta medalla del porvenir tiene su reverso. Los progresos no se realizan sin redundar en perjuicio de las razas indígenas.

Sí; en el Alto Amazonas ya han desaparecido muchas tribus indias, entre otras, los curicuros y los solimoes. Si en el Putumayo se encuentran todavía al gunos yuris, los yahuas le han abandonado para refugiarse hacia las más lejanas afluencias, y los mavos han dejado sus orillas para vagar continuamente en corto número por los bosques de Yapurá.

Sí, la orilla de los tonantinos está poco menos que despoblada, y ya no hay más que algunas familias de indios nómadas en la desembocadura del Jurúa. El Tefte está casi desamparado, y sólo restan algunos vestigios de la gran nación umaña junto a las fuentes del Yapurá. El Coary está desierto. Algunos pocos indios muras en las orillas del Purús. De los antiguos manos sólo se cuentan algunas familias errantes. En las márgenes del Río Negro viven algunos mestizos de portugueses y de indígenas, allí donde llegaron a contarse veinticuatro naciones diferentes.

Esta es la ley del progreso. Los indios han desaparecido. Delante de la raza anglosajona, los australianos y los naturales de Tasmania se han ausentado para no volver. Delante de los conquistadores del lejano Oeste se ocultan los indios de Norteamérica. Un día, tal vez, los árabes quedarán aniquilados ante la colonización francesa.

Pero volvamos a aquella fecha de 1852. En tales días, los medios de comunicación, múltiples actualmente, todavía no existían, y el viaje de Juan Garrañal necesitaba por lo menos cuatro meses, especialmente a causa de las condiciones con que debía verificarse.

Por eso había hecho esta reflexión Benito, mientras los dos amigos contemplaban correr lentamente las aguas del río:

—Puesto que nuestra llegada a Belem no ha de preceder más que un poco al momento de nuestra separación, el tiempo, amigo Manuel, te habrá de parecer muy corto.

—Corto es, querido Benito —admitió Manuel—; pero también bastante largo, puesto que Minha no será mi mujer hasta el fin del viaje.

CAPÍTULO VI

LA TALA DE UN BOSQUE

La familia Garral estaba loca de alegría. Aquel magnífico recorrido por el Amazonas debía verificarse en las mejores condiciones. No solamente el hacendado y los suyos partían para un viaje de algunos meses, sino que, además, iban a ser acompañados de una parte del personal de la hacienda.

Indudablemente, el ver a todo el mundo dichoso en torno suyo, hizo que Juan Garral olvidara algo las preocupaciones que parecían turbar su vida. A partir del día en que tomara su firme resolución, fue otro hombre, y en cuanto empezó a ocuparse de los preparativos del viaje, volvió a desplegar la actividad de que en otros tiempos diera pruebas. El verle trabajar de tal forma fue una gran satisfacción para los suyos. El ser moral vencido por el físico hizo que Garral volviera a ser lo que en sus primeros años; vigoroso, fuerte. Surgía el hombre que había vivido siempre al aire libre, en aquella atmósfera vivificante de los bosques, los campos y las aguas corrientes.

Las escasas semanas que debían preceder a la marcha iban a resultar sumamente atareadas.

Como ya se ha dicho, el curso del Amazonas no estaba aún en aquella época surcado por los numerosos barcos de vapor de la actualidad aun cuando las compañías pensaban ya lanzarlos sobre el río y sobre sus principales afluentes. El servicio fluvial no se hacía más que por los particulares y por cuenta suya, y frecuentemente las embarcaciones no se empleaban más que en el servicio de los establecimientos litorales.

Aquellas embarcaciones eran *ubas* especie de piraguas hechas de un tronco ahuecado por el fuego y por el hacha; puntiagudas y ligeras por delante; pesadas y redondas por detrás,

pudiendo llevar de uno a dos remeros cada una, y tomar hasta tres o cuatro toneladas de mercancías. De *egaritas* construidas burdamente, labradas con amplitud, cubiertas en parte, en el medio, de un techo de follaje, que deja libre en torno un espacio o callejón, donde se colocan los pagayeros (1) y de *jangadas*, especie de balsas informes impulsadas por una vela triangular, y que sostienen la cabaña de paja que sirve de casa flotante al indio y a su familia.

(1) Remeros.

Estas tres clases de embarcación constituían la pequeña flotilla del Amazonas, no pudiendo servir más que para un mediano transporte de personas y mercancías.

Verdad es que existen otras más grandes, como *vigilingas*, de cabida de ocho a diez toneladas, con tres mástiles aparejados con velas rojas, y que pueden en tiempo de calma maniobrar, aunque pesadamente, por medio de cuatro largos *pagayos*, contra aforo, especie de *juncos* con una garita detrás; un camarote interior, dos mástiles con velas cuadradas y desiguales, y que, cuando el viento es insuficiente o contrario, lo suplen con el empleo de diez largos palos de virar, que los indios manejan desde lo alto de una especie de castillo colocado en la parte de delante.

Pero estos diversos vehículos no podían convenir a Juan Garral. Desde el instante que habría resuelto bajar por el Amazonas, determinó utilizar aquel viaje para transportar un gran convoy de mercancías que debía entregar en Pará. Bajo este punto de vista, importaba poco que la bajada por el río se hiciese con una corta dilación. Véase, pues, qué medio se decidió a emplear, medio que debía reunir todos los votos, salvo, quizá, el de Manuel. El joven, por su interés, hubiera preferido, sin duda alguna, algún rápido vapor.

Pero aunque fuese muy primitivo y rudimentario el medio de transporte imaginado por Juan Garral, permitía transportar un personal abundante y abandonarse a la corriente del río con las excepcionales condiciones de comodidad y seguridad.

Aquello iba a ser, en verdad, como una parte de la hacienda de Iquitos que se desprendiese de la ribera y bajase por el Amazonas, con todo lo que constituye una familia de hacendados, señores y criados con sus habitaciones, sus cuartos y sus casas.

El establecimiento de Iquitos comprendía en el conjunto de su exploración varios de esos magníficos bosques, que son, por decirlo así, inagotables en esta parte central de América del Sur.

Juan Garral conocía perfectamente el cuidado de estos bosques ricos en especies, las más preciosas y variadas, muy propias para las obras de carpintería, ebanistería, arboladura de

buques y obra gruesa de carpintero, y sacaba anualmente considerables beneficios.

En efecto, ¿no estaba allí el río para conducir los productos de los bosques del Amazonas con mayor seguridad y economía que pudiera hacerlo un ferrocarril? Todos los años cortaba algunos árboles de su reserva, formando una de esas inmensas balsas de madera flotante, compuesta de tablones, viguetas, troncos apenas desbastados que se llevaban a Pará, conducidos por hábiles pilotos que conocían muy bien el fondo del río y la dirección de las corrientes.

Este año, Juan Garral iba a proceder como había hecho en los anteriores. Solamente que, salvo la balsa, pensaba dejar al cuidado de Benito todos los detalles de aquel importante negocio comercial. Pero no había tiempo que perder. El comienzo del mes de junio era la mejor época para la marcha, puesto que las aguas, elevadas por las crecidas hasta lo más alto de la cuenca, comenzaban a descender poco a poco hasta el mes de octubre.

Los primeros trabajos debían, pues, emprenderse sin tardanza, porque la balsa debía tener proporciones inusitadas. Tratábase esta vez de derribar una media milla cuadrada de bosque, situado en la confluencia del Nanay y del Amazonas; es decir, todo un ángulo del litoral de la hacienda, para formar una inmensa balsa, que sería una de esas jangadas o almadías de río, que alcanzaría las dimensiones y apariencia de un islote.

En esta jangada, pues, más segura que ninguna otra embarcación del país, más grande que cien *egaritas o vigilingas* apareadas, era donde Juan Garral se proponía embarcar con su familia, su personal y su cargamento.

—¡Excelente idea! —había exclamado Minha, batiendo palmas, cuando se enteró del proyecto de su padre.

—Sí —respondió Yaquita—, y en semejantes condiciones nosotros llegaremos a Belem sin peligro ni fatiga.

—Y durante las paradas podremos cazar en los bosques de las riberas —añadió Benito.

—Esto, quizá, será un poco largo —hizo observar Manuel—. ¿No convendría elegir otro medio de locomoción más rápido para bajar el Amazonas?

Evidentemente, aquello sería largo; pero la reclamación interesaba del joven médico no fue admitida.

Juan Garral mandó entonces venir a un indio, que era el mayordomo mayor de la hacienda.

—Dentro de un mes —le dijo— es necesario que la jangada se halle pronta y en estado de ser botada al río.

—Hoy mismo, señor Garral, pondremos manos a la obra —contestó el mayordomo.

Aquello fue una ruda tarea. Había allí un centenar de indios y de negros, que durante la primera quincena del mes de mayo hicieron verdaderas maravillas. Quizá algunas buenas gentes, poco acostumbradas a estas grandes talas de árboles, se hubieran lamentado de ver gigantes que contaban muchos siglos de existencia, caer en dos o tres horas bajo el hierro de los leñadores. Pero había tanto y tanto en las orillas del río, en la parte de abajo, hasta los límites más lejanos del horizonte de las dos orillas, que el derribo de aquella media milla de bosque no debía dejar un vacío notable.

El mayordomo y su gente, después de recibir las instrucciones de Juan Garral, habían ante todo limpiado el suelo de cuantas lianas, malezas y vegetación lo obstruían. Antes de tomar la sierra y el hacha, se habían armado del sable de talar, ese útil tan indispensable para cualquiera que pretenda internarse en los bosques amazónicos; estos sables son de grandes hojas un poco curvas, anchas y planas, de dos a tres pies de largo y sólidamente enmangadas, que los indígenas manejan con notable destreza. En pocas horas, con la ayuda del sable, desmontan el suelo y abren anchas calles en lo más profundo del arbolado.

Así se hizo. El suelo quedó limpio por los leñadores de la granja. Se despojaron los viejos troncos de su vestidura de lianas, de cactus, de helechos, de musgos y de bromelias, y quedaron desprovistos de su corteza, como si se hubieran descortezado a sí mismos.

Después, toda aquella banda de trabajadores, delante de los cuales huían innumerables legiones de monos, que no les superaban en agilidad, trepó hasta los ramajes superiores y serró las fuertes horquillas, desgajando el alto ramaje, que debía ser consumido sobre el terreno. Pronto no quedó del bosque condenado a ser destruido más que las raíces, desmochadas en su cima; con el aire, el sol penetró a raudales hasta aquel suelo húmedo, que tal vez nunca había recibido su caricia.

No había uno solo de aquellos árboles que no pudiera emplearse en alguna obra de fuerza o de carpintería ordinaria. Allí yacían como columnas de marfil veteadas de oscuro, algunas de aquellas palmeras de cera, altas de ciento veinte pies y anchas de cuatro por su base, que producen una madera inalterable; allí castaños de considerable altura, que dan nueces de tres cantos; allí *muriches*, buscados para la construcción de embarcaciones; barrigudos que suelen medir unos cuatro metros en su mayor grueso, que se acentúa a algunos pies sobre el suelo, árboles de corteza rojiza y reluciente y tachonada de tubérculos grises, cuyo eje agudo sostiene un parasol horizontal; allí *bombax* de tronco blanco, liso, derecho y de

soberbia altura; y cerca de estas magníficas muestras de la flora amazónica, caían también *cuatibos*, cuya cúpula rosa domina a todos los árboles vecinos, y que dan frutos parecidos a pequeños tazones, donde están dispuestas hileras de castañas, y cuya madera, de un violeta claro, es muy especialmente buscada para las construcciones navales. Había todavía palo de hierro, y más particularmente el *ibiriratea*, de una madera casi negra y tan apretada de grano, que con ella fabrican los indios sus hachas de combate; jacarandas, más preciosas que la caoba; *casalpinas*, de las que no se halla la especie más que en el centro de aquellos viejos bosques que se han librado del brazo de los leñadores; *sapucaias*, altas de ciento cincuenta pies, sostenidas por arcos naturales, que brotando a unos tres metros de su base se reúnen a unos ocho o diez metros, arrollándose en torno al tronco, como los hilos de una columna torneada, y cuya cabeza se abre en un ramillete de caprichosos ramajes, que las plantas parásitas colorean de amarillo, de púrpura de violeta y de blanco de nieve.

Tres semanas después del principio de los trabajos, no quedaba uno solo en pie de todos aquellos árboles que poblaban el ángulo del Nanay y del Amazonas. La tala había sido completa. Juan Garral no se había detenido a pensar poco ni mucho por la corta de un grande y espeso bosque que veinte o treinta años no habrían bastado a rehacer. Ni un vástago de corteza nueva o vieja fue economizado para establecer los jalones o señales de una corta futura; ni una de aquellas pilastras que marcan los límites del descuaje. Aquello era una corta blanca; es decir, que todos los troncos fueron podados al ras del suelo, esperando el día en que serían extraídas sus raíces, sobre las cuales la primavera próxima extendería aún sus verdes y olorosas hierbecillas.

No; aquellos nueve kilómetros cuadrados bañados por las aguas del río y su afluente estaban destinados a ser desmontados, labrados y plantados de semillas, y al año siguiente, campos de yuca, de árboles de café, de ñames, cañas de azúcar, arrurruz y maíz cubrirían el suelo que hasta entonces sombreaban y alegraban la rica plantación forestal.

Aún no había llegado la última semana del mes de mayo, y todos los troncos, separados según su clase y grado de flotabilidad, habían sido colocados simétricamente en la orilla del Amazonas. En aquel punto iba a ser construida la enorme jangada, que, con las diversas habitaciones necesarias para el alojamiento de los empleados en la maniobra, vendría a constituir una aldea flotante.

Después, a la hora marcada, las aguas del río, hinchadas por la creciente, vendrían a levantarla y conducirla por cientos de leguas hasta el litoral del Atlántico, donde tendrían que desembarcar.

Durante todo el tiempo ocupado en los trabajos, Juan Garral estuvo completamente dedicado a ellos. Habíalos dirigido por sí mismo, desde luego, en el sitio del desmonte, y en seguida, a la orilla de la hacienda, que formaba una ancha playa, en la cual fueron

colocadas las piezas de la almadía.

Yaquita se ocupaba en todos los preparativos de la marcha, con la vieja negra Cibeles, que no comprendía por qué querían sacarla de allí, donde tan bien se encontraba.

—Pero tú verás cosas que no has visto jamás y que te agradarán —le decía sin cesar Yaquita.

—¿Valdrán más que las que ya estamos acostumbradas a ver? —respondía invariablemente la buena Cibeles.

Por su parte, Minha y su doncella favorita pensaban en lo que más particularmente les concernía. Para ellas era algo más que un simple viaje; se trataba de una marcha definitiva, y ocupábanse en los mil detalles de una instalación en otro hogar, donde la joven mulata seguiría al lado de aquella a quien estaba tan tiernamente unida. Minha tenía el corazón un poco oprimido; pero la alegre Lina no experimentaba el menor sentimiento porque abandonaba Iquitos. Con Minha Valdés continuaría siendo lo que era con Minha Garral. Para cortar su risa hubiera sido preciso separarla de su ama, cosa que nunca se había tratado.

Benito ayudó a su padre en los trabajos que acababan de concluirse, con lo que vino a hacer de este modo el aprendizaje del oficio de hacendado, que tal vez sería algún día el suyo cuando naturalmente su padre faltase.

Por lo que respecta a Manuel, su tiempo estaba dividido, tanto como le era posible, entre el cuarto donde Yaquita y su hija aprovechaban hasta el último minuto, y el teatro de los desmontes, donde Benito quería detenerle más de lo que al otro le interesaba. Pero, en suma, la verdad era que su permanencia en una y otra parte resultaba muy desigual, cosa que, desde luego, se comprende, pues para él lo principal era su Minha.

CAPÍTULO VII

EL FINAL DE UN BEJUCO

No obstante, a pesar de las muchas ocupaciones, un domingo, el veintiséis de mayo, los jóvenes resolvieron darse alguna distracción. Hacía un tiempo hermoso, y la atmósfera estaba impregnada de las frescas brisas que venían de la cordillera y que suavizaban la

temperatura. Todo invitaba a lanzarse a una larga excursión por el campo.

Benito y Manuel pidieron a Minha que les acompañara por los grandes bosques que bordeaban la ribera derecha del Amazonas, o sea la que estaba enfrente a la hacienda.

Aquella era una ocasión de trabar conocimiento con las cercanías de Iquitos, que eran bellísimas. Los muchachos irían de cazadores; pero no de esos cazadores que dejan a sus compañeros por seguir la caza (Manuel, sobre todo, pensaba así), y las jóvenes, porque Lina no podía separarse de su señora, irían de simples paseantes, a las que una excursión de dos o tres leguas no podía espantar.

Ni Juan Garral, ni Yaquita, tenían tiempo de acompañarles. Por una parte, el plan de la jangada no estaba terminado todavía, y no debía su construcción sufrir el más mínimo retraso. Y, por otro lado, Yaquita y Cibeles, aunque secundadas por todo el personal de la hacienda, tampoco tenían un momento que perder.

Minha aceptó el ofrecimiento con gran placer. Así, aquel día, cerca de las once, y después del desayuno, los cuatro jóvenes fueron al ribazo del ángulo de la confluencia de los dos ríos. Uno de los negros les acompañaba y todos se embarcaron en una de las *ubas* destinadas al servicio de la quinta, y después de pasar entre las islas Iquitos y Parianta, llegaron a la orilla derecha del Amazonas.

La embarcación se acercó a un emparrado de magníficos helechos arborescentes, que estaban coronados, a una altura de treinta pies, por una especie de aureola, formada de ligeras ramas de verde aterciopelado, de hojas festoneadas de un fino encaje vegetal.

—Y ahora, Manuel —dijo la joven—, a mí me corresponde haceros los honores del bosque, a vos que no sois más que un extranjero en estas regiones del Alto Amazonas. Estamos en nuestros dominios, y espero me dejaréis cumplir mis obligaciones de dueña de casa.

—Querida Minha —le contestó el joven—: Vos no seréis menos ama de casa en nuestra ciudad de Iquitos, y allí abajo, como aquí...

—¡Ea, eh, Manuel, y tú, hermana mía! —exclamó Benito—. Yo creo que no habréis venido aquí para cambiar tiernas expresiones. Olvidad por algunas horas que sois prometidos.

—Ni por una hora, ni por un momento —replicó Manuel.

—No obstante, si Minha te lo ordena...

—Minha no me lo ordenará.

—¿Quién sabe! —dijo Lina riendo.

—Lina tiene razón —respondió Minha tendiendo la mano a Manuel—. ¡Procuremos olvidar, olvidemos; mi hermano lo exige; todo está roto, todo! Mientras que dure este paseo, nosotros no somos prometidos. ¡Ni soy la hermana de Benito ni vos su amigo!

—¡Bravo, bravo! Aquí no hay más que extraños —gritó la joven mulata palmoteando.

—Extraños que se ven por primera vez —añadió la joven—; que se encuentran, se saludan.

—¡Señorita! —dijo Manuel, inclinándose.

—¿A quién tengo el honor de hablar, caballero? —preguntó la joven con la mayor serenidad.

—A Manuel Valdés, que se conceptuará feliz si vuestro señor hermano tiene a bien presentarle.

—¡Al diablo estos malditos cumplidos! —gritó Benito—. Y con él la mala idea que he tenido. ¡Sed los prometidos, amigos míos; sedlo cuanto tiempo os plazca; por mí, toda la vida!

—¡Siempre! —dejó escapar Minha tan naturalmente, que hizo redoblar la carcajada de Lina.

Una mirada de reconocimiento de Manuel recompensó a la joven de la imprudencia cometida.

—Si andamos, no hablaremos tanto. ¡Andando, pues! —dijo Benito para sacar a su hermana del apuro. Pero Minha no se encontraba apurada.

—Un instante, hermano —dijo ella—. Lo has querido, y obedecí. Querías obligarnos a que nos ignorásemos Manuel y yo, por no estropear tu paseo. Pues bien, yo, a mi vez, pido un sacrificio para no echar a perder el mío. Tanto si te place como si no, tú, Benito, en persona, vas a prometerme olvidar...

—¿Olvidar qué?

—Que eres cazador, señor hermano.

—Es decir que me prohibes...

—Te prohibo tirar a estos hermosos pájaros, papagayos, cotorras y caciques, que vuelan tan alegremente por el bosque. La misma prohibición impongo para la caza menor, que no debemos buscar hoy. Si alguna onza, jaguar o fiera semejante se aproximase muy cerca, entonces...

—Pero...

—Si no accedes, tomo el brazo de Manuel y nos escapamos, nos perdemos y te verás obligado a correr tras de nosotros.

—Me parece que tienes ganas de que yo rehuse —dijo Benito, mirando a su amigo Manuel.

—¡Ya lo creo...! —respondió el joven.

—Pues bien —condescendió Benito—; no rehuso; obedeceré para que tú rabies. ¡En marcha!

Y allá fueron los cuatro, seguidos del negro, a internarse bajo aquellos hermosos árboles, cuyo espeso follaje impedía a los rayos del sol penetrar hasta la tierra.

Espectáculo magnífico el de aquella parte de la ribera derecha del Amazonas. Allí, en pintoresca confusión, se elevaban tantos árboles diversos, que en el espacio de un cuarto de legua cuadrada se pueden contar hasta cien variedades de aquellos maravillosos vegetales. Además, un presidente de bosque (1) hubiese con facilidad reconocido que jamás el leñador había empleado allí el hacha, pues aun tras un siglo de desmonte, los cortes hubieran sido visibles.

(1) Fué un antiguo empleado que hubo en Flandes y en Francia, que cuidaba de la conservación y fomento de los bosques y distribución de las aguas.

Los nuevos árboles, aun cuando tuvieran ya cien años de existencia, hubieran diferido completamente de su primitivo aspecto, a causa de los bejucos y otras plantas parásitas, cuya especie hubiera variado. Esto es allí un síntoma curioso, y a la vista del cual un indígena no hubiera podido equivocarse.

El pequeño grupo se deslizaba, pues, entre las altas hierbas, cruzando las malezas y los tallares, charlando y riendo. Delante iba el negro, que, con su sable corvo, trabajaba abriendo camino cuando las matas silvestres eran muy espesas, y hacía huir a millares de pájaros.

Minha tenía razón al interceder por todo aquel pequeño mundo alado que revoloteaba en el alto follaje. Allí estaban los más hermosos representantes de la ornitología tropical. Los papagayos verdes y las cotorras vocingleras parecían ser los frutos naturales de aquellas gigantescas especies. Los colibríes en todas sus variedades, barbazules y *tisauras* de largas colas en forma de tijeras, parecían otras tantas flores arrancadas y que el viento llevaba de una rama a otra. Mirtos de plumaje color naranja, bordado de listas oscuras; becafigos dorados, *sabios*, negros como los cuervos, se reunían con un atronador concierto de silbidos. El largo pico de la picaza del Brasil partía los racimos de oro de los *guiriguíes*, y el pájaro carpintero brasileño sacudía su pequeña cabeza, moteada de puntos de color de púrpura. Aquello era un encanto de la vista.

Pero toda aquella gente se callaba y se escondía cuando en la cima de los árboles se oía el chirrido, semejante al de una veleta mohosa, del *alma degato*, especie de gavián de color leonado claro. Si se cernía en los aires, desplegando fieramente las largas plumas de su cola, huía cobardemente a su vez cuando aparecía en las zonas superiores el *gaviao*, gran águila de cabeza blanca como la nieve, el terror de los habitantes alados del bosque.

Minha hacía notar a Manuel aquellas maravillas naturales, que él no había podido encontrar en su sencillez primitiva en el centro de las provincias civilizadas del Este. Manuel escuchaba a la joven más con los ojos que con el oído. Por otra parte, los gritos y los cantos de aquellos millares de pájaros eran tan penetrantes alguna vez, que no le dejaban oír. Sólo la risa aguda de Lina tenía sobrada intensidad para dominar con su alegre nota los cloqueos, silbidos y arrullos de toda especie.

Al cabo de una hora, no se había andado más de dos kilómetros. En cuanto se apartaban de la orilla, los árboles tomaban otro aspecto. La vida animal no se manifestaba en la superficie de la tierra más que a la altura de sesenta u ochenta pies, por el paso de bandadas de monos, que se perseguían por medio de las altas ramas. Aquí y allá, algunos conos de rayos solares penetraban hasta el bajo bosque. En verdad, la luz en estos bosques tropicales no parece ser un agente indispensable para la vida. El aire basta para el desarrollo de aquellos vegetales, grandes o pequeños, árboles o plantas, y todo el calor necesario para la dilatación de su savia la sacan ellos, no del ambiente de la atmósfera, sino del mismo seno del suelo, donde se almacena, semejante a un grandioso invernadero.

Y en la superficie de las bromelias, de las lenguas de víbora, de la hierba abejera, de los cactus y de todos aquellos parásitos, en fin, que forman un pequeño bosque sobre el grande,

¡qué de maravillosos insectos! Está uno tentado de cogerlos como si fuesen diminutas flores. Néstores con las alas azules, que parecen hechos de un muaré tornasolado; mariposas *leilus*, de reflejos de oro; cebras de franjas verdes; falenas agripinas, de diez pulgadas de largo, con hojas por alas; abejas *maribundas*, especie de esmeraldas vivas, engarzadas en una armadura de oro; después, legiones de coleópteros lampires o piriformes; valagumes de coselete bronceado y élitros verdes, lanzan una luz de tono amarillento por los ojos y, al llegar la noche, iluminan el bosque con sus destellos multicolores.

—¡Qué de maravillas! —repetía la entusiasta Minha.

—Estás en tu casa, Minha; así al menos lo has dicho, y mira cómo hablas de tus riquezas —apuntó Benito.

—Búrlate, hermanito —respondió Minha—. A mí me está permitido alabar las cosas cuando son bellas. ¿No es esto, Manuel? Proceden de la mano de Dios y pertenecen a todo el mundo.

—Dejad reír a Benito —dijo Manuel—. Disimula, pero es poeta a ratos, y admira tanto como nosotros todas esas bellezas naturales. Solamente que, cuando tiene un fusil bajo el brazo, adiós a la poesía.

—¡Sé poeta, pues, hermano! —le pidió la joven.

—¡Voy a serlo! —aseguró Benito—. ¡Oh, naturaleza encantadora, sublime...!

Hay que convenir, no obstante, que Minha, al prohibir a su hermano el uso de su fusil, le había impuesto una verdadera privación. La caza no faltaba en el bosque, y tenía motivos para sentir formalmente desperdiciar algunos buenos tiros.

En efecto, en las partes menos frondosas y donde se abrían anchos claros, aparecían algunas parejas de avestruces, de la especie de los *ñandús*, altos de cuatro a cinco pies, que iban acompañados de sus inseparables *seriemas*, una clase de pavos infinitamente mejores, desde el punto de vista comestible, que los grandes volátiles a quienes escoltaban.

—¡He ahí lo que me cuesta mi maldita promesa! —gruñía Benito, poniendo bajo el brazo, a un gesto de su hermana, el fusil que, sin darse cuenta, iba a apoyar en el hombro.

—Hay que respetar esos *seriemas* —decía Manuel—, porque son grandes destructores de serpientes.

—Como que hay que respetar las serpientes —replicó Benito—, porque éstas devoran los insectos dañinos, y a éstos también, porque viven de pulgones, más dañinos todavía, ¡pensando así, hay que respetarlo todo!

Pero el instinto del joven cazador hallábase expuesto a muy rudas pruebas. El bosque mostrábase por todas partes muy abundante en caza. Ciervos ligeros, esbeltos corzos, huían por la floresta y en verdad que una bala bien dirigida les hubiera detenido en su carrera. Luego, aquí y allá, aparecían pavos de plumaje color café con leche; los saínos, especie de cerdos salvajes, tan estimados de los aficionados a la carne montesina, agutíes, que son los similares de los conejos y liebres en la América meridional, y armadillos de conchas escamosas dibujadas como un mosaico.

Y, en efecto, Benito mostraba más que virtud, un verdadero heroísmo, cuando veía algún tapir, de esos que son llamados *antas* en el Brasil; diminutos elefantes, que ya casi no se encuentran en las riberas de Alto Amazonas y sus afluentes; paquidermos tan buscados por los cazadores a causa de su rareza, y tan apreciados por los gastrónomos por su carne, superior a la del buey, y, sobre todo, por la protuberancia de su nuca, que es un bocado de gourmet.

El fusil quemaba los dedos del joven; pero, fiel a su palabra, no lo utilizaba. Le previno a su hermana que el golpe partiría a pesar suyo, si se encontrase a tiro de un *tamandoa assa*, especie de gran oso hormiguero, muy curioso, y que puede ser considerado como un ejemplar soberbio en los anales cinegéticos.

Pero por buena fortuna no apareció el gran oso hormiguero, como tampoco aquellas panteras, leopardos, jaguares, guepardos, conocidos indistintamente con el nombre de onzas en la América del Sur, y a los que no se les debe dejar que se aproximen demasiado.

—En fin —exclamó Benito, al detenerse un instante—; está muy bien pasearse; pero pasearse sin objeto...

—¡Sin objeto...! —respondió su hermana—. Sí, tenemos objeto; ver, admirar y visitar por última vez estos bosques de la América central, que no hallaremos en Pará, y despedirnos de ellos.

—¡Ah...! ¡Una idea!

La que decía esto era Lina.

—¡Una idea de Lina no podrá ser más que una idea loca! —aseguró Benito, meneando dubitativamente la cabeza.

—Haces muy mal, hermano mío —corrigió Minha—, en burlarte de Lina, cuando precisamente ella está buscando dar a nuestro paseo el objeto que tanto sientes tú que no tenga.

—Y tanto más, señor Benito, cuando estoy segura que mi idea ha de agradaros —agregó la joven mulata.

—¿Cuál es tu idea? —inquirió Minha.

—¿Veis este bejuco?

Y Lina señaló una de esas trepadoras de la especie de los *cipos*, arrollada a una gigantesca mimosa sensitiva, cuyas hojas, ligeras como plumas, se cierran al menor choque con ellas.

—¿Qué pasa con ello? —indagó Benito.

—Pues propongo —contestó Lina— que todos sigamos este bejuco hasta su extremidad.

—¡Buena idea, en verdad! —reconoció el joven Garral—. Seguir este bejuco, cualesquiera que sean los obstáculos, espesuras, talleres, rocas, arroyos, torrentes; no detenerse por nada; pasar aunque...

—Decididamente, tenías razón, hermano —exclamó, riendo, Minha—. ¡Sigamos ese bejuco!

—¿No teméis nada? —hizo observar Manuel.

—¿Aún más objeciones? —saltó Benito—. ¡Ah! Manuel, no hablarías así y ya estarías en marcha, si Minha te esperase al final de ese bejuco.

—Bueno, me callo. No digo nada y obedezco. ¡Sigamos el bejuco...!

Y partieron gozosos como niños en vacaciones.

Aquel filamento vegetal podía llevarlos muy lejos, si se empeñaban en seguirle hasta su extremidad, como otro hilo de Ariadna; con la diferencia que el hilo de la heredera de Minos ayudaba a salir del laberinto, y el de que aquí se trata no podía menos de extraviarlos más.

Aquel era, en efecto, un bejuco de la familia de las salsas; uno de esos cipos conocidos

bajo el nombre de *japicanga roja*, que suele medir a veces varios kilómetros de longitud. Mas, después de todo, el honor no estaba menos comprometido en el negocio.

El cipo pasaba de un árbol a otro, sin solución de continuidad, tan pronto arrollándose a los troncos, como formando una guirnalda entre las ramas; aquí saltando de un almendro a un palisandro; allí de un gigantesco castaño, el *bertholletia excelsa*, a algunas de aquellas palmeras productoras de vino, aquellos *bacabas*, cuyas ramas se han comparado por Agassiz a largas varillas de coral matizadas de verde. Después estaban los *tucumas*, aquellos ficus, caprichosamente contorsionados como olivos centenarios, y de los cuales no se cuentan menos de cuarenta y tres variedades en el Brasil; allí estaban las especies de euforbiáceas que producen el caucho, los *gualtos*, hermosas palmeras de liso tronco, fino y elegante; los árboles del cacao, que crecen espontáneamente en las riberas del Alto Amazonas y sus afluentes, y los melitomos variados, los unos con flores rosadas, y los otros adornados de espigas de bayas blanquecinas.

Mas, ¡qué de paradas, qué de gritos de decepción, cuando la alegre banda creía haber perdido el hilo conductor...! Procedíase a buscarle entre la espesura y el montón de plantas parásitas.

—¡Allí, allí...! —gritaba Lina—. ¡Allí le veo!

—Te equivocas —respondió Minha—. No es ese, sino un bejuco de otra especie muy distinta.

¡Que no; Lina tiene razón! —porfió Benito.

—¡No! Lina tiene la culpa —contestó Manuel.

Con esto surgían disensiones, en las que nadie quería ceder.

Entonces, el negro por un lado y Benito por otro, subían a los árboles y trepaban a las ramas enlazadas por el bejuco a fin de tomar la verdadera dirección.

Pero nada más difícil de conseguir entre aquella mezcla de espesuras donde serpenteaba el bejuco, entre bromelias *karatas*, armadas de sus punzantes espinas, de orquídeas con flores rosas y las labelas de color violeta, anchas como un guante, y de *oncidiums* más enredados que una madeja de lana entre las patas de un gatito juguetón.

Y después, cuando el bejuco volvía a bajar al suelo, ¡qué dificultad para tomarlo bajo los macizos grupos de licopodios, helicondas de grandes hojas, calandrias de rosadas mazorcas, rhipsalas que la cercaban como la armadura de un hilo de carrete eléctrico, entre los nudos

de grandes hipomeraos blancos, bajo las cañas de veinilla y en medio de aquella confusión de pasionarias chabaccas, viñaloca y sarmientos...

Y cuando se había vuelto a encontrar el cipo, ¡qué gritos de alegría y cómo se volvía a continuar el paseo un momento interrumpido...!

Al cabo de una hora, los jóvenes estaban lo mismo, y nada hacía esperar que estuviesen cerca de llegar al famoso cabo.

Seguía con empeño el bejuco; pero éste no cedía, y los pájaros volaban a centenares, y los monos saltaban de un árbol a otro como para enseñar el camino a los despistados.

¿Interrumpía el paso una maleza? El cuchillo de talar hacía un boquete, y toda la banda se introducía por él. O bien, si era una alta roca tapizada de verde, donde el bejuco se extendía como una serpiente, entonces se subían a ella y se franqueaba el obstáculo.

De pronto, se hallaron en un ancho claro; allí, entre el aire libre, que le es tan necesario como la luz del sol, se mostraba solitario el árbol de los trópicos por excelencia, el que, según la observación de Humboldt, ha acompañado al hombre en la infancia de su civilización, el gran nutridor del habitante de las zonas tórridas; un plátano. El largo festón del cipo, arrollado en sus altas ramas, se igualaba así de un extremo a otro del claro, y se introducía de nuevo en el bosque.

—¿Nos detenemos por fin? —inquirió Manuel.

—No, y mil veces no —declaró Benito—. Adelante, hasta encontrar el extremo de este bejuco.

—Sin embargo —objetó Minha—, pronto será tiempo de pensar en la vuelta.

—¡No, querida señora! ¡Sigamos un poco más! —pidió Lina.

—¿Cómo un poco? ¡Hasta el fin! —añadió Benito.

Y los aturdidos se internaron de nuevo profundamente en el bosque, que, más claro entonces, les permitía avanzar con menos dificultad.

Además, el cipo desviábase al Norte y tendía a volver hacia el río, habiendo entonces menos inconvenientes para seguirle, puesto que se aproximaba a la orilla derecha, por la que sería fácil subir en seguida.

Un cuarto de hora después, en el fondo de una quebrada y delante de un pequeño afluente del Amazonas, detuviéronse todos. Pero un puente hecho de bejucos, unidos entre si por una red de ramaje, atravesaba aquel arroyo. El cipo, dividiéndose en dos filamentos, le servía de barandilla y pasaba así de una orilla a otra.

Benito, siempre delante, se había ya lanzado sobre el suelo de aquel camino vegetal.

Manuel quiso detener a la joven.

—Quedaos, quedaos, Minha —le pidió—. Benito irá más lejos si quiere; pero nosotros le esperaremos aquí.

—No, venid, venid, querida señora, venid —gritó Lina—. ¡El bejuco se adelgaza; vamos a llegar a su extremo!

—¡Son dos niños! —dijo Minha—. Venid, querido Manuel; será bueno seguirles.

Y todos atravesaron el puente que se balanceaba encima de la quebrada como un columpio, internándose de nuevo bajo las copas de los grandes árboles.

Pero habrían andado unos diez minutos siguiendo el interminable bejuco en dirección al río, cuando todos se detuvieron, y esta vez no sin motivo.

—¿Esto es que por fin hemos llegado al final? —preguntó Minha.

—No —respondió Benito—; pero haremos bien en no avanzar sino con suma prudencia... ¡Fíjate!

Y Benito señaló el cipo, que, perdido entre las ramas de un alto ficus, se agitaba con violentas sacudidas.

—¿Qué motivará esto? —inquirió.

—Quizá algún animal al que no conviene acercarse sin cautela.

Y Benito, armando su fusil, hizo seña de que le dejaran marchar y se adelantó unos diez pasos.

Manuel, las dos jóvenes y el negro, permanecieron inmóviles en el mismo sitio.

De repente, Benito lanzó un grito y se abalanzó hacia un árbol. Todos le siguieron en

aquella dirección.

¡Espectáculo inesperado y nada a propósito para recrear la vista!

Un hombre colgaba atado por el cuello al extremo de aquel bejuco, flexible como una cuerda, y al que había hecho un nudo corredizo. Las sacudidas procedían de los movimientos que hacía aún en las últimas convulsiones de la agonía.

Pero Benito se había lanzado sobre el desgraciado, cortando el cipo con su cuchillo de monte.

El ahorcado cayó al suelo, y Manuel se inclinó sobre él, a fin de auxiliarle y volverle a la vida si no era demasiado tarde.

—¡Pobre hombre...! —murmuraba Minha tristemente.

—¡Señor Manuel, señor Manuel! —gritó Lina—. Todavía respira, su corazón late...
¡Haced por salvarle!

—Ese es mi deseo —afirmó Manuel—, y creo que llegaremos a conseguirlo.

El ahorcado era un hombre de unos treinta años de edad; un blanco muy mal vestido, muy flaco.

A sus pies había una calabaza vacía, tirada en el suelo, y un boliche de madera, cuya bola figuraba una cabeza de tortuga, y estaba sujeta por medio de una hebra fibrosa.

—¡Ahorcarse, ahorcarse, y tan joven! —repetía Lina.

Pero los cuidados de Manuel no tardaron en volver a la vida a aquel pobre diablo, que abrió los ojos, lanzando luego un «¡hum!» tan inesperado, que Lina, asustada, respondió a aquel grito con otro.

—¿Quién sois, amigo mío? —le preguntó Benito.

—Un ex ahorcado, según veo.

—Pero, ¿vuestro nombre?

—Esperad un poco, que me acuerde —dijo el infeliz, pasándose la mano por la frente—. Me llamo Fragoso, para serviros, y todavía soy capaz de afeitáros, peinaros y componeros,

de acuerdo con todas las reglas de mi arte, porque yo soy un barbero, o, por mejor decir, el más desesperado de los Fígaros.

—¿Y cómo habéis podido intentar...?

—¡Bah...! ¿Qué queréis, mi buen señor? —respondió, sonriendo, Fragoso—. Un momento de desesperación, que hubiera sentido mucho luego, si hay sentimientos en el otro mundo. Mas teniendo que recorrer ochocientas leguas de camino y sin una moneda en el bolsillo, esto no era para dar ánimo. Desde luego, había perdido el valor.

Aquel buen Fragoso tenía una buena y agradable figura, y a medida que iba reponiéndose, se comprendía que su carácter debía ser alegre. Era uno de esos barberos ambulantes que corren las riberas del Alto Amazonas, andando de aldea en aldea y poniendo los recursos de su oficio al servicio de los negros, negras, indios e indias, que les aprecian mucho.

Pero el pobre Fígaro, bien abandonado, bien miserable, no había comido hacía cuarenta y ocho horas, y extraviado en aquel bosque, había, por un momento, perdido la cabeza; lo demás ya se sabe. —Amigo mío —le dijo Benito—, vais a venir con nosotros a la hacienda de Iquitos.

—¡Con mucho gusto! —respondió Fragoso—. ¡Me habéis descolgado y os pertenezco! Si no, no haberme descolgado.

—Y bien, amita querida ...—exclamó Lina—, ¿hicimos bien en continuar nuestro paseo?

—¡Ya lo creo! —declaró la joven.

—¡En verdad, —intervino Benito— que jamás hubiera creído que acabaríamos por encontrar un hombre al extremo de nuestro ramal!

—¡Y, sobre todo, un barbero en tal apuro! —contestó Fragoso.

El pobre diablo, recobrado ya por completo, fue puesto al corriente de lo que había sucedido. Con el mayor calor dio las gracias a Lina por la feliz ocurrencia que le diera de seguir aquella rama. Luego todos tomaron el camino de la hacienda, donde Fragoso fue acogido de tal manera, que se le quitaron hasta las más remotas intenciones, si aún las hubiera tenido, de repetir su desesperado intento de quitarse la vida.

CAPÍTULO VIII

LA JANGADA

La media milla cuadrada de bosque había sido derribada. Los carpinteros eran ahora quienes tenían el cuidado de colocar, a todo lo largo y en forma de balsa, los antiquísimos árboles que aparecían tendidos en la explanada que había junto al río y ya despojados de sus ramas.

Esta tarea era realmente fácil. Bajo la dirección de Juan Garral, los indios empleados en la hacienda habían desplegado toda su habilidad, que resultaba prodigiosa. En efecto, cuando se trata de obras de albañilería o de carpintería marítima, aquellos indígenas resultan, sin disputa, admirables obreros. Sin más que un hacha y una sierra, trabajan sobre maderas tan duras, que el corte de su herramienta llega a mellarse y, no obstante, troncos que resultan imposibles de escuadrar, viguetas que no se sacarían de aquellos enormes troncos, y tablas y tablones que no sería posible aserrarlos sin el auxilio de un aparato mecánico, todo es realizado por ellos fácilmente con su mano diestra, paciente y dotada de una prodigiosa habilidad natural.

Los árboles, una vez arreglados, no habían sido lanzados ni mucho menos al lecho del río. Todo aquel montón de troncos fue simétricamente colocado sobre una ancha playa plana que él había hecho rebajar todavía más, en la confluencia del Nanay y del gran río. Allí era donde la jangada debía ser construida, y allí donde el Amazonas, en su crecida, se encargaría de ponerla a flote cuando llegase el momento de mandarla a su destino.

Diremos aquí una palabra explicativa, acerca de la disposición geográfica de aquel inmenso caudal de agua, que es único entre todos, y a propósito de un singular fenómeno, que los ribereños habían podido justificar *de vista*.

Los dos ríos, que quizá sean más extensos que la gran arteria brasileña, o sea el Nilo y el Missouri-Mississippi, corren, el uno del Sur al Norte sobre el continente africano, y el otro del Norte al Sur a través de América septentrional. Ambos atraviesan, pues, territorios muy variados en latitud, y, por consiguiente, están sujetos a muy distintos climas.

El Amazonas, por el contrario, corre casi por completo, o al menos desde el punto donde se desvía ostensiblemente hacia el Este en la frontera del Ecuador y del Perú, entre el cuarto y el segundo paralelo Sur. Así, aquella inmensa cuenca se halla bajo la influencia de las mismas condiciones climáticas .

De esto provienen dos estaciones distintas, durante las cuales caen las lluvias con una diferencia de seis meses. En el Norte del Brasil es por setiembre cuando se produce el período lluvioso. En el Sur, al contrario, es en marzo. Y por consecuencia de esto, los afluentes de la derecha y de la izquierda ven crecer sus aguas con medio año de intervalo. Resulta, pues, de esta alternativa, que el nivel del Amazonas, después de haber llegado al máximo de su elevación en junio, decrece sucesivamente hasta octubre.

Esto es lo que Juan Garral sabía por experiencia, y éste era el fenómeno de que intentaba aprovecharse para botar al agua la jangada, después de haberla construido cómodamente a la orilla del río. En efecto, por arriba o por abajo del nivel medio del Amazonas, puede subir el máximo hasta cuarenta pies, y el mínimo bajar hasta treinta. Tal diferencia daba, pues, al hacendado toda su facilidad para obrar sin error en su cálculo.

La construcción se principió sin demora. Sobre la ancha explanada, los grandes troncos fueron colocados de acuerdo con su grueso y su grado de flotabilidad, cosa ésta que había que tener en cuenta. En efecto, en aquellos maderos pesados se encontraba, con corta diferencia, la densidad específica igual con la densidad del agua.

La primera hilada no debía ser construida de troncos unidos. Se dejaba entre ellos un pequeño espacio y se unían por medio de viguetas transversales, que aseguraban la solidez de la unión. Cables de *piagaba* los aseguraban de un lado a otro con tanta solidez como un cable de cáñamo. Aquella materia, que se hace de filamento de cierta palmera, muy abundante en las orillas del río, es generalmente usada en el país. El *piagaba* flota, resiste a la inmersión y se fabrica muy barato, razones que han hecho de él un artículo estimable, admitido ya en el comercio del Viejo Mundo.

Sobre aquella doble fila de troncos y de viguetas se colocaban las tablas y los tablones que debían formar el pavimento de la jangada, que se elevaba treinta pulgadas por encima de la línea de flotación. Había allí una cantidad considerable, lo cual se concibe sin trabajo, teniendo en cuenta que aquel tren de maderas medía doscientos ochenta metros de largo por diecisiete de ancho. En realidad, era un bosque entero el que se iba a entregar al Amazonas.

Aquellos trabajos de construcción estaban hechos bajo la dirección de Juan Garral; mas cuando estuvieron concluidos, la cuestión del arreglo, puesto en la orden del día, fue sometida a la discusión de todos, a la cual se invitó también al valiente Frágoso.

Una palabra solamente para explicar cuál había llegado a ser su nueva situación en la granja.

Nunca, hasta el día que fue recogido por la hospitalaria familia, el barbero se había encontrado tan feliz. Juan Garral le había ofrecido conducirlo a Pará, hacia donde se dirigía,

cuando aquel bejuco, según decía él, le había cogido por el cuello y detenido limpiamente. Fragoso había aceptado agradecido de todo corazón, y desde entonces y por gratitud, procuraba hacerse útil de mil modos. Era, por otra parte, un mozo inteligente, y a quien se podría llamar un hombre de dos manos derechas; es decir, que era apto para hacerlo todo y hacerlo bien. Alegre como Lina, siempre cantando y fecundo en dichos prontos y agudos, no había tardado en ser querido de todos.

Pero con la joven mulata era con quien decía tener una deuda enorme.

—Fue una famosa idea la que tuvisteis, señorita Lina —repetía sin cesar—, de jugar a la *rama conductora*. En verdad, lo repito, es un bonito juego, aunque ciertamente no siempre se encuentra a un pobre diablo de barbero al extremo de ella.

—Aquello fue la casualidad, señor Fragoso —repetía Lina, riendo—; yo os aseguro que nada me debéis.

—¡Cómo nada! Os debo la vida, y pido que se prolongue cien años, para que mi gratitud sea más duradera. Ved; mi vocación no era la de ser ahorcado. Si ensayé hacerlo, fue por necesidad. Lo cierto era que prefería aquello a morir de hambre y a servir, antes de estar muerto del todo, de pasto a las fieras. Así, aquella cuerda es un lazo entre nosotros.

La conversación continuaba, por lo regular, en un tono festivo. En el fondo, Fragoso estaba muy reconocido a la joven mulata por haber tomado la iniciativa de su salvación, y Lina no era insensible a los testimonios de aquel bravo mozo, tan sencillito, tan franco y tan bien parecido como ella. La amistad iniciada no dejaba de motivar algunos alegres comentarios.

Volvamos, pues, a la jangada. Después de la discusión, fue acordado que la instalación sería tan completa y tan cómoda como fuese posible, puesto que el viaje debía durar algunos meses. La familia Garral estaba compuesta del padre, la madre, la hija, Benito, Manuel y sus sirvientas Cibeles y Lina, que debían ocupar una habitación aparte. A esta pequeña población hay que añadir cuarenta indios, cuarenta negros, Fragoso y el piloto a quien sería confiada la dirección de la jangada.

Un personal tan numeroso no era más que lo estrictamente suficiente para el servicio de a bordo. En efecto, tratábase de navegar en medio de las revueltas del río, entre aquellos centenares de islas y de islotes que embarazan el paso. Si la corriente del Amazonas suministraba el motor, no imprimía la dirección, y de aquí la necesidad de aquellos ciento sesenta brazos, necesarios para el manejo de largos bicheros destinados a mantener el grandioso tren de madera a igual distancia de ambas orillas.

Desde luego, se trató de construir la casa del amo en la parte posterior de la jangada. Dispúsose de modo que contuviese cinco cuartos y un gran comedor. Uno de estos cuartos era para Juan Garral y su mujer; el otro, que estaba inmediato al de sus señores, para Lina y Cibeles, y el tercero para Benito y Manuel. La joven novia tendría un cuarto aparte, que no sería el menos cómodamente dispuesto.

Aquella habitación fue cuidadosamente construida con anchas tablas bien impregnadas de resina fundida, lo cual debía hacerlas impenetrables al agua, y además serían perfectamente calafateadas. Ventanas laterales y ventanas de fachada las iluminaban. En la parte anterior estaba la puerta de entrada, que daba paso a la sala común. Una ligera galería cubierta, que protegía la parte anterior contra la acción directa de los rayos del sol, descansaba sólidamente sobre rectos y esbeltos bambúes.

Todo había sido pintado de ocre, que despedía el calor en lugar de absorberlo y producía en el interior una temperatura media.

Pero cuando la *gran obra*, como se decía, estuvo terminada, según los planes de Juan Garral, Minha intervino diciendo:

—Padre; ahora que, por tus cuidados, tenemos paredes y techo, queremos que nos permitas arreglar esta habitación a nuestro gusto. Lo de fuera te pertenece, pero lo de adentro es para nosotras. Mi madre y yo queremos que sea como si la casa de la hacienda de Iquitos nos siguiera en el viaje, a fin de que puedas figurarte que no has salido de ella.

—Obra a tu gusto, Minha —le dijo Garral, sonriendo con aquella triste sonrisa que algunas veces aparecía en sus labios.

—Será muy hermoso.

—Me contento con que se vea buen gusto, querida hija.

—Será un honor, padre —dijo Minha—, y será digno del hermoso país que vamos a atravesar, ese país que es el nuestro y en el que tú vas a entrar de nuevo, tras tantos años de ausencia.

—Sí, Minha, sí —contestó Juan—; esto va a ser como si volviéramos de un destierro voluntario... Haz, pues, hija mía, todo lo que quieras. Apruebo, desde luego, lo que ejecutes.

A la joven y a Lina, a las cuales se unieron de buena gana Manuel por una parte y Fragoso por otra, correspondía el cuidado de adornar el interior de la casa. Con un poco de imaginación y de gusto artístico, debían llegar a hacer muy bien las cosas.

Dentro, desde luego, tuvieron colocación, como es natural, los más bonitos muebles de la hacienda, los que serían vueltos a enviar después de la llegada a Pará, por medio de cualquier *igaritea* del Amazonas.

Mesas, sillas de bambú, canapés de caña, rinconeras de madera esculpida, todo lo que constituye el vistoso mobiliario de una habitación de la zona tropical, fue colocado con mucho gusto en la casa flotante. Se conocía bien, sin contar la colaboración de los dos jóvenes, que la mano de las mujeres había dirigido aquella colocación. Y no vaya a creerse que las paredes de madera quedaron desnudas, no. Las paredes estaban ocultas bajo colgaduras del más vistoso aspecto. Estas colgaduras, hechas de preciosas cortezas de árboles, por ejemplo, del *tuturis*, se levantaban en anchos pliegues, como el brocado y el damasco más suave y las más ricas telas del moblaje moderno. Sobre el suelo de las habitaciones, pieles de jaguar notablemente labradas, y espesas pieles de monos, ofrecían a los pies una delicada y suave alfombra. Algunas ligeras cortinas de la seda rojiza que produce el *suma-una*, pendían de las ventanas. En cuanto a las camas, cubiertas con sus mosquiteros, almohadas, colchones y cojines estaban llenos de esa sustancia fresca y elástica que se extrae del *bombax* en la alta cuenca del Amazonas.

Y luego, por todas partes, sobre las rinconeras, sobre las consolas, esas bonitas bagatelas traídas de Rio Janeiro o de Belem, que eran mayormente preciosas para la joven, cuanto que eran regalo de Manuel. ¿Qué cosa más agradable a la vista que aquellos objetos, regalos de una mano querida y que tanto hablan sin decir nada?

En pocos días, el interior estuvo enteramente arreglado de modo que se creería estar en la misma casa de la hacienda, y no se hubiera deseado otra para vivir sedentariamente bajo algún hermoso bosquecillo de árboles, a la orilla de una corriente de agua viva. Mientras bajase entre las orillas del gran río, no desmerecería de los pintorescos lugares que iban a desfilar por ambos lados.

Aún hay que añadir que aquella casa no agradaba menos a la vista por fuera que por dentro. En efecto, en la parte exterior, los dos jóvenes habían rivalizado en gusto e imaginación. La casa estaba literalmente cubierta de follaje, desde el basamento hasta el último arabesco del techo. Aquello era un cúmulo de orquídeas, de bromelias y plantas trepadoras, todas en flor, plantadas en cajones de tierra vegetal. El tronco de una mimosa o de un ficus no se hubiera visto cubierto de un adorno más *tropicalmente* brillante. ¡Qué de caprichosos ramajes; qué de rubelias rojas; de pámpanos amarillos de oro; qué de racimos multicolores, de sarmientos entrelazados sobre las curvas que sostenían la extremidad del techo, sobre los arcos del mismo y las bóvedas de las puertas! Todo esto se había tomado a manos llenas de los bosques inmediatos a la hacienda. Un bejuco larguísimo unía entre sí todos aquellos parásitos, dando muchas veces vuelta a la habitación, enganchándose a todos los ángulos, formando guirnalda en las partes salientes del edificio, bifurcándose y echando

a diestro y siniestro sus fantásticas ramillas, no dejando ver casi nada de la habitación, que parecía estar oculta bajo un inmenso matorral de flores.

Por una atención delicada, y cuyo autor se reconocía fácilmente, el extremo de aquel cipo se desplegaba en la ventana misma de la joven mulata. Se habría dicho que aquel largo brazo le ofrecía un ramillete de flores, siempre frescas, a través de la persiana.

En suma, todo aquello estaba encantador. Inútil es decir si Yaquita, su hija y Lina estarían contentas.

—A poco que lo hubierais querido —dijo Benito—, plantamos árboles sobre la jangada.

—¡Árboles! —exclamó Minha.

—¿Y por qué no? —contestó Manuel—. Transplantados con buena tierra sobre esta sólida plataforma, estoy seguro que prosperarían; tanto mejor cuanto que no había que temer por ellos el cambio de clima, puesto que el Amazonas corre invariablemente bajo el mismo paralelo.

—Y, fuera de esto —dijo Benito—, ¿no se lleva todos los días el agua islotes de hierbas que arranca de los ribazos de las islas del mismo río? ¿No los vemos pasar con sus árboles, sus bosquecillos, sus malezas y praderas, para ir a perderse en el Atlántico, a ochocientas leguas de aquí? ¿Por qué, pues, nuestra jangada no habrá de transformarse en un bellissimo jardín flotante?

—¿Deseáis un bosque, señorita Lina? —preguntó Fragoso, que estaba dispuesto a todo por complacerla.

—Sí, quiero un bosque —exclamó la joven mulata—, un bosque con sus pájaros, sus monos... —Sus serpientes, sus jaguares —dijo Benito.

—Sus indios, sus tribus nómadas —agregó Manuel.

—Y sin que falten sus antropófagos.

—Pero, ¿dónde vais, Fragoso? —inquirió Minha, viendo al diligente barbero subir por el ribazo.

—En busca de ese bosque —hizo saber Fragoso.

—Es inútil, amigo mío —declaró Minha, sonriendo—; Manuel me ha ofrecido un

ramillete, y ya me doy por contenta. Verdad es —añadió mostrando la habitación oculta bajo las flores—, Verdad es que mi prometido ha encerrado nuestra casa en un ramillete de bodas.

CAPÍTULO IX

EL CINCO DE JUNIO

En tanto era construida la casa, Garral se había dedicado asimismo al arreglo de las habitaciones complementarias que comprendían la cocina y la repostería, en las que fueron almacenadas toda clase de provisiones.

En primer lugar, habíase dispuesto un buen depósito de raíces del arbolillo, de una altura de metro y medio a dos metros, que produce la mandioca, que los habitantes de las comarcas tropicales consideran su principal alimento. La raíz en cuestión, parecida a un largo rábano negro, suele criarse como las patatas, es decir, en racimos. Si en las regiones africanas no es venenosa, en cambio en América del Sur contiene un jugo de los más dañosos, que ha de extraerse previamente por medio de la presión. De esta raíz se obtiene una harina que se utiliza de diferentes maneras y también bajo la forma de tapioca, según el gusto de los indígenas.

Así, a bordo de la jangada había un verdadero *silo* de aquel útil producto, destinado a la manutención general.

Respecto al depósito de viandas, sin olvidar un gran rebaño de carneros, mantenidos en un establo especial construido en la parte delantera, consistía, sobre todo, en cierta cantidad de aquellos jamones *presuntos* del país, que son de excelente calidad, y además se contaba también con el fusil de los jóvenes y de algunos indios, excelentes cazadores, a los que jamás falta la caza y que no les faltaría en las islas y bosques ribereños del Amazonas.

El río, por otra parte, debía proveer con abundancia para el consumo diario. Langostinos, que más bien debían llamarse congrios; *tambagus*, el mejor pescado de toda aquella cuenca, de un gusto más delicado que el salmón, al cual se ha comparado; *pirarucus*, de rojas escamas, grandes como los esturiones o sollos que en estado de salazón se expenden por todo Brasil en considerables cantidades; *candirus*, peligrosos de pescar y muy buenos de comer; *piranhas* o peces diablos, rayados de listas encarnadas y largos de treinta pulgadas; tortugas grandes y pequeñas, que llegan a sumar millares y forman en gran parte el alimento de los indígenas; todos estos productos del río debían figurar sucesivamente en

la mesa de los amos y de los servidores.

Cada día, pues, se podían ocupar de una manera regular en la caza y en la pesca.

En cuanto a las bebidas, había una buena provisión de todo lo mejor que el país produce: *caysumao machachera* del Alto Amazonas, un licor agradable, de sabor acidulado, que se destila luego de hervir la raíz de la mandioca dulce: *beiju* del Brasil, esto es: el aguardiente nacional; *chicha* del Perú; *mazato* del Ucayali, extraído de las frutas hervidas, prensadas y fermentadas del bananero; *guaranu*, una clase de pasta hecha con la doble almendra del *pallinia servilis*, una verdadera tablilla de chocolate por el color, que se reduce a fino polvo y que mezclada con agua proporciona una excelente bebida.

Y no era esto todo. En aquellas comarcas existe cierta clase de vino de color violeta oscuro, que se saca del jugo de las palmeras *asais*, y del que los brasileños estiman mucho el gusto aromático. De este vino había a bordo un respetable número de frascos (1), que, sin duda, estarían vacíos al llegar a Pará.

(1) El frasco portugués contiene cerca de dos litros.

Además, la bodega especial de la jangada hacía honor a Benito, que se había constituido ordenador en jefe de ella. Algunos cientos de botellas de Jerez, Setubal y Porto, recordaban nombres queridos de los primeros conquistadores de la América del Sur. Además, el joven dispensero había colocado en la bodega algunas damajuanas llenas de aquel excelente *tafia*, que es un aguardiente de azúcar, un poco más fuerte que el *beiju* nacional.

En cuanto al tabaco, no había nada de aquella grosera planta con que se contentan los indígenas que viven junto al Amazonas. Venía directamente de Villabela da Imperatriz, es decir, de la comarca donde se recolecta el tabaco más estimado de la América central.

De esta manera, pues, se hallaba dispuesta en la parte posterior de la jangada de la vivienda principal, con sus anexos, cocina, despensa y bodega, formando el conjunto una parte reservada a la familia Garral y sus sirvientes.

Hacia la parte media se habían construido las barracas para el alojamiento de los indios y de los negros. Aquel personal debía estar allí en las mismas condiciones que en la hacienda de Iquitos, y dispuestos siempre todos a maniobrar bajo la dirección del piloto.

Mas para alojar todo aquel personal había cierto número de habitaciones, que debían dar a la jangada el aspecto de una pequeña aldea en marcha. Y a la verdad, tenía más construcciones y estaba más habitada que muchas de las aldeas del Alto Amazonas.

Juan Garral había reservado para los indios filas de barracas, especie de chozas sin tapias, y cuyo techo de follaje estaba sostenido por ligeras varas o recalzos de árbol. El aire circulaba libremente a través de estas construcciones abiertas y movía las hamacas colgadas dentro de ellas.

Allí, aquellos indígenas, entre los que había tres o cuatro familias completas, con mujeres y niños, estarían alojados como lo estaban en tierra.

Los negros habían encontrado en el tren flotante sus *ajupas* habituales, que se diferenciaban de las barracas en que estaban herméticamente cerradas por sus cuatro fachadas, de las que una sola daba acceso al interior de la casa. Los indios, acostumbrados a vivir al aire libre y en plena libertad, no habían podido acostumbrarse a aquella especie de prisión del *ajupa*, que resultaba mejor a la vida de los negros.

En fin, en la parte anterior se encontraban verdaderos *docks* o almacenes, conteniendo la mercancía que Juan Garral transportaba a Belem al mismo tiempo que el producto de sus bosques.

Allí, en aquellos amplios almacenes y bajo la dirección de Benito, el rico cargamento había sido colocado con tanto orden como si hubiese sido estibado en la cala de un buque.

En primer lugar, siete mil arrobas (1) de caucho componían la partida más preciosa de aquel cargamento, puesto que la libra de aquel producto valía entonces de tres a cuatro francos.

(1) La arroba española tiene 25 libras; la portuguesa, 32.

La jangada llevaba también cincuenta quintales de zarzaparrilla: esta planta constituye una importante rama del comercio de exportación en toda la cuenca del Amazonas, y que va haciéndose muy rara en las orillas del río a causa del poco cuidado que los indígenas tienen en respetar los tallos cuando la recogen. Habas de Tonkin, a las que en el Brasil se da el nombre de *cumarus*, y que sirven para extraer ciertos aceites esenciales; el sasafrás, del que se saca un bálsamo para las heridas; fardos de plantas tintóreas, cajas de diversas gomas, y cierta cantidad de maderas preciosas, completaban aquel cargamento, de un fácil y lucrativo despacho en las provincias de Pará.

Quizá se extrañará que el número de indios y de negros embarcados fuese únicamente el que exigía la maniobra de la jangada. ¿No hubiera sido mejor haberse llevado mayor número, en la previsión de un ataque de las tribus ribereñas del Amazonas?

Era inútil. Aquellos indígenas de la América Central no son temibles, y ya han variado

mucho los tiempos en que había que prevenirse seriamente contra sus agresiones. Los indios de las orillas pertenecen a las tribus pacíficas, pues los más feroces se han retirado ante la civilización, que se propaga poco a poco a lo largo del río y de sus afluentes. Los negros desertores, y los fugados de las colonias penitenciarias del Brasil, Inglaterra, Holanda o Francia, serían únicamente los que había que temer. Pero aquellos fugitivos son en muy corto número, y vagan por grupos aislados a través de los bosques y de las sabanas, y la jangada estaba en disposición de rechazar cualquier ataque de aquellos corredores de bosques.

Por otra parte, hay ya muchos puestos sobre el Amazonas, aldeas, lugarcitos y misiones en gran número. Aquello, más que un desierto que atraviesa la inmensa corriente de agua, es una cuenca que se coloniza de día en día. De esta manera no había que contar con ningún peligro. Ninguna agresión era de prever.

Para acabar de describir la jangada, sólo nos resta hablar de dos o tres construcciones de naturaleza bien diferente y que acababan de darle un aspecto sumamente original.

En la parte delantera se elevaba el sitio del piloto; precisamente allí, y no detrás, es donde se encuentra el sitio del timonel. En efecto, en las condiciones de aquella navegación, no había necesidad de hacer uso de un gobernalle. Largos palos de virar, manejados por cien brazos vigorosos, ejercerían su acción sobre un tren de aquel tamaño. Por medio de largos bicheros y de mástiles pequeños apoyados lateralmente en el lecho del río, se mantenía la jangada en la corriente o se guiaba su dirección cuando se desviaba. Merced a este medio podía acercarse a una orilla o a la otra cuando se tratase de hacer alto por un motivo cualquiera. Tres o cuatro *ubas*, dos piraguas con su aparejo, iban a bordo y facilitaban comunicarse con las orillas. El papel del piloto se reducía, pues, a reconocer los pasos del río, las desviaciones de la corriente, los remolinos que convenía evitar, las ensenadas y ancones que ofrecían un anclaje seguro y para hacer todo esto convenía que su puesto estuviese en la parte delantera.

Si el piloto era el director material de aquella inmensa máquina, otro personaje debía ser el director espiritual. Este era el padre Passanha, que tenía su cargo la Misión de Iquitos.

Una familia tan religiosa como la de Juan Garral debía aprovechar con ansia aquella ocasión de llevar consigo a aquel anciano sacerdote a quien tanto veneraba.

El padre Passanha, entonces de setenta años, era un hombre de bien, lleno enteramente de fervor evangélico; un ser caritativo y bueno, y que en medio de aquellas comarcas, donde los representantes de la religión no siempre dan el ejemplo de las virtudes, él aparecía como el tipo perfecto de aquellos grandes misioneros que tanto han hecho por la civilización en el corazón de las regiones más salvajes del mundo.

Cincuenta años hacía que el padre Passanha vivía en Iquitos, en la misión de que era jefe. Era amado de todos y merecía serlo. La familia Garral le tenía en mucha estima. Él era el que había casado a la hija del granjero Magallanes y al joven comisionado recogido en la hacienda. Él había visto nacer a sus hijos, los había bautizado e instruido y esperaba darles también la bendición nupcial.

La edad del padre Passanha no le permitía ejercer más su trabajoso ministerio. La hora del retiro había sonado para él. Acababa de ser remplazado en Iquitos por un misionero más joven, y se disponía a volver a Pará, a fin de acabar sus días en uno de aquellos conventos que están reservados a los ancianos servidores de Dios.

¿Qué otra oportunidad se le podía ofrecer para bajar el río que en compañía de aquella familia, que era como la suya? Se le había propuesto ser del viaje y había aceptado, y en llegando a Belem, a él estaba reservado unir la joven pareja, Minha y Manuel.

Aunque el padre Passanha, durante el viaje, debía tomar asiento en la mesa de la familia, Juan Garral había querido mandar construirle una vivienda aparte, y Dios sabe con cuánto cuidado Yaquita y su hija se habían ingeniado para hacérsela cómoda. En verdad que el anciano sacerdote jamás se había visto tan bien alojado en su modesto presbiterio.

Sin embargo, el presbiterio no era suficiente para el padre Passanha. Necesitaba también la capilla.

Y ésta le había sido edificada en el centro mismo de la jangada, y un pequeño campanario la coronaba.

Desde luego que era muy pequeña y no podía contener todo el personal que iba en la almadía; pero estaba ricamente adornada, y si Juan Garral encontraba su propio hogar sobre aquel tren flotante, el padre Passanha no debía echar de menos su pobre iglesia de Iquitos.

Este era el maravilloso aparato que debía bajar por el curso del Amazonas. Encontrábase varado en la playa, aguardando que el río mismo viniese a levantarlo, lo cual tardaría poco en ocurrir, según los cálculos y observaciones que se hacían sobre la crecida.

El día cinco de junio todo quedó dispuesto para la marcha.

La víspera había llegado el piloto, que era un hombre de cincuenta años, muy práctico en las cosas de su oficio, aunque un poco aficionado a beber. A pesar de esto, Juan Garral le tenía en mucha estima y le había utilizado en conducir trenes de madera a Belem, sin tener jamás motivo para arrepentirse.

Por otra parte, conviene añadir que Araujo, que así se llamaba, no veía nunca mejor que cuando algunos vasos de aquel áspero *tafia*, aguardiente sacado de la caña de azúcar, le habían esclarecido la vista. Por tanto, jamás navegaba sin cierta damajuana, llena del licor ya mencionado, damajuana a la que hacía una corte asidua.

Hacía ya algunos días que la crecida del río se había manifestado sensiblemente. Minuto tras minuto se iba elevando el nivel, y durante las cuarenta y ocho horas que precedieron a su máxima crecida, las aguas aumentaron lo bastante para cubrir la playa de la hacienda, si bien no lo suficiente aún para levantar el tren de troncos.

Aunque esto hubiese de ocurrir forzosamente y no hubiera lugar a error posible acerca de la altura que la crecida había de tener, levantando la gran balsa, el momento en cuestión no debía llegar sin causar alguna emoción a todos los interesados.

El cinco de junio, pues, cercana ya la tarde, los futuros pasajeros de la jangada se hallaban reunidos en una meseta que dominaba la playa, casi en unos treinta metros, y todos esperaban la hora con una ansiedad muy comprensible.

Allí aparecía Yaquita con su hija, Manuel Valdés, el padre Passanha, Benito, Lina, Fragoso, Cibeles y algunos criados indios y negros de la hacienda.

Fragoso no podía permanecer quieto en ningún sitio; iba, venía, bajaba del ribazo, subía a la plataforma, hacía señales y poníase a gritar cuando las aguas llegaban a tocar los troncos.

—El tren que debe conducirnos a Belem —exclamaba— flotará, flotará, aun cuando fuera menester que todas las cataratas del cielo se abriesen para hacer aumentar el caudal del Amazonas.

Juan Garral se hallaba en la jangada en unión del piloto y un crecido acompañamiento. A él correspondía tomar todas las medidas que fueran precisas en el momento de la operación. La jangada, por su parte, hallábase bien amarrada a la orilla gracias a fuertes cables, y cuando llegase a flotar no sería arrastrada por las aguas.

Una tribu entera formada por ciento cincuenta o doscientos indios de las cercanías de Iquitos, sin contar las mujeres y chiquillos de la aldea, había venido para presenciar el interesante espectáculo.

Toda la multitud allí reunida miraba y guardaba un silencio impresionante.

Serían las cinco de la tarde, el agua alcanzaba un nivel superior al de la víspera, cosa de

treinta centímetros, y la playa había sido inundada por la líquida sábana.

Pareció como si un estremecimiento se propagase a través de las tablas de la enorme armazón; pero aún faltaban algunos centímetros para que desatracase y levantara completamente el fondo.

Durante una hora, los estremecimientos aumentaron. Crujieron los maderos y poco a poco los troncos se fueron arrancando de su lecho de arena. Cerca de las seis y media hubo grandes gritos de alegría.

La jangada flotaba al fin, y la corriente la arrastró hacia el centro del río; pero merced a sus amarras, volvió tranquilamente a colocarse junto a la orilla, en el momento en que el padre Passanha la bendecía, como bendecía un buque de mar, cuyos destinos iban a ser colocados en las manos de Dios.

CAPÍTULO X

HACIA PEBAS

Tras despedirse del intendente y del personal indio y negro que quedaba en la hacienda, a las seis de la mañana del siguiente día, Juan Garral y su familia embarcaban en la jangada, y cada uno tomaba posesión de su camarote, o más bien de su habitación.

Había llegado el momento de partir. En la parte anterior colocóse Araujo, el piloto, mientras que los que formaban la tripulación, armados de sus largos bicheros, se dirigieron a su sitio de maniobra.

Garral, con la ayuda de Benito y de Manuel, vigilaba la operación de quitar las amarras.

A una orden del piloto fueron largados los cables; los bicheros fueron apuntados contra el ribazo para desbordar la jangada; poco tardó la corriente en apoderarse de ella, y bordeando la orilla izquierda del río dejó a la derecha las islas de Iquitos y Parianta.

Había comenzado el viaje y quién sabe cómo o dónde acabaría. En Pará, en Belem, a cinco mil quinientos kilómetros de aquella pequeña aldea peruana, como no se modificara el itinerario adoptado. El final del viaje era un secreto.

El tiempo aparecía magnífico.

Un agradable pampero templaba el ardor del sol. Era uno de esos vientos de junio y julio, que proceden de la cordillera, a algunos cientos de kilómetros de distancia, después de deslizarse por la inmensa llanura del Sacramento. Si la jangada hubiese estado provista de mástiles y velas, habría experimentado los efectos de la brisa, acelerándose su ligereza; pero las sinuosidades y rápidas curvas del río, hubiesen obligado a arriar velas, por lo que fue menester renunciar a los beneficios de semejante motor.

En una cuenca tan aplanada como la del Amazonas, que, en realidad, no es otra cosa que una planicie interminable, el declive del lecho del río es muy poco notable. Se ha llegado a calcular que entre Tabatinga, en la frontera brasileña, y el origen de esta gran corriente de agua, la diferencia del nivel no pasa de un decímetro por cada cinco kilómetros. No existe ninguna otra arteria fluvial cuya inclinación sea tan débil.

De esto puede deducirse que la rapidez de la corriente del Amazonas no debe ser calculada, en un término medio, en más de doce kilómetros por cada veinticuatro horas, y algunas veces este cálculo se reduce a menos en la época de las sequías. También es verdad que en el período de las crecidas se la ha visto subir hasta treinta y cuarenta kilómetros.

En tales condiciones iba a navegar la jangada. Sin embargo, por su pesadez, no podía moverse con la rapidez de la corriente, que se deslizaba con más velocidad que ella. Además era preciso contar con los retrasos ocasionados por los recodos del río; las numerosas islas que era menester costear; los escollos que debían ser evitados, y las horas de parada que sería preciso hacer cuando las oscuras noches no permitiesen dirigirla con seguridad. Por todo esto era menester calcular veinticinco kilómetros como máximo en cada jornada de recorrido.

También era cierto que la superficie de las aguas del río estaban muy lejos de hallarse completamente libres. Árboles, restos de vegetación, islotes de hierbas, arrancados continuamente de las orillas, constituían una flotilla que la corriente arrastraba y que representaban otros tantos obstáculos para una rápida navegación.

La embocadura del Nanay fue pasada muy pronto, dejando atrás una punta de la orilla izquierda, con su alfombra de gramíneas rojizas abrasadas por el sol, que venían a ser un primer término caluroso que contrastaba con los verdes bosques.

La jangada no tardó en tomar el curso de la corriente, entre las pintorescas islas, ya que se cuentan unas doce entre Iquitos y Pucallpa.

Sin olvidarse de recurrir a la damajuana del aguardiente para aclarar su vista y su memoria, Araujo maniobraba muy hábilmente en medio de aquel archipiélago. A una voz suya, cincuenta bicheros se levantaban simultáneamente de cada costado del tren de maderas, cayendo luego en el agua con un movimiento automático. Resultaba un espectáculo curioso.

Por su parte, Yaquita, ayudada por Linay Cibeles, había acabado de ponerlo todo en orden, en tanto que la cocinera india terminaba los preparativos del desayuno.

En cuanto a los jóvenes y a Minha, se paseaban en compañía del padre Passanha, y de vez en cuando aquélla se detenía para regar las plantas colocadas al pie de la habitación.

—Y bien, padre —dijo Benito—, ¿conocíais un modo más agradable de viajar?

—No, hijo querido —contestó el padre Passanha—; esto verdaderamente es viajar con todo el equipo encima.

—Y sin ninguna fatiga —añadió Manuel—. Se harían centenares de kilómetros.

—Así —dijo Minha—, no os arrepentiréis de haber tomado pasaje con nosotros. ¿No os parece que estamos embarcados en una isla, y que la isla, separada del lecho del río, con sus praderas y sus árboles, sigue tan tranquila su rumbo descendiente? Solamente...

—¿Solamente...? —repitió el padre.

—Que esta isla la hemos hecho nosotros con nuestras propias manos, que ella nos pertenece, y yo la prefiero a todas las islas del Amazonas. ¡Tengo perfecto derecho a sentirme orgullosa!

—Sí, querida hija —contestó el padre Passanha—, y yo te absuelvo de tu sentimiento de orgullo. Por otra parte, yo no me permitiría reñirte delante de Manuel.

—Al contrario —respondió alegremente la joven—. Hay que enseñar a Manuel a regañarme cuando lo merezca... Es muy indulgente para mi humilde persona, que tiene bastantes defectos.

—Entonces, mi querida Minha —dijo Manuel—, voy a aprovecharme del permiso para recordaros...

—¿Qué cosa?

—Que habéis estado asiduamente en la biblioteca de la hacienda, y que me ofrecisteis enterarme de cuanto concierne a vuestro Alto Amazonas. Nosotros le conocemos muy imperfectamente en Pará, y ved ahí varias islas ante las que pasa la jangada, sin que hayáis pensado decirme el nombre.

—¿Y quién puede hacerlo? —exclamó la joven.

—Sí, ¿quién podría hacerlo? —repitió Benito—. ¿Quién puede retener los cientos de nombres en idioma tupi con los cuales se han adornado todas estas islas? Los norteamericanos son más inteligentes para las islas de su Mississipí: las han numerado...

—Como han numerado las avenidas y las calles de las ciudades —le interrumpió Manuel—. Francamente, pues, no aprecio mucho este sistema numérico. Esto no dice nada a la imaginación; la isla sesenta y cuatro, la isla sesenta y cinco, es lo mismo que la sexta calle de la tercera avenida. ¿No sois de mi parecer, querida Minha?

—Sí, Manuel, pese a lo que pueda pensar mi hermano —contestó la joven—. Pero, aunque no conozcamos los nombres, las islas de nuestro gran río realmente resultan hermosas. ¡Vedlas destacarse bajo la sombra de esas gigantescas palmeras con sus hojas inclinadas...! Y ese cinturón de cañas que las rodea a través de las cuales apenas podría abrirse paso una estrecha piragua! ¡Y esos manglares, cuyas raíces fantásticas y caprichosas vienen a las orillas, como las patas de algunas monstruosas langostas...! ¡En verdad que estas islas son hermosas; sin embargo, por muy bellas que sean, no pueden cambiar de sitio como lo hace la nuestra!

—Mi pequeña Minha está hoy un poco entusiasmada —observó el padre Passanha.

—¡Ah, padre! —exclamó la joven—. Es que soy feliz al ver que todos son felices en torno mío.

En aquel momento se oyó la voz de Yaquita. que llamaba a su hija al interior de la casa. La joven se fue corriendo, despidiéndose con una sonrisa.

—Vais a tener muy buena compañera, Manuel —afirmó el padre Passanha al joven—. Es la alegría de este hogar la que va a huir con vos, amigo mío.

—¡Mi buena hermanita...! ¡Cuánto la echaremos de menos...! ¡El padre tiene razón! Y si tú no te casaras con ella, pues aún estás a tiempo, se quedaría con nosotros.

—Se quedará de todos modos, Benito —afirmó Manuel—. Créeme, tengo el presentimiento de que el porvenir ha de reunimos a todos.

Aquella primera jornada se pasó bien. El desayuno, la comida, la siesta, los paseos, todo se sucedió como si Juan Garral y los suyos estuvieran aún en su cómoda posesión de Iquitos.

Durante aquellas veinticuatro horas se pasaron sin novedad las embocaduras de los ríos Bacali, Chochio y Pucalpa en la orilla izquierda del Amazonas, y las de los ríos Itinicari, Maniti, Moyoc, Tucaya y las islas del mismo nombre que desembocan en la derecha. La noche, alumbrada por la luna, permitió economizar una parada, y la enorme almadía se deslizó tranquilamente sobre la superficie del gran río.

En la mañana del siete de junio, la jangada costó los ribazos de la aldea de Pucalpa, llamada también Nuevo Orán. El antiguo Orán, que está situado a noventa y tantos kilómetros más abajo, y en la misma orilla derecha del río, está hoy día abandonado por aquél, cuya población se compone de indios pertenecientes a las tribus mayoranas y orejones. Nada más pintoresco que aquella aldea con sus ribazos, que se diría están pintados como las piedras ágatas; su iglesia sin concluir, sus casas cuyo techo de bálago sombrean algunas altas palmeras, y las dos o tres *ubas* medio varadas en la ribera.

Durante todo el citado día siete, la jangada continuó siguiendo la orilla izquierda del río, pasando por delante de algunos tributarios desconocidos y sin importancia. Por un momento estuvo a riesgo de encallarse en la punta de arriba de la isla Sinicuro; pero el piloto, bien secundado por su tripulación, supo eludir el peligro y se mantuvo en el curso de la corriente.

Por la tarde se arribó a lo largo de una isla más extensa, llamada isla Napo, del nombre del río que en aquel sitio se interna hacia el Noroeste y viene a mezclar sus aguas con las del Amazonas, por una embocadura de cerca de ochocientos metros de ancho, tras haber regado los territorios de los indios cotos de la tribu de los orejones.

En la madrugada del día ocho, la jangada se encontró enfrente de la pequeña isla de Mango, que obliga al Napo a dividirse en dos brazos antes de caer en el Amazonas.

Algunos años después, un viajero francés, Pablo Marcoy, debía reconocer el color de las aguas de este afluente, que, con mucha propiedad, compara al matiz especial del ópalo verde, parecido al ajenjo. Al mismo tiempo debía rectificar algunas de las medidas indicadas por La Condamine. Pero entonces la embocadura del Napo estaba notablemente ensanchada por la crecida y tenía tal rapidez, que su corriente, salida de las faldas orientales del Cotopaxi, venía a mezclarse burbujeando a la corriente amarillenta del Amazonas.

Algunos indios vagaban por la embocadura de este río. Eran de cuerpo robusto y de

elevada estatura; tenían la cabellera flotante y la nariz traspasada con una varilla de palmera; mostraban el lóbulo de las orejas alargado hasta el hombro por el peso de unos macizos arillos, hechos de maderas finas, que se colgaban en ellas. Aunque algunas mujeres les acompañaban, ninguno de ellos manifestó deseos de pasar a bordo.

Se pretende que aquellos indígenas pudieran muy bien ser antropófagos; mas esto se dice tanto de las tribus ribereñas del río, que si el hecho fuese cierto, se tendrían pruebas de estos hábitos de canibalismo, cosa de la que se carece todavía.

Algunas horas después, la aldeílla de Bellavista mostraba sus bosquecillos de hermosos árboles, que dominaban algunas casas cubiertas de paja, sobre las cuales bananeros de mediana altura dejaban caer sus largas hojas como las aguas de una cuba demasiado llena.

Después, el piloto, con objeto de seguir una corriente mejor, que debía separarle de los ribazos, dirigió el tren hacia la orilla del río, a la cual aún no se había aproximado. La maniobra se verificó tras algunas dificultades, que fueron satisfactoriamente vencidas, después de algunos besos dados a la damajuana.

Esta permitió ver al paso algunas de aquellas numerosas lagunas de aguas negras, que están diseminadas a lo largo de la corriente del Amazonas y que frecuentemente tienen alguna comunicación con el río. Una de ellas, que lleva el nombre de laguna de Orán, era de mediana extensión y recibía las aguas por un ancho boquete. En medio de su lecho se señalaban algunas islas y dos o tres islotes curiosamente agrupados, y en la ribera opuesta, Benito hizo notar el sitio en que estuvo construido aquel antiguo Orán, y del cual sólo quedan hoy algunos pocos y vagos vestigios.

Durante dos días, y según lo exigía la corriente, la jangada anduvo tan pronto por la orilla derecha como por la izquierda, sin que su enorme mole sufriera el menor choque inquietante.

Los viajeros se habían acostumbrado a aquel género de vida. Garral, dejando a su hijo al cuidado de todo lo que constituía la parte comercial de la expedición, pasábase el tiempo en su habitación, meditando o escribiendo. A nadie decía nada de lo que escribía y, sin embargo, aquello tomaba ya las proporciones de unas auténticas memorias.

Benito, atento a todo, platicaba con el piloto y anotaba la dirección. Yaquita, su hija y Manuel formaban casi siempre un grupo aparte, ya formando proyectos para el porvenir, o paseándose, como hubieran podido hacerlo en el parque de la hacienda. Realmente allí hacíase la misma vida, excepto para Benito, que no había encontrado todavía ocasión de entregarse al placer de la caza. Si le faltaban los bosques de Iquitos con sus gamos y rebecos, sus agutíes y sus cerdos monteses, los pájaros volaban a bandadas sobre las orillas

y no temían posarse en la jangada. Benito tiraba a los que en calidad de caza podían figurar dignamente en la mesa, y entonces su hermana no trataba de oponerse, porque era en beneficio de todos; pero si se trataba de las garzas grises o amarillas, de los ibis blancos o rosados, que frecuentan los ribazos, eran perdonados por amor a Minha. Sólo un género de ave acuática, aunque no es comestible, no hallaba gracia en el joven negociante: ésta era aquel *cairara*, tan diestro para sumergirse como para nadar o volar, pájaro de chillido desagradable; pero cuya pluma se pagaba a un alto precio en los diversos mercados de la cuenca del Amazonas.

En fin, después de haber pasado la aldeíta de Omaguas y la embocadura del Ambiacu, la jangada llegó a Pebas, en la tarde del once de junio, y quedó amarrada en la ribera.

Como faltaban aún algunas horas hasta la noche, desembarcó Benito, y con él el siempre dispuesto Frago, y los dos cazadores fueron a hacer una batida por las espesuras de las cercanías de la pequeña población. Como resultado de tan feliz excursión, fueron a enriquecer la despensa un agutí, y además una docena de perdices.

En Pebas, cuya población cuenta doscientos sesenta habitantes, quizá Benito hubiera podido hacer algunos cambios con los hermanos lejos de la misión, que son al mismo tiempo comerciantes al por mayor; pero aquéllos acababan de expedir recientemente fardos de zarzaparrilla y cierto número de arrobas de caucho hacia el Bajo Amazonas, y sus almacenes estaban vacíos.

La jangada partió de nuevo al romper el día, y se engolfó en el diminuto archipiélago formado por las islas Iatió y Cochiquinas, tras de haber dejado a la derecha la aldea de este nombre. Multitud de embocaduras de pequeños afluentes sin nombre fueron pasadas en la citada orilla derecha del río, a través del espacio que separaba las islas.

Unos cuantos indios de cabeza afeitada, y tatuados carrillos y frente, que llevaban en las aletas de la nariz y debajo del labio inferior anillos de metal, aparecieron un instante armados de flechas y cerbatanas; pero no hicieron uso de ellas, ni trataron de ponerse en contacto con la jangada.

CAPÍTULO XI

CAMINO DE LA FRONTERA

La navegación prosiguió sin incidentes durante los días que siguieron. Las noches eran tan hermosas, que no se hacía alto, sino que el largo tren de maderas se dejaba llevar por la corriente.

Las dos pintorescas orillas del río ofrecían constantes mutaciones, como esas vistas de teatro que se desarrollan de un bastidor al otro. Por una especie de ilusión óptica, a que inconscientemente se acostumbraban los ojos, parecía que la jangada permanecía inmóvil y que las que avanzaban eran las cambiantes márgenes.

Benito hubo de quedarse sin cazar por los ribazos de la orilla, por no haberse hecho ninguna parada. Por fortuna, la caza era ventajosamente remplazada allí por la pesca.

En efecto, pescáronse gran variedad de excelentes peces, *pacúes*, *surubíes* y *gamitanas*, de exquisita carne, y unas cuantas rayas alargadas, de vientre rosado y negro lomo, que suelen estar armadas de dardos muy venenosos.

Recogiéronse también millares de *candirus*, algu nos de los cuales son microscópicos, y que atacan furiosamente las pantorrillas del que imprudentemente se aventura a bañarse por aquellos sitios.

Las ricas aguas del Amazonas estaban también frecuentadas por otros animales acuáticos, que acompañaban por los ríos a la jangada, durante horas enteras, como sirviéndole de escolta.

Eran estos gigantescos *picarucus* de tres a tres metros y medio de largo, acorazados de anchas escamas ribeteadas de color escarlata; pero cuya carne no es, en verdad, nada apetecida por los indígenas; así es que no se procuraba cogerlos, como tampoco a los graciosos delfines, que venían a retozar a bandadas, sacudiendo con sus colas las viguetas de la jangada, corriendo y saltando ya ante ella o bien detrás, animando las aguas del río con reflejos de colores y con surtidores de agua, que la luz refractada transformaba en otros tantos arco iris.

El 16 de junio la jangada, después de haber pasado felizmente algunos puntos de bajo fondo y aproximándose a los ribazos, llegó cerca de la grande isla de San Pablo, y al otro día, por la tarde, se detuvo en la aldea de Moromoros, que se encuentra situada en la orilla izquierda del Amazonas. Veinticuatro horas después pasaron las embocaduras del Atacoari y del Cocha, y luego el *furo* o canal que se comunica con el lago de Caballococha, en la ribera derecha, e hizo escala a la altura de la misión de Cocha.

Allí estaba el país de los indios marahuas, de largos cabellos flotantes, y cuya boca se abre en medio de una especie de abanico de espinas de palmera, anchas hasta casi quince

centímetros, lo que les da un aspecto felino, y esto, según la observación de Pablo Marcoy, lo hacen con la idea de parecerse al jaguar, del cual admiran, sobre todo, la audacia, la fuerza y la astucia. Algunas mujeres venían con estos maharuas, fumando cigarros, de los que tenían el cabo encendido entre los dientes. Todos, así como el rey de los bosques del Amazonas, iban casi desnudos y tan solamente tatuados.

La misión de Cocha estaba entonces dirigida por un fraile franciscano, que quiso visitar al padre Passanha.

Garral dispensó la mejor acogida a aquel religioso y le ofreció un asiento en la mesa de su familia.

Precisamente había allí aquel día una comida que hacía honor a la cocinera india.

El caldo tradicional, con hierbas aromáticas; pasta generalmente destinada a remplazar el pan en el Brasil, que se compone de harina de yuca, bien impregnada de jugo de carne y de tomate; gallina con arroz, con una salsa picante, hecha de vinagre y de *malagueta*; plato de verduras con pimienta; pastel frío, espolvoreado con canela; todo esto había allí para tentar a un pobre fraile reducido al pobre trato ordinario de la parroquia. Se le instó para que se detuviera, y Yaquita y su hija hicieron cuanto pudieron al efecto; pero el franciscano debía ir a visitar aquella misma tarde a un indio que estaba enfermo en Cocha. Dio, pues, las gracias a la hospitalaria familia, y partió, no sin llevar algunos regalos, que serían bien recibidos por los neófitos de la misión.

Durante dos días, el piloto Araujo tuvo mucho quehacer. El lecho del río se ensanchaba poco a poco; pero las islas eran más numerosas, y la corriente, sujeta por aquellos obstáculos, crecía también. Tuvo que tomar grandes precauciones para pasar entre las islas Caballococha, Tarapote y Cacao; hacer frecuentes paradas, y muchas veces se vio obligado a aligerar la jangada, que amenazaba encallarse. Todo el mundo ponía entonces mano a la maniobra, y en estas circunstancias, harto difíciles, fue cuando el 20 de junio, por la tarde, se tuvo conocimiento de Nuestra Señora de Loreto.

Loreto es la última población peruana que se halla situada en la orilla izquierda del río, antes de llegar a la frontera del Brasil. Es algo más que una simple aldehuela formada de una veintena de casas agrupadas sobre un ribazo ligeramente quebrado, cuyas sinuosidades están formadas de tierra de ocre y arcilla.

Esta misión fue fundada, en 1770, por los misioneros jesuitas. Los indios ticumas, que habitaban aquellos territorios, al norte del río, son indígenas de piel rojiza, de espesa cabellera y la cara rayada de dibujos, como la laca de una mesa chinesca. Hombres y mujeres van vestidos sólo con unas fajas estrechas de algodón, que les sujetan el pecho y

los riñones. Actualmente no se cuentan más de doscientos en las orillas del Atacoari, resto miserable de una nación que fue anteriormente poderosa bajo el mando de grandes jefes.

En Loreto vivían también algunos soldados peruanos y dos o tres comerciantes portugueses, que hacían el tráfico de telas de algodón, pescado salado y hojas de zarzaparrilla, amén de distintas clases de frutas.

Benito desembarcó con objeto de adquirir, si le era posible, algunos fardos de aquella *esmilácea*, que es siempre muy solicitada en los mercados del Amazonas. Garral, continuamente ocupado en un trabajo que absorbía todo su tiempo, no saltó a tierra. Yaquita y su hija se quedaron a bordo de la jangada e igualmente Manuel. Esto fue porque los mosquitos de Loreto tienen una buen sentada fama de alejar a los visitantes que no quieren dejar algún poco de su sangre a aquellos temibles dípteros.

Justamente Manuel acababa de decir algunas palabras acerca de estos insectos, que no daban muchas ganas de arrostrar sus picaduras.

—Se asegura —añadió— que las nueve especies que infestan las orillas del Amazonas tienen su punto de reunión en la aldea de Loreto. Prefiero creerlo, sin necesidad de hacer la prueba. Allí, querida Minha, podríais elegir entre el mosquito gris, el velludo, el patablanca, el enano, el tocador de trompa, el pequeño pífano, el arlequín, el gran negro y el rojo de los bosques; o más bien todos ellos os elegirían a vos y volveríais aquí desconocida. Yo creo, en verdad, que esos encarnizados dípteros guardan mejor la frontera brasileña que esos pobres diablos de soldados flacos y macilentos que vemos sobre el ribazo.

—Pero si todo sirve en la Naturaleza —preguntó la joven—, ¿para qué sirven los mosquitos?

—Para hacer la felicidad de los entomólogos —respondió Manuel—, y me vería muy apurado para poder daros una contestación mejor.

Lo que Manuel decía de los mosquitos de Loreto era la pura verdad; resultando, pues, que cuando terminadas sus compras regresó Benito a bordo, tenía la cara y las manos tatuadas con un millar de puntos rojos, sin hablar de los aradores, que, a pesar del cuero del calzado, se habían introducido bajo los dedos de sus pies.

—¡Vámonos, vámonos ahora mismo, o esas malditas legiones de insectos van a invadirnos, y la jangada quedará completamente inhabitable! —exclamó desesperado el joven.

—Y los importaríamos a Pará —respondió Manuel—, que tiene bastantes para su propio

consumo.

Para no pasar, pues, la noche en aquellas riberas, la jangada, separándose de los ribazos, volvió a tomar el curso de la corriente.

A partir de Loreto, el Amazonas se inclina un poco hacia el Sudeste entre las islas Arava, Cuyari y Urucutca. La jangada entonces se deslizó sobre las aguas negras del Cajarú, mezcladas con las blancas del Amazonas. Después de haber pasado aquel afluente de la orilla izquierda, durante la mañana del 23 de junio, derivó tranquilamente a lo largo de la grande isla de Jahuma.

La puesta del sol en un horizonte limpio de toda bruma anunciaba una de esas hermosas noches de los trópicos, que no pueden conocer las zonas templadas. La luna no tardó en levantarse sobre el fondo estrellado del cielo, y a remplazar, durante algunas horas, el crepúsculo, ausente de aquellas latitudes. Pero en aquel intervalo, oscuro todavía, las estrellas brillaban con una pureza incomparable. La inmensa llanura de la cuenca parecía prolongarse hasta lo infinito, como un mar, y en la extremidad de aquel eje, aparecía en el Norte el único diamante de la estrella polar, y al Mediodía los cuatro brillantes de la Cruz del Sur.

Los árboles de la orilla izquierda y de la isla Jahuma, a medio iluminar, recortábanse en negras man chas. No se podían reconocer más que por su incierta silueta aquellos troncos, o más bien, aquellos fustes de columnas de copaiba, que se desplegaban en forma de sombrilla; aquellos grupos de *sanáis*, de los cuales puede extraerse una leche espesa y azucarada, que se dice da la embriaguez, como el vino; aquellos *viñaticos* de ochenta pies de alto, cuya copa se estremece al pasar la más ligera corriente de aire. ¡Qué hermoso discurso pudiera hacerse con justicia de aquellos bosques del Amazonas...!

Los pájaros lanzaban sus últimas notas de la tarde: *bentivis*, que suspenden sus nidos en las cañas de la ribera; *niambos*, especie de perdiz, cuyo canto se compone de cuatro notas del más perfecto acorde, y que repiten los imitadores de la gente volátil; *kamichis*, de cántico lastimero; el martín pescador, cuyo grito contesta como una señal a los últimos gritos de sus congéneres; *canindes*, de grito sonoro, que replegan sus alas entre el follaje de las *jaquetivas*, cuyos espléndidos colores venía la noche a apagar.

En la jangada todo el personal se hallaba en su sitio y en actitud de descanso. Sólo el piloto, de pie en la parte delantera, dejaba ver su alta estatura, apenas bosquejada entre las primeras sombras. En la guarida de cuarto, con su largo bichero sobre el hombro, recordaba un campamento de jinetes tártaros. El pabellón brasileño pendía del extremo de su asta, en la delantera del tren, y la brisa ya no tenía fuerza para agitarle.

A las ocho se oyeron en el campanario de la capilla los tres primeros tañidos del *Angelus*. Los tres del segundo y del tercer versículo sonaron a su vez, y la salutación terminó entre los golpes más precipitados de la primera campana.

—¡Qué hermoso río es nuestro magnífico Amazonas...! —exclamó Minha, cuyo entusiasmo por aquella gran corriente de agua no disminuía nunca.

—¡Río incomparable en verdad —reconoció Manuel—, y comprendo yo todas sus sublimes bellezas! En la actualidad bajamos por él como lo verificaron hace ya siglos Orellana y La Condamine, y en verdad que encuentro pobres, ante la realidad, sus maravillosas descripciones.

—Un poco fabulosas —replicó Benito.

—¡Hermano mío —advirtió gravemente la joven—, no hables mal de nuestro Amazonas!

—Esto no es hablar mal, hermanita, sino recordar sus leyendas.

—¡Sí, es verdad; las tiene y maravillosas! —aseguró Minha.

—¿Qué leyendas? —preguntó Manuel—. Porque debo manifestar que todavía no han llegado a Pará, o al menos yo las desconozco.

—Pues, entonces, ¿qué es lo que aprendéis en los colegios de Belem? —preguntó riendo su prometida.

—Empiezo a creer que ni sé nada ni aprendo nada —contestó Manuel.

—¡Cómo, caballero! —replicó Minha con gravedad festiva—. ¿Ignoráis, entre otras fábulas, que un enorme reptil llamado el *Minhocao*, viene alguna vez a bañarse en el Amazonas, y que es tan gigantesca la serpiente que las aguas crecen o bajan, conforme se sumerge o sale de ellas?

—¿Habéis visto alguna vez ese *Minhocao* fenomenal? —preguntó Manuel.

—¡No! —reconoció Lina.

—¡Qué lástima! —creyó deber añadir Fragoso.

—¿Y la *Mae de Agua* —prosiguió Minha—, esa arrogante y temible mujer, cuya mirada fascina y arrastra bajo las aguas del río a los imprudentes que la contemplan?

—¡Ah! En cuanto a la *Mae de Agua*, sí que existe —exclamó la sencilla Lina—. Se dice también que se pasea todavía por los ribazos; pero que desaparece como una ondina en cuanto alguien se aproxima a ella.

—Pues bien, Lina —respondió Benito—. La primera vez que tú la veas, haz el favor de avisarme.

—¿Para que ella os atrape y os lleve al fondo del río...? ¡Nunca, señor Benito!

—¡Y se lo cree! —gritó Minha.

—Hay bastantes personas que creen en el tronco de Manao —dijo Fragoso, siempre pronto a intervenir en favor de Lina. —¿El tronco de Manao? —preguntó Manuel—. ¿Qué es en realidad ese tronco de Manao?

—Señor Manuel —contestó Fragoso con una gravedad cómica—, parece que hay allí o que había en otro tiempo, un tronco de *turuma*, que todos los años, en la misma época, descendía por el río Negro, se detenía algunos días en Manao, y también iba del mismo modo a Pará, haciendo alto en todos los puertos, donde los indígenas le adornaban devotamente con pequeñas banderas. Llegado a Belem, hacía alto, volvía pies atrás, subía el Amazonas, después el río Negro, y tornaba al bosque de donde había milagrosamente salido. Un día se trató de sacarle a tierra; pero el río, encolerizado, infló sus aguas, y hubo que renunciar a apoderarse de él. Otro día el capitán de un buque le enganchó con un arpón y procuró remolcarlo; pero esta vez, aun con todo, el río, enfurecido, rompió las amarras, y el tronco escapó milagrosamente.

—¿Y dónde ha ido a parar? —quiso saber la joven mulata.

—Parece que en su último viaje, señorita Lina —respondió Fragoso—, en vez de subir por el río Negro, se equivocó de camino, siguió el Amazonas, y no se le ha vuelto a ver.

—¡Oh, si nosotros pudiéramos encontrarle! —exclamó Lina.

—Si nosotros le encontráramos —respondió Benito—, te colocaríamos encima; él te conduciría a su floresta misteriosa, y tú pasarías también al estado de náyade legendaria.

—¿Por qué no? Sería maravilloso —respondió alegremente Minha.

—¡Oh! Todo son leyendas —dijo entonces Manuel—, y confieso que vuestro río es digno de alabanza. Mas tiene otras historias que también valen bastante. Yo sé una, y si no temiera

entristeceros, porque ella es verdaderamente lamentable, os la contaría.

—¡Oh!, contadla, señor Manuel —exclamó Lina—. ¡Me gustan tanto las historias que hacen llorar!

—¿Llorar tú, Lina? —dijo Benito.

—Sí, señor Benito; pero yo lloro riendo.

—Y bien, cuéntanosla, Manuel.

—Es la historia de una francesa cuyas desgracias han ilustrado estas orillas, en el siglo dieciocho.

—Os escuchamos —dijo Minha.

—Principio —contestó Manuel—. En 1741, cuando la expedición de los dos sabios franceses, Bauguer y La Condamine, que fueron enviados para medir un grado terrestre bajo el Ecuador, se les agregó un astrónomo muy distinguido, llamado Godin des Odonais.

»Godin partió, pues; pero él no iba solo al Nuevo Mundo. Llevaba consigo su joven esposa, sus niños, su suegro y su cuñado.

«Todos los viajeros llegaron a Quito con excelente salud. Allí empezaron para la señora de Odonais la serie de sus desgracias, porque en algunos meses perdió varios de sus hijos.

«Cuando Godin des Odonais hubo terminado su trabajo, hacia fines del año 1759, debían salir de Quito y marchar para la Cayena. Una vez llegado a esta ciudad, deseó que viniera su familia, pero la guerra estaba declarada y se vio precisado a solicitar del Gobierno portugués una autorización que dejase el paso franco a la señora des Odonais y a los suyos. ¿Se podrá creer? Varios años se pasaron sin que aquella autorización pudiese ser concedida.

»En 1765, Godin des Odonais, desesperado con aquellos retrasos, resolvió subir por el Amazonas para buscar a su mujer en Quito; pero en el momento en que iba a partir, una repentina enfermedad le detuvo y no pudo llevar a cabo su proyecto.

»Sin embargo, los pasos no habían sido inútiles, y la señora des Odonais supo por fin que el rey de Portugal le había concedido el permiso necesario, e hizo preparar una embarcación para ir a reunirse con su esposo. Al mismo tiempo, una escolta tenía orden de esperarla en las Misiones del Alto Amazonas.

«La señora des Odonais era una mujer de gran valor, como lo veréis muy pronto. No vaciló en absoluto, y partió, a pesar de los peligros de un viaje semejante, a través de todo el continente.

—Ese era su deber de esposa, Manuel —dijo Yaquita—. Yo habría hecho lo mismo que ella.

—La señora des Odonais pasó a río Bamba, al sur de Quito, llevando a su cuñado, sus niños y un médico francés. Pretendía llegar a las Misiones de la frontera brasileña, donde debían encontrar la embarcación.

»El viaje era feliz, desde luego, y se hacía sobre la corriente de los afluentes; aumentaron poco a poco los peligros y las fatigas, en medio de un país diezmado por la viruela. La mayor parte de los guías que vinieron a ofrecer sus servicios desaparecieron algunos días después, y uno de ellos, el último que permaneció fiel a los viajeros, se ahogó en el Bodenasa, tratando de auxiliar al médico francés.

«Pronto la canoa, medio destrozada por las rocas y los troncos que bajaban por el río, se encontró fuera de servicio. Fue preciso bajar a tierra, y allí en el lindero de un bosque impenetrable, construir algunas cabañas de follaje. El médico se ofreció a marchar adelante, con un negro que nunca había querido dejar a la señora des Odonais.

«Partieron los dos, y se les esperó muchos días; pero en vano. ¡No aparecieron más!

«Entretanto, los víveres se consumieron. Los abandonados intentaron inútilmente bajar por el Bodenasa sobre una almadía. Hubieron de regresar al bosque, viéndose en la necesidad de hacer el viaje a pie por medio de aquellas espesuras casi impracticables.

«¡Aquéllas eran muchas fatigas para las pobres gentes! ¡Uno a uno fueron sucumbiendo, a pesar de los cuidados de la valiente francesa! ¡Al cabo de algunos días, niños, parientes, criados, todos habían muerto!

—¡Oh, desgraciada mujer! —exclamó Lina.

—La señora des Odonais estaba sola en aquella ocasión. Hallábase todavía a mil leguas del océano donde quería llegar. ¡Ya no era la madre que ha perdido a sus hijos y los ha sepultado con sus propias manos! ¡Era la mujer que quiere volver a ver a su marido!

«Marchando noche y día, encontró, por fin, el curso del Bobonasa. Allí fue recogida por unos generosos indios, que la condujeron a las Misiones, donde esperaba la escolta.

»Pero llegaba sola, y las etapas de su camino quedaban sembradas de tumbas.

»La señora des Odonais llegó a Loreto, ese lugar en que hemos estado hace unos días. Desde esta aldea peruana descendió por el Amazonas, como lo estamos haciendo ahora, y al fin encontró a su marido. Habían estado separados diecinueve años.

—¡Pobre mujer! —dijo, entristecida, Minha.

—Y, sobre todo, ¡pobre madre! —añadió Yaquita.

En aquel momento apareció en popa el piloto Araujo, y dijo:

—Juan Garral, nos hallamos ante la isla de la Ronda. Acabamos de pasar la frontera.

—¡La frontera! —repitió Garral.

Se levantó, avanzando al borde de la jangada, desde donde contempló por largo espacio el islote de la Ronda, ante el que se estrellaba la corriente del río. Finalmente, se llevó la mano a la frente, como si quisiera ahuyentar un recuerdo.

—¡La frontera! —repitió en un murmullo, bajando la cabeza, llevado por un movimiento involuntario.

Pero en seguida se irguió, y su aspecto tornó a ser el de un hombre resuelto a cumplir con su deber hasta el fin.

CAPÍTULO XII

EL BARBERO

Desde el siglo XII aparece la palabra *brasa* en la lengua española. Es la que ha servido para formar la palabra *brasil*, con el que son conocidas ciertas maderas que proporcionan un tinte encarnado. De ahí el nombre de Brasil que se dio a aquella vasta extensión de la América del Sur, que atraviesa la línea equinoccial, pues allí se encuentra a menudo la citada madera, que, por otra parte, fué muy pronto objeto de un comercio considerable con los normandos. Aunque por el lugar de su producción se le da el nombre de *ibirapitunga*, le ha quedado el nombre de *brasil*, que, como decimos, ha venido a ser el

de aquel país, que muéstrase como una inmensa ascua que ardiera bajo los rayos de un sol tropical.

Los portugueses lo ocuparon, desde luego. Desde principios del siglo XVI data su toma de posesión, verificada por el piloto Alvarez Cabral.

Si más tarde Francia y Holanda se establecieron allí parcialmente, siempre ha quedado el portugués y posee todas las cualidades que distinguen a aquel valiente y pequeño pueblo. Es al presente uno de los Estados más grandes de la América meridional, teniendo a su frente al inteligente y sabio artista emperador don Pedro II (1).

(1) Téngase en cuenta la época en que fue escrita esta novela, esto es, a mediados del siglo XIX.

—¿Cuál es tu derecho en la tribu? —preguntaba Montaigne a un indio que encontró en El Havre.

—¡El derecho de marchar el primero a la guerra! —respondió sencillamente el indio.

Ya se sabe que la guerra fue durante largo tiempo el más seguro y el más rápido medio de civilización. También los brasileños hicieron lo que hacía aquel indio. Lucharon, defendieron su conquista, la extendieron.

En 1824, dieciséis años después de haberse fundado el Imperio luso-brasileño, fue cuando el Brasil proclamó su independencia a la voz de don Juan, a quien los ejércitos franceses habían echado de Portugal. Faltaba arreglar la cuestión de fronteras entre el nuevo Imperio y su vecino el Perú.

La cosa no era fácil.

Si el Brasil quería extenderse hasta el río Napo, en el Oeste, el Perú pretendía ensancharse hasta el lago de Ega, es decir, ocho grados más al Oeste.

Pero, en este intermedio, el Brasil tuvo que intervenir para impedir los robos de los indios del Amazonas, robos que se hacían en beneficio de las misiones hispano-brasileñas, y para reprimir esta suerte de tráfico no encontró otro procedimiento mejor que fortificar la isla de la Ronda, un poco más arriba de Tabatinga, y establecer un apostadero.

Esto fue una solución, y desde aquella época, la frontera de los dos países pasa por en medio de dicha isla.

La parte superior del río es peruana, y se llama Marañón, como ya se ha dicho.

La de abajo es brasileña, y toma el nombre de río de las Amazonas.

El veinticinco de junio, por la tarde, fue cuando la jangada se detuvo delante de Tabatinga, la primera población brasileña, situada en la ribera izquierda, en el nacimiento del río del cual toma nombre, y que depende de la parroquia de San Pablo, establecida en la parte de arriba, sobre la orilla derecha.

Juan Garral había resuelto detenerse allí treinta y seis horas, al objeto de conceder reposo a sus hombres.

La marcha no debía, pues, efectuarse hasta el veintisiete por la madrugada.

Esta vez Yaquita y sus hijos, menos amenazados quizá que en Loreto de servir de pasto a los mosquitos indígenas, habían manifestado intención de bajar a tierra y visitar la población.

Se calculaba entonces que la población de Tabatinga era de cuatrocientos habitantes, la mayor parte indios, comprendiendo, sin duda, a los que andan errantes antes de fijarse en las orillas del Amazonas y de sus pequeños afluentes.

El puesto de la isla de la Ronda ha sido abandonado hace algunos años y trasladado a la misma Tabatinga. Puede decirse, pues, que es una ciudad con guarnición, aunque sólo se componga de nueve soldados, casi todos indios, y un sargento, que es el verdadero comandante de la plaza.

Una cuesta que tenía unos ocho metros y medio de altura, en la que se habían hecho unos escalones, formaba en aquel sitio la cortina de la explanada que sostenía el pequeño fortín. La morada del comandante constaba de dos chozas formando escuadra, y los soldados ocupaban un edificio oblongo, construido a cien pasos de allí al pie de un gran árbol.

Este par de cabañas se hubiera asemejado perfectamente a todos los villorrios o chozas que aparecían diseminados sobre las orillas del río, si un asta con su bandera, en la que lucían los colores brasileños, no se hubiese elevado encima de la garita, siempre falta de centinela, y si no estuviesen allí cuatro pequeños pedreros de bronce, destinados a cañonear, en caso de necesidad, a toda embarcación que no avanzase con la debida autorización.

En cuanto a la población propiamente dicha, estaba en la parte de abajo de la plataforma. Un camino, que no era más que una quebrada, a la que sombreaban unos ficus y unos

miritis, conducía a ella en pocos minutos. Allí, sobre un acantilado de barro, se alzaban unas doce casas con techumbre de hojas de palmera y colocadas alrededor de una plaza central.

Todo aquello no es nada curioso; pero las cercanías de Tabatinga son hermosas, sobre todo en la desembocadura del Yavary. que tiene bastante anchura para contener el archipiélago de las islas Aramagá. En aquel lugar se agrupan hermosos árboles, y entre ellos gran número de ciertas palmeras, cuyas suaves fibras, que se emplean para fabricar hamacas y redes de pescar, son objeto de un vivo comercio. En suma, aquel lugar es uno de los más pintorescos del Alto Amazonas.

Tabatinga, por otra parte, está destinada a ser, dentro de poco tiempo, una estación de bastante importancia, y tomará, sin duda, un rápido desarrollo. Allí, en efecto, deben detenerse los vapores brasileños que suban el río y los peruanos que lo bajen. Allí se efectuará el cambio de cargamentos y pasajeros. No necesitaría tanto una aldea inglesa o americana para llegar a ser en algunos años el centro de un movimiento comercial de los más considerables.

El río es muy bello en aquella parte de su curso. Evidentemente, el efecto de las mareas ordinarias no se deja sentir en Tabatinga, que está situada a más de tres mil setecientos kilómetros del Atlántico; pero no sucede así con el *pororoca*, esa clase de reflujo rápido que durante tres días, en los grandes flujos de *sizigia*, hincha las aguas del Amazonas y las rechaza con una velocidad de diecisiete kilómetros por hora. Se pretende, en efecto, que esta racha de marea se propaga hasta la frontera brasileña.

En la mañana del veintiséis de junio, antes del desayuno, la familia Garral se dispuso a desembarcar para visitar el pueblo.

Si Juan, Benito y Manuel habían estado ya en más de una ciudad del Imperio brasileño, no sucedía lo mismo con respecto de Yaquita y de su hija. Esto, pues, iba a ser para ellas como una toma de posesión.

Se concibe, pues, que Yaquita y Minha desearan a toda costa hacer esta visita.

Si, por otra parte, Fragoso, en su calidad de barbero ambulante, había ya recorrido las diversas provincias de la América Central, Lina, como su joven ama, no había pisado todavía el suelo brasileño.

Pero antes de abandonar el tren de maderas, Fragoso fue a buscar a Juan Garral y tuvo con él la conversación siguiente:

—Señor Garral —le dijo—, desde el día que me recibisteis en la hacienda de Iquitos, alojándome, vistiéndome, manteniéndome, y, en una palabra, acogiéndome tan hospitalariamente, os debo...

—No me debéis absolutamente nada, amigo mío —contestó Garral—. Por lo tanto, no insistamos más.

—Os aseguro —respondió Fragoso— que no estoy en situación de desempeñarme con vos. Y hay que añadir que me habéis recibido a bordo de la jangada y facilitado el medio de bajar el río. En la actualidad, nos vemos en la tierra del Brasil, que, según todas las probabilidades, yo no debía volver a ver... Sin aquel bejuco...

—A Lina, a ella tan sólo debéis dedicar vuestro reconocimiento —interrumpió Juan Garral.

—Ya lo sé —respondió Fragoso—, y jamás olvidaré lo que le debo, no menos que a vos.

—Se diría, Fragoso —replicó Juan—, que vais a despediros de mí. ¿Es vuestra intención quedaros en Tabatinga?

—De ninguna manera, señor de Garral, puesto que me habéis permitido acompañaros hasta Belem, donde podré, o al menos así lo espero, volver a tomar mi antiguo oficio.

—Entonces, si tal es vuestra intención, ¿qué venís a pedirme, amigo mío?

—Vengo a rogaros, si en ello no halláis reparo, que me permitáis ejercer mi oficio de paso. Esto hará que mi mano no se entorpezca, y, por otra parte, no estarán mal en mi bolsillo algunos puñados de reis, sobre todo si yo los he ganado. Ya sabéis, señor Garral, que un barbero que es también algo peluquero, y no diré algo médico por respeto al señor Manuel, siempre encuentra algunos parroquianos en las aldeas del Alto Amazonas.

—Sobre todo, entre los brasileños —reconoció Juan Garral—; porque para los indígenas...

—Perdonad —contestó Fragoso—; entre los indígenas especialmente. Afeitar, no, porque la Naturaleza se ha mostrado con ellos bastante avara de este adorno; pero siempre hay alguna cabellera que arreglar a la última moda. Estos salvajes, hombres y mujeres, estiman esto mucho... A los diez minutos de instalarme en la plaza de Tabatinga, con mi boliche en la mano, pues el boliche es lo que les atrae desde luego, y yo lo juego con bastante desenvoltura, se formará en torno mío un corro de indios e indias que se disputarán mis favores. Si yo permaneciese un mes aquí, toda la tribu de las ticunas se harían peinar por

mis manos. No se tardaría en saber que el *hierro que riza* (como ellos me llaman) estaba ya de vuelta dentro de los muros de Tabatinga. He pasado por aquí ya dos veces, y mis tijeras y mi peine han hecho maravillas, aunque fuerza es reconocer que no podría volver con mucha frecuencia a un mismo sitio. Las señoras indias no se mandan peinar todos los días como nuestras elegantes de las ciudades brasileñas. Cuando esto se hace, se espera un año, y durante un año ponen todo su cuidado en no comprometer el edificio que yo levanto, me atrevo a decirlo, con cierto talento. Mas como justamente va a hacer pronto un año que no he aparecido por Tabatinga, voy, pues, a encontrar todos mis monumentos arruinados; y si esto no os contraría, desearía volver por segunda vez a hacerme digno de la fama que he adquirido por este país. ¡Cuestión de reis, ante todo, y no de amor propio, creedlo!

—Hacedlo, pues, amigo mío —respondió Garral, sonriendo—; pero hacedlo pronto. No debemos estar más que un día en Tabatinga, y volveremos a marchar mañana al romper el día.

—No perderé un minuto —contestó Fragoso—; no invertiré más que el tiempo necesario para tomar los utensilios de mi profesión, y desembarco.

—Id, Fragoso —respondió Garral—, y que los reis lluevan en vuestro bolsillo.

—¡Ojalá ocurra así...! Una lluvia benefactor a que jamás ha caído en abundancia sobre vuestro humilde servidor.

Y, dicho esto, Fragoso se marchó rápidamente.

Un instante después, toda la familia, excepto Juan Garral, tomó tierra. La jangada había podido acercarse bastante al ribazo, y el desembarque se hizo sin trabajo. Una escalera en bastante mal estado, ta llada en el acantilado, permitió a los viajeros llegar hasta la cima de la plataforma.

Yaquita y los suyos fueron recibidos por el comandante del fuerte, un pobre diablo, que conocía, sin embargo, las leyes de la hospitalidad y les ofreció desayunarse en su residencia. Aquí y allá iban y venían algunos de los soldados del puesto, mientras que en el umbral del cuartel asomaban con sus mujeres, que son de sangre ticuna, algunos muchachos, productos menos que medianos de aquella mezcla de razas.

En vez de aceptar el desayuno del sargento, Yaquita, por el contrario, ofreció al comandante y a su mujer que fuesen a participar del suyo a bordo de la jangada.

El comandante no se lo hizo repetir dos veces, y la cita se fijó para las once.

Entretanto, Yaquita, Minha y la joven mulata, acompañadas de Manuel, se fueron a pasear por las inmediaciones del puesto, dejando a Benito arreglarse con el comandante para el pago de los derechos de pasaje; porque aquel sargento era a la vez jefe de la aduana y jefe militar.

Después de hecho esto, Benito debía, según su costumbre, irse a cazar en las arboledas inmediatas. Esta vez Manuel había rehusado seguirle.

Entretanto, Fragoso, por su parte, había salido de la jangada; pero en vez de subir al puesto se dirigió hacia la aldea, tomando por medio de la quebrada que se abría sobre la derecha a nivel del ribazo. Contaba más, y con razón, con los clientes indios de la población, que con los de la guarnición. Las mujeres de los soldados, sin duda, no hubieran dejado de quererle en sus hábiles manos; pero los maridos encontraban ridículo gastar algunos reis para satisfacer los caprichos de sus coquetas medias naranjas.

Con los indígenas debía de ser otra cosa; maridos y mujeres, el alegre barbero lo sabía bien, le dispensarían un gran recibimiento.

Fragoso se puso en marcha subiendo por el camino sombreado de hermosos ficus y llegando al poco rato al barrio central de Tabatinga.

Apenas hubo llegado a la plaza, el célebre peluquero fue visto, conocido y cercado.

Fragoso no tenía bombo, ni tambor, ni corneta de pistón para llamar a sus clientes, ni menos coche con brillantes dorados, con resplandecientes faroles y ventanillas adornadas de cristales, ni colosal paraguas ni nada que pudiera llamar la atención del público, conforme se hace en las ferias.

No, carecía de todo aquello, pero tenía su boliche; ¡y cómo jugaban sus dedos con aquel boliche...! ¡Con qué destreza recibía la cabeza de tortuga que servía de boya, entre la delgada punta del mango! ¡Con cuánta gracia hacía describir a la bola aquella curva sabia, cuyo valor, quizá, no han calculado aún los matemáticos, ellos que han determinado, no obstante, la famosa curva de «el perro que sigue a su amo»!

Todos los indígenas estaban allí; hombres, mujeres, viejos, niños, en traje un poco primitivo, mirando con la boca abierta y aguzando los oídos. El amable operador, mitad en portugués, mitad en lengua ticuna, pronunció su peroración acostumbrada con el tono del mejor buen humor.

Decía lo que dicen todos esos charlatanes que ponen sus servicios a la disposición del público, y que son Fígaros españoles o peluqueros franceses. En el fondo el mismo aplomo,

el mismo conocimiento de las debilidades humanas, el mismo género de chanzas desgastadas, la misma exterioridad divertida, y por parte de aquellos indígenas, el mismo embobamiento, la propia curiosidad e igual credulidad que la de los papanatas del mundo civilizado.

De esto resultó, pues, que pasados diez minutos, el público estaba excitado y se agrupaba apretadamente en torno de Fragoso, instalado en una *loja*, rara forma de tienda que servía de taberna.

Esta *loja* pertenecía a un brasileño domiciliado en la población. Allí, por unos pocos *vatems*, que es la moneda del país y vale veinte reis, los indígenas pueden procurarse las bebidas de la tierra, y en particular *asai*. Este es un licor medio sólido, medio líquido, hecho con el fruto de una palmera, y que se bebe en un *cosii* o media calabaza, de que se hace uso general en aquel rincón del Amazonas.

Entonces hombres y mujeres, con no menos empeño éstas que aquéllos, procuraban tomar sitio en el banquillo del barbero. Las tijeras de Fragoso iban a estar ociosas, sin duda, porque no era cuestión de cortar tan ricas cabelleras, magníficas casi todas por su finura y su calidad; pero... ¡qué de ocupación no iban a tener el peine y las tenacillas que en un rincón se calentaban en un brasero!

—Ya veréis —aseguraba— cuán bien se sostiene, amigos míos, si no os acostáis sobre ello. ¡Y que será para un año! ¡Y estas modas son las más nuevas da Belem o de Río de Janeiro! ¡Las damas de honor de la reina no están más hábilmente peinadas! ¡Y ya notaréis que no economizo la pomada!

Cierto, no la economizaba. Verdad es que no era más que un poco de grasa, mezclada con el jugo de algunas flores. Y con ella les emplataba como si fuese argamasa.

Pudiérase haber dado el nombre de edificios capilares a aquellos monumentos levantados por la mano de Fragoso y que encerraban todos los géneros de arquitectura. Bucles, anillos, cuernos, trenzas, encrespados, rollos, tirabuzones, papillotes, todo tenía allí su sitio. No había nada de falso. Es decir, nada de añadidos ni postizos. Aquellas cabelleras indígenas no estaban, como en los talleres, debilitadas por los golpes, extenuadas por las caídas, sino en toda su virginidad nativa, como los bosques. Fragoso, sin embargo, no se desdeñaba de añadir algunas flores naturales, dos o tres largas espinas de pescado, o bien delicados adornos de hueso o de cobre, que llevaban las elegantes de la localidad. De seguro, las *maravillosas* del Directorio hubiesen envidiado la composición de aquellos peinados de alta fantasía y de tres o cuatro pisos, y el mismísimo gran Leonardo (1) se hubiese inclinado delante de su famoso rival de ultramar.

(1) Famoso peluquero de la Reina María Antonieta, esposa de Luis XVI de Francia.

Y entonces los *vatems* y los puñados de reis, únicas monedas contra las cuales entregan sus productos los naturales del Amazonas, llovían en el bolsillo de Fragoso, que se los guardaba con evidente satisfacción. Pero muy ciertamente, la tarde iba adelantándose antes que él pudiera satisfacer las peticiones de una clientela incesantemente renovada. Y no era tan sólo la población de Tabatinga la que se agolpaba a la puerta de la *loja*.

La nueva de la llegada de Fragoso no había tardado en extenderse. Los indígenas acudían de todas partes, y veíanse allí ticunas de la orilla izquierda del río; mayoranas de la ribera opuesta, y no faltaban tampoco los que habitaban en las márgenes del Cajuru y aquellos que residían en las aldeas del Yavary.

Por todo esto, en la plaza central se formaba una larga cola de impacientes. Los afortunados y las afortunadas que dejaban bien compuestos las manos de Fragoso, iban orgullosamente de una en otra casa, pavoneándose aunque casi sin atreverse a mover la cabeza, como niños grandes que eran.

Cuando llegó el mediodía, como el ocupado barbero y peluquero no había tenido tiempo para ir a desayunarse a la jangada, hubo de contentarse con un poco de *asai*, harina de yuca y huevos de tortuga, cosas que despachó rápidamente en el intervalo entre dos ribazos.

Lo que hubo también fue una buena cosecha para el tabernero, porque todas aquellas operaciones no se efectuaron sin hacer un gran consumo de licores desenterrados de las cuevas de la *loja*.

Fuerza es reconocer que para la población de Tabatinga resultó un acontecimiento el que pasara por allí el célebre Fragoso, peluquero ordinario y extraordinario de las tribus del Alto Amazonas.

CAPÍTULO XIII

APARECE TORRES

Todavía seguía allí Fragoso a las cinco de la tarde. Verdad es que sin poder más. Y si hubiera tratado de satisfacer todas las peticiones, habría debido pasar allí la noche para complacer a la multitud que esperaba.

Justamente a la hora indicada, llegó a la plaza un forastero del lugar, quien al ver aquella reunión de gentes se adelantó hacia la taberna.

Por algunos momentos el forastero estuvo contemplando a Fragoso atentamente y con cierta circunspección. El examen, sin duda, debió satisfacerle, porque al final entró en la *loja*.

Parecía ser un hombre como de treinta años de edad; llevaba un traje propio para viajar que resultaba muy elegante; pero su abundante barba negra, que las tijeras no habían cortado hacía mucho tiempo, sus cabellos algo largos, reclamaban imperiosamente los servicios de un peluquero.

—Buenos días, amigo, buenos días —dijo, tocando ligeramente el hombro de Fragoso.

Fragoso se volvió al oír aquellas palabras pronunciadas en puro brasileño y no en el idioma mezclado de los indígenas.

—¿Un compatriota? —preguntó, sin dejar de retorcer la cabellera rebelde de una mayorunesa.

—Sí —contestó el forastero—; un compatriota que necesita vuestros servicios.

—¿Qué? ¡Pues al momento —dijo Fragoso—; apenas haya concluido con la señora!

Esto fue realizado con un par de aplicaciones de la tenacilla.

Aunque el último que venía no tenía derecho al sitio vacante, sin embargo, el forastero se sentó en el escabel, sin que esto produjese ninguna reclamación de parte de los indígenas cuyo turno se atrasaba.

Fragoso dejó las tenacillas por las tijeras, y, según la costumbre de sus colegas, preguntó;

—¿Qué desea el señor?

—Cortarme la barba y el cabello —respondió el forastero.

—Decidme vuestro gusto —pidió Fragoso, al tiempo que introducía el peine en la espesa cabellera de su parroquiano.

Y las tijeras hicieron luego su oficio.

—¿Venís de muy lejos? —preguntó Fragoso, que no podía trabajar sin hablar cuanto le era posible.

—De las cercanías de Iquitos.

—Lo mismo que yo —exclamó el peluquero—. He bajado el Amazonas desde Iquitos hasta Tabatinga. ¿Y se puede saber vuestro nombre?

—Sin ningún inconveniente —respondió el forastero—; me llamo Torres.

Cuando la cabellera del nuevo cliente quedó cortada *a la última moda*, Fragoso comenzó a cuidarle la barba; pero en aquel momento, como le mirase bien de frente, se detuvo, volvió a empezar su tarea, y después dijo, por fin:

—¡Diantre, señor Torres! Creo conoceros. ¿No nos hemos visto ya en alguna parte?

—Pienso que no —respondió, vivamente, Torres.

—Entonces me he equivocado —se disculpó Fragoso; y se dispuso a dar fin a su tarea.

Un momento después, Torres reanudó la conversación interrumpida por la pregunta de Fragoso.

—¿Cómo habéis venido de Iquitos? —preguntó.

—¿A Tabatinga?

—Sí.

—A bordo de un tren de maderos, en el que me ha concedido pasaje un digno hacendado que baja por el Amazonas con toda su familia.

—Realmente, amigo, esto es una fortuna. Si vuestro hacendado consintiera admitirme en ese tren...

—Entonces, ¿también tenéis intención de bajar el río?

—¡ Precisamente!

—¿Hasta Pará?

—No, solamente hasta Manaos, en donde tengo un negocio.

—¡Ah, bien! Mi huésped es un hombre servicial, y creo que voluntariamente se prestará a haceros ese favor.

—¿Lo creéis?

—Y aun casi diría que estoy seguro.

—¿Y cómo se llama ese hacendado? —preguntó, como al descuido, Torres.

—Juan Garral —contestó Fragoso, quien en aquel momento se repetía que había visto a aquel hombre en alguna parte.

Torres no era hombre de renunciar a una conversación que parecía interesarle, y por este motivo preguntó :

—¿De modo que vos creéis que Juan Garral consentirá en facilitarme pasaje?

—Os repito que estoy seguro de ello —respondió Fragoso—. ¡Lo que ha hecho por un pobre diablo como yo, no rehusará hacerlo por vos, un compatriota!

—¿Y está él solo a bordo de la jangada?

—No, ya os he dicho que viaja con toda su familia, una familia de buenas gentes en verdad, os lo aseguro. Y va acompañado por una tripulación de indios y negros que forman parte del personal que tiene en su granja.

—¿Y es muy rico ese hacendado?

—Ciertamente, muy rico. Sólo las maderas que forman la jangada y el cargamento que ésta lleva constituyen una fortuna.

—¿De modo, pues, que Juan Garral va a pasar la frontera brasileña con toda su familia?
—replicó Torres.

—Sí —contestó Fragoso—; su mujer, su hijo, su hija y el prometido de su hermosa hija.

—¡Ah! ¿Tiene una hija? —dijo Torres.

—Una hermosa niña.

—¿Y se va a casar?

—Sí; con un gallardo joven, un médico militar que está de guarnición en Belem y que se unirá a ella apenas lleguemos al término del viaje.

—¡Bueno! —dijo sonriendo Torres—. ¡Esto puede llamarse entonces un viaje de bodas!

—Un viaje de bodas, de placer y de negocios —contestó Fragoso—. La señora Yaquita y su hija no han pisado nunca el territorio brasileño, y aun el propio Juan Garral es ésta la primera vez que atraviesa la frontera desde que entró en la granja del viejo Magallanes.

—Imagino que la familia irá también acompañada de algunos criados.

—Ciertamente; la vieja Cibeles, que hace cincuenta años está en la granja, y una joven mulata, la señorita Lina, que es más bien la compañera que la sirvienta de su joven ama. ¡Ah, de cuán amable condición es! ¡Qué corazón y qué ojos! ¡Y qué ideas tiene sobre todas las cosas, y en particular sobre los bejucos!

Fragoso, lanzado en este camino, sin duda, no habría podido detenerse, y Lina habría sido causa de entusiastas afirmaciones si en aquel momento el cliente no se hubiese levantado del escabel para dejar sitio a un nuevo parroquiano.

—¿Qué os debo? —preguntó al barbero.

—Nada —respondió Fragoso—. ¡Entre compatriotas que se encuentran en la frontera no puede haber cuestión sobre esto!

—Sin embargo —insistió Torres—, yo quisiera...

—Bien, ya nos arreglaremos más tarde, a bordo de la jangada.

—Pero yo no sé —respondió Torres— si me atreveré a pedir a Garral que me permita...

—No vaciléis —contestó Fragoso—. Yo le hablaré, si os parece mejor, y me figuro que se alegrará mucho de poderos hacer este favor.

En aquel momento Manuel y Benito, que habían venido a la aldea después de la comida, se acercaron a la puerta de la *loja*, deseosos de ver a Fragoso en el ejercicio de sus funciones,

Torres se había vuelto hacia ellos y exclamó de repente:

—Ved aquí dos jóvenes que yo conozco, o más bien, que reconozco...

—¿Que les reconocéis? —dijo el barbero, bastante sorprendido.

—¡Sí, sin duda! Hará un mes que en el bosque de Iquitos me sacaron de un apuro bastante grande.

—Pero éstos son precisamente Benito Garral y Manuel Valdés.

—Ya lo sé... Me dijeron sus nombres: pero yo no esperaba encontrarlos aquí.

Y el forastero se adelantó hacia los jóvenes, que le miraban sin conocerle.

—¿No me recordáis, señores? —preguntó.

—Pues... —empezó Benito.

—Yo tengo buena memoria, señor Torres. ¿No sois —dijo Manuel— el que en el bosque de Iquitos teníais ciertas dificultades con un guariba?

—Yo mismo, señores —confirmó el capitán de bosques—. Durante seis semanas he continuado bajando el Amazonas, y vengo a pasar la frontera al mismo tiempo que ustedes.

—Me siento gozoso de volveros a ver —dijo Benito—. ¿No habréis olvidado que yo os había propuesto venir a la hacienda de mi padre?

—No, no lo he olvidado —declaró Torres.

—Hubierais hecho muy bien en aceptar mi ofrecimiento. Esto os habría permitido aguardar nuestra marcha, reposando de vuestras fatigas, y después bajar con nosotros hasta la frontera. ¡Cuántos días de camino os hubierais ahorrado!

—En efecto.

—Nuestro compatriota no se detiene en la frontera —terció Fragoso—; va hasta Manaos.

—Entonces —declaró Benito—, si queréis venir a bordo de la jangada, seréis muy bien recibido, y estoy seguro que mi padre considerará un deber daros pasaje.

—Entonces permitidme que os lo agradezca de antemano.

Manuel no había tomado parte en la conversación. Dejaba a Benito hacer el ofrecimiento de sus servicios, y observaba atentamente a Torres, cuya figura le agradaba poco. Había en efecto, cierta falta de franqueza en los ojos de aquel hombre, cuya mirada huía sin cesar, como si temiese que pudiesen leer algo en ella. Pero Manuel reservóse tal impresión, no queriendo perjudicar a un compatriota a quien se trataba de servir.

—Señores —dijo Torres—, cuando queráis, estoy pronto a seguiros al puerto.

—Venid —respondió Benito.

Un cuarto de hora después, Torres se hallaba a bordo de la jangada. Benito le presentó a Juan Garral, le enteró de las circunstancias en que se habían conocido y le pidió el pasaje de Torres hasta dejarlo en Manaos.

—Me conceptúo dichoso, señor, de poderos hacer este servicio —respondió Garral.

—Por mi parte, os lo agradezco —afirmó Torres, que en el momento de tender la mano a su huésped, pareció contenerse a pesar suyo.

—Como partimos mañana por la mañana al rayar el alba —agregó Garral—, podéis, pues, instalaros a bordo.

—¡Bah! Mi instalación no será larga —afirmó Torres—. Mi persona y nada más.

—Estáis en vuestra casa —terminó Garral.

Aquella misma tarde, Torres se posesionaba de su camarote, que hallábase cerca del que ocupaba el barbero.

Este regresó más o menos a las ocho de la noche. Ya en la jangada, hizo a la joven mulata la relación de sus hazañas, y le repetía, con explicable amor propio, que la fama del ilustre Fragoso acababa de extenderse aún más en la cuenca del Alto Amazonas.

CAPÍTULO XIV

RÍO ABAJO

El veintisiete de junio, al romper el alba, fueron largadas las amarras, y la jangada continuó su deriva en la corriente del río.

Ya sabemos que había un nuevo personaje a bordo. ¿De dónde venía aquel Torres? Se ignoraba realmente. ¿Adonde iba? Según decía, a Manaos. El tal Torres se había guardado bien de dejar sospechar nada de su vida anterior, ni de la profesión que todavía ejercía dos meses antes, y nadie podía imaginarse que la jangada hubiese dado asilo a un antiguo capitán de bosques. Garral no había querido estorbar con preguntas indiscretas el servicio que prestaba.

Al admitirle a bordo, el hacendado había obedecido a un sentimiento de humanidad. En medio de aquellos vastos bosques y llanuras del Amazonas, y sobre todo en una época en que todavía no surcaban los barcos de vapor el curso del río, resultaba muy difícil encontrar medios de transporte rápidos y seguros. No había un servicio regular de embarcaciones, y la mayor parte del tiempo el viajero se veía precisado a caminar por entre las selvas. Así lo había hecho y debía haber continuado haciéndolo Torres, y resultó para él una inesperada fortuna poder tomar pasaje a bordo de la jangada.

Desde que Benito refiriera en qué circunstancias encontró a Torres, la presentación había quedado hecha, pudiéndose considerar a éste como un pasajero a bordo de un transatlántico, que está libre de tomar parte en la vida común, si esto le convenía, y libre de vivir aparte, si su carácter era algún tanto insociable.

Advirtiéndose claramente, por lo menos durante las primeras jornadas, que Torres no buscaba la intimidad con la familia Garral. Manteníase encerrado en una gran reserva; respondía cuando se le dirigía la palabra, pero no suscitaba ninguna conversación.

Si parecía tener preferencia y manifestarse más expansivo con alguno, era con Fragoso. ¿No debía a este alegre compañero la idea de tomar pasaje en el tren de maderos? En alguna ocasión le preguntaba sobre la situación de la familia Garral y de los sentimientos de

la joven respecto a Manuel Valdés; pero cuando no se paseaba solo en la parte delantera de la jangada, permanecía en su camarote.

En cuanto a los desayunos y comidas, participaba de ellos en unión de Juan Garral y de su familia, y tomaba muy escasa parte en la conversación, retirándose en cuanto se terminaba la comida.

Durante la madrugada, la jangada navegó por medio del pintoresco grupo de islas que contiene el vasto territorio del Yavary.

Aquel importante tributario del Amazonas presenta, en la dirección del Sudeste, un curso que, desde su nacimiento hasta su desembocadura, no aparece sujeto por ningún islote. Esta desembocadura mide cerca de tres mil pies de ancho y se abre a algunas millas en la parte de arriba del sitio que ocupó anteriormente la ciudad del mismo nombre, y cuya propiedad se disputaron españoles y portugueses.

Hasta la mañana del treinta de junio no sucedió en la navegación nada digno de referirse. Alguna vez se encontraban varias embarcaciones, que se deslizaban a lo largo de las orillas, unidas las unas a las otras de tal modo, que un solo indígena bastaba para conducir las todas. *Navegar de bubina*, así dicen las gentes del país para designar este género de navegación, que es decir navegar con confianza.

Pasáronse muy pronto la isla Araría, el archipiélago de las islas Calderón, la isla Capiata, y otras muchas cuyos nombres no han llegado todavía a conocimiento de los geógrafos. El citado día treinta, el piloto indicó a la derecha del río la pequeña población de Jurupari-Tapera, donde se hizo una parada de dos o tres horas.

Manuel y Benito fueron a cazar en las cercanías, y trajeron alguna caza de pluma, que fue muy bien recibida en la despensa. Al mismo tiempo, los dos jóvenes habían cogido un animal, del que un naturalista hubiera hecho más caso que la cocinera de la jangada.

Era un cuadrúpedo de color oscuro y que se parecía algún tanto a un gran perro de Terranova.

—¡Un tamandúa hormiguero! —gritó Benito, arrojándole sobre el suelo de la jangada.

—Y un soberbio ejemplar que haría muy buen papel en la colección de un jardín zoológico —añadió Manuel.

—¿Os ha costado mucho trabajo apoderaros de este curioso animal? —preguntó Minha.

—Sí, hermanita; y tú no estabas allí para solicitar su gracia. En verdad que estos osos tienen la vida muy dura y no se han necesitado menos de tres balas para tumbarle.

Aquel tamandúa era magnífico, con su larga cola mezclada de cerdas grises, su hocico en punta, que mete en los hormigueros, cuyos insectos forman su principal alimento; sus largas patas delgadas, armadas de uñas agudas, de cinco pulgadas de largo y que pueden cerrarse como los dedos de una mano. Mas ¿qué mano hay como la de este tamandúa? Cuando agarra alguna cosa, hay que cortarla para que suelte la presa. Con respecto a este punto, ha dicho muy bien el viajero Emilio Carrey «que el mismo jaguar perece entre un apretón de ellos.»

La jangada llegó al pie de San Pablo de Olivença el día dos de julio por la mañana, después de haberse deslizado por medio de numerosas islas, que en todas las estaciones están cubiertas de verde y sombreadas de árboles magníficos, y cuyos nombres principales son: Junipari, Rita, Maracaratená y Cururu-Lapo. Muchas veces también había tenido que costear las bocas de algunos *iguarapés* o pequeños afluentes de aguas negras.

La coloración de estas aguas es un fenómeno bastante curioso y que pertenece en propiedad a cierto número de tributarios del Amazonas, cualquiera que sea su importancia.

Manuel hizo notar lo oscuro de su color, pues que se la distinguía muy claramente en la superficie de las blancas aguas del gran río.

—Se ha tratado de explicar esta coloración de diferentes maneras —dijo—, pero no creo que aun los más sabios hayan llegado a hacerlo de un modo satisfactorio.

—Estas aguas son verdaderamente negras, con un magnífico reflejo de oro —dijo la joven Minha, mostrando las que rodeaban la jangada.

—Sí —respondió Manuel—, y ya Humboldt ha observado, como vos, mi querida Minha, este curioso reflejo. Pero, mirando muy atentamente, se ve que es más bien el color de sepia el que domina en toda esta coloración.

—¡Bueno! —exclamó Benito—. Un fenómeno sobre el cual no se han puesto de acuerdo todavía los sabios.

—Quizá se podría, acerca de esto, pedir su parecer a los caimanes, a los delfines o a los manatíes —hizo notar Frágoso—; porque precisamente las aguas negras son las que ellos buscan para refocilarse.

—Cierto que las buscan con especial interés. Mas, ¿por qué? Sería muy dificultoso el

decirlo. En efecto, ¿esta coloración es debida a que las aguas contienen en disolución el hidrógeno carbonado, o bien a que pasan sobre lechos de turba y a través de capas de hulla y de antracita, o debe atribuirse a la enorme cantidad de pequeñas plantas que arrastran? Nada hay de cierto desde este punto de vista (1).

(1) Numerosas observaciones hechas por viajeros modernos están en desacuerdo con la de Humboldt.

En todo caso, son excelentes para beber, de una frescura envidiable en este clima, y sin mal gusto. Tomad un poco de esta agua y bebedla; no hay peligro en ello.

El agua, en efecto, estaba limpia y fresca. Podría remplazar ventajosamente a las aguas de mesa empleadas en Europa. Recogieronse algunos frascos para uso de la repostería.

Ya se ha dicho que en la mañana del día dos la jangada había llegado a San Pablo de Olivenza, donde se fabrican por millares esos largos rosarios, cuyas cuentas están formadas de cáscaras de *coco de piassabas*. Esto es allí el objeto de un comercio bastante continuo. Quizá parecerá singular que los antiguos dominadores del país, los tupinambas y los tupiniquis, hayan llegado a tener como principal ocupación la confección de aquellos objetos del culto católico. Mas, después de todo, ¿por qué no? Estos indios ya no son los indios de otro tiempo. En lugar de ir vestidos con el traje nacional, con su frontal de plumas, su arco y cerbatana, ¿no han adoptado el traje americano, el pantalón blanco, amén del poncho de algodón tejido por sus mujeres, que han llegado a hacerse sumamente hábiles en esta clase de trabajo?

San Pablo de Olivenza, población de bastante importancia, no cuenta menos de dos mil habitantes, procedentes de todas las tribus inmediatas. Al presente, es la capital del Alto Amazonas, y principió por no ser más que una simple misión, fundada por los carmelitas portugueses hacia el año 1692 y continuada por los jesuitas.

En su principio este era el país de los omaguas, cuyo nombre significaba *cabezas planas*. Este nombre les venía de la bárbara costumbre que tenían las madres indígenas de apretar la cabeza de los recién nacidos entre dos tablas a fin de formarles un cráneo oblongo, que era muy a la moda. Pero como todas las modas, aquélla también ha cambiado; las cabezas han vuelto a tomar su forma natural, y ya no se encuentra ninguna señal de la deformidad antigua en el cráneo de aquellos fabricantes de rosarios.

Toda la familia, a excepción de Juan Garra, saltó a tierra. Torres se quedó también a bordo, y no manifestó deseo de visitar a San Pablo de Olivenza, que, sin embargo, parecía no conocer.

Decididamente, hay que confesar que si este aventurero era taciturno, no resultaba pecar de curioso.

Benito pudo hacer fácilmente bastantes cambios para completar el cargamento de la jangada. Su familia y él obtuvieron una excelente acogida de las principales autoridades de la población, del comandante de la plaza y del jefe de Aduanas, cuyos cargos no les estorbaban para dedicarse al comercio. Al mismo tiempo, confiaron al joven negociante algunos productos del país, que debían ser vendidos por cuenta de ellos ya en Manaos o en Belem.

La población se componía de unas sesenta casas, edificadas sobre una meseta que coronaba el ribazo del río en aquel lugar. Algunas de aquellas cabañas estaban cubiertas de tejas, lo cual es bastante raro en aquellas comarcas; pero, en cambio, la modesta iglesia, dedicada a San Pedro y San Pablo, tenía por todo abrigo un techo de paja, más propio de un establo que de un lugar consagrado al culto en un país de los más católicos del mundo.

El comandante, su teniente y el jefe de policía, aceptaron la invitación de ir a comer con la familia, y fueron recibidos por Juan Garral con las consideraciones debidas a su rango.

Durante la comida, Torres se manifestó más hablador que de costumbre, y contó algunas de sus excursiones al interior del Brasil, como hombre conocedor del país.

Pero, hablando de sus viajes, Torres no se descuidó de preguntar al comandante si conocía Manaos; si su colega hallábase en su puesto en aquel entonces; si el juez letrado, el primer magistrado de la provincia, tenía la costumbre de ausentarse en aquella época de la estación calurosa. Al hacer Torres esta serie de preguntas, parecía que miraba por lo bajo a Juan Garral. Esto fue bastante claro para que Benito lo observase, no sin alguna extrañeza, e hizo esta observación mientras que su padre escuchaba muy particularmente las preguntas tan raras que formulaba Torres.

El comandante de San Pablo de Olivenza aseguró al aventurero que entonces no se hallaban ausentes las autoridades de Manaos, y encargó al mismo tiempo a Juan Garral que les hiciera presentes sus respetos.

Según todas las probabilidades, la jangada llegaría ante aquella ciudad en siete semanas como máximo. Es decir, del 20 al 25 de agosto.

Cercano ya el anochecer, los huéspedes del hacendado se despidieron de la familia, y al día siguiente, que era el 3 de julio, la jangada continuó deslizándose, siguiendo el curso del río.

A mediodía fue dejada a la izquierda la desembocadura del Yacursapa. Este tributario es en realidad un simple canal, puesto que sus aguas van a caer en el Iza, que es también un afluente más de la orilla izquierda del Amazonas. Es de señalar que por un curioso fenómeno, en varios sitios, es el Amazonas el que alimenta a sus propios afluentes.

Unas tres horas después de mediodía, la jangada pasó la desembocadura del Jandiatube, que trae del Sudoeste sus magníficas aguas negras vertiéndolas en la gran arteria por una boca de cuatrocientos metros, luego que ha regado los territorios de los indios culinos.

Se costearon más adelante numerosas islas. Pimaticaira, Caturia, Chico, Motachina; unas habitadas y otras desiertas; pero todas cubiertas de una magnífica vegetación, que forma como una interminable guirnalda de verdor de un extremo a otro del Amazonas.

CAPÍTULO XV

SIGUE EL VIAJE

Erase la tarde del 15 de julio. La atmósfera, pesada desde la víspera, anunciaba la proximidad de algunas borrascas. Grandes y rojizos murciélagos cruzaban, batiendo sus alas, la corriente del Amazonas. Entre ellos podían verse los *perros voladores*, de color oscuro y claro por el vientre, y por las cuales Minha y la joven mulata experimentaban instintiva repulsión.

Los tales murciélagos eran horribles vampiros que chupan la sangre de los animales, y también suelen atacar al hombre que imprudentemente se queda dormido por los campos.

—¡Qué animales tan feos! —exclamó Lina, una vez, cerrando los ojos—. ¡Me causan horror!

—Y que son bastante temibles —añadió la joven Minha—. ¿No es cierto, Manuel?

—Muy temibles, en efecto —respondió el joven—. Esos vampiros poseen un instinto particular que los guía a picar en los sitios donde la sangre puede correr con facilidad, y principalmente, detrás de la oreja. Durante la operación, baten continuamente las alas, provocando así una agradable frescura, que hace más profundo el sueño del que se duerme. Se afirma que ha habido personas que, sometidas inconscientemente a esta hemorragia de muchas horas, no han vuelto a despertar.

—No sigáis contando semejantes historias, Manuel —dijo Yaquita—, si no, ni Minha ni Lina se van a atrever a dormir esta noche.

—¡No temáis nada! —aseguró Manuel—. Si fuese necesario, nosotros velaríamos su sueño.

—¡Silencio! —dijo Benito.

—¿Qué hay, pues? —preguntó Manuel.

—¿No oís un ruido especial por esta parte? —contestó Benito señalando la orilla derecha.

—En efecto —dijo Yaquita.

—¿De dónde procede tal rumor? —preguntó Minha—. Diríase que lo producen guijarros que ruedan sobre la playa de las islas.

—¡Hum! Ya sé lo que es —respondió Benito—. Mañana, al romper el día, habrá festín para los que les gustan los huevos de tortuga y las pequeñas tortugas frescas.

No se había engañado. Aquel ruido era causado por innumerables tortugas de todos tamaños a quienes la operación de la puesta atraía hacia las islas.

En la arena de las playas es donde estos anfibios van a elegir el sitio conveniente para depositar sus huevos.

La operación principia cuando se pone el sol, terminando con la llegada de la aurora.

Ya en aquel momento la tortuga jefe había salido del río para reconocer un sitio favorable. Las otras, reunidas por millares, se ocupaban en cavar con sus patas delanteras una zanja de ciento setenta metros de longitud, tres y medio de ancho y casi dos de profundidad; después de haber enterrado sus huevos, ya no les quedaba más que hacer que recubrirlos con una capa de arena que golpeaban con sus conchas hasta que formaba un montón.

Esta operación de la puesta es un gran negocio para los indios ribereños del Amazonas. Aguardan la llegada de tales anfibios y se lanzan a la extracción de los huevos al son del tambor, y la recolección se divide en tres partes: una pertenece a los ancianos, otra a los indios, y la tercera al Estado, representado por los capitanes de playa, que sirven, al mismo tiempo que de policías, de recaudadores de derechos. A ciertas playas a las cuales el descenso de las aguas deja al descubierto, y que tienen el privilegio de atraer el número más

grande de tortugas, se les ha dado el nombre de *playas reales*. Cuando la recolección se ha terminado, se festeja por los indios, que se entregan al juego, a la danza y a las libaciones, y que también es una fiesta para los caimanes del río, que celebran un banquete con los despojos de aquellos anfibios.

Las tortugas y sus huevos son, pues, objeto de un comercio bastante considerable en toda la cuenca del Amazonas. Sucede con algunas que se las vuelve de espalda cuando regresan de la postura, bien para conservarlas en criaderos empalizados como los viveros de peces, o bien para atarlas por los pies con una cuerda bastante larga, que les permite ir y venir sobre la tierra, o bajo el agua. De este modo es posible tener carne fresca de aquellos animales tan apetitosos.

Procédese de otra manera con las pequeñas tortugas que acaban de salir del huevo. No hay necesidad de guardarlas en criaderos ni de atarlas. Su concha es muy blanda todavía, y su carne sumamente tierna, y se comen lo mismo que las otras, después de haberlas hecho cocer. De este modo se consumen en considerables cantidades.

Sin embargo, aquel no es el uso más general que se hace de los huevos de las tortugas de las provincias del Amazonas y de Pará. La fabricación de la *manteigna de tartaruga*, es decir, de la manteca de la tortuga, que puede compararse a los mejores productos de otros países, no consume cada año menos de doscientos cincuenta a trescientos millones de huevos. Pero las tortugas son innumerables en todos los ríos de aquella cuenca, y por eso son incalculables las cantidades de huevos que depositan bajo la arena de las playas.

Todavía, a causa del consumo que hacen, no solamente los indígenas, sino también las zancudas de la costa, los *urubus* del aire y los caimanes del río, su número se va aminorando, por lo que cada tortuga pequeña se paga actualmente a una *pataca* brasileña.

Al otro día, al rayar el alba, Benito, Fragoso y algunos indios, tomaron una de las piraguas y se dirigieron a la playa de una de las grandes islas costeadas durante la noche. No fue necesario que la jangada hiciese alto. Se sabría muy bien volver a ella.

Sobre la playa se veían pequeñas protuberancias que indicaban el sitio donde, durante la misma noche, habían sido depositados en la zanja los paquetes de huevos por grupos de ciento sesenta a ciento ochenta. No se trataba de sacar aquéllos; pero hacía dos meses que se había verificado otra postura; los huevos se habían abierto por la acción del calor reconcentrado en las arenas, y ya algunos millares de tortugas pequeñas corrían por la playa.

Los expedicionarios hicieron, pues, buena caza. La piragua se llenó de aquellos interesantes anfibios, que llegaron a punto para la hora del desayuno.

El botín se repartió entre los pasajeros y el personal de la jangada.

La mañana del 7 de julio les encontró ante San José de Matura, villa situada cerca de un pequeño río, lleno de altas hierbas, y en cuyas orillas supone la tradición que han existido indios con cola.

El 8 de julio fue divisada la aldea de San Antonio, dos o tres casillas perdidas entre los árboles, y después la desembocadura del Iza o Putumayo, que mide novecientos metros de ancho.

El Putumayo es uno de los más importantes tributarios del Amazonas. En aquel lugar, en el siglo xvi, fueron fundadas, desde luego, las misiones por los españoles; después destruidas por los portugueses, y al presente, ya no queda ninguna señal de ellas. Lo que sí se encuentra todavía son representantes de diversas tribus de indios, que se reconocen fácilmente por la diversidad de sus tatuajes.

El Iza es un curso de agua que envían hacia el Este las montañas de Pasto, al Nordeste de Quito, por medio de hermosos bosques de árboles silvestres de cacao. Navegable en su trayecto de más de ochocientos cincuenta kilómetros para los barcos de vapor que tengan algo más de metro y medio, debe ser un día uno de los principales caminos fluviales en el Oeste de América.

Entretanto, el mal tiempo había llegado. No se manifestaba por lluvias continuadas, pero frecuentes tempestades turbaban ya la atmósfera. Estas variaciones no podían de ninguna manera molestar a la jangada en su marcha, porque el viento no la atacaba, y su inmensa extensión la hacía también insensible a la marejada del Amazonas; pero durante aquellos chubascos torrenciales la familia de Garral se veía precisada a entrar en su casa, donde procuraba ocupar aquellas horas de ocio. Entonces se platicaba, se comunicaban sus observaciones, y las lenguas no descansaban.

En aquellas circunstancias fue cuando Torres principió poco a poco a tomar una parte más activa en la conversación. Las particularidades de sus diversos viajes en todo el Norte del Brasil le proporcionaban numerosos motivos de entretenimiento. Ciertamente, aquel hombre había visto mucho; pero sus observaciones eran de un escéptico, y a menudo zahería con ellas los sentimientos de las honradas personas que le oían. Hay que decir también que se manifestaba muy diligente respecto de Minha. Solamente que sus atenciones, por más que disgustaban a Manuel, no eran todavía muy marcadas para que el joven creyera deber intervenir. Por otra parte, la doncella experimentaba hacia Torres una repulsión instintiva, que no procuraba ocultar.

La desembocadura del Tunantino apareció el 9 de julio en la orilla izquierda del río, formando una línea de ciento doce metros, por la cual aquel afluyente vertía sus aguas negras, que venían del Noroeste, después de haber regado los territorios de los indios cacenas.

En aquel sitio el curso del Amazonas se ofrece bajo un aspecto verdaderamente grandioso; pero su lecho está más sembrado que nunca de islas y de islotes. Hacía falta toda la destreza del piloto para dirigirse por entre aquel archipiélago, yendo de una orilla a la otra, evitando los bajos fondos, huyendo de los remolinos y sosteniendo imperturbable su dirección.

Cierto que hubiera podido tomar el Ahuaty-Paraná, especie de canal natural, que se separa del río un poco más arriba de la desembocadura de él, y permite volver a entrar en el curso principal de aguas ciento veinte millas más lejos por el río Zapura; pero si la parte más ancha de aquel *furo* mide ciento ciento cincuenta pies, la más estrecha no cuenta más que sesenta, y a duras penas hubiera podido pasar la jangada.

Para abreviar, diremos que, después de haber tocado el 13 de julio la isla Capuro, luego de haber admirado legiones de hermosos monos, de color blanco azufre y cara roja de cinabrio que son insaciables aficionados a aquellas castañas que producen las palmeras, a las que el río debe su nombre, los pasajeros llegaron el 18 de julio ante la pequeña población de Fonteboa.

En aquel paraje la jangada hizo una parada de doce horas para dar algún descanso a la tripulación.

Fonteboa, como la mayor parte de las aldeas misionales del Amazonas, no ha podido evadirse de la caprichosa ley que las ha llevado durante un largo período de un paraje a otro. Es probable, no obstante, que este lugarejo concluya con su existencia nómada y se haga definitivamente sedentario. Tanto mejor para él, porque presenta una hermosa vista con su treintena de casas cubiertas de follaje y su iglesia dedicada a Nuestra Señora de Guadalupe, virgen negra de México. Fonteboa cuenta un millar de habitantes, compuesto de los indios de las dos orillas, que crían gran número de animales en las ricas campiñas de las cercanías, no limitándose a esto su ocupación, porque son también intrépidos cazadores, o, mejor dicho audaces pescadores de manatíes.

Los jóvenes pudieron asistir la misma tarde de su llegada a una interesantísima expedición de aquel género.

Dos de aquellos cetáceos herbívoros acababan de verse entre las aguas negras del río Cayaratu, que se echa en Fonteboa. Veíanse seis puntos oscuros moverse en la superficie.

Eran los dos morros y las cuatro aletas de los manatíes.

Los pescadores, poco prácticos, hubieran tomado, desde luego, aquellos puntos movibles por algunos objetos perdidos que arrastraba la corriente; pero los indígenas de Fonteboa no podían sufrir error. Además, muy pronto, los ruidosos resoplidos indicaron que los animales arrojaban a raudales y con gran fuerza el aire innecesario a las necesidades de su respiración.

Dos *ubas*, llevando cada una tres pescadores, se separaron de la ribera, y se aproximaron a los manatíes, que emprendieron inmediatamente la fuga. Los puntos oscuros trazaron, desde luego, un largo surco en la superficie del agua, y luego desaparecieron a la vez.

Los pescadores continuaron avanzando prudentemente. Uno de ellos, armado de un arpón bastante primitivo —un clavo largo, puesto en la punta de un palo— estaba de pie sobre la piragua, mientras que los otros dos remaban sin hacer ruido. Esperaban que la necesidad de respirar hiciese a los manatíes ponerse a tiro. Diez minutos todo lo más, y estos animales reaparecerían indudablemente.

En efecto, poco más o menos de aquel tiempo había pasado, cuando los puntos negros aparecieron a poca distancia, y dos chorros de agua, mezclados de vapores, fueron ruidosamente lanzados.

Las *ubas* se aproximaron, y los arpones se arrojaron a un mismo tiempo; uno de ellos erró el golpe, pero el otro hirió a uno de los cetáceos a la altura de su vértebra.

No se necesitó más para aturdir al animal, que está poco dispuesto a defenderse cuando se siente tocado por el hierro de un arpón. La cuerda le condujo a tirones cerca de la *uba*, y se le remolcó hasta la playa al pie de la aldeíta.

Era aquél un manatí de pequeño tamaño, porque apenas tendría un metro de largo. Se ha perseguido tanto a aquellos pobres cetáceos, que principian a ser bastante raros en las aguas del Amazonas y de sus afluentes, y se les deja tan poco tiempo para crecer, que los gigantes de la especie no exceden hoy por dos metros. ¡Qué son éstos comparados con aquellos manatíes de tres y cuatro metros de largo, que abundan todavía en los lagos y los ríos del África!

Pero sería muy difícil impedir aquella destrucción. En efecto, la carne del manatí es excelente y muy superior a la del cerdo, y el aceite que proporciona su grasa es un producto de un positivo valor. Aquella carne, cuando está curada al humo o al aire, se conserva largo tiempo y proporciona una sana alimentación. Si se añade a esto que el animal es de una captura relativamente fácil, no admirará que la especie tienda a su completa desaparición.

En el día, un manatí en su completo desarrollo, que produzca dos barriles de aceite que pesen ciento veinticuatro libras, no da más que cuatro arrobas españolas, equivalentes a un quintal.

El 19 de julio, al apuntar el sol, el tren de maderos abandonó Fonteboa y se dejó llevar entre las dos orillas del río, completamente desiertas, a lo largo de las islas sombreadas de bosques de árboles del cacao, que producían el mejor efecto. El cielo aparecía siempre muy cargado de grandes nubes hinchadas, que hacían presentir nuevas tempestades.

El río Juruá, que viene del Sudeste, se separa muy pronto de los ribazos de la izquierda. Subiendo por él, una embarcación podría internarse hasta el Perú sin encontrar obstáculos insuperables por entre sus aguas blancas, que alimentan un gran número de subafluentes.

—Aquí es, tal vez, en estos territorios —dijo Manuel—, donde debiera buscarse a los descendientes de aquellas mujeres guerreras que tanto maravillaron a Orellana. Pero debe decirse que, a ejemplo de sus mayores, nunca han formado tribu aparte. Son simplemente mujeres que acompañan a sus maridos al combate, y éstas, entre los jurúas, gozan de una gran reputación de valientes.

La jangada siguió bajando. Mas ¡qué laberinto presentaba entonces el Amazonas! El río Yupurá, cuya desembocadura va a abrirse a ochenta kilómetros más lejos, y que es uno de sus más grandes afluentes, corría casi paralelo a él.

Entre ambos había canales, lagunas, lagos formados en las crecidas, una complicada red que hacía bien difícil establecer la hidrografía de aquella comarca.

Pero aunque Araujo no tenía mapa para guiarse, su experiencia le servía más seguramente, y era una maravilla verle desenvolverse en aquel caos sin extraviarse nunca fuera del gran río.

En suma, todo fue tan bien, que el 25 de julio, después del mediodía, y luego de haber pasado delante de la aldea de Parani Tapera, la jangada pudo fondear en la entrada del lago de Ega o Teffé, en el cual resultaba inútil internarse, porque hubiera sido menester salir de él para volver a tomar el rumbo por el Amazonas

Ega era lo bastante importante para merecer que se hiciese un alto en la marcha y se visitase la población. Convínose, pues, que la jangada permanecería en aquel sitio hasta el 2 de julio, y que en la mañana siguiente la piragua conduciría toda la familia a Ega.

Esto aportaría un descanso que iba a sentar muy bien al laborioso personal del tren de

troncos.

Durante la noche fue, pues, amarrada la jangada en las cercanías de una costa bastante elevada. Nada vino a turbar la tranquilidad. Sólo algunos relámpagos inflamaron el horizonte; pero procedían de una tempestad lejana, que no se hizo sentir a la entrada del lago.

CAPÍTULO XVI

EN EGA

El 26 de julio, a las seis de la mañana, Yaquita, Minha y Lina, en compañía de los dos jóvenes, se preparon a dejar la jangada.

Garral, que hasta entonces nunca había manifestado deseo de bajar a tierra, determinóse a hacerlo esta vez, a ruegos de su mujer y de su hija, abandonando su absorbente trabajo cotidiano, para unirse a la excursión.

En cambio, Torres no manifestó deseos de visitar Ega, cosa ésta que causó gran satisfacción a Manuel, quien experimentaba verdadera aversión por aquel hombre y sólo esperaba una ocasión para poder manifestárselo así.

A Fragoso, que no podía tener para ir a Ega los mismos motivos que le habían llevado a Tabatinga, no le faltaban razones para querer ser de la partida, si bien Tabatinga era lugar de poca importancia al lado de la pequeña ciudad de Ega.

Esta es una cabeza de partido, de mil quinientos habitantes, donde residen todas las autoridades que necesita la administración de una ciudad, es decir: comandante militar, jefe de policía, juez de paz y juez letrado, de instrucción primario, y soldados, a las órdenes de oficiales de todas las graduaciones.

Por este motivo donde existían tantos funcionarios con sus mujeres y sus hijos, ya se puede suponer que no faltarían los barberos peluqueros. Por lo tanto. Fragoso no hubiera hecho negocio.

Así, pues, no fue de la partida, a pesar de que Lina acompañaba a su joven ama; pero esto se debió a que en el momento de salir de la jangada resignóse a quedarse en ella a ruegos de

la propia mulata.

—Señor Fragoso —le dijo, llamándole aparte.

—Señorita Lina —contestó Fragoso.

—Me figuro que vuestro amigo Torres no tiene intención de acompañarnos a Ega.

—Desde luego, creo que se queda a bordo, señorita Lina; pero os agradecería que no le llamaseis amigo mío.

—No obstante, vos le habéis excitado a pedirnos hospedaje antes de que él hubiese manifestado la intención de hacerlo.

—Sí, y aquel día, si he de manifestaros mi sentir, creo que cometí una tontería.

—Y bien, si os he de decir yo el mío, ese hombre no me agrada ni pizca, señor Fragoso.

—No me agrada a mí mucho más, señorita Lina, y tengo, además, como una idea de haberle visto ya en alguna parte. Pero el vaguísimo recuerdo que me ha dejado se concentra en un solo punto: en que la impresión que me causa está muy lejos de ser buena.

—¿En qué lugar y en qué época habéis encontrado a Torres? ¿No lo podéis recordar? Quizá no sería inútil saber lo que es y lo que ha sido.

—Es inútil, busco... ¿Hace mucho tiempo? ¿En qué país? ¿En qué circunstancias? No recuerdo nada.

—Señor Fragoso...

—Señorita...

—Deberíais permanecer a bordo a fin de vigilar a Torres durante nuestra ausencia.

—¡Qué...! —exclamó Fragoso—. ¿No os acompañaré a Ega y tengo que quedarme todo un día sin veros?

—Os lo pido.

—¿Es una orden?

—No, una súplica.

—Bien, como vos gustéis.

—¡Cuánto os lo agradezco!

—Agradecédmelo con un buen apretón de manos. ¡Que bien lo vale!

Lina tendió la mano al bravo mozo, que la retuvo algunos instantes, contemplando el bello rostro de la joven.

He aquí por qué Fragoso no tomó sitio en la piragua, y se convirtió sin pesar en el espía de Torres. ¿Advertía éste los sentimientos de repulsión que inspiraba a todos? Quizá; pero, sin duda, también él tenía sus razones particulares para no hacer caso de ella.

Una distancia de veinticinco kilómetros separaba el sitio del fondeadero de la ciudad de Ega. Ocho leguas de ida y vuelta en una piragua, que contenía seis personas y dos negros para remar, era un trayecto que exigía algunas horas para recorrerlo, sin contar la molestia ocasionada por aquella alta temperatura, aunque el cielo estaba velado por ligeras nubecillas.

Mas, por fortuna, soplabla una magnífica brisa del Nordeste; es decir, que, si se mantenía de aquel lado, sería muy favorable para navegar en el lago Teffé. Se podía ir y volver a Ega muy aprisa sin tener que correr bordadas.

La vela latina fue izada en el mástil de la piragua. Benito tomó la barra del timón, y se apartaron de la jangada después que con una señal Lina hubo recomendado a Fragoso que cumpliera bien su encargo.

Bastaba seguir el litoral Sur del lago para llegar a Ega. Dos horas después la piragua arribó al puerto de aquella antigua misión, fundada en otro tiempo por los carmelitas, que llegó a ser una ciudad en 1759, y que el general Gama hizo definitivamente entrar bajo la dominación brasileña.

Los viajeros desembarcaron en una playa llana cerca de la que llegaban a varar, no solamente las embarcaciones del país, sino también algunas de esas pequeñas goletas que hacen el servicio de cabotaje en el litoral del Atlántico.

La entrada en Ega resultó, por supuesto, para las jóvenes, un motivo de admiración

—¡Qué ciudad tan grande! —exclamó Minha.

—¡Qué de casas! ¡Qué de gente! —exclamó Lina, cuyos ojos se hacían más grandes todavía para poder ver mejor.

—¡Qué maravilla...! —respondió Benito, riéndose—. Más de mil quinientos habitantes; por lo menos, doscientas casas, muchas de las cuales sólo tienen un solo piso, y dos o tres calles, verdaderas calles, que las separan.

—¡Manuel querido! —dijo Minha—. ¡Defendednos contra mi hermano...! Se burla de nosotras porque él ha visitado más hermosas ciudades en la provincia del Amazonas y de Pará.

—Pues bien, que se burle —añadió Yaquita—, porque confieso que nunca he visto nada semejante.

—Entonces, prevenios, madre y hermanita mías —replicó Benito— porque vais a caer en éxtasis cuando estéis en Manaos, y a desvaneceros cuando lleguéis a Belem.

—No temáis nada —respondió, sonriéndose, Manuel—. Estas señoras irán preparándose poco a poco para las grandes admiraciones, visitando las primeras ciudades del Alto Amazonas.

—¡Cómo...! ¿Vos también, Manuel, habláis como mi hermano? ¿Os burláis? —dijo Minha.

—No, Minha... Os juro...

—Dejad reír a estos señores —respondió Lina—, y miremos bien, mi querida ama, ¡porque todo esto es muy hermoso!

¡Muy hermoso...! Y era una aglomeración de casas edificadas con tierra y blanqueadas con cal; la mayor parte cubiertas de bálago o de hojas de palmera; algunas otras, es verdad, construidas de piedra o de madera, con balconadas, puertas y postigos pintados de un verde seco, y puestas en medio de un pequeño vergel lleno de naranjos en flor. Además, había dos o tres edificios civiles, un cuartel y una iglesia dedicada a Santa Teresa, y que era una catedral al lado de la modesta capilla de Iquitos.

Después, volviendo hacia el lago, quedaba sorprendida la vista ante un magnífico panorama, encuadrado en una orla de cocoteros y de *asais*, que terminaba en las primeras aguas de la sabana líquida, y más allá, a tres leguas de la otra orilla, la pintoresca aldea de Nogueira mostraba sus lindas casitas, perdidas entre la espesura de los viejos olivares de su

playa.

Pero aún había otro motivo de admiración para aquellas dos jóvenes; admiración, desde luego, completamente femenina. Tal fue la vista de las modas de las elegantes eganienses no vestidas con el traje bastante antiguo de las indígenas del bello sexo, ornagas o murás, convertidas, sino con el traje de las verdaderas brasileñas. Sí, las mujeres y las hijas de los funcionarios y de los principales negociantes de la ciudad llevan presuntuosamente los trajes y tocados parisienses un tanto atrasados; y esto a tres mil kilómetros de Pará, que está a su vez a muchos miles de kilómetros de París.

—Pero ved; mirad, ama, estas hermosas señoras con sus bellos trajes.

—Lina va a volverse loca —dijo Benito.

—Estos trajes...

—Mi querida Minha —dijo Manuel—, con vuestro sencillo vestido de percal y vuestro sombrero de paja, creedlo, estáis mucho mejor vestida que todas estas brasileñas con esas gorras y esas basquiñas de volantes, que no son ni de su país ni de su raza.

—Si yo os agrado así —respondió la joven—, nada tengo que envidiar a nadie.

Pero, en fin, se había venido para ver; recorrieron las calles que tenían más puestecillos que almacenes; se pasearon por la plaza, punto de reunión de los elegantes, y de las elegantes, que se ahogaban de calor bajo sus vestidos europeos, y también se almorzó en una fonda, que apenas era una taberna, cuya minuta hizo echar de menos de una manera sensible la excelente cocina de la jangada.

Luego de la comida, en la cual figuró únicamente la carne de tortuga, aderezada de varios modos, la familia Garral fue por última vez a admirar las orillas del lago, que el sol poniente doraba con sus rayos. En seguida volvió a tomar la piragua, algo desilusionada quizá de las magnificencias de una ciudad que se visitaba en una hora, y un poco fatigada también de su paseo por aquellas calles tan calurosas y que no valían lo que los sombríos senderos de Iquitos. Esto se extendía hasta la curiosa Lina, cuyo entusiasmo se había disminuido un poco.

Cada uno ocupó su sitio en la piragua. El viento se había mantenido al Nordeste y refrescado con la tarde. Fue izada la vela. Se volvió a tomar el rumbo de la mañana sobre aquel lago alimentado por las aguas negras del río Teffé, que, según los indios, es navegable hacia el Sudeste por espacio de cuarenta días de marcha. A las ocho de la noche la piragua tocaba el costado de la jangada.

En cuanto Lina pudo ver a Fragoso a solas, le preguntó:

—¿Habéis advertido alguna cosa sospechosa, señor Fragoso?

—Nada, señorita —respondió Fragoso—. Torres no ha salido de su camarote, donde ha estado leyendo y escribiendo.

—¿Y no ha entrado en la habitación o en el comedor, como yo temía?

—No, todo el tiempo que ha estado fuera de su camarote se ha estado paseando en la delantera de la jangada.

—¿Y qué hacía?

—Tenía en la mano un papel viejo, que parecía consultar con mucha atención, y murmuraba yo no sé qué palabras incomprensibles.

—Todo esto no es, quizá, tan indiferente como vos creéis, señor Fragoso. Esas lecturas, esas escrituras, esos papeles viejos, todo puede tener su interés.

—Pero es que ese lector y ese escribiente no es ni un profesor ni un abogado.

—Tenéis mucha razón, pero vigilad a pesar de todo, amigo Fragoso.

—No dejaré de hacerlo, señorita Lina —respondió el barbero.

El 27 de julio, al amanecer, Benito dio al piloto la orden de marchar.

Viose por un momento, a través del espacio que dejan las islas que salen de la bahía de Arenapo, la desembocadura del Yapurá, de mil ochocientos metros de ancho. Ese gran afluente se vierte en el Amazonas por ocho bocas, como si se vertiera en un océano o en un golfo. Pero sus aguas vienen de muy lejos, pues son las montañas de la República del Ecuador las que las envían en un curso que las cascadas detienen a mil doscientos cincuenta kilómetros de su confluencia.

Todo aquel día se invirtió en bajar hasta la isla Yapurá, desde la cual el río, menos obstruido, volvía más fácil la marcha. La corriente, en suma, poco rápida, por otra parte, evita fácilmente aquellos islotes, y no hubo nunca ni choques ni varadas.

Al otro día la jangada costó algunas playas, formadas por altos montecillos muy escabrosos, que resguardaban unos pastos inmensos, en los cuales se podrían criar y

mantener todos los animales de Europa. Aquellas playas están consideradas como las más abundantes en tortugas que existen en toda la cuenca del Amazonas.

El 29 de julio, por la tarde, se amarró sólidamente a la isla de Catua, a fin de pasar la noche, que anunciaba ser muy oscura.

En esta isla, e ínterin que el sol estuvo en el horizonte, apareció una reunión de indios muras, resto de aquella antigua y poderosa tribu que ocupó en otro tiempo más de seiscientos kilómetros en las riberas del río, entre el Teffé y el Madeira.

Aquellos indígenas iban y venían, observando el tren flotante, inmóvil en aquellos momentos. Debían sumar un centenar e iban armados de cerbatanas hechas con una caña especial en aquellos parajes, que, refuerzan exteriormente con una especie de estuche formado con las ramas de un palmero enano, cuya medula quitan.

Juan Garral dejó por un momento el trabajo que absorbía todo su tiempo para recomendar la vigilancia y no provocar ninguna cuestión con los indígenas. En efecto, la partida no hubiera sido igual. Los muras suelen tener una destreza notable para arrojar, a una distancia hasta de trescientos pasos, con sus cerbatanas, flechas que causan heridas incurables.

Esas flechas están sacadas de las hojas de la palmera *coucourite*, emplumadas con algodón, de veinticinco a treinta centímetros de largo, puntiagudas como una aguja y envenenadas con el *curare*.

El *curare* o *wourah*, aquel licor que *mata callandito*, como dicen los indígenas, está preparado con el zumo de una especie de euforbia, y el de un *etrychnos* bulboso, sin contar la pasta de hormigas venenosa y los colmillos de serpiente, venenosa también, con que lo mezclan.

—En verdad —dijo Manuel—, que es un terrible veneno, que ataca directamente el sistema nervioso, obrando sobre los centros que ejecutan los movimientos dependientes de la voluntad. El corazón, empero, no es atacado, y no cesa de latir hasta que se extinguen los alientos vitales. Por tanto, contra aquel envenenamiento, que principia por el entorpecimiento de los miembros, no hay remedio conocido (1).

(1) No lo había entonces. Hoy se conoce el bromo y el cloro, entre otros medios, como antídotos de esa ponzoña.

Por fortuna, aquellos muras no hicieron demostraciones hostiles, aunque sienten odio concentrado contra los blancos; verdad es que ya no poseen el valor de sus antepasados.

Al caer la noche, una flauta de cinco agujeros hizo oír detrás de los árboles de la ribera algunos trinos en tono menor. Otra flauta respondió. Este cambio de frases musicales duró como dos o tres minutos, y los muras desaparecieron.

Fragoso, en un raptó de buen humor, había intentado responderles con una canción de su repertorio; pero Lina se encontraba allí muy a tiempo para ponerle la mano en la boca e impedirle manifestar sus pequeñas dotes de cantor, que voluntariamente prodigaba.

El dos de agosto, a las tres de la tarde, la jangada llegó a veinte leguas de allí a la entrada de aquel lago Apoara, que alimenta con sus aguas negras el río del mismo nombre, y dos días después, a cosa de las cinco, se detuvo a la entrada del lago Coary.

Este lago es uno de los más grandes que están en comunicación con el Amazonas, y sirve de depósito a varios ríos. Cinco o seis afluentes se vierten, se estacionan y se mezclan, y un estrecho *furo* les conduce a la arteria principal.

Después de haber entrevisto las alturas de la aldea de Tahua-Miri, edificada sobre estacas, a manera de zancos, para preservarse de la inundación que ocasionan las crecidas tan frecuentes en aquellas playas bajas, la jangada amarró para pasar la noche.

El alto se hizo a la vista de la aldea de Coary, compuesta de una docena de casas ya muy atropelladas, construidas en medio de plantaciones de naranjos y calabaceras. Nada hay más variable que el aspecto de esta aldea, según que, como consecuencia de la crecida o descenso de las aguas, el lago presenta una vasta extensión líquida o queda reducido a un estrecho canal, que no tiene bastante profundidad para comunicarse con el Amazonas.

Al otro día por la mañana, cinco de agosto, se volvió a emprender la marcha, pasándose por delante del canal de Yacura, que pertenece a aquel sistema tan intrincado de lagos y de *furos* del río Zapura, y al siguiente día, también por la mañana, se llegó a la entrada del lago de Miana.

Ningún incidente notable ocurrió en la vida de a bordo, que se hacía con una regularidad metódica.

Fragoso, siempre excitado por Lina, no cesaba de vigilar a Torres. Varias veces había ensayado el hacerle hablar acerca de su vida pasada; pero el aventurero eludía toda conversación sobre este asunto, y acabó también por encerrarse en una extremada reserva con el barbero.

En cuanto a sus relaciones con la familia Garral, eran siempre las mismas. Aunque hablaba poco a Juan, se dirigía con más gusto a Yaquita y a su hija, sin manifestar que

notaba la evidente frialdad con que le recibían. Las dos se decían, por otra parte, que en llegando la jangada a Manaos, Torres se marcharía y no volverían a oír hablar más de él. Seguía en esto Yaquita los consejos del padre Passanha, que la exhortaba a tener paciencia; pero el buen padre tenía un poco más de trabajo con Manuel, siempre dispuesto a volver seriamente a su sitio al intruso tan fatalmente embarcado en la jangada.

El único suceso que ocurrió en aquella velada fue que una piragua que bajaba por el río se aproximó al costado de la jangada, atendiendo a una invitación que le hizo Garral.

—¿Vas a Manaos? —preguntó al indio que ocupaba la piragua.

—Sí —respondió éste.

—¿Cuándo crees llegar allí?

—De aquí a ocho días.

—Entonces, vas a llegar mucho antes que nosotros. ¿Quieres encargarte de llevar una carta a su destino? Es un favor que te agradecería mucho.

—Bueno.

—Toma entonces esta carta, amigo mío, y llévala a Manaos.

El indio cogió la carta que le daba Juan Garral, y también el puñado de reis que ofrecía como pago de la comisión que iba a desempeñar.

Nadie de la familia tuvo conocimiento de este encargo, pues se hallaban en la casita. Sólo Torres fue testigo. Pudo oír algunas palabras cambiadas entre Garral y el indio, y por lo que reflejaba su fisonomía, que pareció oscurecerse, era fácil de advertir que le causaba sorpresa el envío de aquella carta.

CAPÍTULO XVII

EL ATAQUE DE LOS CAIMANES

A pesar de que Manuel nada decía a fin de no provocar ninguna escena violenta en la jangada, finalmente decidió hablar con Benito acerca de Torres.

—Benito —le dijo al tiempo que le llevaba hacia la parte delantera de la jangada—, tengo que hablarte.

Al hermano de Minha, que sonreía según su costumbre al mirar a Manuel, ensombreciósele el rostro.

—Ya sé lo que es —contestó—. De Torres, ¿no?

—Sí, Benito.

—Precisamente, yo también me proponía hablarte de él.

—¿Has notado, pues, sus atenciones respecto de Minha? —dijo Manuel, palideciendo.

—¡Eh! ¿A ver si será un sentimiento de celos el que te mueve contra semejante hombre? —dijo vivamente Benito.

—No, ciertamente —respondió Manuel—. ¡Dios me libre de hacer tal injuria a la joven que va a ser mi esposa! ¡No, Benito! ¡Ella tiene horror a ese aventurero! Esto no tiene nada que ver con el asunto de que se trata; pero me repugna ver a ese aventurero imponerse continuamente con su presencia y su importunidad a tu madre y a tu hermana, procurando introducirse en la intimidad de una familia que es ya la mía.

—Manuel —respondió gravemente Benito—; participo de tu repulsión por ese dudoso personaje, y si no hubiese consultado más que mis sentimientos, ya habría arrojado a Torres de la jangada. Mas no me he atrevido a hacerlo.

—¿No te has atrevido? —repitió Manuel, tomando la mano de su amigo—. ¿Que no te has atrevido?

—¡Escúchame, Manuel! —replicó Benito—. ¿Te has fijado en Torres? Habrás notado su empeño hacia mi hermana. Mas mientras veías esto no advertías que ese hombre que tanto

nos inquieta no perdía de vista a mi padre, ni de cerca ni de lejos, y que parece tener como un ulterior pensamiento de odio al mirarle con obstinación tan inexplicable.

—¿Qué dices, Benito? ¿Tendrías motivos para pensar que Torres quiere mal a tu padre?

—Ninguno... Y no tengo motivo para creer nada —respondió Benito—. Esto no es más que un presentimiento. Pero observa bien a Torres; estudia con cuidado su fisonomía, qué modo tan silencioso tiene de sonreírse cuando mi padre se halla al alcance de su vista.

—Y bien —exclamó Manuel—, si esto es así, Benito, razón de más para que se le expulse.

—Razón de más o de menos... —dijo su amigo—. Manuel, no se qué temo. Lo ignoro... Pero obligar a mi padre a despedir a Torres, esto puede ser imprudente. Te lo repito... Tengo miedo, sin que ningún hecho positivo me permita explicarme este temor.

Una especie de estremecimiento de cólera agitaba a Benito cuando hablaba de este modo.

—Entonces —dijo Manuel—, ¿crees que debemos esperar?

—¡Sí, esperar antes de tomar un partido; pero, sobre todo, estemos siempre en guardia!

—Después de todo —repuso Manuel—, dentro de veinte días habremos llegado a Manaos. Allí es donde debe detenerse Torres. Allí, pues, nos dejará y nos veremos desembarazados de su presencia para siempre. ¡Hasta ese momento, no debemos perderle de vista!

—¿Me has comprendido, Manuel?

—Sí, te comprendo, Benito, o mejor dicho, hermano mío —replicó Manuel—, aunque no participo, aunque no llego a participar de tus temores. ¿Qué lazo puede existir entre tu padre y ese aventurero? ¡Evidentemente, tu padre no lo ha visto nunca!

—Yo no digo que mi padre conozca a Torres— respondió Benito—; pero sí me parece que Torres conoce a mi padre... ¿Qué hacía aquel hombre en las cercanías de la hacienda, cuando le encontramos en el bosque de Iquitos? ¿Por qué rehusó entonces la hospitalidad que le ofrecimos, para arreglarse en seguida de modo que viniese a ser casi forzosamente nuestro compañero de viaje? Llegamos a Tabatinga, y él se encontraba allí como si nos estuviese esperando. ¿Es la casualidad la que motiva estos encuentros, o es la consecuencia de un plan preconcebido? Al advertir la mirada incierta a la vez que obstinada de Torres, todo esto acude a mi mente. Lo ignoro... ¡Mas lo exacto es que me confundo entre estas

cosas inexplicables! ¿Por qué tendría la idea de ofrecerle embarcarse en nuestra jangada?

—Cálmate, Benito, te lo ruego.

—Manuel —exclamó Benito, que parecía no poder contenerse—, créeme que si no se tratara más que de mí, no hubiera vacilado en arrojar de a bordo a ese hombre, que no inspira más que repulsión y disgusto. Pero si, en efecto, es de mi padre de quien se trata, temo ceder a mis impulsos e ir contra mi objeto. Alguna cosa me dice que respecto de ese ser incierto es peligroso obrar antes que una acción suya nos haya dado el derecho... el derecho y el deber... En suma, aquí en la jangada le tenemos a nuestro alcance, y vigilando los dos en torno a mi padre no puede faltarnos ocasión, por más seguro que sea su juego, de obligarle a quitarse la máscara y a descubrirse. Esperemos, pues, todavía.

La llegada de Torres a la delantera de la jangada interrumpió la conversación de los dos jóvenes. Torres les miró de reojo, pero sin dirigirles la palabra.

Benito no se equivocaba al decir que los ojos del aventurero estaban fijos en la persona de Juan Garral, siempre que no se creía observado.

No, y tampoco se equivocaba al afirmar que el aspecto de Torres tornóse más siniestro al mirar a su padre.

¿Por qué misterioso lazo uno de aquellos dos hombres, que era la nobleza misma, podía, sin saberlo, y esto estaba claro, hallarse unido al otro?

En tal situación era, en verdad, muy difícil que Torres, constantemente vigilado por los dos jóvenes, además de Lina y Frago, pudiese ejecutar un movimiento que no fuera en el acto reprimido. Quizá él lo comprendía; pero, de todos modos, no lo manifestaba ni variaba en nada su manera de ser.

Satisfechos de haberse explicado los dos jóvenes, se prometieron vigilarle con el mayor disimulo posible y no hacer nada que llamase su atención y le pusiera sobre aviso.

Durante los días siguientes, la jangada pasó por la entrada de los *furos* Cámara, Aru y Juripari, de la orilla derecha, cuyas aguas, en vez de verterse en el Amazonas, van a alimentar el río Purus y vuelven por éste al gran río. El diez de agosto, a las cinco de la tarde, se hacía escala en la isla de los Cocos.

Allí había un establecimiento de *seringuaría*. Este nombre es el de la fabricación del caucho, sacado de *seringueira*, árbol cuyo nombre científico es *siphoniaelástica*.

Dícese que por abandono o por mala explotación, el número de estos árboles disminuye en la cuenca del Amazonas; pero los bosques de *seringueiras* son todavía muy considerables en las márgenes del Madeira, del Purus y otros afluentes.

Había allí una veintena de indios recogiendo y preparando el caucho, operación que se ejecuta más especialmente durante los meses de mayo a julio.

Después de haber reconocido que los árboles, bien preparados por las crecidas del río, que los habían inundado hasta una altura de cerca de cuatro pies, se hallaban en buenas condiciones para la recolección, los indios se ponían al trabajo.

En la albura del árbol, o sea debajo de la corteza, se hacían incisiones, colocando en la parte inferior de ella pucheros pequeños, que a las veinticuatro horas estaban llenos de un jugo lácteo, que también puede recogerse por medio de un bambú horadado y de un recipiente colocado al pie del árbol.

A fin de impedir la separación de las partículas resinosas que contiene este jugo, los indios le someten a una fumigación de fuego hecho con nuez de palmera *asai*. El jugo es expuesto sobre una artesa de madera, que se agita en el humo, y se produce casi instantáneamente su coagulación, tomando un color gris amarillento y solidificándose. Las capas que se forman sucesivamente se quitan de la artesa y se colocan al sol, donde todavía se endurecen más, adquiriendo el color oscuro con que se le conoce.

Benito, encontrando la ocasión excelente, compró a los indios toda la cantidad de caucho que tenían almacenado en sus cabañas, las cuales están edificadas sobre estacas. Como el precio que les pagó era justo, se quedaron muy satisfechos.

Cuatro días después, el catorce de agosto, la jangada pasó por delante de las bocas del Purus.

Este es todavía uno de los grandes tributarios de la derecha del Amazonas, y parece ofrecer más de tres mil kilómetros de curso navegable hasta para buques grandes. Se engolfa en el Sudeste y mide cerca de mil y pico de kilómetros en su desembocadura. Después de haber corrido bajo la sombra de los *ficustahuaris*, palmeras *nipas* y *cecropias*, entra por cinco brazos en el Amazonas (1).

(1) Este río ha sido explorado en un trayecto de 3.600 kilómetros por Bates, sabio geógrafo inglés.

En este lugar el piloto Araujo podía maniobrar con una gran facilidad. El curso del río estaba menos obstruido por las islas, y, por otra parte, la anchura de una orilla a la otra

podía calcularse en unos doce kilómetros por lo menos.

También la corriente arrastraba tan uniformemente la jangada, que el dieciocho de agosto se detuvo delante de la aldea de Jesquero para pasar la noche.

El sol estaba muy bajo en el horizonte, y con esa rapidez peculiar de las bajas latitudes, iba a caer casi perpendicularmente como un enorme bólido. La noche iba a suceder al día casi sin crepúsculo, como esas noches de teatro, que se representan bajando rápidamente el telón.

Juan Garral, su mujer, Lina y la vieja Cibeles estaban sentados delante de la habitación.

Torres, después de haber dado vueltas un instante en torno a Juan Garral, como si quisiera hablarle particularmente, contrariado quizá por la llegada del padre Passanha, que venía a dar las buenas tardes a la familia, volvió por fin a entrar en su camarote.

Los negros y los indios, tendidos a lo largo de los bordes, manteníanse en su puesto de maniobra. Araujo, sentado en la delantera, estudiaba la corriente, cuyo hilo se prolongaba en dirección rectilínea.

Manuel y Benito, con el ojo atento, pero hablando y fumando con un aire indiferente, se paseaban por la parte central de la jangada, aguardando la hora del descanso.

De repente, Manuel detuvo a Benito, cogiéndole de la mano y le dijo:

—¡Qué olor tan particular! ¿Acaso me engaño...? ¿No lo sientes tú...? Verdaderamente, se diría...

—Se diría que es un olor de almizcle caliente —respondió Benito—. Debe haber caimanes dormidos en la playa vecina.

—¡Menos mal que la naturaleza ha permitido sabiamente que se descubran de este modo!

—Sí —contestó Benito—; felizmente es así, porque estos animales son bastante temibles.

Generalmente, a la caída de la tarde, estos saurios gustan de tenderse sobre las playas, donde se instalan cómodamente para pasar la noche. Allí, agazapados a la boca de los agujeros donde entran retrocediendo, duermen con la boca abierta y la mandíbula superior levantada verticalmente a menos que no guarden o acechen alguna presa. Precipítanse para cogerla, sea nadando bajo las aguas con su cola por único motor, sea corriendo por las playas con una rapidez a que el hombre no puede llegar; no es más que un juego para estos

anfibios.

Allí, en aquellas vastas playas es donde los caimanes nacen, viven y mueren, no sin haber ejemplos de una extraordinaria longevidad. No solamente se conoce a los viejos, a los centenarios, por el moho ver doso que cubre su caparazón y por las verrugas de que está recamado, sino también por su ferocidad natural que se aumenta con la edad. Así, conforme había dicho Benito, aquellos animales pueden ser temibles y conviene ponerse en guardia contra sus ataques.

De pronto, y en la parte delantera, se oyeron unos gritos:

—¡Caimanes, caimanes!

Manuel y Benito se levantaron y miraron fijamente.

Tres gruesos saurios, de cinco a seis metros de largo, habían podido subir a la plataforma de la jangada.

—¡Los fusiles, los fusiles! —gritó Benito, haciendo señal a los indios y a los negros de retirarse hacia atrás.

—¡Corramos a la casa! —indicó Manuel—. Es lo más corto.

Y, en efecto, como no había que pensar en luchar directamente, lo más conveniente era ponerse en salvo.

Esto se hizo en un instante. La familia Garral se había refugiado en la casa, donde los dos jóvenes la siguieron. Los indios y los negros habíanse retirado a sus camarotes y a sus casas.

En el momento de cerrar la puerta de la casa, dijo Manuel:

—¿Y Minha?

—No está allí— respondió Lina, que llegaba corriendo del cuarto de su ama.

—¡Gran Dios...! ¿Dónde está? —gritó su madre.

Y todos empezaron a gritar a la vez;

—¡Minha! ¡Minha!

Nadie respondió.

—¿Estará en la delantera de la jangada? —dijo Benito.

—¡Minha! —gritó Manuel.

Ambos jóvenes. Fragoso y Juan Garral, no pensando en el peligro, se echaron fuera de la casa a toda prisa con el fusil en la mano.

Apenas estuvieron fuera, cuando dos de los caimanes, dando media vuelta, se arrojaron sobre ellos.

Una posta en la cabeza, cerca del ojo, disparada por Benito, detuvo a uno de los monstruos, que, mortalmente herido, se revolvió entre violentas convulsiones y cayó sobre el costado.

Pero ya el segundo estaba allí, lanzado hacia delante, y no había medio de evitarle.

En efecto, el enorme caimán se había precipitado al encuentro de Juan Garral, y, después de haberle derribado de un coletazo, volvía sobre él con las mandíbulas abiertas.

En aquel instante Torres, lanzándose fuera de su camarote con un hacha en la mano, dio un golpe tan feliz, que el instrumento entró en la mandíbula del animal, quedándose clavado en ella y sin poder sacarlo. Cegado por la sangre, el caimán se arrojó de lado y, voluntariamente o no, cayó y desapareció en el río

—¡Minha! ¡Minha! —gritaba continuamente Manuel, que había llegado corriendo a la delantera de la jangada.

De pronto, apareció la joven. Se había refugiado en la cabaña de Araujo; pero esta cabaña acababa de ser volcada por el poderoso empuje del tercer caimán, y a la sazón Minha huía hacia la parte trasera, perseguida por el caimán, que ya sólo estaba a seis pasos de ella.

La joven cayó.

Una segunda bala disparada por Benito no pudo detener al caimán.

No hizo más que chocar contra el caparazón, cuyas escamas volaron hechas astillas, pero sin penetrar en la carne.

Manuel se lanzó hacia la joven para levantarla, llevársela y arrancarla de una muerte segura... Un coletazo sacudido lateralmente por el animal le derribó.

Minha, desmayada, estaba perdida, y ya la boca del animal se abría para destrozarla.

Entonces fue cuando Fragoso, saltando encima del monstruo, le clavó un cuchillo hasta el fondo de la garganta, a riesgo de quedar con el brazo cortado por las dos mandíbulas, si se hubieran cerrado bruscamente.

Fragoso pudo retirar su brazo a tiempo; mas no pudo evitar el choque del caimán y fue arrojado al río, cuyas aguas se pusieron rojas en un ancho espacio.

—¡Fragoso! ¡Fragoso! —gritó Lina, que había caído arrodillada al borde de la jangada.

Un momento después, Fragoso reaparecía en la superficie del Amazonas; estaba sano y salvo.

Pero, con riesgo de su vida, había salvado la de la joven, que volvía en sí; y como de todas las manos que le tendían Manuel, Yaquita, Minha y Lina, no sabía a quién corresponder, acabó por apretar la de la joven mulata.

Sin embargo, si Fragoso había salvado a Minha, también era cierto que Juan Garral debía su vida a la oportuna intervención de Torres.

No era, pues, la vida del hacendado lo que aquel aventurero quería. Ante aquel hecho evidente bien se podía admitir esta consecuencia.

Manuel interpeló por lo bajo a Benito.

—Es verdad —respondió Benito, confuso—; tienes razón, y desde este punto de vista, es una preocupación menos que tenemos. Y, sin embargo, Manuel, mis sospechas subsisten siempre. Se puede ser el peor enemigo de un hombre y, con todo, no desear su muerte.

Entretanto, Juan Garral se había acercado a Torres.

—¡Gracias, Torres! —le dijo, tendiéndole la mano.

El aventurero retrocedió algunos pasos, sin responder.

—Torres —prosiguió Garral—. ¡Siento que lleguéis al final de vuestro viaje, y que tengamos que separarnos dentro de algunos días! Os debo...

—No me debéis nada, Garral— le interrumpió Torres—. Vuestra vida es, sobre todas, muy preciosa para mí. Pero, si lo permitís, he reflexionado: en lugar de detenerme en Manaos, llegaré hasta Belem. ¿Me permitiréis ir con vos?

Garral contestó con una seña afirmativa.

Al oír la inesperada demanda, Benito, en un momento irreflexivo, estuvo a punto de intervenir; pero Manuel le detuvo, y su amigo, tras un esfuerzo muy violento, logró dominarse.

CAPÍTULO XVIII

LA COMIDA DE LLEGADA

Después de una noche que apenas fue suficiente para calmar tantas emociones, al otro día soltáronse las amarras que unían la jangada a aquella playa de caimanes y se continuó el viaje. Antes de cinco días, de no ocurrir algún contratiempo, la jangada habría llegado al puerto de Manaos.

Minha se había ya restablecido del susto. Con los ojos y la sonrisa daba las gracias a todos los que habían expuesto su vida por ella.

Lina, por su parte, parecía que se hallaba más agradecida al valiente Fragoso que si la hubiese salvado a ella misma.

—Tarde o temprano os pagaré lo que hicisteis, amigo Fragoso —dijóle sonriendo, al verle por la mañana.

—¿Y cómo, señorita Lina?

—¡Oh, demasiado lo sabéis!

—Entonces si es lo que yo sé, que sea pronto y no tarde —respondió el simpático mozo.

Y desde aquel día quedó convenido que la hermosa Lina era la prometida de Fragoso. Su boda se efectuaría al mismo tiempo que la de Minha y Manuel, y que la pareja se quedaría en Belem con los hijos de Garral.

—Todo está muy bien —repetía desde entonces Fragoso—; pero jamás hubiera creído que Pará estuviese tan lejos.

En cuanto a Manuel y Benito, habían tenido una larga conversación con motivo de los sucesos ocurridos. No podía haber medio de obtener que Juan Garral despidiese a su salvador.

"Vuestra vida me es preciosa entre todas», había dicho Torres.

Y esta respuesta hiperbólica a la vez que enigmática, que se había escapado a Torres, Benito la había oído, reteniéndola.

Interiormente, los dos jóvenes no podían hacer nada. Más que nunca estaban reducidos a esperar, y a esperar no cuatro o cinco días, sino siete u ocho semanas aún; es decir, todo el tiempo que tardaría la jangada en bajar hasta Belem.

—Existe en todo esto —decía Benito— un misterio que no acierto a comprender.

—Sí, pero nosotros estamos seguros respecto de un particular —replicaba Manuel—. La verdad es, Benito, que Torres no quiere la vida de tu padre. Por lo demás, seguiremos vigilando.

Sin embargo, parecía que desde entonces Torres quiso mostrarse más reservado. Ya no trataba de imponerse de ningún modo a la familia, y al mismo tiempo se manifestaba menos asiduo respecto de Minha. Verificóse, pues, una tregua en aquella situación, cuya gravedad conocían todos, excepto quizá Juan Garral.

En la tarde del mismo día dejóse a la derecha del río la isla Baroso, formada por un *furo* de aquel nombre y el lago Manavori, que está alimentado por una serie confusa de pequeños tributarios.

La noche se pasó sin ningún incidente, aunque Garral había recomendado que se vigilase con gran cuidado.

Al otro día, veinte de agosto, el piloto, que tenía que seguir siempre por la orilla derecha, a causa de los caprichosos remolinos de la izquierda, se engolfó entre los ribazos de la ribera y las islas.

A la parte de allá de este ribazo, el terreno estaba sembrado de lagos grandes y pequeños, tales como el Calderón, el Huarandeina y algunos otros lagos de aguas negras. Aquel

sistema hidrográfico indicaba la proximidad del río Negro, el más curioso de todos los afluentes del Amazonas. Este, en realidad, tenía aún el nombre de Solimoes, que es el que lleva el gran río. Mas, después de la desembocadura de río Negro, toma el que le ha hecho célebre entre todas las corrientes del mundo.

Durante aquel día, la jangada tuvo que navegar en condiciones bastante curiosas.

El brazo que seguía el piloto entre la isla Calderón y la tierra resultaba muy angosto, por más que tuviese la apariencia de todo lo contrario. Debíase esto a que una gran parte de la isla, poco elevada sobre el nivel ordinario del río, estaba todavía cubierta por las altas aguas de la crecida.

En cada orilla había espesas masas de bosquecillos y árboles gigantescos, que se elevaban a cincuenta pies del suelo, y que juntándose los de una orilla con los de la otra, formaban una inmensa bóveda.

Sobre la izquierda, nada más pintoresco que aquel bosque inundado y que parecía estar plantado en medio de un lago. Los troncos de los árboles surgían de un agua tranquila y limpia, en la cual el entrelazado de sus ramas se reflejaba con una incomparable pureza. Parecían estar colocados sobre un inmenso espejo, como esos arbustos en miniatura de ciertos ramilletes de mesa, cuya reflexión no puede ser más perfecta. La diferencia entre la imagen y la realidad no habría podido establecerse. De doble tamaño, terminados por arriba y por abajo en un vasto parasol de verde follaje, parecían formar dos hemisferios, y la jangada podía figurarse que navegaba en el interior de uno de sus grandes círculos.

Era, en efecto, preciso dejar el tren de troncos, aventurarse bajo aquellas arcadas en las cuales se rompía la ligera corriente del río. No podía retrocederse. De aquí la necesidad de maniobrar con una precisión extremada, a fin de evitar los choques contra la derecha y la izquierda.

En aquello mostróse toda la habilidad del piloto Araujo, que fue, por otra parte, hábilmente secundado por toda la tripulación. Los árboles del bosque proporcionaban sólidos puntos de apoyo a los largos bicheros, y se sostuvo así la dirección. El menor choque que hubiera podido dar la jangada con cualquiera de sus costados habría producido la demolición completa de la enorme armadura, y originando la pérdida, si no del personal, por lo menos del cargamento que conducía.

—En verdad que esto es muy hermoso —dijo Minha— y que nos sería muy agradable caminar siempre de tal manera, sobre un agua tan apacible y al abrigo de los rayos del sol.

—Esto sería a la vez agradable y peligroso, querida Minha —respondió Manuel—. En

una piragua no habría nada que temer caminando así. Pero para un gran tren de maderas vale más el curso libre y desembarazado de un río.

—Antes de dos horas habremos atravesado todo este bosque —prometió el piloto.

—Miremos entonces bien —gritó Lina—; todas estas bellas cosas pasan muy de prisa. ¡Ah, querida ama; ved esas manadas de monos que retozan en las altas ramas de los árboles, y los pájaros que se miran en esta agua tan pura!

—Y las flores que se abren en la superficie —agregó Minha— y que la corriente mece como si fuese una brisa.

—Y esas largas ramas que están caprichosamente tendidas de un árbol a otro —añadió la joven mulata.

—¡Y sin Fragoso al extremo de ellas —dijo el prometido de Lina—, y que es, por lo tanto, una bella flor que habéis recogido allá, en el bosque de Iquitos!

—¡Oh, sí, una bella flor, única en el mundo! —gritó Lina, mofándose—. ¡Ay, ama, mirad esas magníficas plantas! —agregó al punto.

Y Lina señalaba *nimpheas* de hojas colosales, cuyas flores tenían botones tan grandes como nueces de coco. Después había en el lugar donde se dibujaban las orillas sumergidas, haces de aquellas cañas

mucumus, de anchas hojas, y cuyos tallos elásticos pueden separarse para dar paso a una piragua, cerrándose detrás de ella. Y allí había con qué excitar a un cazador, porque todo un mundo de aves acuáticas revoloteaba entre aquellas altas agrupaciones de árboles y flores, agitadas por la corriente.

Ibis puestos en una actitud epigráfica, sobre un viejo tronco casi caído; garzas reales grises, inmóviles sobre una pata; graves flamencos, que parecían desde lejos quitasoles de color de rosa abiertos en el follaje, y otros muchos *phenicopteros* de todos los colores, animaban aquel pantano provisional.

Pero también a flor de agua se deslizaban largas y veloces culebras, algunas quizá eran temibles gimnotos, cuyas descargas eléctricas, repetidas una tras otra, paralizan al hombre o al animal más robusto y concluyen por matarle. Era preciso tener precaución, sobre todo con las serpientes *sucurijus* que, enroscadas en el tronco de algún árbol, se desenrollan, se extienden, cogen su presa y la estrujan entre sus anillos, bastante fuertes para aplastar un buey.

A la verdad, uno de aquellos *sucurijus*, lanzado en la superficie de la jangada, hubiera sido tan temible como un caimán.

Felizmente, los pasajeros no tuvieron que luchar ni contra los gimnotos ni contra las serpientes, y la travesía por entre el bosque inundado, que duró cerca de dos horas, se verificó sin ningún accidente.

Tres días pasaron. Se hallaban cerca de Manaos. Dentro de veinticuatro horas la jangada se hallaría en la embocadura de Río Negro, delante de aquella capital de la provincia de las Amazonas.

En efecto, el veintitrés de agosto, a las cinco de la tarde, se detuvo en la punta septentrional de la isla Muras, en la ribera derecha del río. No había más que atravesar oblicuamente una distancia de algunas millas para llegar al puerto.

Pero el piloto Araujo no quiso, y con razón, exponerse aquel día allí, porque la noche se aproximaba. Los veinte kilómetros que faltaba recorrer exigirían tres horas de navegación, y para cortar la corriente del río importaba ante todo ver muy claro.

Aquella tarde, la comida, que debía ser la última de aquella primera parte del viaje, fue servida con más ceremonia. Bien merecía la pena de celebrar con un alegre banquete haber recorrido la mitad del curso del Amazonas, y las condiciones en que se había verificado. Se convino en beber, *a la salud del Río delas Amazonas*, algunos vasos de aquel generoso licor que destilan las laderas de Oporto o de Setubal tan estimado en todo el mundo.

Por otra parte, esto sería como la comida de esponsales de Fragoso y de la bella Lina. La de Manuel y Minha se había verificado en la hacienda de Iquitos, algunas semanas antes. Después de los jóvenes amos, tocábale el turno a aquella fiel pareja, con la que la ligaban tantos lazos de gratitud.

Así, en medio de aquella honrada familia, Lina, que debía quedar al servicio de su ama, y Fragoso, que iba a entrar en el de Manuel, se sentaron a la mesa general, ocupando el puesto de honor que se les había reservado.

Torres, como es natural, asistió a la comida, digna de la despensa y la cocina de la jangada.

El aventurero, sentado enfrente de Garral, siempre taciturno, escuchaba lo que se decía, sin tomar parte en la conversación. Benito, sin aparentarlo, le observaba atentamente. Las miradas de Torres, siempre dirigidas a su padre, tenían un brillo singular. Diríase que eran

las de una fiera que procura fascinar a su presa antes de arrojarse sobre ella.

Manuel hablaba, por lo común, con la joven Minha. De tiempo en tiempo, sus ojos se dirigían también hacia Torres; pero, en suma, mejor que Benito, había tomado su partido acerca de una situación que, si no acababa en Manaos, concluiría en Belem.

La comida fue alegre. Lina la animaba con su buen humor, y Fragoso con sus graciosas ocurrencias. El padre Passanha contemplaba con regocijo aquel pequeño mundo, que tanto amaba, y aquellas dos jóvenes parejas que su mano debía bendecir muy pronto en las aguas de Pará.

—Comed bien, padre —dijo Benito, que acabó por mezclarse en la conversación general—; haced honor a esta comida de esponsales. Esto os dará fuerzas para celebrar tantos matrimonios a la vez.

—Querido niño —respondió el padre Passanha—, búscanos una hermosa y honrada joven que te quiera y ya verás si no basto para casaros todavía a los dos.

—¡Bien dicho, padre! —exclamó Manuel—. Bebamos por el próximo enlace de Benito.

—Nos dedicaremos a buscarle en Belem una joven y hermosa novia —propuso Minha—, y obrará como todo el mundo.

—¡A la unión del señor Benito! —exclamó Fragoso, que hubiera querido que el mundo entero se hubiese casado con él.

—Tienen razón, hijo mío —agregó Yaquita—. También yo brindo por tu matrimonio, y por que seas dichoso como lo serán Minha y Manuel; como yo lo he sido al lado de tu padre.

—Como lo seréis siempre, así es de esperar —dijo entonces Torres, bebiéndose un vaso de oporto y sin haber antes brindado por nadie—. Cada uno aquí tiene la dicha en su mano.

No podría decirse por qué; pero este brindis, procedente del aventurero, causó una impresión desagradable.

Manuel la sintió también; pero queriendo resistirse a la vez contra aquel sentimiento, dijo:

—Vamos, padre, ¿no habrá todavía algunas parejas que desposar en la jangada?

—Me parece que no —respondió el padre Passanha—, a menos que Torres... Vos no sois

casado, según creo.

—No, yo soy todavía soltero.

Benito y Manuel creyeron advertir que, al hablar de aquel modo, la mirada de Torres se posaba en Minha.

—¿Y qué os impide casaros? —inquirió el padre Passanha—. En Belem podéis encontrar una mujer cuya edad resulte apropiada para la vuestra, y quizá os será posible fijar vuestra residencia en la ciudad. Esto os resultaría mejor que la vida errante, de la que hasta ahora no habréis sacado, seguramente, grande utilidad.

—Tenéis razón, padre —contestó Torres—. Y no digo que no siga vuestro consejo. Además, el ejemplo es contagioso. Al ver a estos jóvenes prometidos, me entran deseos de casarme también. Pero soy completamente extraño en la ciudad de Belem, y esto, a no mediar circunstancias particulares, puede hacer muy difícil mi permanencia allí.

—¿Y se puede saber de dónde sois? —preguntó Fragoso, que conservaba siempre la idea de haberse ya topado con Torres en alguna parte.

—De la provincia de Minas Geraes.

—¿Allí habéis nacido?

—En la misma capital del territorio diamantífero, en Tijuco.

Si en aquel momento alguien hubiera observado a Garral, le hubiera causado espanto la fijeza de sus ojos cuando se cruzaron con los de Torres.

CAPÍTULO XIX

UNA VIEJA HISTORIA

Aún cuando de momento quedó en suspenso la conversación, la reanudó Fragoso en los siguientes términos.

—¡Cómo! ¿Que sois de Tijuco, de la misma capital del distrito de los diamantes?

—Sí —dijo Torres—. ¿Es que vos también habéis nacido en aquella provincia?

—No; nací en una de las provincias del litoral del Atlántico, en la parte norte del Brasil —hizo saber Fragoso.

—¿Tampoco vos conocéis el país de los diamantes, señor Manuel? —preguntó Torres.

Por toda respuesta, el joven hizo una señal negativa.

—Y vos, señor Benito —continuó el que preguntaba, dirigiéndose al joven Garral, a quien evidentemente quería empeñar en esta conversación—, ¿no habéis tenido nunca curiosidad en ir a visitarla?

—¡Jamás! —respondió secamente Benito.

—¡Ah! Yo hubiera deseado ver ese país —dijo Fragoso, que inconscientemente servía a los propósitos de Torres—. Me parece que hubiera concluido por encontrar algún diamante de gran valor.

—¿Y qué hubierais hecho con ese diamante de gran valor, Fragoso? —preguntó Lina.

—Lo hubiera vendido.

—Entonces, ¿seríais muy rico ahora?

—Muy rico.

—Entonces, si hubierais sido rico hace tres meses solamente, no hubierais tenido la idea de... aquel bejuco.

—Y de no haberla yo tenido —contestó Fragoso—, no habría venido una hermosa mujercita, que... ¡Vamos, decididamente, Dios hace bien todo lo que hace!

—Ya lo veis, Fragoso —contestó Minha—, puesto que vais a casaros con mi pequeña. Diamante por diamante, no habéis perdido en el cambio.

—¡Al contrario, señorita Minha! —dijo Fragoso con mucha gracia—; ¡al contrario: he ganado!

Torres, sin duda, no quería dejar que decayese el motivo de la conversación, porque volvió a tomar la palabra.

—En verdad —dijo—, se han hecho en Tijuco fortunas rápidas, que han trastornado bastantes cabezas. ¿No habéis oído hablar de aquel famoso diamante de Abaete, cuyo valor se ha estimado en más de dos contos de reis?

»Pues bien, las minas del Brasil son las que han producido aquel guijarro que pesó una onza. Y fueron tres condenados, sí, tres condenados a destierro perpetuo los que le hallaron por casualidad en la ribera de Abaete, a noventa leguas de Serro do Frío.

—¿Hicieron de golpe su fortuna? —preguntó Frago.

—No —contestó Torres—; el diamante fue enviado al gobernador general de las minas. Habiéndose reconocido el valor de la piedra, el rey Juan VI de Portugal mandó pulirla y horadarla, y la llevaba pendiente de su cuello en las grandes ceremonias. En cuanto a los condenados, obtuvieron su perdón, y esto fue todo. A ser más hábiles hubieran sacado de allí buenas rentas.

—Vos, sin duda... —insinuó secamente Benito.

—Sí, yo. ¿Por qué no? —respondió Torres—. Y vos, ¿no habéis visitado jamás, el distrito de los diamantes? —añadió, dirigiéndose a Juan Garral directamente esta vez.

—¡Nunca! —respondió el interpelado mirando a Torres.

—Pues es una lástima —replicó—, y debíais hacer algún día este viaje; es muy curioso, os lo aseguro. El distrito de los diamantes está enclavado en el vasto Imperio del Brasil (1); es extenso, como un parque, de doce leguas de circunferencia, y que por la naturaleza del suelo, su vegetación y sus tierras areniscas, encerradas en un círculo de altas montañas, es muy diferente de la provincia cercana.

(1) En la época en que ocurre la acción de esta novela, existía este imperio gobernado por Pedro II, que reinó hasta 1889, fecha en que se proclamó la actual república.

Pero, como digo, este lugar es el más rico del mundo; porque desde 1807 a 1817, la producción anual fue de cerca 'de dieciocho mil quilates. ¡Ah!, había allí muy buenos golpes que dar, no solamente por los trepadores, que buscaban la piedra preciosa hasta sobre la cima de las montañas, sino también para los contrabandistas, que pasaban todo cuanto podían. Actualmente, la explotación es menos fácil, y los dos mil negros empleados por el Gobierno en el trabajo de las minas están obligados a desviar corrientes de agua para extraer la arena diamantina. Anteriormente se hacía con más comodidad.

—En efecto —respondió Fragoso—; el buen tiempo ha pasado.

—Pero lo que aún queda de fácil todavía es procurarse el diamante al uso de los malhechores, es decir, por medio del robo. Hacia 1826 (yo tenía entonces ocho años), pasó en el mismo Tijuco un drama terrible, que demuestra que los criminales no ceden ante nada cuando quieren conquistar una fortuna por medio de un golpe de audacia. Pero esta historia no os interesará sin duda.

—Al contrario, Torres, continuad —respondió Juan Garral con una voz singularmente tranquila.

—¡Sea! —continuó Torres—. Se trataba esta vez de robar diamantes; un puñado de aquellos preciosos guijarros. Un millón, y acaso dos.

Y Torres, cuya fisonomía expresaba los más viles sentimientos de codicia, hizo involuntariamente el ademán de abrir y cerrar la mano.

—Véase cómo pasó esto —volvió a decir—. Existe la costumbre en Tijuco de expedir de una sola vez los diamantes recogidos durante el año. Se les divide en dos lotes, según su grueso, después de haberlos pasado por doce cribas taladradas con diferentes agujeros. Estos lotes son guardados en sacos y se envían a Río de Janeiro; pero como representan un valor de algunos millones, ya podéis suponer que van bien custodiados. Un empleado, elegido por el intendente, cuatro soldados de caballería del regimiento de la provincia, y diez hombres a pie, forman el convoy. Desde luego, van a Villa Rica, donde el comandante general pone su sello sobre los sacos, y el convoy prosigue su marcha a Río de Janeiro. Debe advertirse que, para mayor seguridad, la marcha se tiene siempre secreta. Pero en 1826, un joven empleado llamado Dacosta, de veintidós a veintitrés años lo más, que hacía algunos años trabajaba en Tijuco, en las oficinas del gobernador general, combinó el siguiente golpe. Púsose de acuerdo con una tropa de contrabandistas, y les indicó el día de la marcha del convoy. Aquellos malhechores, que eran muchos y bien armados, tomaron sus disposiciones. Más allá de Villa Rica, durante la noche del 22 de enero, la banda cayó de improviso sobre la escolta que custodiaba los diamantes. Los soldados se defendieron valerosamente; pero todos fueron asesinados, excepto uno, que, aunque gravemente herido, pudo escapar, y llevó la noticia de aquel horrible atentado. El empleado que les acompañaba tuvo la misma suerte que los soldados de la escolta; caído bajo los golpes de los malhechores, había sido arrastrado y echado, sin duda, en algún precipicio, porque su cuerpo no se volvió a encontrar.

—¿Y ese Dacosta? —preguntó Juan Garral, tranquilo.

—No le aprovechó su crimen. Una serie de diferentes circunstancias hizo que las

sospechas no tardaran en recaer sobre él, y fue acusado de haber manejado aquel negocio. En vano afirmó que era inocente. Por su empleo estaba en situación de saber el día en que se verificaría la marcha del convoy. Sólo él había podido avisar a la banda de malhechores. Fue, pues, acusado, preso, juzgado y sentenciado a muerte. La ejecución de la sentencia debía tener lugar dentro de las veinticuatro horas.

—¿Y fue ejecutado aquel malhechor? —preguntó Fragoso.

—No —respondió Torres—. Se le había encerrado en la cárcel de Villa Rica, y durante la noche, algunas horas solamente antes de la ejecución, sea que obrase solo o ayudado por alguno de sus cómplices, pudo escaparse.

—¿Y luego, no se ha oído hablar más de ese hombre? —preguntó Garral.

—¡Jamás! —respondió Torres—. Abandonaría el país, y al presente pasará sin pena una vida alegre en un país lejano con el producto del robo que había sabido realizar.

—O, por el contrario, puede haber muerto como un miserable —respondió Juan Garral.

—¡Y aun puede ser que Dios le haya dado el remordimiento de su crimen! —añadió el padre Passahna.

En aquel momento, los convidados se habían levantado de la mesa, y concluida la comida, salieron todos para ir a respirar el aire de la tarde. El sol iba descendiendo en el horizonte; pero todavía debía pasar más de una hora antes que fuera de noche.

—Estas historias no son nada divertidas —dijo Fragoso—, y nuestra comida de esponsales había comenzado mejor.

—Vuestra ha sido la culpa, señor Fragoso —dijo Lina.

—¡Cómo...! ¿Mía la culpa?

—En efecto. Porque habéis seguido hablando de ese distrito y de esos diamantes que nada nos importa.

—A fe mía, es cierto —respondió Fragoso—; pero no creí que esto acabaría de tal manera.

—¡Vos sois, pues, el primer culpable!

—Y el primer castigado, señorita Lina, puesto que no os he visto ni oído reír a los postres.

Toda la familia se dirigió entonces hacia la parte delantera de la jangada.

Manuel y Benito iban juntos, sin hablar. Yaquita y su hija les seguían, silenciosas también, y todos experimentaban una inexplicable impresión de tristeza, como si presintiesen alguna grave eventualidad.

Torres, que se encontraba al lado de Juan Garral, quien, a su vez, con la cabeza baja, parecía estar profundamente abismado en sus reflexiones, interrumpió los pensamientos de éste y, poniéndole la mano sobre el hombro, le dijo:

—Juan Garral, ¿podría tener con vos unos minutos de conversación?

Juan Garral miró a Torres y le preguntó;

—¿Aquí?

—No; reservadamente.

—Venid, pues.

Y ambos retornaron a la casa, entraron en ella y cerraron las puertas.

Muy difícil sería definir lo que sintió cada uno cuando los dos hombres les dejaron. ¿Qué podía existir de común entre aquel aventurero y el honrado hacendado de Iquitos? Parecía flotar la amenaza de una desgracia espantosa suspendida sobre aquella familia. Nadie se atrevía a preguntar.

—Manuel —dijo Benito, asiendo del brazo a su amigo y arrastrándole consigo—, ¡suceda lo que su ceda, ese hombre ha de desembarcar mañana en Manaos!

—Sí, es preciso —convino Manuel.

—Y si por parte de él... ¡eso sí!, si por su culpa sobreviene alguna desgracia a mi padre... ¡te juro que lo mato!

CAPÍTULO XX

LOS DOS HOMBRES

Durante unos momentos, Garral y Torres, luego que se hallaron solos en aquella cámara, donde nadie podía verlos ni oírlos, se miraron sin pronunciar palabra. ¿Vacilaba el aventurero en el momento de hablar? ¿Se daba cuenta de que Juan Garral sólo contestaría con un desdeñoso silencio a las preguntas que le dirigiera? Indudablemente, y por eso, Torres no preguntaba. Para empezar aquella conversación, adoptó con firmeza el papel de acusador.

—Vos no os llamáis Garral —empezó—; os apellidáis Dacosta.

Ante aquel nombre de un perseguido que le daba Torres, Garral no pudo contener un estremecimiento. Pero no contestó nada.

—Vos sois Juan Dacosta —repitió Torres—; empleado hace veintitrés años en las oficinas del gobernador de Tijuco, y también sois el que está condenado por aquel asunto de robo y asesinato.

Tampoco dio respuesta alguna a esto Juan Garral, cuya extraña calma sorprendía al aventurero. ¿Estaría equivocado tal vez acusando a su huésped? No, puesto que Juan Garral no se sobreexcitaba ante aquellas terribles acusaciones. Sin duda, se preguntaba adónde iba a parar Torres.

—Juan Dacosta —continuó éste—, yo os lo repito, vos sois el que ha sido perseguido por el negocio de los diamantes, convicto del crimen y condenado a muerte. Vos sois el que se escapó de la cárcel de Villa Rica algunas horas antes de la ejecución. ¿Qué contestáis?

También un profundo silencio siguió a esta pregunta directa que acababa de hacer Torres. Juan Garral, siempre tranquilo, había tomado asiento, y apoyando el codo sobre una mesa pequeña, miraba fijamente a su acusador, sin bajar la cabeza. —¿Me respondéis? —insistió Torres.

—¿Qué respuesta esperáis de mí? —dijo simplemente Juan Garral.

—Una respuesta —contestó lentamente Torres— que me impida ir a buscar al jefe de policía de Manaos y decirle; «En esa jangada hay un hombre cuya identidad es muy fácil de probar, que será también reconocido después de veintitrés años de ausencia, y este hombre es el instigador del robo de los diamantes de Tijuco, y el cómplice del asesinato de los soldados y de la escolta, y el condenado que se sustrajo al suplicio, y ese es Juan Garral, cuyo verdadero nombre es Juan Dacosta.»

—¿De modo que —dijo Juan Garral— yo no tendré nada que temer de vos, Torres, si os doy la respuesta que esperáis?

—Nada, porque entonces ni vos ni yo tendremos interés en hablar de este asunto.

—¿Ni vos ni yo? —respondió Juan Garral—. ¿Conque yo debo comprar vuestro silencio?

—No se trata de eso.

—¿Qué queréis, entonces?

—Juan Garral —respondió Torres—, ved cuál es mi proposición. No os apresuréis a contestarme con una repulsa formal, y advertid que estáis en mi poder.

—Exponed esa proposición —pidió Garral, con calma.

Torres quedó un instante como reflexionando. La actitud de aquel culpable, cuya vida estaba entre sus manos, era muy a propósito para sorprenderle. Esperaba un debate violento, súplicas y lágrimas... Tenía delante a un hombre convicto de los más grandes crímenes, y aquel hombre no se alteraba.

En fin, cruzando los brazos, le dijo:

—Tenéis una hija. Esta hija me agrada y quiero casarme con ella.

Sin duda Juan Garral lo esperaba todo de tal hombre, y esta petición no le hizo perder nada de su calma.

—¿De modo —contestó— que el honrado Torres quiere entrar en la familia de un asesino, de un ladrón?

—Yo sólo soy juez de lo que me conviene hacer —respondió Torres—. ¡Deseo ser yerno de Juan Garral, y lo seré!

—No ignoráis, sin embargo, Torres, que mi hija se va a unir con Manuel Valdés.

—Ya os encargaréis de disculparos con Manuel Valdés.

—¿Y si mi hija rehúsa?

—Contádselo todo. Creo conocerla y sé que no se arrepentirá —respondió imprudentemente Torres.

—¿Todo?

—Todo lo ocurrido. Entre sus propios sentimientos y el honor de su familia y la vida de su padre, ella no vacilará.

—Es verdad que sois un gran miserable, Torres —declaró tranquilamente Garral, a quien no abandonaba su sangre fría.

—Un miserable y un asesino están hechos a propósito para entenderse.

A estas palabras Juan Garral se levantó y se dirigió al aventurero, y mirándole a los ojos, dijo:

—Torres, no me engañáis: si deseáis entrar en la familia de Juan Dacosta, es porque sabéis que Juan Dacosta es inocente del crimen por que fue condenado.

—Efectivamente.

—Y yo añado —continuó Garral— que poseéis la prueba de esta inocencia, y que esta inocencia os reserváis publicarla hasta el día que os desposéis con mi hija.

—Juguemos a cartas vistas, Juan Garral —respondió Torres bajando la voz—, y cuando me hayáis oído, veremos si os atrevéis a negarme la mano de vuestra hija. Es cierto —dijo el aventurero, conteniendo a medias sus palabras, como si sintiera dejarlas escapar de sus labios—; sois inocente, lo sé..., porque conozco al verdadero culpable, y me hallo en situación de probar vuestra inocencia.

—¿Y el miserable que cometió el crimen?

—¡Ha muerto!

—¡Muerto! —exclamó Juan Garral, a quien esta palabra hizo palidecer, a pesar suyo, como si esto le quitara todos los medios de poder rehabilitarse jamás.

—¡Muerto...! —repitió Torres—. Pero aquel hombre que yo conocí mucho tiempo después de cometer el delito, sin que yo supiese que era el criminal, había escrito de mano propia, y muy largamente, la relación de aquel asunto de los diamantes, con objeto de conservar hasta los menores detalles. Sintiendo aproximarse su fin, fue asaltado por ios

remordimientos. Él sabía dónde se había refugiado Juan Dacosta, y bajo qué nombre el inocente se había procurado una nueva vida. Sabía que estaba rico, en el seno de una familia feliz; pero también sabía que a él le faltaba la felicidad. Y bien, aquella felicidad quiso dársela con la rehabilitación a que tenía derecho. Pero la muerte venía, y me encargó a mí, a su compañero, ejecutar lo que él no podía hacer... Envióme las pruebas de la inocencia de Dacosta, a fin de hacerlas llegar a sus manos, y murió.

—¡Decidme cómo se llama ese hombre! —exclamó Juan Garral con un tono que no le fue posible dominar.

—Lo sabréis cuando yo pertenezca a vuestra familia.

—¿Y aquel escrito?

Juan Garral estuvo a punto de lanzarse sobre Torres para registrarle y poderle sacar la prueba de su inocencia.

—Aquel escrito se halla en lugar seguro —respondió Torres—, y no lo tendréis hasta que vuestra hija sea mi esposa. Y ahora, ¿me la negáis todavía? —Sí —respondió Juan Garral—; pero a cambio de este escrito, la mitad de mi fortuna es vuestra. —¡La mitad de vuestra fortuna! —exclamó Torres—. Bien, la acepto a condición de que Minha me la aportará al matrimonio.

—¿Y de esta manera respetáis la voluntad de un moribundo, de un criminal a quien mueven los remordimientos, y que os encarga reparar, en tanto que estaba en sí, todo el daño que había hecho?

—Así es.

—Otra vez os digo, Torres, que sois un gran miserable.

—No me importa lo que digáis.

—Y como yo no soy un criminal, no estamos en condiciones de podernos entender.

—¿De modo que os negáis?

—¡Me niego!

—Entonces, es vuestra pérdida lo que buscáis, Juan Garral. Todo os acusa en la instrucción que se formó. Estáis condenado a muerte, y bien sabéis que en las condenas por delitos de la índole del nuestro, el gobierno no tiene poder para conmutar las penas. ¡Denunciado,

seréis preso, y una vez esto ocurra, ejecutado! ¡Y yo estoy dispuesto a delataros!

Por muy dueño de sí que fuese Garral, le era imposible contenerse más, e iba al lanzarse sobre Torres.

Unas palabras de aquel bribón contuvieron, sin embargo, su cólera.

—¡Tened cuidado! —dijo Torres—. ¡Vuestra esposa ignora que es la mujer de Juan Dacosta! ¡Y tampoco saben vuestros hijos que lo son de un criminal! ¡Vais a hacérselo saber!

Garral se detuvo. Volvió a adquirir todo su imperio sobre sí mismo, y sus facciones recobraron su calma habitual.

—Esta discusión ha durado bastante —dijo, encaminándose hacia la puerta—. Ya sé lo que me resta hacer.

—¡Cuidado, Juan Garral! —dijo por última vez Torres, que no podía convencerse de que su innoble proceder hubiese fracasado.

Garral no contestó. Atravesando la puerta que se abría sobre la galería cubierta, hizo señal a Torres de que le siguiera, y ambos se dirigieron hacia el centro de la jangada donde toda la familia se encontraba reunida.

Benito y Manuel hallábanse en pie, presas de la mayor ansiedad. Pudieron notar que el rostro de Torres aparecía amenazador, y que el fuego de la cólera brillaba en sus ojos.

Por un extraño contraste, Garral mostrábase dueño de sí mismo y casi sonriente.

Ambos se detuvieron ante Yaquita; pero nadie se atrevía a dirigirles la palabra.

Torres fue quien, con voz sorda y su imprudencia habitual, quebró aquel penoso silencio.

—Por última vez, Juan Garral —dijo—, os pido la respuesta definitiva.

—¡Mi respuesta! Oídla...

Y dirigiéndose a su mujer, le dijo:

—Yaquita, especiales circunstancias me obligan a modificar lo que habíamos decidido anteriormente con respecto a la boda de Minha y Manuel.

—¡Al fin! —exclamó Torres.

Juan Garral, al oírle, dirigió al aventurero una mirada de profundo desdén.

Manuel, cuando oyó a su vez lo que decía Garral, sintió latir su corazón. La joven, por su parte, se había levantado pálida y como queriendo buscar un apoyo al lado de su madre, quien le abrió sus brazos como para protegerla.

—Padre mío —exclamó Benito, que se había colocado entre éste y Torres—, ¿qué queréis decir?

—Quiero decir —respondió Garral, alzando la voz— que esperar nuestra llegada a Pará, a verificar allí el matrimonio de Minha y de Manuel, es mucho esperar. El casamiento se verificará aquí mismo, mañana, sobre la jangada, por el padre Passanha, si después de una conversación que voy a tener con Manuel sigue interesándole, como a mí, no demorarlo más.

—¡Ah, padre mío! —exclamó el joven.

—Esperad aún para llamarme así, Manuel —contestó Juan Garral, con un acento de indecible pena.

En aquel instante, Torres, que se había cruzado de brazos, paseó sobre toda la familia una mirada de insolencia sin igual.

—¿De suerte que esta es vuestra última palabra? —dijo, señalando con el índice amenazador a Juan Garral.

—No... Esa no es mi última palabra.

—¿Cuál es, entonces?

—¡Oídla, Torres! Yo soy aquí el amo, y vos, lo queráis o no lo queráis, vais a dejar inmediatamente la jangada.

—¡Sí, inmediatamente! —exclamó Benito—. ¡Si no, os arrojo al agua!

Torres se encogió de hombros.

—¡Nada de amenazas —dijo—; son inútiles! a mí también me conviene desembarcar sin

tardanza. ¡Pero os acordaréis de mí, Juan Garral! no ha de pasar mucho tiempo sin que volvamos a vernos.

—Si sólo depende de mí, sí, volveremos a vernos, y antes quizá de lo que vos quisierais. Mañana estaré junto al juez letrado Ribeiro, el primer magistrado de la provincia, a quien he avisado de mi llegada a Manaos. Si os atrevéis, id a buscarme.

—¡Con el juez Ribeiro! —respondió Torres, vivamente confuso.

—¡Con el juez Ribeiro! —le contestó Garral.

Y señalando a Torres la piragua, con un gesto de supremo desprecio, ordenó a cuatro de los suyos que lo desembarcaran sin demora en el punto más cercano a la isla.

El miserable desapareció por fin.

La familia, consternada todavía, respetaba el silencio de Garral; pero Fragoso, que no se daba cuenta más que a medias de la gravedad de la situación, y llevado de su ordinario brío, se acercó a Garral y le insinuó:

—Si el casamiento de la señorita Minha y del señor Manuel se hace mañana en la jangada... —El vuestro se celebrará al mismo tiempo, amigo mío —le contestó con dulzura Garral.

Y haciendo una seña a Manuel, se retiró con él a su habitación.

La conferencia de Garral y Manuel duraría una media hora, que pareció un siglo a la familia, cuando volvió a abrirse la puerta de la habitación.

Su mirada brillaba de gozo. Manuel salió solo.

Se dirigió a Yaquita dándole el nombre de madre, mientras que a Minha llamábala esposa. Luego abrazó a Benito, diciéndole «¡hermano mío!»; y cuando se calmó un tanto, volvióse a Lina y a Fragoso, anunciando :

—Para mañana.

El joven sabía ya lo que había pasado entre Juan Garral y Torres. Sabía que, contando con el apoyo del juez Ribeiro, a consecuencia de una correspondencia que había tenido con él, hacía un año, sin decir nada a los suyos, Juan Garral estaba en disposición de esclarecer su inocencia, y de manifestarla en forma palpable, y sabía, en fin, que el hacendado había

resuelto emprender aquel viaje con el solo fin de hacer revisar el odioso proceso de que había sido víctima y de no dejar que cargase sobre su yerno y su hija el terrible peso de una situación que había querido y debido aceptar tan largo tiempo para sí propio.

Sí, Manuel sabía todo esto; mas también sabía que Juan Garral, o mejor dicho Dacosta, era inocente, y que su misma desgracia venía a hacerle para él más querido y más sagrado.

Pero lo que ignoraba era que la prueba material de la inocencia del hacendado existía, y que esta prueba se hallaba en manos de Torres. Garral había querido reservar para ante el juez el uso de aquella prueba, que debía manifestar su inocencia si el aventurero había dicho la verdad.

Manuel se limitó, pues, a anunciar que iba en busca del padre Passanha a fin de suplicarle que preparase todo lo necesario para los dos casamientos.

En la mañana del 24 de agosto, y casi una hora antes de que fuera a celebrarse la ceremonia, una gran piragua, que venía de la orilla izquierda del río, llegó a ponerse al costado de la jangada.

Una docena de pagayeros la había conducido rápidamente desde Manaos, y en ella venía, con algunos agentes, el jefe de policía, que, dándose a conocer, subió a bordo.

En aquel momento, Juan Garral y los suyos, preparados ya para la fiesta, salían de la habitación.

—¿Juan Garral? —preguntó el jefe de policía.

—Vedme aquí —contestó aquél.

—Juan Garral —repuso el jefe—, también habéis sido Juan Dacosta. Los dos nombres han sido usados por una misma persona. ¡Quedáis detenido!

A estas palabras, Yaquita y Minha, asaltadas de una especie de estupor, se quedaron paradas sin poder hacer un solo movimiento.

—¡Mi padre un asesino! —gritó Benito, que corría a lanzarse hacia él.

Con un ademán, su padre le detuvo.

—No voy a permitir aquí ninguna disputa —dijo Garral con voz firme, dirigiéndose al jefe de policía—. ¿El mandato en cuya virtud me prendéis ha sido expedido contra mí por

el juez letrado de Manaos, por el juez Ribeiro?

—No —respondió el oficial de policía—; me ha sido entregado, con orden de ejecución sobre la marcha, por su sucesor. El juez Ribeiro, que sufrió ayer un ataque de apoplejía, ha muerto a las dos de esta madrugada, sin recobrar el conocimiento.

—¡Muerto! —exclamó Garral, aterrado de momento ante el inesperado suceso—. ¡Muerto, muerto!

Pero en el acto irguió la cabeza, y dirigiéndose a su mujer y a sus hijos, les informó:

—¡Sólo el juez Ribeiro sabía que yo era inocente, queridos míos! Quizá su muerte me sea fatal; pero esto no es una razón para que me desespere. —Y volviéndose a Manuel, exclamó—: ¡Confíemos en la bondad de Dios! Él hará que, si es posible, la verdad descienda del cielo a la tierra!

El jefe de policía había hecho indicación a sus agentes, que se acercaban a Garral para prenderle.

—Pero ¡hablad, padre mío! —gritó Benito, enloquecido de desesperación—; decid una palabra que pueda hacernos creer que por fuerza sois víctima de alguna horrible equivocación.

—Es que no hay equivocación, hijo mío —contestó Garral—: Juan Dacosta y Juan Garral son una misma persona. Efectivamente, soy Juan Dacosta, el hombre honrado que un error judicial condenó injustamente a muerte, veintitrés años atrás, en lugar del verdadero culpable. Yo os juro, sin embargo, delante de Dios, hijos míos, y sobre vuestras cabezas y la de vuestra madre, juro, repito, que soy inocente.

—Toda comunicación con los vuestros os está prohibida —observó en aquel momento el jefe de policía—. Sois mi prisionero, Juan Garral, y ejecutaré con todo rigor mi mandato.

Garral, conteniendo con un ademán a sus hijos y sus servidores consternados, se despidió con estas palabras:

—Dejad obrar a la justicia de los hombres y aguardad a la justicia de Dios.

Y con la frente erguida entró en la embarcación de la policía.

Realmente, Juan Garral era el único a quien no había impresionado, entre los presentes, aquel terrible golpe, caído como un rayo tan inopinadamente sobre su cabeza.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO I

LA CIUDAD DE MANAOS

Manaos se halla exactamente situada a los 3o 8' 4" de latitud austral, y a los 67° 27' de longitud Oeste del meridiano de París. Unos dos mil seiscientos kilómetros la separan de Belem, y diez solamente de la desembocadura del río Negro.

Manaos se levanta a orillas del río Amazonas. En la ribera izquierda del río Negro, el más importante y notable de los tributarios de la grande arteria brasileña, es donde se yergue aquella capital de la provincia, dominando la campiña inmediata con el pintoresco conjunto de sus casas particulares y sus edificios públicos.

Descubierto el río Negro en 1645, por el español Favella, nace en las faldas de las montañas situadas al Nordeste, entre Brasil y Nueva Granada, en el mismo centro de la provincia de Popayán, poniéndose en comunicación con el Orinoco, es decir, con las Guayanas, por dos de sus afluentes; el Pimichín y el Cuasicari.

Después de un magnífico curso de dos mil quinientos kilómetros, viene el río Negro, por una desembocadura de dos mil metros, a verter sus aguas negras en el Amazonas; pero sin que se confunda con las suyas en un espacio de varios kilómetros, tanta es la fuerza de su activa inclinación. En aquel sitio, las puntas de sus dos orillas se ensanchan formando una vasta bahía de unos noventa kilómetros de fondo, que se extiende hasta las islas Anavilanas. Allí, en una de aquellas estrechas ondulaciones, se encuentra el puerto de Manaos. Multitud de embarcaciones se hallan en él; unas, ancladas en la corriente del río, esperando viento favorable, y otras en reparación, en los numerosos *iguarapés* o canales que cruzan caprichosamente la ciudad y le dan un aspecto un poco holandés.

Con la escala de barcos de vapor que no habrá de tardar en establecerse cerca de la confluencia de ambos ríos, el comercio de Manaos habrá de aumentar notablemente.

En efecto, entonces las maderas de construcción y de ebanistería, el cacao, el caucho, el café, zarzaparrilla, caña de azúcar, índigo, nuez moscada, pescado salado y manteca de tortuga, además de otros diversos artículos, habrán de encontrar allí numerosas vías de agua

que los transporten en todas direcciones: el río Negro al Norte y al Oeste, el Madeira al Sur y al Oeste, y el Amazonas, en fin, que se extiende hacia el Este hasta el litoral del Atlántico. La situación de aquella ciudad, muy ventajosa, debía contribuir poderosamente a su prosperidad.

Manaos se llamó en otro tiempo Moura, y después Barra de Río Negro. Desde 1757 a 1804 formó solamente parte de la capitanía que llevaba el nombre del gran afluente cuya desembocadura ocupaba; pero a partir de 1826, vino a ser la capital de la vasta provincia del Amazonas, debiendo su nuevo nombre a una tribu de los indios que habitaban en otra época los territorios de Centroamérica.

Muchas veces, viajeros mal informados han confundido esta ciudad con la famosa Manoa, especie de ciudad fantástica, edificada, según se afirma, cerca del lago legendario de Parima, que parece no ser otro que el Branco superior, es decir, simplemente un afluente del río Negro. Allí estaba aquel imperio llamado Eldorado, cuyo soberano, si hemos de creer las fábulas del país, se hacía cubrir todas las mañanas de polvos de oro, abundando tanto este precioso metal en aquellos terrenos privilegiados, que era recogido a paladas. Pero de las investigaciones hechas resultó, al llegar a aquel pasaje, que toda aquella pretendida riqueza aurífera consistía en la presencia de numerosas micáceas, sin valor alguno, que habían engañado los ávidos ojos de los buscadores de oro.

En resumen: Manaos no tiene nada de los esplendores fabulosos de aquella mitológica capital de Eldorado. No era más que una ciudad de cerca de cinco mil habitantes, entre los que figuraban, por lo menos, tres mil funcionarios. Allí hay cierto número de edificios civiles para uso de aquellos empleados: Congreso, palacio de la Presidencia, Tesorería general, casa de Correos y Aduana, sin contar un colegio que se fundó en 1848 y un hospital que acababa de crearse en 1851. Añadiendo a esto un cementerio que ocupaba la bajada oriental de la colina, donde en 1669 se levantó una fortaleza contra los piratas del Amazonas, actualmente destruida, se sabrá a qué hay que atenerse respecto de la importancia de los establecimientos civiles de la ciudad.

En cuanto a los edificios religiosos, sólo merecían nombrarse dos: la pequeña iglesia de la Concepción y la capilla de Nuestra Señora de los Remedios, edificada casi a campo raso, sobre una altura que dominaba a Manaos.

Esto era muy poco para una ciudad de origen español. A aquellos dos monumentos había que añadir todavía un convento de carmelitas, incendiado en el año 1850, y del cual ya no quedan más que desoladoras ruinas.

La población de Manaos no ascendía entonces al número arriba indicado, y, fuera de los funcionarios, empleados y soldados, se componía especialmente de negociantes

portugueses y de indios pertenecientes a las diversas tribus de río Negro.

Tres calles principales, harto irregulares, servían a la ciudad y llevaban nombres muy significativos en el país y que tenían un mercado colosal; son: la calle de Dios Padre, la de Dios Hijo y la de Dios Espíritu Santo. Fuera de éstas y hacia Poniente, se extendía una magnífica avenida de naranjos centenarios, que respetaron religiosamente los arquitectos que de la antigua ciudad hicieron la ciudad nueva.

En torno a dichas calles principales se entrecruza una red de callejas sin empedrar, cortadas sucesivamente por cuatro canales que se cruzaban por puentecillos de madera. En ciertos sitios, tales *iguarapés* paseaban sus aguas sombrías por medio de extensos terrenos incultos, sembrados de magníficos árboles, entre los cuales se distinguía el *sumaumeira*, este gigante vegetal, revestido de blanca corteza, y cuya ancha cúpula se redondea en forma de parasol por encima de un nudoso ramaje.

Respecto a las diversas viviendas particulares, había que buscarlas entre algunos cientos de casas harto rudimentarias, las unas cubiertas de tejas y las otras techadas con ramas sobrepuestas, de palmera, por el saliente de sus miradores, y las portadas de sus tiendas, que en su mayor parte estaban ocupadas por los negociantes portugueses.

¿Y qué clases de gentes se veían aparecer a las horas del paseo, tanto de los edificios públicos como de las habitaciones particulares? Pues hombres de altivo continente, vestidos con redingote negro, sombrero de seda, zapatos charolados, guantes de color claro y alfiler de diamantes en el nudo de su corbata, y mujeres con grandes tocados y sombreros a la última moda, y por último indios, que intentaban también ataviarse a la europea, destruyendo todo lo que aún quedaba del carácter local en aquella parte media de la cuenca del Amazonas.

Tal era Manaos, que hemos dado a conocer sumariamente al lector en el relato de esta historia. El viaje de la jangada, tan trágicamente interrumpido, se hallaba cortado en medio del largo trayecto que tenía que hacer, y allí iban a acontecer, en poco tiempo, nuevas fases de aquel misterioso asunto.

CAPÍTULO II

PRIMEROS MOMENTOS

Así que la piragua que conducía a Juan Garral, mejor dicho, a Juan Dacosta, pues ya vamos a restituirle su verdadero nombre, hubo desaparecido, Benito se encaró con Manuel.

—¿Qué sabes tú? —le preguntó.

—Sé que tu padre es inocente... ¡Sí, inocente...! —repitió su amigo—, y que una sentencia de muerte fue pronunciada contra él, hace veintitrés años, por un crimen que no había cometido.

—¿Entonces te lo ha contado todo, Manuel?

—Todo —respondió el joven—. Tu padre no quería que nada de su pasado estuviese oculto al que iba a ser su segundo hijo, el esposo de su Minha. —Y esa prueba de su inocencia, ¿podrá manifestarla mi padre a la luz del día?

—Esa prueba, Benito, está en los veintitrés años de una vida honrosa y honrada; está en la conducta de Juan Dacosta, que irá a decir a la justicia: «¡Vedme aquí! ¡No quiero más esa falsa existencia! ¡No quiero ocultarme más bajo un nombre que no es el mío verdadero! ¡Habéis condenado a un inocente...! ¡Rehabilitadle!»

—Y cuando mi padre te hablaba así, ¿has dudado tú en creerle, aunque no fuera más que por un instante? —preguntó Benito.

—¡Ni siquiera ese instante, hermano!

Las manos de los dos jóvenes se estrecharon con efusión.

Benito fue luego a buscar al padre Passanha, y le dijo:

—Padre, llevad a mi madre y a mi hermana a sus habitaciones, y no las dejéis en todo el día. Nadie duda aquí de la inocencia de mi padre, nadie... vos lo sabéis. Mañana mi madre y yo iremos a buscar al jefe de policía, que no nos rehusará el permiso de entrar en la prisión, pues esto sería demasiado cruel. Volveremos a ver a mi padre, y resolveremos la conducta que debemos seguir para llegar a obtener su rehabilitación.

Yaquita, ante el golpe, había quedado como sin vida. Pero si la valiente mujer quedara aterrada al pronto por el repentino golpe, no tardó en reponerse. Yaquita Dacosta sería lo

que había sido Yaquita Garral. Ella no dudaba de la inocencia de su marido, ni pasaba por su mente que Juan Dacosta fuese digno de vituperio por haberse casado con ella bajo un nombre que no era el suyo. No pensaba más que en la dichosa vida que le había proporcionado aquel hombre honrado, tan injustamente herido... Sí, a la mañana siguiente estaría a la puerta de su prisión, y no se marcharía sin que le hubiese sido abierta.

El padre Passanha la acompañó con su hija, que no podía contener las lágrimas, y los tres se encerraron en la habitación.

Los dos jóvenes quedaron solos.

—Ahora —dijo Benito—, es preciso que sepa todo lo que te ha dicho mi padre.

—Nada te ocultaré, Benito.

—¿Qué venía a hacer Torres a bordo de la jangada?

—A vender a Juan Dacosta el secreto de su pasado.

—¿De modo que cuando nosotros encontramos a Torres en los bosques de Iquitos, tendría ya formado el designio de entrar en comunicación con mi padre?

—Indudablemente —respondió Manuel—. El miserable se dirigiría hacia la hacienda, con idea de llevar a cabo una innoble operación de cambio preparada de antemano.

—Y cuando le hicimos saber —contestó Benito— que mi padre y toda su familia se disponían a pasar la frontera, ¿cambió repentinamente su plan de conducta?

—Eso mismo; porque Juan Dacosta, una vez en territorio brasileño, estaba más a su merced que en la parte de allá de la frontera peruana. He aquí por qué hemos encontrado a Torres en Tabatinga, donde espiaba nuestra llegada.

—¡Y yo que le ofrecí embarcarlo en la jangada...! —exclamó Benito, con desesperación.

—Hermano —le dijo su amigo—, no te reproches nada... Torres nos hubiera alcanzado tarde o temprano, porque no es hombre que abandone la pista iniciada. Si le hubiéramos fallado en Tabatinga, le habríamos encontrado en Manaos.

—Sí, Manuel, tienes razón... Pero no se trata ya del pasado... Ahora, tratamos del presente... Nada de recriminaciones inútiles... Veamos...

Y hablando de este modo, Benito se pasó la mano por la frente, como tratando de recoger

todos los pormenores de aquel triste asunto.

—Veamos —repitió—; ¿cómo ha podido saber Torres que mi padre había sido condenado hace veintitrés años por aquel abominable crimen de Tijuco?

—Lo ignoro —respondió Manuel—; y todo me induce a creer que tu padre tampoco lo sabe.

—Y sin embargo, ¿Torres tenía conocimiento de ese nombre de Garral, bajo el que se ocultaba Juan Dacosta?

—Evidentemente.

—¿Y sabía que era en Perú, en Iquitos, donde al cabo de tantos años se hallaba refugiado mi padre?

—Lo sabía —respondió Manuel—; pero no alcanzo a comprender cómo llegó a enterarse de ello.

—La última pregunta —dijo Benito—. ¿Qué proposición hizo Torres a mi padre durante la corta conferencia que precedió a su expulsión?

—Le amenazó con delatar a Juan Garral como Juan Dacosta, si éste se negaba a comprar su silencio.

—¿Y a qué precio?

—Al precio de la mano de su hija —respondió Manuel sin vacilar, pero pálido de furia.

—¡El miserable llegó a atreverse...! —exclamó el hermano de Minha.

—A tan infame petición, pero ya viste, Benito, qué respuesta dio tu padre.

—¡Sí, Manuel, sí...! ¡La respuesta de un hombre recto indignado...! ¡Arrojó de aquí a Torres; pero no basta haberle arrojado! ¡No...! ¡Por lo menos no me basta a mí! Por la delación de Torres es como se ha venido a prender aquí a mi padre, ¿no es verdad?

—Claro.

—¡Pues bien! —gritó Benito, dirigiendo su brazo con ademán amenazador hacia la orilla izquierda del río—; es preciso que encuentre de nuevo a Torres; es preciso que yo sepa

cómo ha llegado a hacerse dueño de ese secreto. Es necesario que me diga, si lo sabe, el verdadero autor del crimen... Hablará, y si se niega, ya sé lo que debo hacer.

—Lo que nos resta hacer, tanto a mí como a ti —añadió más fríamente Manuel, aunque no menos resuelto.

—¡No, Manuel, no; a mí solo!

—Somos hermanos, Benito —observó su amigo—, y ésta ya es una venganza que nos corresponde a los dos.

Benito no replicó. En este asunto, era claro que había tomado definitivamente su partido sin dudas de ninguna clase.

En aquel momento, el piloto Araujo, que venía de observar el estado del río, se acercó a los dos jóvenes y les preguntó:

—¿Habéis resuelto si la jangada ha de quedar anclada en la isla de Muras, o tomar el puerto de Manaos?

Esta era una cuestión que debía resolverse antes de la noche y examinarla por tanto inmediatamente.

En efecto, la noticia de la prisión de Juan Dacosta debía ya de haberse extendido por la ciudad. No cabía duda de que, por su naturaleza, debía excitar altamente la curiosidad de la población de Manaos. Pero, ¿sería sólo curiosidad contra el condenado, contra el autor principal de aquel crimen de Tijuco, que había tenido tan inmenso eco en otro tiempo? ¿No podía temerse algún movimiento popular con motivo de aquel atentado no castigado todavía? Ante semejantes hipótesis, ¿no convenía más dejar la jangada cerca de la isla de Muras en la ribera derecha del río, a algunas millas de Manaos?

Las ventajas y los inconvenientes de tal cuestión fueron examinados con cuidado.

—No —decidió Benito—; permanecer aquí sería aparentar que abandonábamos a mi padre y dudásemos de su inocencia. ¡Sería aparecer como temerosos de formar causa común con él...!

—Tienes razón, Benito —convino el novio de Minha—. ¡Partamos!

Araujo, haciendo con la cabeza un movimiento de aprobación, tomó sus disposiciones para dejar la isla. La maniobra exigía gran cuidado. Se trataba de tomar oblicuamente la

corriente del Amazonas, aumentada por la del río Negro, y dirigirse hacia la desembocadura de este afluente, que se abría a unas docenas de kilómetros de la orilla izquierda.

Largáronse las amarras que sujetaban a la isla la jangada, y ésta, vuelta otra vez al lecho del río, empezó a descender diagonalmente. Araujo, aprovechando hábilmente la curvatura de la corriente, cortada por las puntas de los promontorios de la orilla, pudo lanzar el inmenso aparato en la dirección deseada, ayudado por los largos bicheros de la tripulación.

Dos horas después, la jangada se hallaba en la otra orilla del Amazonas, un poco más arriba de la desembocadura del río Negro, y entonces fue la corriente quien se encargó de conducirla a la orilla inferior de la vasta bahía.

En fin, a las cinco de la tarde, la jangada estaba sólidamente amarrada a lo largo de aquella orilla, no precisamente en el mismo puerto de Manaos, al que no habría podido llegar sin tener que navegar contra una corriente bastante rápida; pero a menos de una milla de la parte baja.

El tren de maderas descansaba entonces sobre las oscuras aguas del río Negro, en las proximidades de un promontorio bastante alto, erizado de cecropias de largas hebras y empalizada con esas cañas de troncos pelados, llamadas *frojas*, de las que los indios hacen sus armas ofensivas.

Algunos vecinos de la ciudad vagaban sobre aquel promontorio. Era, a no dudarlo, un sentimiento de curiosidad el que los llevaba hacia el fondeadero de la jangada. La noticia de la prisión de Juan Dacosta no había tardado en esparcirse; pero la curiosidad de aquellos habitantes no llegaba hasta la indiscreción y se mantenían en una prudente reserva.

La idea de Benito era bajar a tierra aquella misma tarde; pero Manuel lo disuadió diciéndole:

—Aguardemos a mañana. La noche va a llegar, y no conviene que dejemos la jangada.

—Bien, esperemos —decidió Benito.

En aquel momento, Yaquita, acompañada de su hija y del padre Passanha, salió de la habitación. Si Minha estaba todavía deshecha en lágrimas, el rostro de su madre se hallaba seco, y toda su persona se manifestaba enérgica y resuelta.

Advertíase que aquella mujer estaba dispuesta a todo; tanto a hacer su deber, como a usar de su derecho.

Yaquita se adelantó lentamente hacia Manuel y le dijo:

—Manuel, escuchad lo que tengo que deciros, porque yo os voy a hablar como mi conciencia me manda hacerlo.

—Os escucho —respondió Manuel.

Yaquita le miró de frente. —Ayer, después de la conferencia que tuvisteis con Juan Dacosta, mi esposo, llegasteis a mí para llamarme madre... Tomasteis la mano de Minha y le dijisteis esposa... Vos lo sabíais todo: ¡el pasado de Juan Dacosta os había sido revelado!

—Sí —admitió Manuel—, y que Dios me castigue si vacilé un momento en proceder de otra forma.

—Sea, Manuel —replicó Yaquita—. Pero entonces Juan Dacosta no estaba preso todavía. Al presente, la situación no es la misma. Por más inocente que sea, mi marido se halla en manos de la Justicia. Su pasado está públicamente de manifiesto... Minha es la hija de un condenado a la pena capital.

—¡Minha Dacosta o Minha Garral, me importa poco! —exclamó Manuel, sin poder contenerse más tiempo.

—¡Manuel...! —murmuró angustiada su novia.

E indudablemente se hubiera desplomado en tierra, si los brazos de Lina no hubieran acudido a sostenerla.

—Madre mía, si no queréis matarla —dijo entonces Manuel—, ¡llamadme «hijo mío»!

—¡Hijo, niño mío!

Esto es lo único que llegó a decir Yaquita, y sus lágrimas, contenidas hasta entonces con gran trabajo, brotaron abundantemente de sus ojos.

Todos volvieron a entrar en la vivienda; pero aquella larga noche no debía ser acortada ni por una sola hora de sueño para aquella honrada familia, tan cruelmente puesta a prueba.

CAPÍTULO III

EL PASADO

La súbita muerte del juez Ribeiro resultaba una gran desgracia para Juan Dacosta, pues éste tenía la certidumbre de poder contar con él absolutamente.

Antes de ser juez de Manaos, o sea el primer magistrado de la provincia, Ribeiro había conocido a Juan Dacosta. Era esto en la época en que el joven empleado se vio perseguido por el crimen del robo de los diamantes. Ribeiro era entonces abogado en Villa Rica, y él fue quien cuidó de defender al acusado delante del tribunal, haciendo suya aquella causa, por la que tomó sumo interés.

Del examen de las piezas del proceso y de los pormenores de la instrucción seguida, adquirió no una simple convicción de oficio, sino la certidumbre de que su defendido había sido acusado injustamente; que no había tenido la menor parte en el asesinato de los soldados de la escolta y, naturalmente, en el robo de los diamantes, y que la instrucción se había formado bajo un supuesto falso. En fin, estaba convencido de que Juan Dacosta era inocente.

Mas esta convicción del abogado Ribeiro, por grandes que fueran su talento y su celo, le era imposible hacerla pasar al espíritu del jurado. ¿Sobre quién podría hacer recaer la presunción del delito? Si no era Juan Dacosta, colocado en todas las condiciones favorables para informar a los malhechores de la marcha secreta del convoy, ¿quién podía ser? El empleado que acompañaba a la escolta había sucumbido con la mayor parte de los soldados, y las sospechas no podían recaer sobre él. Todo concurría, pues, a hacer de Juan Dacosta el único, el verdadero autor del crimen.

Fue defendido por Ribeiro con calor extremado, con toda su alma. El hombre no omitió nada para salvarlo. Pero el veredicto del jurado fue afirmativo en todas sus partes. Juan Dacosta, convicto de asesinato, con la circunstancia agravante de la premeditación, no obtuvo el beneficio de las circunstancias atenuantes, y fue condenado a muerte.

Ninguna esperanza le quedaba al acusado. Ninguna conmutación de pena era posible, tratándose de un crimen relativo al robo de los diamantes.

El condenado estaba perdido... Pero durante la noche que precedió a la ejecución, y cuando el patíbulo estaba ya levantado, Juan Dacosta pudo fugarse de la prisión de Villa Rica. Lo demás, ya se sabe.

Veinte años después, el abogado Ribeiro fue nombrado juez en Manaos. Desde el fondo de su retiro, el hacendado de Iquitos supo aquel cambio, y vio en él una feliz circunstancia, que podía proporcionar la revisión de su proceso con algunas probabilidades de buen éxito.

Conocedor de las antiguas convicciones del abogado con relación al asunto, supuso que éstas debían de hallarse sin alteración en el ánimo del juez. Resolvió, pues, intentarlo todo para llegar a la rehabilitación. Sin el nombramiento de Ribeiro para el cargo de magistrado superior en la provincia del Amazonas, quizás hubiese vacilado; porque no tenía ninguna nueva prueba material de su inocencia que aducir. Quizá, aunque aquel hombre honrado sufriese terriblemente por verse precisado a ocultarse en el destierro de Iquitos, acaso hubiera dejado al tiempo borrar más todavía los recuerdos de aquel terrible asunto; pero una circunstancia le puso en el trance de obrar sin pérdida de tiempo.

En efecto; mucho antes de que Yaquita le hubiese hablado, Dacosta había comprendido que Manuel amaba a su hija. La unión de ésta con el joven médico militar le convenía por todos conceptos. Era evidente que un día u otro se haría una petición de matrimonio, y Juan no quería hallarse desprevenido.

Pero entonces, el pensamiento de que iba a casar a su hija bajo un nombre que no le pertenecía, y que Manuel Valdés, creyendo entrar en la familia Garra, entraría en la familia Dacosta, cuyo jefe no era más que un fugitivo, sobre el cual pesaba siempre una condena de pena capital, aquel pensamiento, decimos, le fue insoportable. ¡No...! ¡Aquel matrimonio no se haría en las condiciones en que se había celebrado el suyo! ¡No, jamás...!

Ya se recordará lo pasado en aquella época. Cuatro años después que el joven encargado, socio ya de Magallanes, hubo llegado a la hacienda de Iquitos, el viejo portugués fue conducido a la posesión herido mortalmente. Quedábanle muy pocos días de vida, y espantábase la idea de que su hija iba a quedar sola y sin apoyo. Pero sabiendo que Juan y Yaquita se amaban, quiso que su unión se verificase sin tardanza.

Juan rehusó, desde luego. Ofreció quedarse como el protector y servidor de Yaquita, sin llegar a ser su marido; pero las instancias del moribundo Magallanes fueron tales, que fue imposible toda resistencia. Yaquita puso su mano en la de Juan, y éste no la retiró.

¡Desde luego que con esto cometió una falta grave! Sí, Juan Dacosta debió, o declararlo todo, o huir para siempre de aquella casa, donde había sido tan hospitalariamente recibido; de aquel establecimiento cuya prosperidad realizara. Eso, decirlo todo antes que dar a la hija de su bienhechor un nombre que no era el suyo; el nombre de un condenado a muerte, por el delito de asesinato, por más que fuese inocente ante los ojos de Dios.

Pero las circunstancias apremiaban; el viejo hacendado iba a morir, y sus manos se tendieron hacia los dos jóvenes... Juan Dacosta se calló, el matrimonio tuvo efecto y la vida entera del joven granjero fue consagrada a labrar la dicha de la que había llegado a ser su esposa.

«El día en que se lo haga saber todo —pensaba Juan—, Yaquita me perdonará. ¡No dudará de mí un instante! Mas, si yo he podido engañarla, ¡no engañaré al hombre honrado que quiera entrar en nuestra familia casándose con Minha...! ¡No..., antes me entregaré, para acabar con esta existencia!»

Cien veces, sin duda, tuvo Juan Dacosta el pensamiento de hacer saber a su esposa el pasado que le agobiaba. Sí, la confesión estuvo en sus labios, sobre todo cuando ella le rogaba que la condujese al Brasil, haciéndola bajar con su hija por aquel hermoso río Amazonas. Conocía bastante a Yaquita para estar seguro de que no se disminuiría el afecto que le profesaba... Pero le faltaba el valor.

¡Qué no le contendría en presencia de aquella felicidad de familia que le rodeaba; que era su obra, y que iba, quizá, a destruir para siempre!

¡Tal fue su vida durante largos años; tal fue el origen, siempre renaciente, de los horribles sufrimientos cuyo secreto guardaba; tal fue, en fin, la vida de aquel hombre, que no tenía ningún acto que ocultar, y a quien una suprema injusticia le obligaba a ocultarse!

Mas cuando, finalmente, llegó el día en que ya no pudo dudar del amor de Manuel hacia su hija, y en que pudo calcular que no transcurriría un año sin que se viese precisado a dar su consentimiento para aquel matrimonio, no dudó más y trató de obrar sin dilación.

Una carta suya, dirigida al juez Ribeiro, puso en conocimiento de éste el secreto de la existencia de Juan Dacosta, el nombre bajo el que se escondía, así como el lugar donde vivía con su familia, y al mismo tiempo su formal idea de ir a entregarse a la justicia de su país y de que se procediese a la revisión de su proceso, del que debía salir para él la rehabilitación o la ejecución del inicuo juicio celebrado en Villa Rica.

¿Cuáles fueron las impresiones suscitadas en el alma del honrado magistrado? Fácilmente se adivina. No era al abogado a quien se dirigía un acusado; era al juez superior de la provincia a quien un condenado hacía su llamamiento; Juan Dacosta se entregaba completamente a él, y ni aun le rogaba conservase el secreto.

El juez Ribeiro, sorprendido de pronto por aquella revelación inesperada, se repuso en seguida, y pesó escrupulosamente todos los deberes que su posición le imponía. A él le incumbía el cargo de perseguir a los criminales, y véase cómo un criminal venía a ponerse en sus manos. Verdad es que había defendido a aquel criminal y que no dudaba que se le condenó injustamente; su alegría había sido muy grande al ver que se salvaba por la fuga del último suplicio, y en caso de necesidad él mismo hubiera provocado y facilitado su evasión; mas lo que el abogado hubiera hecho en días pasados, ¿llegaría a hacerlo el juez

ahora?

«¡Pues bien, sí! —dijose el juez—. Mi conciencia me aconseja que no abandone a este justo. ¡La conducta que observa en el día es una nueva prueba de su inculpabilidad; una prueba moral, supuesto que no puede presentar otras; pero quizá la más conveniente de todas...! ¡No, no le abandonaré!»

Desde aquella fecha mantúvose una correspondencia secreta entre el magistrado y Juan Dacosta. Ribeiro obligó, desde luego, a su cliente a no comprometerse por un acto de imprudencia. Quería volver a tomar el asunto, ver de nuevo el proceso, revisar la información. Era preciso saber si algo de nuevo había ocurrido en el distrito diamantino respecto a aquella grave causa. De aquellos cómplices del delito, de aquellos contrabandistas que habían asaltado el convoy, ¿no habían sido presos algunos?

Las confesiones o casi confesiones, ¿carecían de valor? Juan Dacosta, ¿no había estado y no estaba siempre pronto a protestar de su inocencia? Pero esto no bastaba, y el juez Ribeiro quería hallar en los mismos elementos del asunto a quién incumbía realmente la criminalidad.

Dacosta debía, pues, ser prudente, y ofreció serlo. Pero tuvo un inmenso consuelo en todas sus rudas pruebas, al encontrar en su antiguo abogado, convertido ya en juez supremo, la entera convicción de que no era culpable. Sí, Dacosta, a pesar de su condenación, era una víctima, un mártir, un hombre de bien, a quien la sociedad debía una brillante reparación. Y cuando el magistrado conoció el pasado del hacendado de Iquitos, desde su condenación, la situación actual de la familia y toda aquella vida de abnegación y de trabajo, empleada sin descanso en asegurar la dicha de su familia, quedó no tan sólo convencido, sino conmovido también, y juró hacer todo lo posible para conseguir la rehabilitación del condenado de Tijuco.

Por espacio de seis meses duró el cambio de correspondencia entre estas dos personas.

Un día, en fin, y apremiando las circunstancias, Juan Dacosta escribió al juez Ribeiro:

«Dentro de dos meses me hallaré a vuestro lado, y a disposición del primer magistrado de la provincia».

La respuesta de Ribeiro fue:

«Venid. Os aguardo.»

La jangada estaba entonces pronta a bajar por el río. Juan Dacosta se embarcó con todos

los suyos mujeres, niños y criados. Durante el viaje, y con admiración de su mujer y de sus hijos, ya se sabe que no desembarcó sino rarísimas veces. Permanecía a todas horas encerrado en su habitación, escribiendo, y trabajando, no en sus cuentas de comercio, sino, sin decir nada a nadie, en aquella especie de memorias que titulaba «Historia de mi Vida», y que debía servir para revisar su proceso.

Una semana antes de su nueva prisión, que la motivara la delación de Torres, que venía a adelantar, o quizá a destruir, sus proyectos, había enviado por un indio encontrado en el Amazonas una carta, en la cual avisaba al juez Ribeiro de su próxima llegada.

Aquella carta, llevada y entregada a quien iba dirigida, seguro haría que el juez Ribeiro no esperase más que a Juan Dacosta para entablar aquel grave proceso que confiaba llevar a feliz término.

En la noche anterior a la llegada de la jangada, un ataque de apoplejía hirió al juez Ribeiro. Pero la delación de Torres, cuyo propósito de venta de su secreto había fracasado ante ¡a noble indignación de su víctima, había hecho su efecto. Juan Dacosta fue preso en medio de los tuyos, y su antiguo abogado no se encontraba allí para defenderle.

En verdad era aquel un golpe terrible. Como quiera que fuese, la suerte estaba echada y no era ya posible retroceder.

Juan Dacosta supo sobreponerse a aquel golpe que tan inopinadamente le hería. Ahora no era sólo su honor el que hallábase en juego; se trataba del honor de todos los suyos.

Adelante, pues, se dijo.

CAPÍTULO IV

LAS PRUEBAS MORALES

El mandamiento de prisión dictado contra Juan Dacosta, llamado Juan Garral, había sido ordenado por el suplente del juez Ribeiro, que debía desempeñar las funciones de aquel magistrado en aquella provincia del Amazonas hasta que fuera nombrado el sucesor.

Llamábase el tal suplente Vicente Jarríquez. Era un buen hombre; bajito, bastante áspero, y a quien cuarenta años de ejercicio y de procedimientos criminales no habían ayudado, desde luego, a volverle muy benévolo, para los acusados. Había instruido tantos asuntos,

juzgado y condenado a tan crecido número de malhechores, que la inocencia de un acusado cualquiera que fuese, le parecía en principio inadmisibile. Ciertamente que él no juzgaba contra su conciencia; pero su conciencia, fuertemente acorazada, no se dejaba impresionar con facilidad por los incidentes del interrogatorio o los argumentos de la defensa. Como muchos presidentes de tribunales, hallaba placer en resistirse contra la indulgencia del jurado, y cuando, después de haber pasado como por una criba las sumarias, declaraciones e instrucciones, llegaba un acusado a su presencia, todas las presunciones estaban en su mente y consideraba al acusado diez veces más culpable.

Esto no quiere decir que Jarríquez fuera un mal hombre. Nervioso, bullicioso, inquieto, locuaz, astuto y perspicaz, era muy curioso verlo: una cabeza grande sobre un pequeño cuerpo; una cabellera desgreñada, que no se hubiese desenredado con nada; unos ojos, que parecían dos agujeros abiertos con barreno, y cuya mirada tenía una admirable fijeza; una nariz prominente, con la cual hubiera de seguro accionado a poco que la moviera; unas orejas, separadas para recoger mejor todo lo que se decía aun fuera del alcance ordinario del aparato auditivo; unos dedos tamborileando sin cesar sobre la mesa del tribunal, como los de un pianista que se ejercita en silencio; un busto, demasiado largo para sus piernas demasiado cortas, y unos pies que incesantemente cruzaba y descruzaba cuando se entronizaba en su silla de magistrado.

En su vida privada, el juez Jarríquez, solterón endurecido, no dejaba sus libros de Derecho Criminal sino para sentarse a la mesa, a la que era sobrado aficionado; el *whist*, juego de naipes silencioso, como lo indica su nombre, y el que más le gustaba; el ajedrez, en el cual era maestro, y, sobre todo, el descifrar los rompecabezas chinos, enigmas, charadas, jeroglíficos, anagramas, logogrfos y otros, formaban su pasatiempo principal, como forman el de más de un magistrado europeo, verdaderas esfinges por gusto y por profesión.

Era un ente original, según se ve, y también se ve cuánto había perdido Juan Dacosta con la muerte del juez Ribeiro, puesto que su causa iba a pesar a un magistrado tan poco indulgente.

Por otra parte, la tarea de Jarríquez en aquel asunto era bastante sencilla. No tenía que desempeñar el cargo de investigador o de instructor, ni que dirigir los debates para promover el veredicto, ni hacer aplicación de los artículos del Código Penal, ni pronunciar, en fin, una sentencia. Desgraciadamente para el hacendado de Iquitos, no eran necesarias tantas formalidades. Dacosta había sido preso, juzgado y condenado veintitrés años atrás, por el crimen en Tijuco; la prescripción, o sea el tiempo transcurrido, no llegaba todavía a cubrir su condena; ninguna petición de conmutación de pena podía producirse, ni había ninguna facilidad de que se le concediese el perdón. Así, pues, no se trataba más, en suma, que de identificar su persona, y con la orden de ejecución, que llegaría de Río de Janeiro,

dejar que la justicia siguiera su curso.

Pero Juan Dacosta protestaría, sin duda, de su inocencia; diría que había sido injustamente condenado. El deber del magistrado, cualquiera que fuese su opinión respecto a esto, era escucharle. Toda la cuestión estribaba en saber qué pruebas de sus afirmaciones llegaría a presentar el acusado. Si no había podido hacerlo al comparecer ante sus primeros jueces, ¿se hallaría entonces en situación de verificarlo?

En esto debía encontrarse todo el interés del interrogatorio.

Débase confesar, sin embargo, que el hecho de un contumaz afortunado, que hallándose en seguridad en país extranjero, lo deja todo voluntariamente para afrontar una justicia que su pasado debía enseñarle a temer, era un caso curioso y raro, que debía interesar en extremo a un magistrado encanecido en todas las peripecias de los problemas jurídicos. ¿Sería una cínica necesidad por parte del condenado de Tijuco o que cansado de la vida y a impulso de su conciencia, quería a todo trance dar cuenta de su iniquidad? Hay que convenir en que el problema era muy extraño.

Al otro día de la prisión de Juan Dacosta, el juez Jarríquez fue a la cárcel de la calle de Dios Hijo, donde había sido encerrado el preso.

Aquella cárcel era un antiguo convento de misioneros, edificado a la orilla de uno de los principales *iguarapés* o canales de la ciudad.

A los detenidos voluntarios de otro tiempo habían sustituido en aquel edificio, poco a propósito para su nuevo destino, los detenidos contra su voluntad, del presente.

La pieza ocupada por Juan Dacosta no era, pues, uno de esos pobres calabozos que prescribía el sistema penitenciario de la época.

Era una antigua celda de fraile, con una ventana sin cristal, pero bien enrejada, que daba a un terreno baldío; en un rincón había un banco; en otro, una sencilla cama; algunos enseres y utensilios ordinarios, y nada más.

De esta celda, en la mañana del 25 de agosto, a cosa de las once, fue sacado Juan Dacosta y conducido a la sala de declaraciones, instalada en la antigua sala capitular del convento.

El juez Jarríquez estaba allí, delante de su bufete, hundido en un alto sillón y vuelto de espaldas a la ventana, a fin de que su persona permaneciese en la sombra, mientras que la del acusado permanecía de cara a la luz.

Su escribano estaba colocado a un extremo de la mesa, la pluma sobre la oreja y con la indiferencia propia de la gente de curia, dispuesto a consignar las preguntas y las respuestas.

Juan Dacosta fue introducido en esta sala y a una señal del magistrado, se retiraron los guardias que le condujeran.

El juez Jarríquez miró detenidamente al acusado. Este se había inclinado ante él guardando una actitud conveniente, ni soberbia ni humilde, esperando con dignidad para contestar a las preguntas que le fuesen dirigidas.

—¿Vuestro nombre? —dijo el juez Jarríquez.

—Juan Dacosta. —¿Vuestra edad? —Cincuenta y dos años. —¿Dónde vivís? —En el Perú, en la aldea de Iquitos. —¿Bajo qué nombre? —El de Garral, que uso por mi madre. —¿Por qué lleváis ese nombre? —Porque durante veintitrés años me he querido ocultar a las pesquisas de la justicia brasileña.

Las respuestas eran tan precisas, parecían indicar tan bien que Juan Dacosta se hallaba resuelto a confesar todo su pasado y su presente, que el juez Jarríquez, poco habituado a semejantes procederes, levantó su nariz más verticalmente que de costumbre, picado de la curiosidad.

—¿Y por qué —volvió a preguntar— la justicia brasileña podía ejercer pesquisas contra vos?

—Porque había sido condenado a la pena capital en 1826 a causa del asunto de Tijuco.

—¿Confesáis, pues, que sois Juan Dacosta?

—Soy Juan Dacosta.

Todo estaba dicho con la calma más serena y más sencilla del mundo. Los ojos del juez Jarríquez se ocultaron bajo sus párpados, como pareciendo decirles: «He aquí un asunto que marchará solo».

Solamente faltaba que surgiese la invariable cuestión que traía consigo la sabida respuesta de los acusados de todas clases: la protesta de su inocencia.

Los dedos del juez principiaron a repicar sobre la mesa.

—Dacosta —le preguntó—, ¿qué hacíais en Iquitos?

—Soy hacendado y me ocupo en dirigir un establecimiento agrícola bastante considerable.

—¿Se halla en vías de prosperidad?

—Muy grande.

—¿Cuánto tiempo hace que dejasteis vuestra hacienda?

—Nueve semanas.

—¿Por qué?

—Para esto, señor, di un pretexto —contestó Dacosta—; pero, en realidad tenía un motivo.

—¿Cuál ha sido el pretexto?

—El cuidado de conducir a Pará un tren flotante de troncos además de un cargamento de varios productos del Amazonas.

—¡Ah! —dijo el juez—. ¿Y cuál era el verdadero motivo de nuestro viaje?

Y al hacer esta pregunta se dijo:

«Vamos, pues, a entrar, por fin, en el terreno de las negativas y de las mentiras.»

—El verdadero motivo —contestó Dacosta con una voz firme —era la resolución que había tomado de venir a entregarme a la justicia de mi país.

—¡Entregaros...! —exclamó el juez levantándose de su sillón—. ¡Entregaros! ¿Y por propia voluntad?

—¡De propia voluntad!

—¿Y por qué?

—Porque ya estaba cansado y no quería proseguir esta existencia, la obligación de vivir bajo un nombre supuesto; la imposibilidad de poder restituir a mi esposa y a mis hijos el que les pertenece; en fin, señor, porque...

—¿Por qué?

—¡Soy inocente!

«He aquí lo que esperaba», se dijo el juez Jarríquez.

Y mientras que sus dedos tocaban una marcha algo más acentuada, hizo a Juan Dacosta un gesto con la cabeza, que quería decir, era evidente: «¡Vamos, contad vuestra historia! ¡Yo la conozco; pero no quiero impedirlos que la refiráis a vuestra entera satisfacción!»

Juan Dacosta, que no se apuró por aquella poco favorable disposición de ánimo de su juez, hizo como si no la notase. Contó, pues, la historia entera de su vida; habló con mesura, sin separarse de la calma que se había impuesto, sin omitir ninguna de las circunstancias que habían precedido o seguido a su condenación. No insistió mucho sobre aquella existencia honrada que había llevado después de su evasión, ni sobre los deberes de jefe de familia, de esposo y padre, que había cumplido tan dignamente. Sólo hizo constar una circunstancia; la que le había conducido a Manaos para solicitar la revisión de su proceso y procurar su rehabilitación, y esto sin que nada le hubiera obligado a hacerlo.

El juez Jarríquez, prevenido por naturaleza contra todo acusado, no le interrumpió. Limitóse a cerrar o a abrir sucesivamente los ojos, como un hombre que oye referir una historia parecida por centésima vez; y cuando Dacosta colocó sobre la mesa la memoria que había redactado, no hizo un ademán para tomarla.

—¿Habéis concluido? —le preguntó.

—Sí, señor.

—¿Y persistís en sostener que no habéis salido de Iquitos más que por venir a reclamar la revisión de vuestro juicio?

—No he tenido otro motivo.

—¿Y con qué se prueba? ¿Con qué se prueba que sin la denuncia que ha producido vuestra prisión os hubierais entregado?

—Con esta memoria, desde luego.

—Esa memoria se halla en vuestras manos, y nada atestigua que, a no haber sido preso, hubierais hecho de ella el uso que decís.

—Existe, por lo menos, señor juez, una pieza que no se halla en mis manos y cuya autenticidad no puede ponerse en duda.

—¿Cuál?

—La carta que escribí a vuestro predecesor, el juez Ribeiro; carta en la que le anunciaba mi próxima llegada.

—¡Ah...! ¿Vos habéis escrito?

—Sí; y esta carta, que debía haber llegado a su destino, no puede tardar en seros entregada.

—Verdaderamente —respondió el juez Jarríquez, con un tono algún tanto incrédulo—, ¿vos habéis escrito al juez Ribeiro?

—Antes de ser juez de esta provincia —respondió Dacosta—, Ribeiro era abogado en Villa Rica. El fue mi defensor en el proceso que se me siguió por el crimen de Tijuco, y no dudaba de la bondad de mi causa. El hizo cuando pudo por salvarme. Veinte años después, cuando fue nombrado jefe de justicia en Manaos, le hice saber que yo existía, en dónde estaba y lo que quería emprender. Su convicción acerca de mí no había cambiado, y por consejo suyo fue por lo que yo dejé la hacienda para venir en persona a pretender mi rehabilitación. Pero la muerte le ha herido inopinadamente y quizá estoy perdido si en el juez Jarríquez no encuentro al juez Ribeiro.

El magistrado, tan directamente interpelado, estuvo a punto de saltar de su asiento. Pero logró contenerse y se limitó a pronunciar estas palabras:

—¡Realmente es muy extraño!

El juez Jarríquez tenía con seguridad un corazón de piedra y se hallaba al abrigo de toda sorpresa.

En aquel instante, un guardia entró en la sala y entregó un pliego cerrado con sobre al magistrado.

Este rompió el sello, y sacó del sobre una carta, que leyó, con cierta contracción de cejas, diciendo:

—Juan Dacosta, no hay motivo para ocultaros que aquí está la carta dirigida por vos al juez Ribeiro, de que habéis hablado y que acaba de serme comunicada. No hay, pues, razón para dudar de lo que habéis dicho sobre esto.

—E igual que con esto, todas las circunstancias de mi vida que os he hecho conocer.

—Perfectamente, Juan Dacosta —respondió, vivamente, el juez Jarríquez—; protestáis de vuestra inocencia; pero todos los acusados suelen hacer lo mismo. ¿Tenéis, quizá, alguna convincente prueba material?

—¡Es posible señor! —respondió Juan Dacosta. Estas palabras hicieron que el juez Jarríquez se levantara de su asiento. Aquello le resultaba tan sorprendente, que tuvo que dar dos o tres vueltas por la sala para serenarse.

CAPÍTULO V

LAS PRUEBAS MATERIALES

Cuando el magistrado ocupó su sitio nuevamente, lo hizo como hombre que creía haber tornado a hacerse completamente dueño de sí mismo. Arrellanóse en su sillón, alzó la cabeza, posó los ojos en el techo y con el tono de la más completa indiferencia y casi sin mirar al acusado, le ordenó:

—¡Hablad!

Dacosta se detuvo a reflexionar un momento, como si le fuese preciso coordinar sus ideas. Finalmente se expresó en estos términos:

—Hasta aquí, señor, sólo os he dado de mi inocencia presunciones morales basadas en la dignidad, la conformidad y la honradez de toda mi vida. Había creído que estas pruebas eran las más dignas de ser ofrecidas a la justicia.

El juez Jarríquez se limitó a hacer un movimiento de hombros, indicando que no era tal su parecer.

—Puesto que ellas no son suficientes —prosiguió Dacosta—, ved cuáles son las pruebas materiales que me encuentro quizá en disposición de aducir. Digo quizá, porque no sé aún qué crédito debe dárseles. Por esto, señor, no he hablado de ellas ni a mi mujer ni a mis hijos, no queriendo darles una esperanza que luego resultase engañosa.

—Vamos al hecho —respondió el juez.

—Tengo motivos para creer que mi prisión, la vispera de la llegada a Manaos, ha sido producida por una denuncia dirigida al jefe de policía.

—No os habéis equivocado, Juan Dacosta, y debo deciros que esa denuncia es anónima.

—Importa poco tal detalle, pues sé que sólo puede provenir de un miserable llamado Torres.

—¿Y con qué derecho —preguntó el juez— tratáis así a ese... delator?

—¡Un miserable, sí, señor! —insistió, vivamente, Juan Dacosta—. Ese hombre, a quien yo había hospitalariamente recogido, no iba a buscarme más que para proponerme que le comprara su silencio, para proponerme un venta odiosa, que jamás me arrepentiré de haber rechazado, sean cuales fueren las consecuencias de su denuncia.

«¡Siempre el mismo sistema! —dijo el juez para sí—. Acusar a los demás para disculparse a sí propio.»

Pero no dejó de oír con extrema atención el relato que le hizo Dacosta de sus relaciones con el aventurero, hasta el momento en que Torres le hizo saber que le conocía y que hallábase en disposición de revelar el nombre del verdadero autor del crimen de Tijuco.

—¿Y cuál es el nombre del culpable? —preguntó el juez, interesado, a pesar de su indiferencia.

—Lo ignoro... —respondió Dacosta—. Torres se ha guardado bien de nombrarlo.

—Y ese culpable, ¿vive?

—¡Ha muerto!

Los dedos del juez Jarríquez tamborilearon más rápidamente pero no pudo contenerse y dijo:

—¡El hombre que puede suministrar la prueba de la inocencia de un acusado, siempre ha muerto!

—Si el verdadero culpable ha muerto, señor, Torres al menos vive, y me ha asegurado que tiene en su poder la prueba escrita de mano del autor del crimen, habiéndome ofrecido

venderla.

—¡Entonces, Juan Dacosta —respondió el juez—, no hubiera sido muy cara aunque la pagarais con toda vuestra fortuna!

—¡Si Torres no me pidiera más que mi fortuna, yo se la habría donado, sin que ninguno de los míos se hubiera resistido! Sí, tenéis razón, señor... Nunca se paga demasiado caro el rescate del honor. Pero ese miserable, creyendo tenerme a su disposición, exigía más que mi fortuna.

—¿Qué era, pues?

—La mano de mi hija, que debía ser el precio de la venta... Yo lo he rehusado, él me denunció y he aquí por qué estoy delante de vos.

—Y si Torres no os hubiera denunciado— preguntó el juez—; si no se hubiese atravesado en vuestro camino, ¿qué hubierais hecho al saber, a vuestra llegada aquí, la muerte del juez Ribeiro? ¿Habríais venido a entregaros a la justicia?

—Sin vacilar, señor— respondió Dacosta con voz segura—; porque, os lo repito, yo no tenía otro fin al salir de Iquitos para venir a Manaos.

Fue dicho esto con tal acento de verdad, que el juez Jarríquez sintió penetrar una especie de emoción en ese sitio del corazón donde se forman las convicciones; pero no se rindió todavía.

Esto no debe extrañar. Magistrado, procediendo a aquel interrogatorio, no sabía nada de lo que saben los que han seguido a Torres desde el principio de esta narración. Estos ya no pueden dudar de que Torres tenía en su poder la prueba material de la inocencia de Juan Dacosta. Ellos tienen la certeza de que el documento existe y contiene aquel testimonio, y acaso pensarán que el juez Jarríquez daba muestras de una despiadada incredulidad. Mas los que crean esto, deben pensar que el juez no se hallaba en tal situación sino que estaba acostumbrado a esas invariables protestas de los acusados que la justicia le enviaba; que el documento invocado por Dacosta no se le presentaba, y no sabía tampoco si realmente existía, y, por último, tenía delante a un hombre cuya culpabilidad tenía para él la autoridad de cosa juzgada.

Sin embargo, quiso, tal vez por mera curiosidad, atacar a Dacosta hasta en sus últimos reductos.

—¿De modo —le dijo— que toda vuestra esperanza estriba, al presente, en la declaración

que os ha hecho ese Torres?

—Sí, señor —respondió Dacosta—; si mi vida entera no aboga por mí.

—¿Dónde creéis que se halle Torres actualmente?

—Supongo que debe hallarse en Manaos.

—¿Y esperáis que él hablará, y que consentirá en entregaros buenamente ese documento que habéis rehusado pagarle al precio que exigía?

—Lo espero, señor —respondió Dacosta—. La situación al presente no es la misma para Torres. Me ha denunciado, y, por consecuencia, no debe tener ninguna esperanza de volver a proponerme su venta con las condiciones con que pretendía hacerla. Pero ese documento le puede aún valer una fortuna, que yo, salga bien o sea condenado, no le negaré nunca. Supuesto que tiene interés en venderme ese documento, sin que a él pueda perjudicarle en ninguna ocasión, pienso que obrará con arreglo a su natural interés.

El razonamiento de Dacosta no tenía réplica. El juez lo comprendió así y solo le hizo una única objeción posible.

—Sea... —le dijo—. El interés de Torres es, sin duda, venderos ese documento, suponiendo que éste exista.

—Y si no existe, señor —contestó Dacosta con voz penetrante—, no tendré más remedio que entregarme a la justicia de los hombres, esperando en la justicia de Dios.

A estas palabras, el juez Jarríquez se levantó, y con un tono menos indiferente, le habló así:

—Juan Dacosta, al interrogaros aquí, al dejaros contar todas las particularidades de vuestra vida y protestas de inocencia, he ido más allá de lo que permitía mi obligación. Ya se halla hecha una información sobre este asunto, y habéis comparecido ante el jurado de Villa Rica, cuyo veredicto ha sido pronunciado por unanimidad de votos, sin admisión de circunstancias atenuantes. Os condenaron por ser instigador y cómplice del asesinato de los soldados y el robo de los diamantes de Tijuco. La pena capital ha sido pronunciada para vos, y sólo por una evasión habéis podido escapar del suplicio. El que hayáis venido a entregaros a la justicia después de veintitrés años, no os exime del castigo. Por última vez:, ¿confesáis que sois Juan Dacosta, el condenado por el asunto del robo de los diamantes?

—Soy Juan Dacosta.

—¿Y estáis dispuesto a firmar esta declaración?

—Lo estoy.

Y con mano firme y la mente tranquila, Juan Dacosta estampó su nombre al pie de un proceso verbal y del informe que el juez Jarríquez había ordenado redactar a su escribano.

—Este informe —dijo el magistrado—, que dirijo al Ministerio de la Justicia, va a partir para Río de Janeiro. Pasarán algunos días hasta que recibamos la orden de hacer cumplir la sentencia que os ha condenado. Si, como decís, ese Torres es dueño de la prueba de vuestra inocencia, ¡haced cuanto os sea posible por vos mismo, por los vuestros, por todo el mundo, para que la presente en tiempo oportuno! En cuanto llegue la orden, no se os podrá conceder la menor prórroga y la justicia seguirá su curso.

Dacosta se inclinó.

—¿Me será permitido ver ahora a mi esposa y a mis hijos? — quiso saber.

—Desde ahora ya no os halláis incomunicado. Se les permitirá entrar.

El magistrado agitó la campanilla. Los guardias entraron en la sala y se llevaron a Juan Dacosta.

—¡Hum! ¡Hum! Realmente muy extraño... Y ¡jamás lo hubiera creído! Veremos..., veremos...

CAPÍTULO VI

BENITO Y TORRES

Mientras era objeto del anterior interrogatorio, Yaquita, a consecuencia de los pasos dados por Manuel, se enteraba de que ella y sus hijos podían ver al preso aquel mismo día, a partir de las cuatro de la tarde.

Yaquita no había salido desde la víspera de su habitación, Minha y Lina permanecían a su lado, aguardando el momento en que le fuera permitido ir a ver a su esposo. En Yaquita Garral o Yaquita Dacosta, encontraría él la mujer, la valerosa compañera de toda su vida.

Vendrían a ser las once de la mañana de aquel día, cuando Benito uni6se a Manuel y a Fragoso, que hablaban en la parte delantera de la jangada.

—Manuel, deseo pedirte un favor.

—¿Cuál?

—Y a vos también, Fragoso.

—Estoy a vuestras 6rdenes se6or Benito —respondió el barbero.

—¿De que se trata? —preguntó Manuel, examinando a su amigo, cuya actitud era la de un hombre que ha tomado una resoluci6n inalterable.

—Vosotros creéis siempre en la inocencia de mi padre, ¿no es esto? —preguntó Benito a su vez.

—¿Desde luego! —exclamó Fragoso—. Antes creería que he sido yo quien ha cometido el delito.

—Pues bien; es necesario hoy mismo poner en práctica el proyecto que concebí ayer.

—¿Buscar a Torres? —preguntó Manuel.

—Sí, y saber de él cómo ha descubierto el retiro de mi padre. ¿Le ha conocido antes? No puedo creerlo, porque mi padre no ha salido de Iquitos hace más de veinte años, y ¡ese miserable apenas tiene treinta...! Pero el día no se acabará sin que yo sepa esto, o, ¡ay del malvado Torres!

La resoluci6n de Benito no admitía ninguna discusi6n. Así ni Manuel ni Fragoso pensaron disuadirle de su proyecto.

—Yo os ruego, pues —siguió Benito—, que me acompañéis los dos... Vamos a partir al instante. No hay que aguardar a que Torres haya salido de Manaos. Él no tiene al presente más recurso que vender su silencio, y puede que conciba esta idea. ¡Partamos!

Los tres desembarcaron en el promontorio de Río Negro y se encaminaron hacia la ciudad.

Manaos no era tan grande que no pudiera registrarse en pocas horas. Se iría de casa en

casa, si era menester; pero valía más dirigirse a los dueños de las posadas y tiendas donde el aventurero hubiera podido refugiarse. Sin duda alguna, el antiguo capitán de bosques no habría dado su nombre; pues quizá tenía razones personales para evitar toda relación con la justicia. Con todo, si él no había salido de Manaos, era imposible que escapase a las investigaciones de los jóvenes. En todo caso, no era cuestión de dirigirse a la policía, por ser muy probable, como efectivamente lo era, según se sabe, que su denuncia hubiera sido anónima.

Durante una hora, Benito, Manuel y Fragoso recorrieron las calles principales de la ciudad, preguntando a los comerciantes en sus tiendas, y a los taberneros en su mostrador, y hasta a los mismos transeúntes sin que nadie hubiese visto al individuo cuyas señas daban con extremada exactitud.

¿El aventurero habría dejado ya Manaos? ¿Debía perderse toda esperanza de encontrarle?

Manuel procuraba en vano calmar a Benito, cuya cabeza ardía. Costase lo que costase, debía encontrarse a Torres. La casualidad vino a servirle, y Fragoso fue quien se puso sobre la pista.

En una posada de la calle de Dios Espíritu Santo se le dijo, en vista de las señas que daba del aventurero, que el individuo en cuestión había parado la víspera en aquella casa.

—¿Ha dormido en la posada? —se apresuró a preguntar Fragoso.

—En efecto —afirmó el posadero.

—¿Y se halla ahora aquí?

—No; ha salido.

—Pero, ¿ha satisfecho su cuenta, como si estuviera dispuesto a marchar?

—De ninguna manera. Ha salido de su aposento hace una hora, y volverá, sin duda, para cenar.

—¿Sabéis qué camino ha tomado al salir?

—Se le ha visto dirigirse hacia el Amazonas, por la parte baja de la población, y es probable que se encuentre por ese lado.

Fragoso no tenía que preguntar más. Algunos momentos después volvía a unirse con los

dos jóvenes, y les decía:.

—Ya he dado con el rastro de Torres.

—¿Está aquí? —preguntó Benito.

—No; acaba de salir, y se le ha visto dirigirse a campo traviesa hacia el lado del Amazonas.

—¡Marchemos! —dijo Benito.

Debiendo bajar hacia el río, el camino más corto era tomar la orilla izquierda del Río Negro hasta su desembocadura.

Benito y sus compañeros dejaron bien pronto atrás las últimas casas de la ciudad, y siguieron el promontorio, pero dando un rodeo para que no pudieran verles desde la jangada.

La llanura estaba desierta a aquella hora, y la vista podía extenderse a larga distancia a través de aquella campiña, donde los campos cultivados habían remplazado a los antiguos bosques.

Benito no hablaba, porque no hubiera podido pronunciar una sola palabra. Manuel y Fragoso respetaban aquel silencio. Así iban los tres, mirando y recorriendo aquel espacio desde la orilla del Río Negro hasta la del Amazonas. Al cabo de tres horas de su salida de Manaos, aún no habían visto nada.

Una o dos veces encontraron indios que trabajaban en el campo. Manuel les preguntó, y al fin por uno de ellos supo que un hombre parecido al que se le designaba acababa de pasar dirigiéndose hacia el ángulo formado por la confluencia de las dos corrientes.

Sin preguntar más, Benito, por un movimiento irresistible, echó a correr, y sus dos compañeros tuvieron que darse bastante prisa si quisieron evitar perderle de vista.

La orilla izquierda del Amazonas aparecía entonces a menos de un cuarto de milla. Una especie de acantilado se perfilaba cerrando una parte del horizonte, y limitaba el alcance de la vista en un radio de algunos centenares de pasos.

Benito, precipitando su carrera, desapareció muy pronto detrás de uno de aquellos cerrillos areniscos.

—¡Más aprisa, más aprisa! —dijo Manuel a Fragoso—. ¡No hay que dejarle solo un instante!

Y los dos se lanzaron en aquella dirección, en el preciso momento en que se oía un grito.

¿Benito había visto a Torres...? ¿Este se había descubierto a él...? ¿Benito y Torres estaban ya juntos?

A unos cincuenta pasos más allá, y habiendo doblado rápidamente una de las puntas del promontorio, Manuel y Fragoso vieron a dos hombres parados uno frente a otro.

Eran Torres y Benito.

En un momento, Manuel y Fragoso se encontraron a su lado.

Pudiera creerse que, en el estado de exaltación en que se hallaba Benito, no hubiera podido contenerse en el momento que se vio ante el aventurero.

Pero no fue así.

En cuanto el joven se vio delante de Torres, y cuando tuvo la seguridad de que no podía escapársele, un cambio repentino se verificó en su actitud; su pecho se serenó, y volvió a encontrar su sangre fría y a hacerse dueño de sí mismo.

Aquellos dos hombres estuvieron algunos momentos contemplándose, sin pronunciar una palabra.

Torres fue el primero que rompió el silencio, con aquel tono sarcástico que le era peculiar.

—¡Ah! —dijo—. ¡El señor Benito Garral!

—¡No...! ¡Benito Dacosta! —respondió el joven. —En efecto —replicó Torres—; el señor Benito Dacosta, acompañado del señor Manuel y de mi amigo Fragoso.

Al oír este calificativo ultrajante que le daba el aventurero, Fragoso iba a arrojarle sobre él, dispuesto a castigarle, cuando Benito, impasible le detuvo.

—¿Qué vais a hacer, valiente? —dijo Torres, retrocediendo algunos pasos—. Creo que haréis muy bien en guardaros de mí.

Y hablando así, sacó de su poncho un machete, arma de la que nunca se separaba

entonces un brasileño. Después, encogido a medias, esperó la agresión a pie firme.

—Torres, yo he venido a buscaros —dijo entonces Benito, que no se había movido ante aquella actitud provocativa.

—¿A buscarme...? —replicó el aventurero—. ¡No soy difícil de encontrar...! ¿Y por qué me buscáis?

—A fin de saber de vos lo que parece sabéis del pasado de mi padre.

—¿De verdad?

—¡Sí...! Yo espero que me digáis cómo le habéis conocido, por qué rondabais nuestra hacienda de los bosques de Iquitos, y por qué le esperabais en Tabatinga.

—¡Pues la cosa está bien clara! —dijo, riendo—. Le esperaba para embarcarme en su jangada, y me embarqué con la intención de hacerle una proposición bien sencilla, que quizá ha hecho mal rechazar.

A estas palabras, Manuel no pudo contenerse; con el rostro pálido se dirigió hacia Torres.

Benito, queriendo apurar todos los medios de conciliación, se interpuso entre el aventurero y él.

—Aguanta, Manuel —le dijo—. Yo también me aguanto.

Después, dijo a Torres:

—En efecto, Torres; yo sé cuáles son los motivos que os hicieron embarcaros con nosotros. Poseedor de un secreto que os ha sido entregado, sin duda, habéis querido hacerle objeto de negocio; pero esto no es lo que ahora se trata.

—¿Pues qué?

—Yo quiero saber cómo habéis reconocido a Juan Dacosta en el hacendado de Iquitos.

—¿Cómo he podido reconocerle? —respondió Torres—. Esos son negocios míos y no tengo necesidad de referirlo. Lo principal es que yo no me he equivocado al denunciar en él al verdadero autor del crimen de Tijuco.

—¡Vos me lo diréis! —exclamó Benito, que empezaba a perder la paciencia.

—¡No diré nada! —respondió Torres—. ¡Vuestro padre ha rehusado lo que le pedía: admitirme en su familia...! ¡Pues bien; ahora que su secreto es conocido y que se halla preso, yo soy el que rehusará entrar en ella, en la familia de un ladrón, de un asesino, de un condenado, a quien espera el cadalso!

—¡Miserable...! —gritó Benito, que a su vez sacó un machete de su cinturón y se colocó en actitud ofensiva.

Manuel y Fragoso, por un movimiento idéntico, se hallaron también rápidamente armados.

—¡Tres contra uno! —dijo Torres.

—¡No...! ¡Yo solo contra vos! —contestó Benito.

—¡Verdaderamente, no habría que extrañar un asesinato por parte del hijo de un asesino!

—¡Torres...! —exclamó Benito—. Defiéndete o te mato como a un perro rabioso.

—¡Rabioso, quizá! Pero muerdo, Benito Dacosta, y ¡cuidado con mis mordeduras!

Y después, volviendo a tomar su machete, se puso en guardia, pronto a lanzarse sobre su adversario.

Benito retrocedió algunos pasos.

—Torres —le dijo, volviendo a recobrar la sangre fría que había perdido por un momento —, habéis sido el huésped de mi padre, le habéis amenazado, le habéis hecho traición, le habéis denunciado, habéis acusado a un inocente, y con la ayuda de Dios pienso mataros.

La más insolente sonrisa se dibujó en los labios de Torres. Quizá el miserable tenía en aquel momento la idea de no empeñar un combate con Benito, y lo podía hacer. En efecto, comprendía que Juan Dacosta no había dicho nada de aquel documento que encerraba la prueba material de su inocencia.

Pues revelando a Benito que él poseía aquella prueba, le hubiera desarmado en el instante. Pero, además de que quería, sin duda, aguardar al último momento para sacar mejor partido de aquel documento, el recuerdo de las insultantes palabras del joven, y la rabia que profesaba a todos los suyos, le hicieron olvidarse de su propio interés.

Esto aparte, era muy práctico en el manejo del machete, del que frecuentemente había tenido ocasión de servirse. El aventurero era robusto, ágil y diestro. Contra un adversario, de veinte años apenas, que no podía tener ni su fuerza ni su acierto, las ventajas estaban de parte suya.

Manuel, en su último y desesperado intento, propuso batirse en lugar de Benito.

—No, Manuel —respondió fríamente el joven—. A mí solo me corresponde vengar a mi padre, y como todo debe hacerse aquí en regla, tú serás mi testigo.

—¡Benito!

—En cuanto a vos, Fragoso, no me rehusaréis, si yo os lo ruego, servir de testigo a este hombre.

—Sea —contestó Fragoso—, aunque no hay en esto ningún honor. Lo que es yo —añadió—, sin gastar tantas ceremonias, le hubieran matado como lo que es: una fiera.

El sitio donde debía verificarse el combate era un promontorio plano, de cerca de cuarenta pasos de ancho, y que dominaba al Amazonas con una altura como de cuatro o cinco metros. Hallábase cortado a pico, y, por consiguiente, muy expuesto; en su parte inferior, el río se deslizaba lentamente, bañando los haces de cañas que erizaban su base.

No había, pues, más que un poco de margen en la parte ancha de este promontorio, y aquel de los dos adversarios que cediera, se vería prontamente arrojado al abismo profundo.

Dada la señal por Manuel, Torres y Benito marcharon uno contra otro.

Benito estaba completamente sereno. Defensor de una santa causa, su sangre fría le daba mucha ventaja sobre Torres, cuya conciencia, por más insensible y más endurecida que estuviese, debía en aquel momento turbar su vista.

Al encontrarse, Benito lanzó el primer golpe.

Torres le paró.

Los dos adversarios retrocedieron entonces; pero casi al mismo tiempo volvieron el uno sobre el otro, asiéndose con la izquierda de un hombro... No debían ya soltarse.

Torres, más vigoroso, tiró lateralmente un machetazo, que Benito no pudo parar, y que tocó su costado derecho, tiñendo de sangre la tela de su poncho. Mas, reponiéndose en el

acto, hirió a su vez a Torres ligeramente en la mano.

Varios golpes se cambiaron entonces, sin ser ninguno decisivo. La mirada de Benito, siempre tranquila, se clavaba en los ojos de Torres como una hoja de acero que se introduce hasta el corazón. Visiblemente, el miserable empezaba a desconcertarse. Retrocedió, pues, poco a poco, acosado por aquel vengador implacable al que se le veía más decidido a tomar la vida del delator de su padre que a defender la suya propia. Herir era todo lo que quería Benito, cuando el otro no procuraba ya más que parar sus golpes.

Pronto Torres se vio acorralado en la misma orilla del promontorio que se inclinaba sobre el río. Comprendiendo el peligro, quiso volver a tomar la ofensiva y recobrar el terreno perdido... Su turbación se aumentaba; su mirada lívida se apagaba bajo sus párpados... Iba, pues, a sucumbir bajo los golpes que le amenazaban.

—¡Muere, ya...! —rugió Benito.

Y le tiró un golpe en medio del pecho; pero la punta del machete se embotó en un cuerpo duro oculto bajo el poncho de Torres.

Benito redobló su ataque. Torres, cuya contestación a la acometida no había tocado a su adversario, se conceptuó perdido. Todavía se vio precisado a retroceder. Entonces quiso gritar..., gritar, diciendo que la vida de Juan Dacosta dependía de la suya... Pero no tuvo tiempo.

Un segundo golpe del machete llegó esta vez hasta el corazón del aventurero. Cayó hacia atrás, y faltándole inmediatamente el suelo salió volando fuera del promontorio.

Por última vez, sus manos se asieron convulsivamente a un haz de cañas, que no pudieron sostenerle, y desapareció bajo las aguas del río.

El joven apoyábase en el hombro de Manuel, y Fragoso le estrechaba las manos; pero él no quería dar a sus compañeros tiempo para curar su herida, que era bastante ligera.

—¡A la jangada! —dijo—. ¡A la jangada!

Manuel y Fragoso, poseídos por una emoción profunda, le siguieron sin añadir una palabra.

Un cuarto de hora después llegaron los tres al promontorio donde estaba amarrada la jangada. Benito y Manuel se precipitaron en la habitación de Yaquita y de Minha, y entre los dos las pusieron al corriente de lo que acababa de suceder.

—¡Hijo mío!

—¡Hermano mío!

—¡A la cárcel...! —dijo Benito.

—Sí..., vamos —respondió Yaquita.

Benito, acompañado de Manuel, se llevó a su madre. Los tres desembarcaron, dirigiéndose hacia Manaos, y media hora después llegaron delante de la cárcel de la ciudad.

En virtud de la orden que previamente había dado el juez Jarríquez, se les introdujo al instante, siendo conducidos al lugar que ocupaba el preso.

Abierta la puerta, Juan Dacosta vio entrar a su mujer, a su hijo y a Manuel.

—¡Juan, Juan mío...! —exclamó Yaquita.

—¡Yaquita, esposa mía! ¡Hijos de mi alma! —contestó el preso, abriendo los brazos y estrechándoles fuertemente contra su corazón.

—¡Juan, mi inocente Juan! ¡Querido esposo...!

—¡Inocente y vengado...! —gritó Benito.

—¡Vengado...! ¿Qué quieres dar a entender?

—Que Torres ha muerto, padre mío, y lo ha sido por mi mano.

—¿Que ha muerto Torres? ¡Muerto...! ¡Ah, hijo mío...! ¡Me has perdido!

CAPÍTULO VII

DECISIONES

Horas después, de regreso en la jangada, toda la familia se hallaba reunida en el comedor.

Todos estaban allí, menos aquel justo, que acababa de recibir un último golpe.

Aterrado, Benito se acusaba de haber perdido a su padre. A no ser por las súplicas de Yaquita, de su hermana, del padre Passanha y de Manuel, el desgraciado joven, llevado por los primeros momentos de su desesperación, tal vez hubiera cometido un atentado consigo mismo. No ocurrió porque no se le había perdido de vista, ni le dejaron solo. Y, sin embargo, su conducta había sido noble. ¿No era una justa venganza la que había ejercido contra el delator de su padre?

¿Por qué Juan Dacosta no lo había hecho saber todo antes de abandonar la jangada? ¿Por qué había querido reservar sólo para el juez el tratar de aquella prueba material de su inculpabilidad? Triste había sido que en su conversación con Manuel, después de la expulsión de Torres, callara la existencia de aquel documento que el aventurero decía poseer. Pero, después de todo, ¿qué fe debía darse a lo que afirmaba Torres? ¿Podía haber seguridad de que semejante documento se encontrase en poder de tal miserable?

Pero, como quiera que fuera, la familia lo sabía todo entonces, y por boca misma de Juan Dacosta. Sabía que, según el dicho de Torres, existía realmente la prueba de la inocencia del condenado de Tijuco; que aquel documento había sido escrito por la propia mano del autor del atentado; que este criminal, presa de los remordimientos en la hora de la muerte, se la había entregado a su compañero Torres, y que éste, en vez de cumplir la voluntad del moribundo, había querido hacer de la entrega de dicho documento un objeto de negocio... Pero también sabía que Torres acababa de sucumbir en el desafío; que su cuerpo estaba sumergido en las aguas del Amazonas, y que también había muerto sin pronunciar el nombre del verdadero culpable.

Desde entonces y a menos que ocurriese un milagro, Dacosta debía considerarse como irremisiblemente perdido. La muerte del juez Ribeiro por una parte, la de Torres por otra, era un doble golpe de que no se podía resguardar.

Hay también que advertir aquí que la opinión pública en Manaos, injustamente apasionada, como siempre, estaba toda en contra del preso. El inesperado arresto de Dacosta traía a la memoria aquel horrible atentado de Tijuco, olvidado al cabo de veintitrés años. El proceso del joven empleado del distrito diamantino, su condenación a la pena capital, y su fuga algunas horas antes de ejecutarse la sentencia, todo fue, pues, vuelto a sacar a la luz, escudriñado, comentado. Un artículo publicado en *O Diario d'o Gran Pará*, el periódico de más circulación en aquella región, era abiertamente hostil al preso. ¿Por qué habían de creer en la inocencia los que ignoraban todo lo que sabían los suyos, los que eran los únicos en saberlo?

También la población de Manaos se sobreexcitó en unos instantes. La turba de indios y de

negros, desatinadamente cegada, no tardó en afluir alrededor de la cárcel lanzando gritos de muerte. En aquel país de las dos Américas, donde es muy frecuente ver aplicar las odiosas ejecuciones de la ley de Lynch, la multitud estaba pronta a entregarse a sus instintos crueles, y podía temerse que en aquella ocasión quisiera hacer justicia por su propia mano cometiendo un cruel atropello.

¡Qué noche tan triste para los viajeros de la jangada! ¡Amos y criados resultaban heridos por aquel golpe! El personal de la granja, ¿no constituía una nueva familia? Todos, por otra parte, querían velar por la seguridad de Yaquita y de los suyos. En la orilla del Río Negro había una incesante ida y venida de indígenas, evidentemente sobreexcitados por la prisión de Juan Dacosta, y ¡quién sabe a qué excesos podrían entregarse aquellas gentes medio bárbaras!

La noche se pasó, sin embargo, sin que se hiciera ninguna demostración contra la jangada.

En la mañana del veintiséis de agosto, desde el amanecer, Manuel y Fragoso, que no habían dejado a Benito un momento, durante aquella noche de angustias, procuraron sacarle de su desesperación. Llevándolo aparte, le hicieron comprender que no había un momento que perder y que era preciso decidirse a obrar.

—¡Benito! —le dijo Manuel—, ¡vuelve a tomar posesión de ti mismo...!, ¡Y, sobre todo, sé digno hijo de tu padre!

—¡Padre mío...! —exclamó Benito—. ¡Yo lo he matado!

—No —rectificó Manuel—. Y si Dios nos ayuda, ¡es muy posible que no esté todo perdido!

—Escuchadnos, señor Benito —dijo Fragoso.

El joven, pasándose la mano por los ojos, hizo un esfuerzo sobre sí mismo.

—Benito —prosiguió el novio de su hermano—, Torres nunca ha dicho nada que nos pudiera colocar sobre el rastro de su pasado. No podemos saber, por lo tanto, quién es el verdadero autor del crimen de Tijuco, ni en qué circunstancias fue cometido. Buscar por esta parte sería perder nuestro tiempo.

—Y ese tiempo nos hace falta —añadió Fragoso.

—Por otra parte —continuó Manuel—, aunque también llegásemos a descubrir quién era

el compañero de Torres, ha muerto y no puede testificar de la inocencia de Dacosta. Pero no es menos cierto que la prueba de esta inocencia existe, y no puede dudarse de la existencia del documento, puesto que Torres trataba de hacerlo objeto de una venta. Él mismo lo ha dicho. Ese documento es una confesión escrita por el culpable y es posible que refiera el atentado hasta en sus más pequeños detalles, rehabilitando a nuestro padre... ¡Ese documento existe!

—Pero Torres ya no vive —exclamó Benito—, ¡y ese documento ha desaparecido con el miserable!

—Oyeme, y no desesperes todavía —prosiguió Manuel—, ¿tú recuerdas en qué circunstancias conocimos a Torres? Fue en medio de los bosques de Iquitos. Perseguida a un mono que le había quitado una caja de metal, que deseaba recuperar con ansia, y la persecución duraba ya dos horas cuando el mono cayó bajo nuestras balas. Y bien, ¿tú puedes creer que fuese sólo por algunas monedas de oro encerradas en aquella caja por lo que Torres puso tal empeño en recobrarla? ¿No recuerdas la extraordinaria satisfacción que manifestó cuando le entregaste la caja arrancada de la mano del mono?

—Sí, sí —contestó Benito—. ¡Aquella caja que yo he tenido, y que yo le he dado! Encerraría quizá el...

—¡Hay más que una probabilidad...! ¡Hay una certidumbre! —respondió Manuel.

—Y yo añado esto —dijo Fragoso—, por un hecho que viene ahora a mi memoria. Durante la visita que hicisteis a Egea, yo me quedé a bordo, aconsejado por Lina, a fin de vigilar a Torres; y le vi... ¡Lo juro! Le vi leer y releer un papel viejo amarillento y murmuraba palabras que no llegué a entender.

—¡Ese era el documento! —gritó Benito, que se entregó a esta esperanza, la única que le quedaba—. Pero ¿ese documento no lo habrá depositado en lugar seguro?

—No —respondió Manuel—, no; tenía demasiado valor para que Torres pensara separarse de él. Debía llevarlo siempre consigo, y ¡sin duda en aquella cajita...!

—¡Espera, espera, Manuel...! —dijo Benito—. Recuerdo, sí, recuerdo que al primer golpe que durante el duelo di a Torres en medio del pecho, mi machete chocó contra un cuerpo duro, parecido a una placa de metal, que tenía bajo el poncho.

—¡Era la caja! —gritó Fragoso.

—Sí —respondió Manuel—. ¡No cabe duda! Aquella caja estaba en un bolsillo de su

chaqueta.

—Pero ¿el cadáver de Torres...?

—Lo encontraremos...

—Mas..., ¡aquel papel...! ¡El agua lo habrá atacado, quizá destruido o vuelto ilegible!

—¿Por qué —continuó Manuel—, si la caja de metal que lo contiene se halla herméticamente cerrada?

—Manuel —dijo Benito, que volvía a entregarse a aquella última esperanza—, ¡tienes razón; hay que encontrar el cadáver de Torres! Si es menester, escudriñaremos toda esa parte del río; pero lo encontraremos.

Inmediatamente se llamó al piloto Araujo y se le enteró de lo que había que ejecutar.

—Bien —contestó Araujo—, conozco muy bien los remolinos, las ollas y las corrientes de las confluencias del Río Negro y del Amazonas, y podemos conseguir encontrar el cadáver de Torres. Tornemos las dos piraguas, las dos *ubas*, una docena de nuestros indios, y embarquémonos.

De la habitación de Yaquita salía en aquel momento el padre Passanha. Benito se dirigió a él, haciéndole saber, en pocas palabras, lo que intentaban llevar a cabo para lograr la posesión del documento.

—No digáis nada aún a mi madre y a mi hermana —añadió—. Es nuestra última esperanza, y si fallase las mataría.

—¡Ve, hijo mío, ve! —le animó el sacerdote—. ¡Y que Dios os asista en vuestras investigaciones!

Cinco minutos después, se apartaban de la jangada las cuatro embarcaciones. Luego que hubieron bajado por el Río Negro, llegaron junto al promontorio del Amazonas, al mismo lugar donde Torres, desapareciera entre las aguas del río.

CAPÍTULO VIII

LOS PRIMEROS SONDEOS

Dos poderosas razones aconsejaban que no se demorasen las investigaciones proyectadas.

La primera —y resultaba cuestión de vida o muerte— era que la prueba de la inocencia de Juan Dacosta debía ser presentada antes que llegase la orden que se esperaba de Río de Janeiro.

Porque tal orden, verificada ya la identidad del condenado, sólo podía ser una orden de ejecución.

La segunda razón era que el cuerpo de Torres convenía que permaneciese en las aguas sólo el menor tiempo posible, con objeto de que fueran encontrados intactos la cajita y su contenido.

Araujo demostró en aquellas circunstancias, no sólo su celo e inteligencia, sino también un perfecto conocimiento de la situación del río en su confluencia con el Río Negro.

—Si Torres —hizo saber a los jóvenes— ha sido, desde luego, arrastrado por la corriente, será menester dragar el río en un espacio bastante largo; porque esperar que reaparezca su cuerpo en la superficie a causa de la descomposición, es asunto de algunos días.

—No podemos aguardar —respondió Manuel—; es necesario que hoy mismo hayamos logrado hallar el cadáver.

—Si por el contrario —repuso el piloto— el cuerpo ha quedado enredado en las hierbas y las cañas de debajo del promontorio, no pasará una hora sin haberlo encontrado.

—Entonces, manos a la obra —exclamó Benito.

No pudiendo maniobrar de otra manera, las embarcaciones se aproximaron al promontorio, y los indios, provistos de largos bicheros, principiaron a son dear todas las partes del río, en dirección perpendicular de la orilla cuya cima había sido el lugar del desafío.

El sitio, por otra parte, fue reconocido fácilmente. Un rastro de sangre manchaba en declive la parte que bajaba perpendicularmente hasta la superficie del agua. Allí, numerosas gotas esparcidas sobre las cañas indicaban también el paraje en que había desaparecido el cadáver.

Quince metros más abajo se destacaba una punta de la ribera, que contenía las aguas inmóviles, en un espacio de ella, como un ancho barreño. Ninguna corriente llegaba por allí al pie de la playa, y las cañas se mantenían en su posición natural, con una rigidez absoluta. Podía esperarse que el cuerpo de Torres no hubiese sido arrastrado hasta medio río. Por otra parte, si el lecho del río hubiera tenido el declive suficiente, todo lo más habría podido deslizarse algunas toesas del declive del promontorio, y allí no se notaba todavía el más pequeño hilo de corriente.

Las *ubas* y las piraguas se dividieron la tarea, limitando, pues, el campo de sus investigaciones al perímetro de los remolinos; y desde la circunferencia al centro de los largos bicheros no dejaron ni un solo punto sin explorar tras una concienzuda faena.

Pero ningún sondeo dio por resultado encontrar el cuerpo del aventurero, ni entre la espesura de las cañas, ni en el fondo del lecho del río, cuya inclinación estudióse entonces con cuidado.

Dos horas después de haber principiado el trabajo, hubo de convenir en que el cuerpo, habiendo, sin duda, chocado contra la escarpa, debió caer oblicuamente y rodar fuera de los límites del remolino, donde empezaba a notarse la acción de la corriente.

—Aún no hay motivos para desesperar —dijo Manuel—, y menos aún de renunciar a nuestras investigaciones.

—¿Habrás, pues —exclamó Benito—, que escudriñar el río en toda su anchura y en toda su longitud? —En toda su anchura, tal vez —respondió Araujo—. En toda su longitud, felizmente, no.

—¿Cómo os mostráis tan seguro? —inquirió con sorpresa Manuel. —Porque el Amazonas, a una milla más abajo de su confluencia con el Río Negro, forma un recodo muy pronunciado, al mismo tiempo que el fondo de su lecho se remonta bruscamente. Hay allí, pues, una especie de barra de Frías, que sólo pueden franquear los objetos que flotan en su superficie. Pero si se trata de los que la corriente arrastra entre dos aguas, les es imposible pasar el declive de aquella depresión.

Se convendrá en que había allí una feliz circunstancia, si Araujo no se equivocaba. Pero, en suma, era preciso confiar en aquel viejo práctico del Amazonas. En sus treinta años de

ejercer el oficio de piloto, el paso de la barra de Frías, donde la corriente se acentúa a causa de su estrechura, le había dado bastantes malos ratos. Lo reducido del canal y la altura del fondo hacían muy difícil este paso, y más de un tren de maderas se había encontrado en apuro.

Araujo, pues, tenía razón al decir que si el cuerpo de Torres se hallaba aún sostenido por su peso específico, sobre el fondo arenoso del lecho del río, no podía ser arrastrado a la parte de allá de la barra. Es verdad que luego, cuando por consecuencia de la dilatación de los gases, subiera a la superficie, no cabía duda de que, siguiendo el curso de la corriente, iría irremisiblemente a perderse río abajo, más allá del paso. Mas este efecto, puramente físico, no se debía producir hasta algunos días más tarde.

No podía presentarse un hombre más hábil y que mejor conociera aquellos parajes que el piloto Araujo. Pero supuesto que el cuerpo de Torres no podía haber sido arrastrado a la otra parte del estrecho canal, en el espacio de una milla todo lo más, escudriñando toda aquella porción del río, necesariamente se le debía encontrar.

Ninguna isla, por otra parte, ningún islote interrumpía en aquel sitio el curso del Amazonas. De aquí esta consecuencia; que cuando la base de los dos promontorios del río hubiese sido visitada hasta la barra, en el mismo lecho del río, ancho de quinientos pies, sería forzoso practicar las más detalladas investigaciones.

Así fue como se operó. Las dos embarcaciones, tomando la derecha y la izquierda del Amazonas, costearon los promontorios. Las cañas y las hierbas fueron registradas a golpes de bichero. Los más pequeños saledizos de las riberas, a los cuales pudiera haberse adherido el cadáver, no se escaparon a las investigaciones de Araujo y de sus indios.

Pero todo aquel trabajo no produjo ningún resultado, y la mitad del día había transcurrido sin que el oculto cuerpo hubiera podido atraerse a la superficie del río.

Concedióse a los indios una hora de descanso, durante la cual tomaron algún alimento, volviendo inmediatamente a la tarea del sondeo.

Esta vez las cuatro embarcaciones, dirigidas por el piloto, Benito, Frago y Manuel, dividieron en cuatro zonas el espacio que comprendía la desembocadura del río Negro y la barra de Frías. Tratábase entonces de explorar el lecho del río; pero, en ciertos sitios, la maniobra con los bicheros no parecía ser suficiente para registrar el fondo. Por esta razón instaláronse a bordo una especie de dragas, o más bien de rastrillos, hechos de piedras y de hierros viejos, encerrados en una red fuerte, y mientras que los barcos estaban parados, en posición perpendicular de las orillas, se sumergían estos rastrillos, que debían rozar el fondo en todas direcciones.

En tan difícil tarea fue en la que se ocuparon Benito y sus compañeros hasta la tarde. Las ubas y las piraguas, maniobrando con los remos, recorrieron la superficie del río en toda la cuenca que terminaba más abajo de la barra de Frías.

Durante este período del trabajo experimentáronse algunos instantes de emoción, cuando los rastrillos, asiéndose a cualquier objeto del fondo, ofrecían resistencia. Entonces se les levantaba; pero en vez del cuerpo, con tanta ansia buscado, no traían más que algunas pesadas piedras o manojos de hierbas que arrancaban de la corteza de arena.

Sin embargo, nadie pensaba en abandonar la exploración emprendida. Todos se afanaban en aquella obra benéfica. Benito, Manuel y Araujo no tenían necesidad de excitar ni animar a los indios. Todos ellos sabían que trabajaban por el hacendado de Iquitos, por el hombre a quien amaban, por el jefe de aquella familia donde con la misma igualdad estaban comprendidos todos, los amos y los servidores.

Sí; sin reparar en la fatiga, se pasaría, si era preciso, toda la noche sondeando el fondo de aquella cuenca. Todos sabían demasiado lo que valía cada minuto perdido.

No obstante, un poco antes que el sol se ocultase, Araujo, creyendo inútil proseguir aquella operación durante la noche, dio la señal de reunirse a las embarcaciones, que volvieron a la confluencia del Río Negro, para regresar a la jangada.

El trabajo, aunque tan hábil y minuciosamente ejecutado, no había terminado.

Manuel y Frago, cuando volvían, no se atrevían a hablar delante de Benito del poco resultado obtenido. ¿No debían temer que el desaliento le condujese a algún acto de desesperación?

Pero ni el valor ni la sangre fría debían abandonar al joven. Estaba resuelto a ir hasta el fin de aquella lucha suprema por salvar el honor y la vida de su padre, y por esto, dirigiéndose a sus compañeros, les dijo:

—Mañana empezaremos de nuevo y en mejores circunstancias, si es posible.

—Sí —respondió Manuel—. Tienes razón, Benito. No podemos tener la pretensión de que hemos explorado completamente esta cuenca por bajo de las orillas y en toda la extensión del fondo.

—No, no podemos —respondió Araujo—; y yo sostengo lo que he dicho; que el cuerpo de Torres está allí, y que está allí porque no ha podido pasar la barra de Frías, y porque son

necesarios algunos días para que suba a la superficie y pueda ser llevado río abajo. Sí, allí está, y que jamás toquen mis labios una damajuana de *tafia* si no llego a encontrarle.

Semejante afirmación en la boca del piloto tenía mucho valor, y era suficiente para dar esperanza.

Sin embargo, Benito, que no quería pagarse más de palabras, prefiriendo ver las cosas tal cual eran, creyó deber contestar:

—Sí, Araujo; el cuerpo de Torres se halla aún en esta cuenca, y nosotros le encontraremos, a menos que...

—¿A menos qué...? —dijo el piloto.

—¡A menos que no haya sido pasto de los caimanes!

Manuel y Fragoso esperaban, no sin emoción, la respuesta que el piloto iba a darles.

—Señor Benito —declaró al fin—. No tengo costumbre de hablar a la ligera. También he tenido el mismo pensamiento que vos; pero escuchad bien. Durante estas diez horas de investigación que han transcurrido, ¿habéis visto un solo caimán en las aguas del río?

—Ni uno solo —respondió Fragoso.

—Pues si no los habéis visto —replicó el piloto—, es porque no los hay; y si no los hay es porque estos animales no tienen ningún interés en aventurarse en las aguas blancas, cuando a un cuarto de milla de aquí se encuentran anchos espacios de esas aguas que buscan preferentemente. Cuando la jangada se vio atacada por algunos de aquellos animales, fue porque en aquel paraje no existía afluente alguno del Amazonas donde pudieran refugiarse. Aquí ya es otra cosa. Id al Río Negro, y allí encontraréis los caimanes por veintenas. Si el cuerpo de Torres hubiera caído en este afluente, quizá no habría esperanzas de encontrarle jamás... Pero es en el Amazonas donde se ha perdido, y el Amazonas nos lo devolverá.

Benito, algo consolado de sus temores, tomó la mano del piloto, estrechándosela y contentándose con decir:

—¡Hasta mañana, amigos míos!

Al cabo de diez minutos, todos se hallaban a bordo de la jangada.

Durante el día, Yaquita había pasado algunas horas junto a su marido. Al marcharse y no ver al piloto, ni a Manuel, ni a Benito, ni a las embarcaciones, comprendió la clase de investigaciones que iban a realizar.

Nada quiso decir de ello a Juan Dacosta, esperando que a la mañana siguiente le daría cuenta del resultado.

Mas tan pronto Benito hubo puesto los pies en la jangada, comprendió que sus propósitos habían fracasado.

No obstante, avanzó a su encuentro.

—¿Nada...? —le preguntó.

—¡Nada! —contestó Benito—. Sin embargo, mañana continuaremos.

Todos los individuos de la familia retiráronse a sus aposentos, sin hacer mención de lo que había pasado.

Manuel se empeñó en que Benito se acostase, para reposar siquiera un par de horas que le eran bien necesarias.

—¿De qué serviría que me acostase? —dijo el hermano de Minha—. ¿Es que crees que podría dormir?

CAPÍTULO IX

NUEVAS INVESTIGACIONES

Antes que amaneciera el veintisiete de agosto, Benito llevó aparte a Manuel y le dijo: —Las investigaciones hechas ayer fueron inútiles. De empezarlas de nuevo hoy bajo las mismas condiciones, es posible que no seamos más afortunados.

—Y, sin embargo, hay que hacerlas —afirmó Manuel.

—Desde luego —convino Benito—; pero en caso de que no se encuentre el cuerpo de Torres, ¿podrías decirme qué tiempo se necesita para que vuelva a la superficie de las aguas?

Manuel, tras un momento de reflexión, respondió:

—De haber caído Torres al agua vivo y no a causa de una muerte violenta, transcurrirían lo menos cinco o seis días. Pero como se ha hundido luego de ser herido mortalmente, quizá dos o tres días bastarán para que reaparezca.

Esta respuesta de Manuel, absolutamente exacta, necesita para el profano alguna explicación.

Todo ser humano que cae en el agua hállese en trance de poder flotar, a condición de que pueda establecer el equilibrio entre la gravedad de su cuerpo y la masa líquida; esto, tratándose de una persona que no sepa nadar. En estas condiciones, si la persona se sumerge completamente, no teniendo fuera del agua más que la boca y la nariz, flotará, sin duda alguna. Pero lo corriente es que no ocurra tal cosa.

El primer movimiento de un hombre que se ahoga es el de procurar sostenerse fuera del agua. Levanta la cabeza y agita los brazos, y estas partes del cuerpo, que no están sostenidas por el líquido, no pierden la cantidad de peso que perderían si estuviesen completamente sumergidas. De aquí un exceso de pesantez y una inmersión completa. En efecto, el agua penetra por la boca en los pulmones, toma el sitio del aire que los llena, y el cuerpo se desliza al fondo.

Por el contrario, en caso de que el hombre que cae al agua esté ya muerto, encuéntrase en condiciones muy diferentes y más favorables para flotar, puesto que no puede hacer los movimientos ya mencionados, y al sumergirse, como el líquido no ha penetrado profundamente en sus pulmones, porque no ha procurado respirar, está en disposición de reaparecer prontamente.

Por consiguiente, el joven médico hacía bien estableciendo una distinción entre el caso de un hombre vivo aún y el de otro ya muerto que caen al agua. En el primer caso, la vuelta a la superficie es necesariamente más lenta que en el segundo.

Respecto a la reaparición de un cuerpo después de una inmersión más o menos prolongada, se determina únicamente por la descomposición, que engendra los gases, los cuales ocasionan la distensión de sus tejidos celulares; su volumen se aumenta, sin crecer el peso, y más ligero entonces que el agua que desaloja, se remonta y se encuentra en las condiciones deseadas de flotabilidad.

—Sin embargo —dijo nuevamente Manuel—, aun cuando las circunstancias sean favorables, puesto que Torres no vivía cuando cayó al río, a menos que la descomposición

no se modifique por circunstancias que no es posible prever, no puede reaparecer antes de tres días.

—Pero no disponemos de esos tres días —exclamó Benito—; no podemos esperar, hartos lo sabes. Hay que proceder, pues, a nuevas investigaciones, pero de otra manera.

—¿Qué pretendes hacer? —preguntó Manuel.

—Sumergirme en el fondo del río —respondió Benito—. Buscar con mis ojos, buscar con mis manos...

—¡Sumergirse cien, mil veces...! —manifestó Manuel—. Desde luego, pienso, como tú, que es preciso proceder hoy a una investigación directa, y no obrar más a ciegas con las dragas y los bicheros, que sólo trabajan a tientas. Yo pienso también que no podemos esperar tres días... Pero sumergirse, subir, volver a bajar, todo esto no proporciona sino breves períodos de exploración. No, esto es insuficiente; sería inútil y nos exponemos a salir mal otra vez.

—¿Es que tienes, entonces, otro medio que proponerme, Manuel? —preguntó Benito.

—Escúchame... Hay una circunstancia, digámoslo así, providencial, que puede venir a ayudarnos.

—¡Habla ya, habla de una vez!

—Ayer, paseando por Manaos, he visto que se trabajaba en la reparación de uno de los malecones del Río Negro. Estos trabajos submarinos se hacen por medio de una escafandra. Pidamos, alquilemos o compremos a cualquier precio este aparato, y nos será posible volver a empezar nuestras investigaciones en condiciones más favorables.

—Avisa a Araujo, a Fragoso, a nuestra gente, y vamos en seguida —apremió, al punto, Benito.

Enterados el piloto y el barbero de las resoluciones tomadas, estuvieron conformes con el proyecto de Manuel. Convínose en que ambos, con los indios y las cuatro embarcaciones, irían a la barra de Frías y aguardarían allí a los jóvenes.

Manuel y Benito desembarcaron sin perder momento y llegaron al malecón de Manaos. Allí ofrecieron tal suma al empresario de los trabajos, que éste se obligó a poner el aparato a su entera disposición por todo el día.

—¿Queréis —preguntó aquél— uno de mis hombres que pueda ayudaros?

—Dadme vuestro contramaestre y algunos de sus camaradas, para servir la bomba de aire —indicó Benito.

—¿Y quién se pondrá la escafandra?

—Yo —contestó el hijo de Dacosta.

—¡Tú, Benito...! —exclamó Manuel.

—Lo quiero.

Era inútil insistir.

Una hora después, la balsa que conducía la bomba y los demás aparatos para ayudar a la inmersión, había bajado hasta la margen del promontorio, donde esperaban las embarcaciones.

En aquella época, la escafandra permitía bajar al fondo de las aguas y permanecer cierto tiempo sin que las funciones de los pulmones experimentasen molestia ninguna (1).

(1) Importa aquí señalar que estas afirmaciones sentadas por Julio Verne se refieren al tiempo del autor y muy retrasadas a la época en que figura ocurrir la novela. Desde entonces, sabido es cuánto se ha adelantado en las inmersiones. En este extremo de la traducción se ha creído oportuno hacer algunas ligeras rectificaciones —especialmente de tiempos de verbo— que no alteran en absoluto la exposición hecha por Julio Verne en su original francés. (*N. del T.*)

El buzo vestíase con un traje de caucho cuyos pies terminaban en unas suelas de plomo que aseguraban su posición vertical en medio del líquido. A la altura del cuello era adaptado un collar de cobre, sobre el cual se colocaba la esfera de metal, con una pared delantera de grueso vidrio. En esta esfera quedaba encerrada la cabeza del buzo, que podía moverse a voluntad. A la esfera uníanse dos tubos; Uno para la salida del aire espirado que no necesitaban los pulmones, y otro que comunicaba con una bomba que funcionaba renovando el aire para las necesidades de la respiración. Cuando el buzo trabajaba en un sitio, la embarcación permanecía inmóvil encima de él; y cuando debía ir de un lado para otro en el fondo del lecho del río, seguía aquélla sus movimientos o al revés, según lo convenido entre él y la tripulación.

Las escafandras, muy perfeccionadas ya, ofrecen menos peligro que en aquella época. El

hombre, sumergido en medio del líquido, se acostumbra fácilmente al exceso de presión que soporta. Con todo, en el caso que referimos, el más terrible peligro que cabía temer era el encuentro de algún caimán en las profundidades del río. Pero conforme había observado Araujo, ninguno de aquellos anfibios se había dejado ver la víspera, y ya era sabido que buscaban con preferencia las aguas negras de los afluentes del Amazonas. Así y todo, para prevenir cualquier peligro, el buzo tenía a su disposición el cordón de una campanilla, que esta vez iba hasta la balsa, y al menor tañido sería izado rápidamente a la superficie.

Benito, tranquilo como siempre que tomaba una resolución y la ponía en práctica, embutióse en el traje de caucho; su cabeza quedó encerrada en el casco metálico; su mano tomó una especie de chuzo con punta de hierro a propósito para mover las hierbas y los restos acumulados en el lecho de la cuenca, y a una señal que hizo fue dejado caer al fondo.

Fragoso y Manuel iban cada uno en su piragua con los remeros, escoltando la balsa, prontos a dirigirse rápidamente atrás o adelante si Benito, hallando al fin el cuerpo de Torres, lo arrastraba a la superficie del Amazonas.

La esperanza no los abandonaba.

CAPÍTULO X

EN EL FONDO DEL RÍO

Hallábase ya Benito bajo aquella inmensa sabana de agua que conservaba aún el cadáver del aventurero. ¡Ah! ¿Por qué no tendría poder para desviar, evaporar, agotar las aguas del gran río? De haber podido, hubiese dejado seca la cuenca de Frías, desde la parte de abajo de la barra hasta la confluencia del Río Negro, pues indudablemente con ello aquella caja, oculta entre la ropa de Torres, estaría pronto en su poder, y la inocencia de su padre sería reconocida. Y, recobrada su libertad, Juan Dacosta hubiera vuelto a emprender, en unión de los suyos, el viaje por el río, y ¡cuántas terribles pruebas se podrían evitar!

Benito tocaba ya el fondo con sus pies. Las pesadas suelas que llevaba hacían rechinar el casquijo del fondo. Encontrábase ya a una profundidad de cuatro a cinco metros a plomo

del promontorio, el mismo sitio en que Torres había desaparecido.

Allí se notaba una intrincada red de cañas, raíces y plantas acuáticas, y seguramente, durante las investigaciones de la víspera, ninguno de los bicheros habría podido revolver todo aquel entretejido. Era, pues, muy posible que el cuerpo, detenido en aquellas espesuras submarinas, permaneciera aún en el sitio donde había caído.

En aquel paraje, merced a los remolinos producidos por la prolongación de una de las puntas de la ribera, la corriente es absolutamente nula. Benito, pues, seguía únicamente los movimientos de la balsa, que los bicheros de los indios hacían cambiar de dirección encima de su cabeza.

La luz llegaba a una profundidad insospechada en aquellas claras aguas, sobre las cuales un magnífico sol, brillando en un cielo sin nubes, lanzaba casi normalmente sus rayos. En las condiciones ordinarias de la visualidad, y bajo una masa líquida, una profundidad de seis metros basta para que la vista quede extremadamente limitada; pero aquí las aguas parecían estar como impregnadas de un fluido luminoso, y Benito podía descender más abajo todavía sin que las tinieblas le impidiesen ver el fondo del río.

El joven costó detenidamente el promontorio. Su bastón herrado registraba las hierbas y las basuras acumuladas en su base. Las bandadas de peces, si se pueden llamar así, se escapaban como bandadas de pájaros fuera de un espeso matorral. Diríase que eran millares de pedazos de un espejo roto que se agitaban entre las aguas. A la vez, algunos cientos de crustáceos corrían por la amarillenta arena, semejando hormigas que hubiesen sido arrojadas de su nido.

A pesar de que Benito no dejaba ni un solo punto de la ribera sin explorar, el objeto de sus investigaciones no aparecía. Observando entonces que la inclinación del lecho era bastante pronunciada, dedujo que el cuerpo de Torres podía muy bien haber rodado más allá de los remolinos, hacia el medio del río. Siendo esto así, quizá le encontraría aún, pues la corriente no habría podido sacarle de una profundidad ya grande y que debía sensiblemente ir aumentando.

Benito resolvió, pues, llevar sus investigaciones por aquel lado en que había sondeado las matas de hierba. Por esto continuó avanzando en aquella dirección, que la balsa había seguido durante un cuarto de hora, según lo que previamente se había determinado.

Pasó el cuarto de hora y Benito aún no había encontrado nada. Sintió entonces la necesidad de salir a la superficie a fin de encontrarse en condiciones fisiológicas para adquirir nuevas fuerzas. En ciertos sitios, en que el río no anunciaba más profundidad, debía haber bajado hasta casi los nueve metros. Debía, pues, haber soportado una presión

casi equiva lente a la de una atmósfera, lo cual origina fatiga física y turbación moral al que no está acostumbrado a aquella clase de ejercicio.

Benito tiró de la cuerda de la campanilla, y los hombres de la balsa empezaron a izarle, pero trabajaban lentamente, invirtiendo un minuto en levantarle medio metro o algo más, a fin de no producir en sus órganos internos los funestos efectos de la compresión.

Apenas el joven entró en la balsa, se le quitó el casco metálico, pudiendo entonces respirar a pleno pulmón. Sentóse, a fin de tomar un momento de descanso.

Las piraguas se habían acercado al punto. Manuel, Fragoso y Araujo estaban allí, al lado suyo, esperando a que pudiese hablar algo.

—¿Y bien? —preguntó Manuel.

—¡Nada todavía...! ¡Nada!

—¿Ni has descubierto ningún rastro?

—Ninguno.

—¿Quieres que baje a mi vez?

—No, Manuel, no —respondió Benito—. Yo he comenzado y sé dónde quiero ir... ¡Déjame hacer...!

Benito expuso entonces al piloto su propósito de recorrer bien la parte inferior del promontorio hasta la barra de Frías, puesto que allí era donde la elevación del suelo habría podido detener el cuerpo de Torres, sobre todo si este cuerpo, flotando entre dos aguas, había resistido, aunque fuese poco, la acción de la corriente; pero antes quería separarse lateralmente del promontorio y explorar con sumo cuidado aquella especie de depresión formada por la inclinación del lecho del río, y a cuyo fondo, era indudable, no habrían podido penetrar los bicheros.

Araujo aprobó aquel proyecto, y de acuerdo con ello dispúsose a tomar las medidas convenientes.

Manuel entonces creyó oportuno dar algunos consejos a Benito.

—Puesto que quieres seguir las investigaciones por esta parte —le dijo—, la balsa marchará ahora en esa dirección. Así, sé prudente, Benito. Se trata de bajar más

profundamente que antes, quizá a quince o dieciséis metros, y allí tendrás que soportar una presión de dos atmósferas. No te aventures, pues, sino con mucha lentitud, o te podrá abandonar la serenidad. Si sientes que tu cabeza se comprime, como si estuviera dentro de un tornillo; si tus oídos zumban continuamente, no dudes en dar la señal, y te remontaremos a la superficie. Después volverás a empezar, y haciéndolo así te acostumbrarás, más o menos, a moverte en las profundidades del río.

Benito prometió a Manuel seguir aquellas instrucciones, cuya importancia conocía. Estaba temeroso, sobre todo, de que la serenidad pudiera faltarle en el momento en que quizá le sería más necesaria.

Benito estrechó la mano de Manuel; el casco de la escafandra fue adherido de nuevo al cuello; la bomba empezó otra vez a funcionar, y el buzo desapareció bien pronto bajo las aguas.

La balsa estaba apartada entonces unos diez o doce metros de la orilla izquierda; pero como a medida que avanzaba hacia el medio del río, la corriente la podía hacer bajar con más ligereza de la necesaria, las *ubas* se amarraron a ella, y los pagayeros o remeros la sostuvieron contra la corriente, de modo que no pudiera moverse sino con extremada lentitud.

Benito bajó muy suavemente y luego se encontró en el suelo firme.

Al pisar con sus suelas la arena del lecho, pudo juzgar, por la extensión de la cuerda de izar, que se hallaba a una profundidad de dieciocho a veinte metros. Había, pues, allí una excavación considerable, abierta muy por bajo del ordinario nivel.

El centro líquido estaba más oscuro entonces; pero la limpidez de aquellas aguas transparentes dejaba penetrar bastante luz todavía para que Benito pudiera distinguir suficientemente los objetos esparcidos sobre el fondo del río y orientarse con cierta seguridad. Aparte de esto, la arena, sembrada de mica, parecía formar una especie de reflector, y hubiéranse podido contar los granos que destellaban como una polvareda luminosa.

Benito miraba y sondeaba con su bastón las más pequeñas cavidades, y continuaba engolfándose lentamente. Largábasele cuerda según pedía; y como los tubos que servían para la aspiración y respiración del aire no estaban nunca tirantes, las funciones de la bomba se verificaban en buenas condiciones.

Benito se separó de la orilla, para poder encontrar el centro del lecho del Amazonas, donde hallábase la más acentuada depresión del lecho del río.

De vez en cuando, una profunda oscuridad se esparcía en torno suyo, y entonces no podía ver nada más que un resplandor muy exiguo. Fenómeno puramente pasajero. Era la balsa, que, moviéndose por encima de su cabeza, interceptando completamente los rayos solares, ponía la noche en lugar del día; pero un momento después la gran sombra se disipaba, y la reflexión de la arena volvía a tomar toda su intensidad.

Benito continuaba el descenso y sentía, sobre todo, el aumento de la presión que imponía a su cuerpo la masa líquida. Su respiración era difícil, y la retractibilidad de sus órganos no se efectuaba de acuerdo con sus deseos, con tanta comodidad como en un centro atmosférico convenientemente equilibrado. Así, en semejantes condiciones hallábase bajo la acción de efectos fisiológicos a que no estaba acostumbrado. El zumbido de oídos se acentuaba más; pero como su pensamiento estaba siempre lúcido, como sentía que el raciocinio se verificaba en su cerebro con pureza perfecta, aunque un poco extranatural, no quiso dar la señal para que le izaran y continuó bajando más y más.

Bruscamente, en la semioscuridad que le rodeaba, llamó su atención una masa confusa, que le pareció tenía la forma de un cuerpo, enredado en un montón de hierbas acuáticas.

Una viva emoción se apoderó de él, y avanzando en aquella dirección removió con su bastón aquella masa.

Pero no era más que el cadáver de un enorme caimán, ya reducido a esqueleto, y que la corriente del Río Negro había arrastrado hasta el lecho del Amazonas.

Benito retrocedió, y a pesar de las aserciones del piloto, vino a su pensamiento la idea de que algún caimán vivo pudiera muy bien ocultarse en las profundidades de la concha de Frías.

Pero desechada esta idea, continuó su marcha, de modo que pudiera llegar al fondo de la depresión.

Debía entonces haber llegado a una profundidad de veinticinco a treinta metros y, por consiguiente, se hallaba sometido a una presión de tres atmósferas. Si aquella cavidad, pues, se acentuaba más todavía, se vería obligado muy pronto a detenerse en sus investigaciones.

Hasta entonces, la experiencia había demostrado, en efecto, que en las profundidades de más de treinta y cinco metros se encontraba el límite extremo, que era peligroso franquear en una excursión submarina; no sólo el organismo humano no se prestaba a funcionar convenientemente bajo tales presiones, sino que los aparatos renovaban el aire con escasa

regularidad.

Y, sin embargo, Benito estaba resuelto a ir hasta donde le permitieran la fuerza moral y la energía física. Un presentimiento inexplicable le impulsaba hacia aquel abismo. Parecíale que el cuerpo debía haber rodado hasta el fondo de aquella cavidad, y que quizá Torres, si estaba cargado de objetos pesados, tales como un cinto donde guardase el dinero, o bien sus armas, podía haberse mantenido en grandes profundidades.

De repente, y en una sombría excavación, descubrió un cadáver... ¡Sí... un cadáver, vestido aún, extendido como un hombre que estuviese dormido, con los brazos doblados bajo la cabeza!

¿Era aquel Torres? En la oscuridad, bastante densa entonces, era difícil de conocer; pero no cabía duda de que era un cuerpo humano el que yacía allí, a menos de diez pasos, y en una inmovilidad completa.

Benito sintióse presa de una violenta emoción. Su corazón cesó de latir un instante, y creyó que iba a perder el conocimiento. Un supremo esfuerzo de voluntad le hizo reponerse, y se encaminó hacia el cadáver.

De repente, una sacudida, tan violenta como inesperada, hizo vibrar todo su ser. Una larga correa le ceñía el cuerpo, y no obstante el espeso tejido de la escafandra, se sentía sacudido con redoblados golpes.

—¡Un gimnoto! —exclamó.

Esta fue la única palabra que pronunciaron sus labios.

Y, en efecto, era un *puraqué*, nombre que los brasileños dan al gimnoto o anguila eléctrica, el cual acababa de arrojarle sobre él.

No hay quien ignore lo que son esta especie de anguilas de piel negruzca y viscosa, armadas a lo largo del lomo y de la cola de un aparato que, formado de láminas unidas por otras laminillas verticales, funciona por medio de nervios de una gran potencia. Este aparato, dotado de singulares propiedades eléctricas, es susceptible de producir terribles conmociones. De estos gimnotos, unos son apenas del tamaño de una anguila, otros miden hasta tres metros de largo, y algunos, que son los más raros, exceden de cinco y seis con un grosor de veinte a veinticinco centímetros.

Los gimnotos son bastante numerosos, tanto en el Amazonas como en sus afluentes, y aquél era una de esas *bibinas* vivas, de cerca de tres metros de largo, que, después de

haberse aflojado como un arco, volvió a precipitarse sobre el buzo.

Benito comprendió todo lo que tenía que temer del ataque de este formidable animal. Su vestido no bastaba para protegerle. Las descargas del gimnoto, poco fuertes al principio, vinieron a ser más y más violentas, y esto ocurría en el instante en que, debilitado por la pérdida de flúido, iba a quedar reducido a la impotencia.

No pudiendo Benito resistir tales sacudidas, se hallaba casi derribado sobre la arena. Sus miembros se paralizaron poco a poco bajo los efluvios eléctricos del gimnoto, que se frotaba lentamente sobre su cuerpo y le enlazaba con sus vueltas. Sus brazos no podían levantarse... escapósele el bastón, y su mano no tuvo fuerza para coger el cordón de la campanilla y dar la señal.

Y esto en el momento en que acababa de ver un cuerpo; ¡el de Torres sin duda!

Por un instinto supremo de conservación, Benito quiso llamar... su voz se apagó dentro de aquel casco, que no podía dejar que pasase ningún sonido.

En aquel momento el *puraqué* redobló sus ataques, lanzando descargas que hacían saltar a Benito sobre la arena, recordando los botes que seguramente todos los lectores habrán observado, en un reptil al que se haya cortado una parte de su cuerpo. Benito retorciase así bajo el látigo del animal.

Benito sentía que de pronto perdía el conocimiento. Sus ojos se oscurecieron poco a poco, y sus miembros se aflojaban...

Pero antes de haber perdido la facultad de ver y de pensar, un fenómeno inesperado, inexplicable, extraño, se verificó a su vista.

Una detonación sorda vino a propagarse a través de las masas líquidas. Era como un trueno, cuyos redobles corrían entre las aguas, agitadas por las sacudidas del gimnoto. Benito se sintió conmovido por una explosión formidable, que encontraba eco en las últimas profundidades del río.

Y de pronto, un grito supremo se escapó de sus labios a causa de una espantosa visión espectral que se presentaba claramente ante sus ojos.

El cuerpo del ahogado, hasta entonces extendido en el suelo, ¡acababa de levantarse...! Las ondulaciones de las aguas le hacían mover los brazos, como si los agitase en una vida de autómatas. Brincos convulsivos parecían dar movilidad a aquel cadáver aterrador.

Y en tanto que Benito no podía hacer un solo movimiento con sus paralizados miembros, que parecía estuvieran clavados en la arena del álveo debido a las pesadas suelas, el cadáver se enderezó, su cabeza mo vióse de arriba abajo, y saliendo de la cavidad donde se hallaba retenido por un grupo de hierbas acuáticas, se elevó, derecho y espantoso, hacia la superficie del Amazonas.

CAPÍTULO XI

EL CONTENIDO DE LA CAJA

Lo ocurrido era un fenómeno puramente físico que vamos a explicar.

Con destino a Manaus, subía por el Amazonas el cañonero *Santa Ana* y un momento antes había franqueado el paso del Frías. Un poco antes de llegar a la embocadura del Río Negro, izó bandera, saludando con un cañonazo al pabellón brasileño.

Aquella detonación produjo un efecto de vibración, que al propagarse hasta el fondo del río bastó para levantar el cuerpo de Torres, que ya estaba aligerado por un principio de descomposición, que facilitaba la distensión de su sistema celular. Entonces, naturalmente, el cuerpo del ahogado se remontó a la superficie del Amazonas.

Este conocido fenómeno explicaba la reaparición del cadáver.

Sin embargo, fuerza es convenir que había habido una feliz coincidencia en la llegada del *Santa Ana* al lugar donde se efectuaban las investigaciones.

Manuel dio un grito, al punto repetido por todos sus compañeros, y una de las piraguas se dirigió inmediatamente hacia el cuerpo. Al mismo tiempo procedíase a subir el buzo a la balsa.

Pero en cuanto éste apareció, Manuel sintióse presa de indescriptible emoción. Benito, izado hasta la plataforma, había sido depositado en ella en un estado de completa inercia y sin que se revelase la vida por un solo movimiento exterior.

¿No era un segundo cadáver que acababan de traer allí las aguas del Amazonas?

El buzo fue despojado lo más pronto posible de su vestido de escafandra.

Benito había perdido el conocimiento por la violencia de las descargas del gimnoto.

Manuel, desatinado, le llamaba, le insultaba con propia respiración, y procuraba encontrar los latidos de su corazón.

—¡Late, late...! —exclamó.

Sí; el corazón de Benito palpitaba aún, y en algunos minutos los cuidados de Manuel le volvieron a la vida.

—¡El cuerpo, el cuerpo...!

Tales fueron las primeras palabras, las únicas que se escaparon de la boca de Benito.

—¡Ahí está! —respondió Fragoso, señalando la piragua que venía a la balsa con el cadáver de Torres.

—Pero, Benito, ¿qué es lo que te ha pasado? —preguntó Manuel—. ¿Ha sido la falta de aire?

—¡No...! —contestó Benito—. Un *puraqué* que se arrojó sobre mí... ¿Pero aquel ruido...? ¡Aquella detonación...!

—Ha sido un cañonazo —explicó Manuel—. Un cañonazo es el que ha traído el cadáver a la superficie.

En aquel momento la piragua llegaba a atracar a la balsa. El cuerpo de Torres, recogido por los indios, descansaba en el fondo. Su permanencia en el agua no lo había desfigurado aún y era fácil reconocerle.

Sobre ello no cabía la menor duda.

Fragoso, arrodillado en la piragua, había ya empezado a desgarrar los vestidos del ahogado, que se iban a jirones.

En aquel momento, el brazo derecho de Torres, ya desnudo, llamó la atención de Fragoso. En efecto, sobre aquel brazo se notaba claramente la cicatriz de una antigua herida, que debió ser causada por una cuchillada.

—¡Esta cicatriz! —exclamó Fragoso—. ¡Claro...! ¡Ahora recuerdo lo que no podía recordar!

—¿El qué? —preguntó Manuel.

—Una disputa, sí; eso es... Una querrela de la que yo fui testigo en la provincia de Madeira..., ya hace tres años. ¡Cómo lo he podido olvidar...! Ese Torres pertenecía entonces a la milicia de capitanes de bosque, ¡Ah, yo sabía que había visto ya a ese miserable!

—¡Eso no importa ahora! —exclamó Benito—. ¡La caja, la caja...! ¿La tiene aún? Buscadla.

E intentó desgarrar las últimas ropas del cadáver para registrarle.

Manuel le detuvo.

—Un momento, Benito —le dijo.

Y después, volviéndose hacia los hombres que no pertenecían al personal de la jangada, y cuyo testimonio no podía ser sospechoso más tarde, les dijo:

—Sed testigos, amigos míos, de todo lo que vamos a hacer aquí, a fin de que podáis declarar ante los magistrados cómo han pasado las cosas.

Los hombres se acercaron a la piragua.

Fragoso desató entonces el cinturón que ceñía el cuerpo de Torres, bajo el poncho destrozado, y palpando el bolsillo de la chaqueta, exclamó;

—¡La caja!

Benito exhaló un grito de júbilo, e iba a tomar la caja para abrirla y enterarse de lo que contenía.

—¡Espera...! —le dijo aún Manuel, a quien no abandonaba su sangre fría—. ¡Es preciso que no haya duda posible en el ánimo de los magistrados! Conviene que testigos desinteresados puedan reconocer que la caja se hallaba efectivamente sobre el cuerpo de Torres.

—Tienes razón —contestó Benito.

—Amigo mío —volvió a decir Manuel, dirigiéndose al contraamaestre de la balsa—, registrad vos mismo el bolsillo de esa chaqueta.

El contraмаestre obedeció y sacó una caja de metal, cuya tapa manteníase herméticamente cerrada, y que parecía no haber sufrido detrimento alguno por su permanencia en el agua.

—¡El papel, el papel...! ¿Está dentro todavía?— gritó Benito que no podía contenerse.

—El magistrado es quien debe abrir esta caja— respondió Manuel—. A él sólo compete examinarla y ver si encuentra en ella el documento. —Desde luego, sigues teniendo razón, Manuel... ¡A Manaos, amigos míos, a Manaos!

Benito, Manuel, Fragoso y el contraмаestre, que tenía la caja, se embarcaron acto seguido en una de las piraguas, y ya iban a emprender la marcha cuando Fragoso dijo:

—¿Y el cuerpo de Torres?

La piragua se detuvo.

En efecto, los indios habían vuelto a echar al agua el cadáver del aventurero, que empezaba a bajar por la superficie del gran río.

—Torres no era más que un miserable— dijo Benito—. Si yo lealmente he expuesto mi vida contra la suya, Dios le ha herido por mi mano. ¡Mas esto no quiere decir que su cuerpo deba quedar sin recibir sepultura!

Y entonces se mandó a la segunda piragua a buscar el cadáver para conducirlo a la orilla, donde sería enterrado.

Pero en aquel momento, una bandada de aves de rapiña, que se cernía encima del río, se precipitó sobre aquel cuerpo flotante.

Eran esos *urubús*, especie de pequeños buitres, de cuello pelado, de largas patas negras como los cuervos, apellidados *gallinazos* en la América del Sur, y que son de una voracidad sin igual. El cuerpo, acuchillado por sus picos, dejó escapar los gases que le hinchaban; su densidad aumentó, se sumergió poco a poco, y por última vez, lo que quedaba de Torres desapareció bajo las aguas del Amazonas.

Al cabo de diez minutos, la piragua, rápidamente conducida, llegaba al puerto de Manaos. Benito y sus compañeros saltaron a tierra y se lanzaron por las calles de la ciudad.

En algunos momentos llegaron a la morada del juez Jarriquez, a quien, por medio de uno

de sus criados, hicieron preguntar si podía recibirlos inmediatamente. El magistrado dio orden de que los introdujeran en su despacho.

Allí Manuel hizo una relación de todo lo que había pasado desde el momento en que Torres había sido herido mortalmente por Benito, en un encuentro legal, hasta el instante en que la caja había sido hallada encima del cadáver, y tomada por el contraamaestre del bolsillo de la chaqueta.

Aunque, por su naturaleza, aquella narración corroborase todo lo que había dicho Juan Dacosta, con motivo de Torres y de la venta de las pruebas de su inocencia que éste le había ofrecido, el juez no pudo contener una sonrisa de incredulidad.

—Ved la caja, señor —dijo Manuel—; ni un solo instante ha estado en nuestras manos, y el hombre que os la presenta es el mismo que la ha encontrado sobre el cuerpo de Torres.

El magistrado tomó la caja y la examinó con cuidado, volviéndola y revolviéndola como si fuera un objeto precioso. Después la agitó y esto hizo moverse con sonido metálico algunas monedas que se encontraban en su interior.

¿No contendría, pues, la caja aquel documento tan buscado, aquel papel escrito a mano del verdadero autor del crimen y que Torres había querido vender a un precio digno a Juan Dacosta? ¿Aquella prueba material de la inocencia del condenado, estaría irremisiblemente perdida?

Fácilmente se comprende de qué violenta emoción se hallarían poseídos los espectadores de aquella escena. El hijo del condenado sentía agarrotada la garganta y que su corazón iba a estallar.

—Abrid pues, señor; abrid esa caja —dijo al fin con voz entrecortada.

El juez Jarríquez principió a levantar la tapa, y cuando la cajita estuvo abierta, la vació y salieron rodando sobre la mesa algunas monedas de oro.

—Pero ¿y el papel? ¿Ese papel...? —exclamó otra vez Benito, que se agarraba a la mesa para no caerse.

El magistrado introdujo sus dedos en la caja, y finalmente sacó de ella con cierta dificultad, una hoja amarillenta doblada con cuidado, y a la que parecían haber respetado las aguas.

—¡El documento...! ¡Ese es! —exclamó entonces Fragoso—. ¡Sí, ese es el papel que yo vi

en manos de Torres!

El juez desdobló la hoja y la miró; después le dio vueltas, examinando en todos sentidos el escrito, que lo era con una letra bastante ordinaria.

—Un documento, efectivamente —dijo—. ¡Desde luego, esto es un documento!

—Sí —contestó Benito—; y ese documento es el que atestigua la inocencia de mi padre.

—Eso lo ignoro —declaró entonces el juez— y aun temo que quizá sea muy difícil averiguarlo.

—¿Por qué? —dijo Benito, que tornóse pálido como un cadáver.

—Porque este documento se halla escrito en lenguaje cifrado y...

- ¿Y ?

—¡Que no tenemos la clave para descifrarlo!

CAPÍTULO XII

EL DOCUMENTO

En verdad que era aquel un grave inconveniente que ni Juan Dacosta ni los suyos habían podido prever.

Nuestros lectores recordarán por la primera escena de esta historia que el documento estaba escrito en una forma indescifrable, merced a uno de los numerosos sistemas que suelen usarse en la criptografía.

Pero, ¿cuál era éste...?

Antes de despedir a Benito y sus compañeros, el juez Jarríquez ordenó fuera sacada una copia exacta del documento, cuyo original deseaba conservar, dando esta copia, debidamente confrontada, a los dos jóvenes, para que pudieran mostrársela al preso.

Después, quedando convenido que volverían al otro día, se retiraron los dos amigos, y no queriendo tardar un momento en ver a Juan Dacosta, corrieron inmediatamente a la cárcel.

Allí, en una rápida entrevista con el preso, le enteraron de todo lo que había sucedido.

Dacosta tomó el documento y lo examinó con atención. Después, moviendo la cabeza, se lo devolvió a su hijo.

—Quizá —dijo— en este escrito se halla la prueba que yo nunca he logrado presentar; pero si esta prueba me falla, si toda la honradez de mi vida pasada no aboga en favor mío, yo no tengo que esperar nada de la justicia de los hombres, y mi suerte está en las manos de Dios.

Todos lo comprendieron bien. Si aquel documento permanecía sin descifrar, la situación del condenado no podía ser peor.

—La encontraremos, ¡padre mío...! —dijo Benito—. No hay documento de esta clase que pueda resistir al examen. ¡Tened confianza, sí, tened confianza...! El cielo, milagrosamente, por decirlo así, nos ha proporcionado este documento que os justifica, y después de haber guiado nuestra mano para encontrarlo no rehusará guiar nuestro conocimiento para leerlo.

Dacosta oprimió la mano de Benito y de Manuel; y luego los dos jóvenes, sumamente conmovidos, se retiraron para volver directamente a la jangada, donde Yaquita les aguardaba.

Allí, Yaquita fue prontamente enterada de los nuevos incidentes ocurridos desde la víspera; la reaparición del cuerpo de Torres; el hallazgo del documento y la extraña forma en que el verdadero autor del atentado y compañero del aventurero había creído conveniente escribirle sin duda para que no le comprometiese, si hubiese caído en manos extrañas.

Lina también fue, claro está, sabedora de aquella inesperada complicación y del descubrimiento que había hecho Frago de que Torres era un antiguo capitán de bosques, perteneciente a aquella milicia que operaba en las inmediaciones de las bocas del Madeira.

—¿Pero en qué circunstancias le conocisteis...? —preguntó la joven mulata.

—Fue durante una de mis correrías a través de la provincia del Amazonas —respondió Frago—; cuando iba de lugar en lugar ejerciendo mi oficio.

—¿Y esa cicatriz?

—Os contaré lo que pasó. Un día llegué a la Misión de Aranas en el momento en que Torres, a quien hasta entonces jamás había visto, se hallaba empeñado en una riña con uno de su misma calaña. De la riña salió Torres con una cuchillada que le atravesó el brazo. Y, a falta de médico, yo fui el encargado de curarle. Así le vi por primera vez.

—¿Qué importa, ahora —dijo Minha—, que se sepa qué ha sido Torres? Él no ha sido el autor del crimen, y esto no adelantará mucho las cosas.

—Desde luego que no —admitió Fragoso—. Pero ese documento acabará por ser leído, ¡qué diablo!, y la inocencia de Juan Dacosta brillará entonces con toda claridad a los ojos de todos.

Esta era también la esperanza de Yaquita, Benito, Manuel y Minha. Así, los tres, encerrados en el comedor de la vivienda, pasaron largas horas ensayándose en procurar descifrar aquel manuscrito.

Pero si ésta es su esperanza —y conviene insistir sobre este punto—, también era, por lo menos, la del juez Jarríquez.

Después de haber redactado el informe que a continuación del interrogatorio establecía la identidad de Juan Dacosta, el magistrado envió aquel informe a la Cancillería, y creyó que había concluido por su parte con aquel asunto. Pero no debía terminar así.

En efecto, conviene decir que desde el hallazgo del documento, el juez se hallaba de repente transportado a su elemento especial. El, buscador de combinaciones numéricas, descubridor de charadas, jeroglíficos y logogrifos, estaba ante su elemento.

Pero a la idea de que aquel documento encerraba tal vez la justificación de Juan Dacosta, sentía despertarse en él todos sus instintos de analizador. Teniendo ante su vista un criptograma, no pensaba más que en encontrar su sentido. Hubiera sido preciso no conocerle para dudar que hasta la comida y la bebida perdonaría por dedicarse a su trabajo.

Luego que se hubieron marchado los jóvenes, el juez se instaló en su despacho. La puerta, cerrada para todos, le aseguraba algunas horas de perfecta soledad. Tenía los anteojos sobre la nariz, y su tabaquera encima de la mesa. Tomó un buen polvo para mejor desarrollar las sutilezas y las sagacidades de su cerebro; asió el documento, y absorbióse en una meditación que debía muy pronto materializarse bajo la forma de monólogo.

El digno magistrado era uno de esos hombres excepcionales, que piensan hablando.

—Procedamos con método —se decía a sí mismo—. Sin método no hay lógica. Sin lógica no hay resultado posible.

Y tomando el papel examinó del principio al cabo las letras allí escritas, sin que le dieran la menor luz.

Aquel documento tendría unas cien líneas que estaban divididas en seis párrafos.

—¡Hum...! —dijo el juez después de haber reflexionado—. Querer ejercitarme sobre cada párrafo, uno tras otro, sería perder inútilmente un tiempo precioso. Es preciso, por el contrario, elegir uno de estos apartes, y escoger el que pueda presentar más interés. Pero ¿cuál se encuentra en estas condiciones si no es el último, donde necesariamente debe resumirse el relato de todo el asunto? Los nombres propios pueden colocarme sobre la vía, y entre otros el de Juan Dacosta. Si él está en alguna parte de este documento, evidentemente no puede faltar en su último párrafo.

Como puede verse, la lógica presidía el juicio del magistrado. Seguramente, tenía razón para querer ejercitar desde luego todos los resultados de su ingenio de criptólogo sobre este último párrafo.

Véase este párrafo, porque es forzoso colocarle a la vista del lector, a fin de mostrar cómo un analizador iba a emplear sus facultades para descubrir la verdad.

C h n y i s g e g x p d z x e h ñ u q g p g c h n q

y e l e o c r h x b f i l l d x h u m ñ d y r f i l l r x

v q o e d h r u v h c h v e t l l x e e c r f n g r o b

p b g r ñ i u l h r g r l l d q r j i e h ñ z g m n x c h

b f t t g c h h o i s r h h ñ m l l r l r e m f p y r u b

f l q x g d t h l l v o t f v m y c r e d g r u z b l q l t

x y u d p h o z f f s p f i ñ d h r e q v h v x g d p v

s b g o n l x h t f c n c h h ñ u l l h e g q c h t f n

e d f q j p l l v x b f l l r o c h f n h l u z s l y r f

mbopchllũt drqokfzsl yrfmboep

vmñrcrutllruy gopchllũt drqokb

fuhdfisrqrñgsuvihd.

Desde luego, el juez Jarríquez observó que las líneas del documento no habían sido divididas por las palabras, ni aun por frases, y que la puntuación faltaba. Esta circunstancia no podía menos de hacer más dificultosa la lectura.

—Veamos, no obstante —continuó diciéndose—, si alguna unión de las letras parece formar las palabras, es decir, de esas palabras cuyo número de consonantes relacionadas con las vocales permite la pronunciación. Y desde luego al principio veo la palabra *isge*, luego la palabra *eleo*... ¿Si será griego...? Después *grob*, *ñiul*, *jieh*, *hoisr*, *phoz*, *rem*, *hluzsl*, *suvihd*...

El juez Jarríquez dejó caer el manuscrito y se puso a reflexionar durante algunos momentos.

—Todas las palabras de esta lectura, sumariamente hecha, resultan extravagantes. En verdad, nada indica su procedencia. Las unas tienen un aire griego; las otras, un aspecto holandés; las de aquí, un talante inglés; las de allá, latino, y las más no tienen aire ninguno, sin contar que hay series de consonantes que se resisten a toda pronunciación humana. Decididamente, no será fácil establecer la clave de este criptograma.

El magistrado comenzó a tamborilear con los dedos sobre la mesa una especie de diana, como si quisiera despertar sus facultades adormecidas.

—Veamos, pues, desde luego —tornó a decirse—, cuántas letras hay en este párrafo.

Y tomando un lápiz, empezó a contar y apuntar. —¡Doscientas noventa y cuatro! Y bien; ahora se trata de determinar en qué proporciones se hallan estas diversas letras unas con relación a las otras.

Esta cuenta fue un poco más larga de ajustar. El juez había vuelto a tomar el documento; luego, con el lápiz apuntaba sucesivamente cada letra, de acuerdo con el orden normal alfabético. Un cuarto de hora después había obtenido el siguiente estado; apuntó:

La a figura 0 veces

» b » 10 »

» c » 6 »

» d » 14 »

» e » 14 »

» f » 18 »

» g » 17 »

» h » 21 »

» ch » 9 »

» i » 9 »

» j » 2 »

» k » 1 »

» l » 8 »

» ll » 12 »

» m » 7 »

» n » 7 »

» ñ » 11 »

» o » 11 »

» p » 10 »

» q » 12 »

» r » 25 »

» s » 8 »

» t » 8 »

» u » 15 »

» v » 13 »

» x » 13 »

» y » 8 »

» z » 5 »

TOTAL 294 veces

SPECIAL_IMAGE-p246_0.jpg-REPLACE_ME

—¡Ajá! —dijo el juez—. La primera observación es muy interesante, y es que en este párrafo están empleadas todas las letras del alfabeto menos una. Esto es muy raro. En efecto, tómense al azar en un libro el número de líneas que se necesiten para contener doscientas noventa y cuatro letras, y será muy extraño que no aparezcan todas las letras del alfabeto. Sin embargo, admitamos que esto pueda ser un simple efecto de la casualidad.

Después, pasando a otro orden de ideas, dijo:

—La cuestión más importante es ver si las vocales están en la debida proporción con las consonantes.

El magistrado volvió a tomar su lápiz, hizo la cuenta de las vocales y obtuvo el siguiente cálculo:

La a, 0 veces

» e, 14 »

» i, 9 »

» o, 11 »

» u, 15 »

» y, 8 »

TOTAL 57 vocales

SPECIAL_IMAGE-p247_1.jpg-REPLACE_ME

—Así —continuó diciéndose— en este aparte hay, hecha la resta, cincuenta y siete vocales contra doscientas treinta y siete consonantes. Esta es casi la proporción normal, es decir, casi una quinta parte, como en el alfabeto, donde se cuenta cinco vocales y la *y* griega para veintiocho letras.

»Es, pues, muy posible que este documento haya sido escrito en el idioma de nuestro país, pero que solamente se haya cambiado la significación de cada letra. Mas si ésta se ha modificado con regularidad; si una *b*, por ejemplo, se encuentra siempre sustituida por una *l*, una *o* por una *v*, una *g* por una *k*, una *u* por una *r*, etc., consiento en quedarme sin mi plaza de juez de Manaos como no llegue a leer este documento. ¡Y qué tengo que hacer, pues, sino proceder siguiendo el método de aquel gran genio analizador que se llama Edgar Allan Poe!

Al hablar así, el juez Jarriquez se refería a una novela del célebre escritor americano, una verdadera obra maestra, *El escarabajo de oro*.

En dicha novela, un criptograma compuesto a la vez de cifras, de letras, signos algebraicos, asteriscos, puntos y comas, es sometido a un método completamente matemático, llegando a ser descifrado en circunstancias tan extraordinarias, que no dejarán de recordar los admiradores de aquel raro talento.

Verdad es que de la lectura del documento norteamericano sólo dependía el descubrimiento de un tesoro, mientras que aquí se trataba de la vida y del honor de un hombre. El motivo, pues, de dar solución a la cifra era mucho más interesante.

Nuestro magistrado, que había leído y releído *El Escarabajo de oro*, conocía perfectamente los procedimientos de análisis minuciosamente empleados por Edgar Allan Poe, y resolvió utilizarlos en esta ocasión. Sirviéndose de ellos estaba seguro, como había dicho, de que si el valor o el significado de cada letra permanecía siempre constante, alcanzaría, en un tiempo más o menos largo, a poder leer el documento relativo a Juan Dacosta.

—¿Qué ha hecho Edgard Allan Poe? —decíase una y otra vez—. Ante todo, principió por averiguar cuál era el signo. Aquí sólo tenemos letras... Veamos, pues, la que se halla más repetida en el criptograma: observo que es la letra *r*... A ver; sí, se encuentra veinticinco veces. Sólo esta proporción enorme basta para demostrar que en principio *r* no significa *r* sino que, al contrario, *r* debe representar la letra que se encuentra más a menudo en nuestro idioma, pues debo suponer que el documento ha sido escrito en portugués. En inglés o en francés sería, sin duda, la *e*; en italiano sería la *i* o la *a*; en portugués debe ser la *a* o la *o*. Así, pues, admitamos, salvo ulterior modificación, que la *r* significa la *a* o la *o*.

Después, el juez indagó cuál era la letra que después de la *r* aparecía más número de veces en el manuscrito. Esto le condujo a formar el siguiente cuadro:

La *r* 25 veces

» *h* 21 »

» *f* 18 »

» *g* 17 »

» *u* 15 »

» *d, e* 14 »

» *v, x* 13 »

» *ll, q* 12 »

» *ñ, o* 11 »

» *b, p* 10 »

» *ch, i* 9 »

» *l, s, t, y* 8 »

» *m, n* 7 »

» *c* 6 »

» z 5 »

» j 2 »

» k 1 »

» a 0 »

Resultaba, pues, que la letra **a**, que debería ser la más repetida, no aparecía en el documento ni una sola vez. Esto demostraba de una manera evidente que su significación había sido cambiada. Y ahora, después de la *a* o la *o*, ¿qué letras aparecían más frecuentemente en el idioma portugués? Era cosa de buscar echando mano de la paciencia.

Y Jarríquez, con una sagacidad verdaderamente notable, que denotaba en él un alto espíritu de observación, entregóse de lleno a esta nueva investigación. Es cierto que con ello no hacía más que imitar al novelista norteamericano, que por simple inducción o aproximación, como gran analizador que era, logró hacerse un alfabeto correspondiente a los signos del criptograma, y por lo tanto, pudo llegar a leerlo corrientemente.

El magistrado obró de igual modo, y puede asegurarse que no fue inferior a su ilustre maestro. A fuerza de haber estudiado los logogrifos, los cuadrados y triángulos de palabras y otros problemas que sólo están basados en una arbitraria disposición de las letras, se había acostumbrado lo mismo con la imaginación que con la pluma, a resolverlos, y era ya una autoridad en estos juegos del ingenio.

En aquella ocasión no hubo de trabajar mucho para establecer el orden en que las letras se repetían más a menudo. Las vocales, desde luego, primero; las consonantes a continuación.

Tres horas después de haber empezado su trabajo tenía a la vista un alfabeto, que, de ser exacto su procedimiento, debía darle la significación real de las letras que aparecían en el documento.

Sólo era necesario, pues, aplicar sucesivamente las letras del alfabeto logrado a las del manuscrito.

Mas al ir a proceder a ello, el juez notóse presa de cierta emoción. Hallábase completamente entregado al placer intelectual —que es mayor de lo que puede suponerse— del hombre que, después de haber invertido algunas horas en un trabajo continuado, ve aparecer el sentido tan impacientemente buscado de un logogrifo.

Finalmente, dominándose, se decidió:

—Empecemos. En verdad, que quedaría muy sorprendido si no fuese esta la clave del enigma.

Ante todo, quitóse las gafas, limpió los cristales, empañados por el vapor de sus ojos, y tornó a colocárselas. En seguida encorvó el cuerpo sobre la mesa.

Con el alfabeto que había hecho en una mano, y el documento en la mesa, tomó la pluma y empezó a escribir bajo la primera línea del párrafo cifrado las letras verdaderas que, según su opinión, debían corresponder exactamente a cada letra criptográfica.

Hecha la primera línea, procedió igual con la segunda, luego con la tercera y la cuarta, llegando así hasta el final.

Entonces examinó el original... En tanto escribía, no había querido tampoco examinar si aquella reunión de letras formaba palabras comprensibles. No; durante la primera parte del trabajo, su imaginación había rehusado hacer comprobación alguna.

Ansiaba proporcionarse la satisfacción de leer todo de una vez, de golpe.

Por esto, al terminar, exclamó confiado;

—¡Leamos!

Pero no leyó. ¡Qué galimatías, gran Dios! Las líneas que formara con las letras de su alfabeto no tenían más sentido que las del documento. Resultaban otra serie de letras, simplemente, que no constituían ningún valor. En fin, que constituían también otro jeroglífico.

—¡Demonios y más demonios!

Y quedóse abstraído.

CAPÍTULO XIII

CIFRAS

Habían dado las siete de la tarde.

Absorbido en aquel rompecabezas en que no podía adelantar nada, el juez Jarríquez había olvidado completamente la hora de la comida y hasta de reposar. A la hora citada llamaron a la puerta de su despacho.

Ya era tiempo. Una hora más, y toda la sustancia cerebral del despechado magistrado quizás se hubiera fundido bajo el calor intenso que se desprendía de su cabeza.

A la invitación de entrar, dada con impaciente voz, abrióse la puerta y apareció Manuel.

El joven médico había dejado a sus amigos a bordo de la jangada, liados con el indecifrable documento, para ir a ver al juez Jarríquez.

Ansiaba saber si éste había sido más feliz en sus indagaciones y logrado por fin descubrir la clave del criptograma. La llegada de Manuel no molestó al magistrado. Encontrábase en ese grado de sobreexcitación del cerebro que exaspera la soledad.

Le hacía falta alguien con quien hablar y, sobre todo, si su interlocutor se mostraba tan deseoso como él de penetrar este misterio. Nuestro amigo era, pues, el hombre que le hacía falta.

—Caballero —dijo el joven en cuanto entró—; una pregunta ante todo. ¿Habéis logrado algo más que nosotros?

—Sentaos primero —ordenó el juez Jarríquez, al tiempo que se ponía en pie y comenzaba a pasear a grandes pasos por la habitación.

—Sentaos —repitió—, pues si ambos permaneciésemos en pie, vos marcharíais en un sentido, yo en el otro, y mi despacho no bastaría para contenernos.

Hizo Manuel lo que le decían y una vez sentado, repitió su pregunta.

—No, no he sido más afortunado —informó entonces el magistrado—. No sé más de lo que sabía. Sólo puedo deciros que he adquirido una certidumbre.

—¿Y es, caballero?

—Que el documento no está basado sobre signos convencionales, sino sobre lo que se llama «una cifra» en criptografía, es decir, sobre un número.

—Pero... —dijo Manuel—, ¿no se afirma que es posible leer un documento de este

género?

—En efecto —admitió Jarríquez—. Cuando una letra está invariablemente representada por la misma letra. Entiéndame: quiero decir cuando una *a*, por ejemplo, es siempre una *p*; cuando una *p* es siempre una *x*... De lo contrario, no es posible.

—¿Y en este documento?

—En este documento el valor de la letra cambia, de acuerdo con la cifra, tomada arbitrariamente y que es lo que rige. Así, una *b* que haya sido representada por una *k*, más adelante lo será por una *z*; después, una *m*, o una *n*, o una */*, o cualquier otra letra.

—¿Y en tal caso?

—En tal caso, o sea en este caso, tengo el sentimiento de decirlos que el criptograma resulta absolutamente indescifrable.

—¡Indescifrable! —repitió Manuel—. No, caballero, ¡eso es imposible! Es preciso que concluyamos por hallar la clave de este documento, del que depende la vida de un hombre.

Manuel se había levantado, presa de una sobreexcitación que le era imposible dominar.

La respuesta dada por el magistrado era tan desesperada, que no se resolvía a aceptarla por definitiva.

A un gesto del juez, volvió a tomar asiento. Luego, ya dominado su estado de ánimo, preguntó con voz más tranquila:

—En primer lugar, caballero, ¿qué puede haceros creer que la clave de este documento es una cifra, o, como decís, que es un número?

El juez Jarríquez dio esta respuesta:

—Oídmeme, joven, y no tardaréis en rendiros a la evidencia.

El magistrado tomó el documento y lo puso ante los ojos de Manuel, así como el trabajo que había estado haciendo.

—He comenzado —hizo saber— por tratar este documento como debía hacerlo, lógicamente, es decir, sin encomendar nada a la casualidad. Así, pues, he multiplicado un alfabeto basado en la proporcionalidad de las letras más usuales de nuestro idioma,

procurando obtener la lectura siguiendo las normas de nuestro ilustre Edgar Allan Poe...
¡Pues bien, su procedimiento no ha dado resultado!

—¡Que no ha dado resultado...!

—No, joven, y yo hubiera debido darme cuenta, desde luego, que buscar el éxito de esta manera era imposible. Con seguridad que uno más inteligente que yo no se hubiera equivocado.

—Pero, ¡por Dios! —exclamó Manuel—. Desearía comprenderos y no puedo.

—Tomad el documento —replicó el juez Jarríquez—, cuidando tan sólo de observar la disposición de las letras, y releedlo todo entero.

Manuel obedeció.

—¿No observáis algo extraño en la combinación de ciertas letras?

—No veo nada —respondió Manuel después de haber, acaso por la centésima vez, recorrido las líneas del documento.

—No importa... Examinad el último párrafo. Allí, ¿comprendéis?, debe de estar el resumen completo de la noticia. ¿Tampoco veis nada que sea anormal?

—Nada.

—Hay, sin embargo, un detalle que prueba de la manera más absoluta que el documento está sometido a la ley de un número.

—¿Y es...? —preguntó Manuel.

—Es que vemos que letras tales como la g, la í, la h, la v, la f se encuentran repetidas, una a continuación de otra, en diferentes puntos del párrafo.

Lo que decía el juez Jarríquez era cierto y a propósito para llamar la atención. Por una parte, las letras 6, 8 y 9 de la línea eran g, colocadas casi consecutivamente; por otra, las 64, 65 y 68 eran v, colocadas de una manera análoga, así como las dos t que ocupaban los lugares 112 y 113, y las h y f que ocupaban respectivamente los 121, 122, 173 y 174.

—¿Y esto prueba...? —preguntó Manuel, quien no adivinaba qué consecuencia podría deducir de esta combinación.

—Eso prueba sencillamente que el documento reposa sobre la ley de un número. Eso demuestra en principio que cada letra está modificada en virtud de las cifras de este número, y según el lugar que ellas ocupan.

Manuel, sorprendido por este argumento, reflexionó un instante, y no encontró nada que responder.

—Y si yo hubiese hecho más pronto esta observación —continuó el magistrado—, me hubiera evitado mucho mal y un principio de jaqueca que se extiende desde el sincipicio hasta el occipucio.

—Pero, en fin, caballero —preguntó Manuel, que sentía escapársele el resto de esperanza que aún conservaba—, ¿qué debe entenderse por *cifra*?

—Digamos un número.

—Sea un número.

—Helo aquí, y un ejemplo os lo hará comprender mejor que toda explicación.

El juez Jarríquez se sentó a la mesa, tomó una hoja de papel, un lápiz y dijo: —Señor Manuel, elijamos una frase a la casualidad, la primera que se nos ocurra; ésta por ejemplo: *El juez Jarríquez está dotado de un talento muy ingenioso.*

Hecho esto, el magistrado, a quien sin duda esta frase parecía contener una de esas proposiciones que están fuera de duda, miró a Manuel, diciendo:

—Supongamos ahora que yo tomo un número cualquiera a fin de dar a esta sucesión natural de palabras una forma criptográfica. Supongamos también que este número esté compuesto de tres cifras, y que estas cifras sean 4, 2 y 3. Coloco el dicho número 423 bajo la línea anteriormente escrita, repitiéndolo tantas veces cuantas sea preciso para llegar al final de la frase, y de manera que cada cifra corresponda a cada una de las letras. He aquí lo que resulta:

El juez Jarríquez está dotado de un talento muy ingenioso.

42 3423 423423423 4234 234234 23 42 3423423 423 423423423

»Pues bien, mi señor Manuel; remplazando cada letra por la letra que ella ocupa en el orden alfabético, rebajándola de lugar según el valor de la cifra que le corresponde, obtengo lo siguiente:

E, 4 :a

l, 2 :j

j, 3 :h

u, 4 :q

e, 2 :c

z, 3 :v

y así sucesivamente.

»Si por el valor de las cifras que componen el número en cuestión llego al fin del alfabeto, sin tener bastantes letras complementarias que deducir, vuelvo a tomar las del principio.

«Dicho esto, después de haber empleado hasta el fin este sistema criptográfico ordenado por el número 423, que, no lo olvidéis, ha sido elegido arbitrariamente, la frase que conocéis queda sustituida por ésta:

»aj hqcv gyoñhñqcv aqqv bmpyall bb qll qvjckruljsu fildallgqm.

«Ahora, joven, examinad bien esta frase: ¿no tiene enteramente el aspecto del documento en cuestión? Y bien, ¿qué resulta? Que, debido a la significación de la letra por la cifra que casualmente queda debajo, la letra criptográfica que se relaciona con la letra verdadera no puede ser necesariamente la misma. Así, pues, en esta frase la primera e está representada por una a; la segunda por una c; la quinta por una b; una h corresponde a la primera j; y una g a la segunda; de las dos r de mi nombre, una está representada por una o; la segunda por una ñ; la t de la palabra está se convierte en q y la de dotado en p. Por lo cual comprenderéis perfectamente que sin conocer el número 423 no llegaréis nunca a leer estas líneas, y que, por consecuencia, puesto que no conocemos el número que esclarece el

documento, éste resulta indescifrable.

Oyendo al magistrado razonar con una lógica tan cerrada, quedó Manuel abatido por el momento; pero levantando la cabeza:

—No —exclamó—; no, señor. No renunciaré a la esperanza de descubrir este número.

—Quizá hubiera podido conseguirse —dijo entonces el juez Jarríquez—, si las líneas del documento estuviesen divididas por palabras.

—¿Y por qué?

—He aquí mi razonamiento. Me es permitido afirmar con toda seguridad que el último párrafo del documento debe resumir todo cuanto ha sido escrito en los párrafos anteriores. Luego para mí es evidente que se halla el nombre de Juan Dacosta. Pues bien, si las líneas estuviesen divididas por palabras, reconociendo éstas una a una, es decir, las compuestas de siete letras, que son las que tiene el nombre Dacosta, no hubiera sido imposible reconstruir el número que es la clave de este documento.

—Servios, explicarme cómo sería necesario proceder —suplicó Manuel, que tal vez veía lucir una última esperanza.

—Nada más sencillo —respondió el juez Jarríquez—. Tomemos, por ejemplo, una de las palabras de la frase que acabamos de describir; mi nombre, si gustáis. En el criptograma se representa esta rara sucesión de letras: *gyoñhñqcv*. Pues bien, disponiendo estas letras en columna vertical, después colocando en frente las letras de mi nombre y ascendiendo de la una a la otra en el orden alfabético, tendré la fórmula siguiente:

Entre g y j se cuentan 4 letras.

» y » a » 2 »

» o » r » 3 »

» ñ » r » 4 »

» h » i » 2 »

» ñ » q » 3 »

» q » u » 4 »

» c » e » 2 »

» v » z » 3 »

«Ahora, ¿cómo está compuesta la columna de las cifras producidas por esta operación sencilla? Ya lo veis, por las cifras 423 423 423, etcétera, es decir, por el número 423 repetido muchas veces.

—Sí, eso es —comprendió Manuel.

—Por este medio os daréis cuenta de que ascendiendo el orden alfabético de la falsa letra a la verdadera, en lugar de descender de la verdadera a la falsa, he podido fácilmente reconstruir el número, y que este número buscado es efectivamente el 423, que yo había elegido como clave de mi criptograma.

—Y bien, caballero —exclamó Manuel—; si, como debe ser, el nombre de Dacosta se encuentra en este último párrafo, tomando sucesivamente cada letra de estas líneas para la primera de las siete letras que forman este nombre, debemos llegar a...

—Eso sería posible, en efecto —respondió el juez Jarríquez—; pero con una condición.

—¿Cuál?

—La de que la primera cifra del número viniese a caer precisamente bajo la primera letra de la palabra Dacosta, y me concederéis que esto no es muy probable. ¿No os parece?

—En efecto —dijo Manuel que ante este último razonamiento sentía escapársele su última esperanza. —Es, pues, necesario entregarse a la casualidad —replicó el juez Jarríquez moviendo la cabeza—, y la casualidad no debe intervenir en averiguaciones de este género.

—Pero, en fin —dijo Manuel—, ¿no podría la casualidad descubrirnos este número?

—Pero ese número —dijo a su vez el magistrado—, ese número, ¿de cuántas cifras se compone? ¿Es de dos, de tres, de cuatro, de nueve, de diez? ¿Está formado por cifras diferentes o de cifras muchas veces repetidas? ¿Sabéis, joven, que con las diez cifras de la numeración, empleándolas todas, sin repetición ninguna, pueden formarse tres millones doscientos sesenta y ocho mil ochocientos números diferentes, y que si se repitiesen varias

cifras, estos millones de variaciones aumentarían todavía? ¿Y sabéis que no empleando más que un solo minuto de los quinientos veinticinco mil seiscientos de que se compone el año en ensayar cada uno de estos números, necesitaríais más de seis años, y que si cada operación exigiese una hora no tendríais bastante con tres siglos? ¡No! Esto es pedir un imposible.

—Lo imposible, señor —respondió Manuel—, es que un justo sea condenado y que Juan Dacosta pierda la vida y el honor cuando está en vuestras manos la prueba material de su inocencia. ¡He aquí lo que resulta imposible!

—¡Ah, joven! —exclamó el juez Jarríquez—. Después de todo, ¿quién os dice que ese Torres no haya mentido, que haya realmente tenido entre sus manos un documento escrito por el autor del crimen, que este papel sea ese documento y que se aplique a Juan Dacosta?

—¡Es cierto...! —admitió Manuel, y su cabeza cayó entre sus manos.

Porque así era; nada probaba de una manera evidente que el documento tuviese relación con el arrayal diamantífero. Nada demostraba que no estuviese vacío de todo sentido y hubiese sido imaginado por el mismo Torres, muy capaz de vender un documento falso como verdadero.

—Pero eso es ahora lo de menos, don Manuel —agregó el juez Jarríquez levantándose—. Sea cualquiera el asunto de que trate este documento, no renuncio a descubrir la cifra. Después de todo, esto es mejor que un logogrifo o un jeroglífico.

Después de estas palabras, el prometido de Minha se despidió del magistrado y volvió a la jangada, más desesperado a su regreso que lo estaba cuando la dejara.

CAPÍTULO XIV

A TODA COSTA

Durante este tiempo, la opinión pública habíase modificado por completo en relación con el condenado Juan Dacosta.

A la cólera había sucedido la compasión.

Ya no proferíanse amenazas por parte del populacho ante la prisión de Manaos. Al

contrario, los que más ferozmente le acusaran de ser el principal autor del crimen de Tijuco afirmaban ahora que no era él el culpable y reclamaban su libertad. Que así son las muchedumbres; pasan de un extremo a otro.

Este cambio en la opinión era comprensible.

Los acontecimientos producidos en los dos últimos días; el duelo entre Benito y Torres; la búsqueda del cadáver de éste, reaparecido en circunstancias tan extraordinarias; el hallazgo del documento; la indescifrabilidad, si nos es permitido expresarnos así, de las líneas que contenía; el convencimiento en que se estaba, o se quería estar, de que el documento encerraba la prueba material de la inculpabilidad de Juan Dacosta, puesto que procedía del verdadero culpable; todo, en fin, había contribuido a operar el radical cambio en la opinión pública. Lo que se deseaba, lo que se guardaba con impaciencia después de cuarenta y ocho horas, se temía ahora; es decir, que llegara la orden expedida desde Río de Janeiro.

Esto no podía tardar.

En efecto, Juan Dacosta había sido detenido el veinticuatro de agosto e interrogado al siguiente día. La relación del juez había partido el veintiséis y se estaba a veintiocho. En tres o cuatro días, todo lo más, el ministro habría tomado una decisión respecto al condenado, y era demasiado cierto que «la justicia seguiría su curso».

¡Sí, nadie dudaba de que sucedería así! Y, sin embargo, que la certeza de la inocencia de Juan Dacosta había de salir del documento, no era dudoso para nadie, ni para su familia, ni para toda la población de Manaos, que seguía apasionadamente las fases de este dramático asunto.

Pero a los ojos observadores desinteresados o indiferentes, que no se hallaban bajo la presión de los acontecimientos, ¿qué valor podía tener ese documento, y cómo confirmar que se relacionaba con el atentado del arrayal diamantífero?

Existía, esto era incontestable. Se le había encontrado sobre el cadáver de Torres. Nada más cierto. Hasta podía asegurarse, comparándole con la carta en que Torres denunciaba a Juan Dacosta, que este documento no había sido escrito por la mano del aventurero. Y, sin embargo, como había dicho el juez Jarriquez, ¿no podía aquel miserable haberlo hecho confeccionar con el objeto de buscar su negocio? Torres pretendía no querer desprenderse de él sino después de su matrimonio con la hija de Juan Dacosta, es decir, cuando ya no fuese posible retroceder sobre un hecho consumado.

Todas estas tesis podían sostener por una y otra parte, y se comprende que el asunto debía interesar en el más alto grado.

De todos modos, la situación de Juan Dacosta era de las más comprometidas. Mientras el documento no fuera descifrado, era como si no existiese; y si su secreto criptográfico no era adivinado o revelado milagrosamente antes de tres días, antes de tres días la expiación suprema habría herido al condenado de Tijuco.

¡Un hombre trataba de llevar a cabo el milagro! Este hombre era el juez Jarríquez, y ahora trabajaba más aún por el interés de Juan Dacosta que por la satisfacción de sus cualidades analíticas. Sí, un cambio completo se había operado en su espíritu.

Este hombre, que abandonaba voluntariamente su retiro de Iquitos, que venía, con riesgo de su vida, a pedir su rehabilitación a la justicia brasileña... ¿No existía allí un enigma moral que valía la pena de estudiarse? Así, pues, el magistrado no abandonaría este documento hasta haber descubierto la cifra a que obedecía.

Entregado furiosamente a su estudio, ni comía ni dormía.

Todo su tiempo se pasaba en combinar números, en forjar una llave para forzar la cerradura.

A la terminación del primer día, esta idea había tomado en el cerebro del juez Jarríquez el carácter de obsesión. Una cólera muy poco contenida hervía en su interior, manteniéndose en un estado permanente. Toda la casa temblaba. Sus criados, negros o blancos, no se atrevían a presentarse ante él. Felizmente, era soltero, pues de otro modo la señora Jarríquez hubiera pasado algunos malos ratos.

Jamás problema alguno había apasionado tanto a este ser original: estaba resuelto a perseguir la solución aunque su cabeza estallase como una caldera calentada al rojo bajo la tensión de los vapores.

Para el digno juez no cabía duda de que la clave del documento era un número, compuesto de dos o muchas cifras, pero que no había medio de conocerlo por deducción tan sólo.

A pesar de todo, emprendió este trabajo con verdadera rabia, y a él aplicó todas sus facultades durante el día veintiocho de agosto.

Buscar al azar un número, él lo había dicho, era perderse en millones de combinaciones que habrían absorbido más tiempo que la vida de un calculador de primer orden.

Pero si no debía contentarse con la casualidad, ¿era posible proceder por el

razonamiento? No, sin duda, y a cavilar hasta perder la razón se entregó por completo el juez Jarríquez, después de haber inútilmente buscado el reposo en algunas horas de sueño.

Quien después de haber arrostrado la formal prohibición que debía proteger su soledad, hubiera podido llegar hasta él en este momento, le habría encontrado como la víspera, en su despacho, delante de su mesa, con los ojos fijos en el documento, cuyas embrolladas letras le parecían girar alrededor de su cabeza.

—¡Aaaah! —exclamaba de vez en cuando—. ¿Por qué el miserable que lo ha escrito, sea quien sea, no ha separado las palabras de este párrafo? Se podría, se ensayaría... ¡Pero no! Y, sin embargo, si realmente en este documento se trata de asesinato y de robo, es imposible que no se encuentren palabras tales como *arrayal*, *diamantes*, *Tijuco*, *Dacosta* y otras más, y colocándolas frente a sus equivalentes criptográficas, podría llegarse a reconstruir el número. Pero nada; ni una sola separación; una palabra, una sola, una palabra de doscientas noventa y cuatro letras. ¡Maldito! ¡Sí, maldito sea doscientas noventa y cuatro veces el bribón que con tan mala idea ha complicado su sistema! Sólo por esto merecería la cuerda doscientas noventa y cuatro veces.

Y un violento puñetazo dado sobre el documento vino a acentuar este poco caritativo deseo.

—Pero en fin —continuó el magistrado—; Si no se me permite buscar una de estas palabras en el cuerpo del documento, ¿no puedo, por lo menos, ensayar descubrirla, ya sea al principio o ya al final de cada párrafo? Tal vez en esto haya una probabilidad que es preciso no dejar pasar.

Entregado a todas estas deducciones, el juez Jarríquez ensayó sucesivamente si las letras que comenzaban o concluían las diversas líneas del documento podían corresponder a las que formaban la palabra más importante, la que necesariamente debía figurar en alguna parte: la palabra *Dacosta*.

Nada; no había nada.

Después de ensayar sucesivamente las palabras *Dacosta*, *arrayal* y *Tijuco*, observó que su construcción no correspondía a la serie de letras criptográficas.

Después de este trabajo el juez Jarríquez, con la cabeza atontada, se levantó, paseó por su gabinete, tomó el aire en la ventana, exhaló una especie de rugido, cuyo ruido hizo desbandarse una nube de pájaros-moscas que revoloteaban en el follaje de una mimosa, y volvió a su documento.

Lo cogió y empezó a darle vueltas entre sus manos.

—¡El tunante, el bribón! —dijo—; ¡concluirá por volverme loco! Pero ¡alto!, tengamos calma, no perdamos la razón. ¡No es éste el momento!

Después de haberse refrescado la cabeza con una ablución de agua fría, dijo:

—Ensayemos otra cosa. Puesto que no puedo deducir un número de la colocación de estas condenadas letras, veamos qué número ha podido elegir el autor de este documento, admitiendo que sea también el autor del crimen de Tijuco.

Este era otro método de deducciones a que iba a entregarse el magistrado, y tal vez con razón, pues este método no carecía de cierta lógica.

—Ensayemos desde luego un millar. ¿Por qué ese malhechor no había de haber escogido el millar del año que ha visto nacer a Juan Dacosta, a este inocente, que dejaba condenar en su lugar, aunque sólo fuese por no olvidar este número tan importante para él? Dacosta nació el año 1804. Veamos lo que nos da el 1804 tomado como cifra criptológica.

Y el juez Jarríquez, escribiendo las primeras letras del párrafo y colocando sobre ella el número 1804, que repitió tres veces, obtuvo esta nueva fórmula:

1804 1804 1804

chnyi sgeg gxp d

Después, haciendo ascender en el orden alfabético a cada letra tantos lugares como unidades representaba la cifra que sobre ella había colocado, obtuvo la serie siguiente:

t u y l l t m e j h f p h,

lo que no significaba nada.

—¡Ni con esto! —gritó Jarríquez—. Ensayemos otro número.

Preguntóse si en lugar de este primer millar el autor del documento no habría escogido más bien el del año en que fue cometido el crimen, y, procediendo como anteriormente,

obtuvo ahora esta otra fórmula:

1826 1826 1826

chnyi sgeg gxpd

lo que dio:

i u a n t m g e h f r i

Al obtener el primer término de la serie, el juez Jarríquez dio un bote sobre su asiento, pues, la palabra *iuan* podría muy bien ser la anticuada de Juan y hallarse sobre la pista de su descubrimiento; pero los otros términos de la serie calmaron su entusiasmo al ver que no formaban sentido determinado.

—¡Condenado número! —exclamó—. Preciso es renunciar también a él. Vamos a otro. ¿Habrá escogido el muy tunante el número de contos que representaba el producto del robo? Veamos; el valor de los diamantes robados había sido estimado en la suma de ochocientos treinta y cuatro contos de reis.

La fórmula, pues, se estableció de esta manera:

834 834 834

chny ige ggx

lo que dio un resultado tan poco satisfactorio como los anteriores:

ñ p c o i c h m i b

—¡Al diablo el documento y el que lo inventó! —gritó el juez arrojando el papel, que fue volando hasta el otro extremo de la habitación—. ¡Un santo perdería la cabeza y se haría condenar!

Pero pasado este momento de cólera el magistrado, que no quería darse por vencido, volvió a tomar el documento. Lo que había hecho para las primeras letras de diversos párrafos volvió a hacerlo para las últimas inútilmente. Después intentó todo cuanto le

sugería su imaginación sobreexcitada. Uno tras otro fueron ensayados los números que representaban la edad de Juan Dacosta, a quien debía conocer bien el autor del crimen, la fecha del arresto, la de la condenación pronunciada por el tribunal de Villa Rica, la fijada para la ejecución, etcétera, hasta el momento mismo de las víctimas del atentado de Tijuco.

¡Y siempre era en vano!

El juez Jarríquez se hallaba en tal estado de exasperación, que podía realmente temerse por el equilibrio de sus facultades mentales. Se meneaba, se retorció, luchaba como si se hallase cuerpo a cuerpo con un adversario.

Después, de repente;

—¡Al azar! —gritó— y que el cielo me ayude, puesto que la lógica es impotente.

Su mano agarró el cordón de una campanilla, colocada junto a su mesa de trabajo. Sonó el timbre violentamente, y el magistrado avanzó hasta la puerta para abrirla.

—¡Bobo! —gritó.

Bobo, un negro liberto, que era el servidor privilegiado del juez, no aparecía. Era evidente que Bobo no se atrevía a entrar en el cuarto de su señor.

Nuevo campanillazo. Nueva llamada a Bobo, que, en interés propio, creía que en aquella ocasión debía hacerse el sordo.

En fin, tercer campanillazo, que desmontó el aparato y rompió el cordón. Esta vez Bobo apareció.

—¿Qué me quiere mi amo? —preguntó Bobo, manteniéndose prudentemente junto a la puerta.

—¡Acércate sin decir una sola palabra! —respondió el magistrado, cuya ardiente mirada hizo temblar al negro.

Bobo avanzó.

—Bobo —le dijo el juez—, pon atención a la pregunta que voy a hacerte, y responde inmediatamente, sin reflexionar, o te...

Bobo, desconcertado, abiertos los ojos y más abierta la boca aún, juntó sus pies,

cuadrándose militarmente, y aguardó.

—¿Estás? —le preguntó su amo.

—Sí, amo.

—Atención. Dime, sin pensarlo, ¿entiendes bien?, el primer número que se te ocurra.

—Setenta y seis mil doscientos veintitrés —respondió Bobo sin respirar.

El negro, sin duda, había pensado complacer a su amo respondiéndole con un número tan elevado.

El juez corrió a su mesa, y con el lápiz en la mano procedió a examinar el criptograma, de acuerdo con el número indicado por Bobo, quien con este motivo no era sino el intérprete de la casualidad.

Como puede comprenderse, hubiera resultado por demás inverosímil que el número 76.223 fuese precisamente el que servía de clave al documento para llegar a su comprensión.

Así es que no ocasionó otro resultado que traer a la boca del juez un voto tal, que Bobo se apresuró a retirarse tan aprisa como le fue posible.

CAPÍTULO XV

ÚLTIMOS INTENTOS

Además del magistrado, y con tan inútiles esfuerzos, Benito, Manuel y Minha se esforzaban en común para arrancar al manuscrito el secreto del cual dependían la vida y el honor de su padre. A su vez, Fragoso, ayudado por Lina, no había querido ser menos; pero hasta entonces no había obtenido un resultado satisfactorio. El número seguía sin aparecer.

—Ya lo encontraré —aseguraba su novio.

—¡Buscad, Fragoso —le repetía sin cesar la mulata—; buscad y encontrad!

Bueno es advertir que éste tenía el propósito de ejecutar un proyecto del que no quería hablar ni aun a la misma Lina. El tal proyecto habíase convertido también en una obsesión de su cerebro: se trataba de dirigirse al encuentro de aquella milicia, a la que había pertenecido el capitán de bosques, y descubrir quién podía ser el autor del documento cifrado, que se confesaba culpable del crimen de Tijuco.

La parte de la provincia de las Amazonas en la cual operaba esta milicia, el punto en que Fragoso la había encontrado algunos años antes, la circunscripción a que pertenecía, se hallaba bastante cerca de Manaos. Bastaba descender por el río unas cincuenta millas hacia la desembocadura del Madeira, afluente por su orilla derecha, y allí, sin duda, se encontraría el jefe de estos *capitães do mato*, de los que Torres había sido compañero. En dos días, en tres a lo sumo, podía Fragoso ponerse en relación con los antiguos camaradas del aventurero.

—Sí, sin duda, puedo hacer esto, pero ¿y después? ¿Qué resultará de mis gestiones, aun admitiendo que lleguen a tener buen éxito? Cuando tengamos la certidumbre de que uno de los compañeros de Torres ha muerto recientemente, ¿probará este hecho que sea él el autor del crimen? ¿Demostrará que ha entregado a Torres un documento en el cual confiesa su delito descargando de toda culpabilidad a Juan Dacosta? No. Sólo dos hombres conocen la cifra: el culpable y Torres, ¡y éstos no existen!»

Así razonaba Fragoso. Parecía evidente que su resolución no podía conducir a nada. Y, sin embargo, este pensamiento era más fuerte que él. ¡Un poder irresistible le impelía a partir, aun cuando ni estuviese seguro de encontrar la milicia del Madeira! En efecto, ¿no podía ésta hallarse operando en cualquiera otra parte de la provincia? ¡Y entonces, para dar con ella necesitaría Fragoso más tiempo del que podía disponer! Y después de todo, ¿para obtener qué cosa?

No obstante, al día siguiente, veintinueve de agosto, antes de salir el sol, Fragoso, sin prevenir a nadie, abandonó furtivamente la jangada, llegó a Manaos y se embarcó a bordo de una de las *egariteas* que descienden diariamente el Amazonas.

Y cuando nadie le volvió a ver a bordo, cuando no reapareció en todo el día, no tuvo límites la admiración. Nadie, ni siquiera la joven mulata, podía explicarse la ausencia de este servidor tan adicto, en tan graves circunstancias.

Algunos llegaron a preguntarse, y no sin alguna razón, si el pobre muchacho, desesperado

por haber personalmente contribuido, cuando le encontró en la frontera, a conducir a Torres hasta la jangada, no se había abandonado a algún acto de desesperación.

Pero si Fragoso podía dirigirse semejante reproche, ¿qué sucedería con Benito? Una vez, en Iquitos, le había brindado a visitar la hacienda; después, en Tabatinga, le había conducido a la jangada para tomar pasaje; por último, al provocarle y darle muerte, había destruido al único testigo que hubiera podido intervenir en defensa del condenado.

Y entonces Benito se acusaba de todo, de la prisión de su padre, de las terribles eventualidades que debían ser la consecuencia.

En efecto, si Torres viviese, Benito se decía que, de una manera u otra, por piedad o por interés, el aventurero hubiera concluido por entregar el documento. A fuerza de dinero, Torres, a quien nada podía comprometer, ¿no se hubiera decidido a hablar? La tan buscada prueba, ¿no hubiera podido ponerse ante los ojos de los magistrados? Sí, sin duda. Y el único hombre que podía procurar este testimonio había muerto por la mano de Benito.

He aquí lo que el desgraciado joven repetía a su madre, a Manuel, a sí mismo. He aquí la cruel responsabilidad que pesaba sobre su conciencia.

Yaquita, entre su marido, cerca del cual estabase cuantas horas le eran permitidas, y su hijo, presa de una desesperación que hacía temer por su juicio, no perdía, a pesar de todo, su energía moral.

En ella se veía a la valerosa hija de Magallanes, a la digna compañera del hacendado de Iquitos.

La actitud de Juan Dacosta era la más a propósito para sostenerla en esta prueba. Este hombre de corazón, este rígido puritano, este austero trabajador, cuya vida no había sido más que una lucha, no había aún demostrado un solo instante de debilidad.

El golpe más terrible que recibiera, aunque sin abatirle, había sido la muerte del juez Ribeiro, en cuyo espíritu no cabía la menor duda de su inocencia.

¿No era con la ayuda de este antiguo defensor con la que contaba para su completa rehabilitación? La intervención de Torres en este asunto no la consideraba sino como secundaria para él. Por otra parte, cuando se había decidido a abandonar Iquitos, para entregarse a la justicia de su país, no conocía la existencia de este documento.

Él sólo había aportado para su defensa pruebas morales. Si una prueba material había surgido en el curso de este asunto, antes o después de su prisión, no era, por cierto, hombre

capaz de desdeñarla; pero si, a consecuencia de circunstancias desgraciadas, esta prueba había desaparecido, se veía en la misma situación en que se hallaba al pasar la frontera del Brasil, en la situación de un hombre que venía a decir: «He aquí mi pasado; he aquí mi presente; he aquí una existencia honrada dedicada al trabajo y a la abnegación; después de veintitrés años de destierro, vengo a entregarme a vosotros. ¡Aquí me tenéis! ¡Juzgadme!»

El que Torres hubiera sido muerto, la imposibilidad de leer el documento encontrado sobre él, no habían podido producir en Juan Dacosta una impresión tan viva como en sus hijos, sus servidores, sus amigos, en todos aquellos que se interesaban por él.

—Tengo fe en mi conciencia —repetía a Yaquita—, como tengo fe en Dios. Si Él encuentra que mi vida es útil aún a los míos y que es preciso un milagro para salvarme, el milagro se hará; si no, ¡moriré! Él sólo es el juez.

Entretanto, la emoción se acentuaba en la villa de Manaos a medida que el tiempo transcurría. Este asunto era comentado con igual pasión. En medio del interés que provoca en la opinión pública todo lo que se presenta rodeado de misterio, el documento constituía el único objeto de todas las conversaciones. Al final del cuarto día, todo el mundo estaba convencido de que en aquél se encerraba la justificación del condenado.

Hay que decir, además, que en todas partes se procuraba descifrar su incomprensible contenido. El *Diario d'o Grand Pará* lo había reproducido en facsímil. Se habían repartido en gran número ejemplares autografiados, a instancias de Manuel, que no quería descuidar nada de aquello que pudiera ayudar a la penetración de este misterio, ni aun la casualidad, este nombre de guerra que a veces suele tomar la Divina Providencia.

Prometióse una recompensa de cien contos al que descubriese la clave que permitiese descifrar el documento. Esto era una fortuna; así es que gente de todas clases perdieron la bebida, la comida y el sueño, para encarnizarse con el ininteligible criptograma.

Todo había sido inútil hasta entonces, y era probable que los más ingeniosos analistas del mundo consumiesen en balde sus veladas.

Habían avisado al público que toda solución debería dirigirse sin tardanza al juez Jarríquez, en su casa de la calle de Dios Hijo; pero el veintinueve de agosto nada había llegado todavía, y existía el temor de que nada llegaría.

De todos cuantos se dedicaban al estudio de este rompecabezas, el juez Jarríquez era, sin duda, el más digno de compasión.

De resultas de una lógica asociación de ideas, él también compartía la opinión general de

que el documento se relacionaba con el asunto de Tijuco, que estaba escrito por la misma mano del culpable, y que patentizaba la inocencia de Juan Dacosta. Así es que cada vez empleaba más ardor para buscar la clave. No le guiaba ya el arte por el arte; era un sentimiento de justicia, de piedad, hacia un hombre herido por una injusta condena.

Si es cierto que en el trabajo del cerebro humano se gasta una cantidad de cierto fósforo orgánico, difícil hubiera sido calcular cuantos miligramos había consumido el magistrado para calentar los hornillos de su *ilusorium*, y a fin de cuentas para no encontrar nada.

Y, sin embargo, el juez Jarríquez no pensaba en abandonar su tarea. Si en lo sucesivo sólo contaba con la casualidad, era preciso, él quería que la casualidad acudiera en su ayuda. Trataba de provocarla por todos los medios posibles e imposibles. En él este deseo se había convertido en frenesí, en rabia, y lo que es peor aún, en rabia impotente.

Los diferentes números que ensayó durante esta última parte del día, números tomados siempre arbitrariamente, no podrían concebirse. ¡Ah! Si hubiese tenido tiempo, no hubiera titubeado en lanzarse en los millones de combinaciones que se pueden formar con los diez signos de la numeración. Hubiera consagrado su vida entera, aun a riesgo de volverse loco... ¡Loco...! ¿No lo estaba ya...?

Se le ocurrió la idea de que tal vez el documento debía leerse al revés, y exponiéndolo ante una vela trató de leerlo al trasluz.

¡Nada...! Los números ya imaginados, y que ensayó bajo esta nueva forma, no dieron resultado alguno.

Tal vez era preciso tomar el documento en sentido contrario y restablecerlo marchando de la última letra a la primera, lo que su autor podía haber combinado, para hacer más difícil su lectura.

¡Nada! Esta nueva combinación sólo produjo una nueva serie de letras completamente enigmáticas.

A las ocho de la noche, el juez Jarríquez, con la cabeza entre las manos, destrozado, abatido moral y físicamente, no tenía fuerzas para moverse, hablar, pensar ni asociar una idea a otra.

De repente, se oyó ruido por la parte exterior; casi en el mismo momento, se abrió bruscamente la puerta de su habitación.

Benito y Manuel se hallaban ante él; Benito desenchajado, Manuel sosteniéndole, pues el

infortunado joven apenas podía sostenerse.

El magistrado se había levantado vivamente.

—¿Qué hay, señores? ¿Ocurre algo? —preguntó.

—¡La cifra...! ¡La cifra...! —gritó Benito, loco de dolor—. La cifra del documento.

—¿La conocéis, pues? —exclamó el juez.

—No —respondió Manuel—; pero vos...

—¡No he hallado nada!

—¡Nada! —repitió Benito.

Y, en el paroxismo de la desesperación, sacando el machete de su cintura, quiso atravesarse el pecho.

El magistrado y Manuel se lanzaron sobre él, logrando, no sin gran trabajo, desarmarle.

—Benito —dijo el juez Jarríquez, con una voz que quería ser tranquila—, puesto que vuestro padre no puede ya evitar la expiación de un crimen que no ha cometido, os queda algo que hacer mejor que atentar contra vuestra vida. Os queda aún otra solución.

—¿Qué es? —preguntó el desesperado joven.

—Os resta el intentar salvarle de tan triste suerte.

—Pero, ¿cómo?

—A vos os toca adivinarlo —manifestó el magistrado—; no a mí decíroslo.

CAPÍTULO XVI

PREPARATIVOS

Al día siguiente, que era el treinta de agosto, Benito y Manuel celebraron un cambio de

impresiones. Habían comprendido el pensamiento que el juez no había querido decir claramente. Se decidieron a buscar los medios necesarios para que se evadiera el prisionero, a quien amenazaba la última pena.

Era demasiado cierto que, para el gobierno de Río de Janeiro, el indescifrado documento no representaría prueba alguna, que sería letra muerta; que el primer juicio que había declarado a Juan Dacosta culpable del atentado de Tijuco no iba a ser modificado, y que la orden de ejecución llegaría irremediablemente, pues no era posible ninguna conmutación de pena.

Por consiguiente, Juan Dacosta no debía vacilar en huir para sustraerse al fallo que le condenaba injustamente.

Quedó convenido entre ambos jóvenes que el secreto de lo que iban a intentar sería absoluto; ni Yaquita ni Minha serían puestas al corriente de sus tentativas, pues resultaría doloroso infundirles cierta esperanza, que tal vez luego resultara fallida, si, por circunstancias imprevistas, se malograba el plan de evasión.

La presencia de Fragoso en esta ocasión hubiera sido preciosa. La ayuda de este muchacho inteligente y adicto habría sido utilísima para los dos jóvenes; pero Fragoso no había vuelto a aparecer. Lina, interrogada con este motivo, no podía decir lo que había sido de él, ni por qué había abandonado la jangada, aun sin prevenirla.

Y con seguridad que, si Fragoso hubiera podido prever que las cosas llegarían a tal punto, no habría abandonado a la familia Dacosta para intentar un paso que, al parecer, no había de dar ningún resultado serio. ¡Sí; más hubiera valido ayudar a la evasión del condenado, que ponerse en busca de los antiguos compañeros de Torres! Pero Fragoso se hallaba ausente y era preciso renunciar a su concurso.

Benito y Manuel abandonaron desde el alba la jangada y se dirigieron a Manaos. Llegaron rápidamente a la villa y se internaron en sus estrechas calles, aún desiertas a aquella hora. En algunos minutos se encontraron delante de la prisión, y recorrieron en todos sentidos aquellos terrenos en que se levantaba el antiguo convento que servía de cárcel.

Convenía estudiar con el mayor cuidado la disposición de aquellos lugares.

En un ángulo del edificio se abría, a siete metros del suelo, la ventana de la celda en que estaba encerrado Juan Dacosta. Esta ventana se hallaba defendida por una reja de hierro en bastante mal estado, que sería preciso arrancar o limar, si llegaban hasta ella. Las piedras del muro, mal unidas, ofrecían numerosas salidas que debían asegurar al pie un apoyo

sólido, si era posible izarse por medio de una cuerda. Esta cuerda, lanzada diestramente, podría rodear uno de los barrotes de la reja separado de su alvéolo y formando gancho hacia el exterior. Hecho esto, separando uno o dos barrotes para poder dar paso a un hombre, Benito y Manuel no tendrían más que introducirse en la habitación del prisionero, y la evasión se verificaría sin grandes dificultades por medio de la cuerda sujeta al armazón de hierro. Durante la noche, que por el estado del cielo había de presentarse oscura, ninguna de estas maniobras sería percibida, y Juan Dacosta, antes del día, podría hallarse en seguridad.

Durante una hora, Manuel y Benito fueron y vinieron, procurando no llamar la atención; tomaron sus datos con una precisión extrema, tanto sobre la situación de la ventana y disposición de la armadura, como sobre el punto más a propósito para lanzar la cuerda.

—Esto queda convenido —dijo Manuel—. Pero, ¿debemos prevenir a tu padre?

—¡No, Manuel! No le confiemos, como tampoco lo hemos hecho a nuestra madre, el secreto de una tentativa que puede malograrse.

—¡Lo lograremos, Benito! —respondió Manuel—. Sin embargo, es preciso preverlo todo; ¿y en caso de que se llame la atención del carcelero en el momento de la evasión...?

—Tendremos todo el oro necesario para comprar a ese hombre —respondió Benito.

—Bien —dijo Manuel—. Pero una vez fuera de la prisión, nuestro padre no puede permanecer oculto ni en la villa ni en la jangada. ¿Dónde podríamos encontrarle un refugio?

Esta era la segunda cuestión que había que resolver; cuestión gravísima. He aquí cómo lo fue.

A cien pasos de la prisión, el terreno aparecía atravesado por uno de esos canales que vierten por debajo de la villa en el Río Negro. Este canal ofrecía, pues una vía fácil para ganar el río, a condición de que una piragua aguardase al fugitivo. Desde el pie de la muralla hasta el canal sólo había que recorrer unos cien pasos.

Benito y Manuel decidieron que una de las piraguas de la jangada abordaría, a cosa de las ocho de la noche, dirigida por el piloto Araujo, y montada por dos robustos remeros. Remontaría el Río Negro, se internaría en el canal, se deslizaría a través del terreno escabroso, y allí, oculta entre las altas hierbas, se mantendría durante toda la noche a la disposición del prisionero.

Pero una vez embarcado, ¿dónde convendría que Juan Dacosta buscara un refugio?

Esto motivó una postrer resolución que tomaron los dos jóvenes después de pesar minuciosamente el pro y el contra.

Volver a Iquitos era seguir un camino difícil, lleno de peligros. Esto sería largo en todo caso, ya fuese que el fugitivo se dirigiese a través de los campos, ya que subiese o bajase el curso del Amazonas. Ni caballo ni piragua podrían ponerle fuera del alcance con la rapidez necesaria. La hacienda, por otra parte, no le ofrecía un asilo seguro. Al entrar ya no sería el hacendado Juan Garra, sino el condenado Juan Dacosta, siempre bajo la amenaza de extradición, y no era cosa de que pensase en volver a comenzar su vida azarosa de otro tiempo.

Huir por el Río Negro hasta el Norte de la provincia, fuera de la frontera de las posesiones brasileñas, era un plan que exigía más tiempo del que podía disponer Juan Dacosta, y su primer cuidado debía ser ponerse a cubierto de las persecuciones inmediatas.

¿Volver a bajar el Amazonas? Los puestos, las aldeas y las villas abundaban en las dos orillas del río.

La filiación del condenado sería enviada a todos los jefes de policía. Corría, pues, el riesgo de ser detenido mucho antes de llegar al litoral del Atlántico. Y en caso de llegar, ¿dónde y cómo ocultarse hasta encontrar una ocasión de embarcarse y poner la mar entre la justicia y él?

Examinados detenidamente estos proyectos, Benito y Manuel reconocieron que ni los unos ni los otros eran practicables. Uno solo ofrecía algunas probabilidades de éxito.

Era éste: al salir de la prisión, embarcarse en la piragua; seguir el canal hasta el Río Negro; descender este afluente bajo la dirección del piloto; llegar a la confluencia de los dos ríos; entregarse a la corriente del Amazonas costear su orilla derecha en un trayecto de unas sesenta millas navegando por la noche, haciendo alto por el día, y de este modo ganar la desembocadura del Madeira.

Este tributario, que baja de la vertiente de la cordillera engrosado por un centenar de subafluentes. es una verdadera vía fluvial abierta hasta el corazón de Bolivia. Una piragua podía aventurarse sin dejar ninguna huella de su paso, y refugiarse en alguna localidad situada más allá de la frontera brasileña.

Allí Juan Dacosta se hallaría relativamente seguro; allí podría, durante muchos meses si era necesario, aguardar una ocasión para ganar el litoral del Pacífico y tomar pasaje en un buque dispuesto a partir de algún puerto de la costa.

Que este buque le condujese a uno de los Estados de América del Norte, y estaba salvado. Después vería si le convenía realizar toda su fortuna, expatriarse definitivamente, y buscar al otro lado de los mares, en el antiguo mundo, un último retiro donde concluir una existencia tan cruel e injustamente agitada. Por doquiera que fuese, su familia le seguiría sin vacilar, y en su familia se comprendería a Manuel, que estaría ligado a él por indisolubles lazos. Esta era una cuestión que no debía discutirse.

—Partamos —dijo Benito—; no tenemos un instante que perder, es preciso que todo esté dispuesto antes de la noche.

Los dos jóvenes volvieron a bordo siguiendo la escarpada orilla del canal hasta el Río Negro. De este modo se aseguraron de que el paso de la piragua se verificaría libremente, que ningún obstáculo, presa de esclusa o barco en reparación podría detenerla. Después, bajando por la orilla izquierda del afluente, evitando las calles frecuentadas de la población, llegarían al muelle donde se encontraba la jangada.

El primer cuidado de Benito fue ver a su madre. Se consideraba bastante dueño de sí mismo para ocultar las inquietudes que le devoraban. Quería tranquilizarla, decirle que aún había esperanza, que el misterio del documento iba a ser puesto en claro, que la opinión pública estaba a favor de Juan Dacosta, y que ante esta manifestación la justicia concedería todo el tiempo necesario para presentar la prueba material de su inocencia.

—Sí, madre mía, sí —exclamó—; antes de mañana, sin duda, nada tendremos que temer por nuestro padre.

—¡Dios te oiga, hijo mío! —respondió Yaquita, cuyas miradas eran tan interrogadoras que Benito apenas podía sostenerlas.

Por su parte, y como si se hubieran puesto de acuerdo, Manuel intentaba tranquilizar a Minha, repitiéndole que el juez Jarriquez, convencido de la inculpabilidad de Juan Dacosta, intentaría salvarle por todos los medios que estuviesen en su poder.

—¡Quiero creeros, Manuel! —respondió la joven, sin poder contener su llanto.

Manuel se separó de ella bruscamente. Las lágrimas iban también a llenar sus ojos y a protestar contra las palabras de esperanza que acababa de hacer oír.

Por otra parte, había llegado el momento de hacer al prisionero su cotidiana visita, y Yaquita, acompañada de su hija, se dirigió rápidamente a Manaos.

Durante una hora, los dos jóvenes conversaron con el piloto Araujo. Le hicieron conocer con todos sus detalles el plan que habían formado, y le consultaron, tanto sobre la evasión proyectada, cuanto sobre los medios que convendría adoptar después para la seguridad del fugitivo.

Araujo lo encontró todo bien. Se encargó de conducir la piragua a través del canal, cuyo trazado conocía perfectamente, hasta el punto donde había de aguardar la llegada de Juan Dacosta, sin excitar sospechas ni desconfianza. Ganar en seguida la desembocadura de Río Negro no ofrecería ninguna dificultad, y la piragua pasaría sin ser vista por entre los restos que descienden incesantemente por el río.

Sobre la cuestión de seguir el Amazonas hasta el confluente del Madeira, Araujo tampoco presentó objeción alguna; era también su opinión el que no podían adoptar mejor partido.

Conocía el curso del Madeira en un trayecto de muchos centenares de kilómetros. En el centro de estas provincias, poco frecuentadas, era fácil frusstrar las pesquisas que se hiciesen, si por acaso se dirigían hacia este punto, aunque tuviesen que internarse en el centro de Bolivia, y aun en el caso de que Juan Dacosta determinase expatriarse, su embarque se operaría con menos peligro sobre el litoral del Pacífico que sobre el del Atlántico.

La aprobación de Araujo era a propósito para tranquilizar a los dos jóvenes; tenían gran confianza en el buen sentido práctico del piloto y no lo hacían sin razón. En cuanto a la adhesión de este hombre no abrigaban la menor duda. Seguramente hubiera arriesgado su libertad y su vida por salvar la del hacendado de Iquitos.

Araujo se ocupó en seguida, pero con el mayor secreto, en los preparativos que le incumbían en esta tentativa de evasión. Una fuerte suma de dinero le fue entregada por Benito, a fin de hacer frente a todas las eventualidades durante el viaje por el Madeira.

Hizo en seguida preparar la piragua, anunciando su intención de ir en busca de Fragoso, que aún no había reaparecido, y sobre cuya suerte se hallaban inquietos todos sus compañeros.

Después, él mismo dispuso en la embarcación provisiones para muchos días, y además las cuerdas y enseres que los dos jóvenes debían recoger cuando hubiesen llegado al extremo del canal a la hora y sitio convenidos.

Estos preparativos no despertaron la atención del personal de la jangada. Ni aun los dos robustos negros que el piloto escogió como remeros fueron puestos en el secreto de la tentativa.

No obstante, podía contarse absolutamente con ellos. Cuando supiesen la obra de salvación a que iban a cooperar; cuando Juan Dacosta, libre por fin, fuese confiado a sus cuidados, Araujo sabía bien que eran gentes capaces de jugarse la vida por salvar la de su amo.

Al mediodía todo se hallaba dispuesto para la partida.

Sólo era menester aguardar la noche.

Pero antes de obrar, Manuel quiso ver por última vez al juez Jarríquez.

Tal vez el magistrado tendría algo nuevo que comunicarle sobre el documento.

Benito prefirió quedarse en la jangada, a fin de esperar la vuelta de su madre y de su hermana.

Manuel se dirigió, pues, solo a casa del juez, donde se le recibió en el acto.

El magistrado se encontraba presa de la sobreexcitación de siempre. El documento, arrugado por sus dedos impacientes, hallábase siempre allí, sobre la mesa, bajo sus ojos.

—Señor —empezó Manuel, cuya voz temblaba al formular su pregunta—, ¿habéis recibido ya algo de Río de Janeiro...?

—No... —interrumpió el juez—. La orden no ha llegado aún, pero la espero de un momento a otro...

—¿Y el documento...?

—¡Nada! Todo cuanto se me ha ocurrido lo he ensayado; pero...

—¡En vano!

—En efecto... Con todo, quiero haceros saber que me ha parecido leer una palabra verdaderamente clara en este documento... ¡Una sola...!

—¿Y esa palabra? —gritó Manuel, súbitamente esperanzado—. ¿Cuál es esa palabra?

—¡Huir!

Sin contestar, el joven estrechó la mano que le tendía Jarríquez y tornó a la jangada en espera del momento de obrar.

CAPÍTULO XVII

LA ÚLTIMA NOCHE

Lo mismo que siempre, en aquellas horas que habían pasado juntos, había sido aquella tarde que resultaría imborrable. Yaquita, acompañada de su hija, había ido a visitar a Dacosta. En presencia de aquellos dos seres, tan tiernamente amados, el corazón de aquel hombre sufría no pudiendo desahogarse. Pero el marido, el padre, se contenía. Consolaba como mejor podía a las dos pobres mujeres, a quienes daba un soplo de esperanza, de la cual le quedaba a él tan poca.

Ambas llegaban con el propósito de fortalecer el ánimo del prisionero; pero ¡ay!, que ellas estaban aún más faltas de consuelos. El verle tan firme, con la cabeza tan erguida, en medio de tantas pruebas, volvía a esperanzarlas.

En aquel mismo día, Juan había procedido como siempre.

Aquella indomable energía tenía su origen, no solamente en el sentimiento de su inocencia, sino también en su fe en ese Dios que ha colocado una parte de su justicia en el corazón de los hombres.

¡No! Juan Dacosta no podía ser herido por el crimen de Tijuco.

Casi nunca se refería al documento. Que fuese apócrifo o no; que procediese de la mano de Torres o estuviese escrito por el verdadero autor del atentado; que contuviese o no la justificación tan buscada, Juan Dacosta no pretendía apoyarse sobre esta dudosa hipótesis. ¡No! Él se consideraba a sí mismo como el mejor argumento de su causa; a toda su vida de trabajo y de honradez confiaba el cuidado de abogar por él.

Aquella misma noche, la madre y la hija, soste nidas por aquellas varoniles palabras que penetraban hasta lo más profundo de su ser, se habían retirado más confiadas que nunca lo habían estado después de su arresto. El prisionero las había estrechado por última vez contra su corazón con doble ternura.

Parecía tener el presentimiento de que el desenlace de este asunto, fuera cual fuere, estaba

próximo.

Juan Dacosta, en cuanto estuvo solo, quedó inmóvil por largo tiempo. Sus brazos reposaban sobre una pequeña mesa y sostenían su cabeza.

¿Qué pasaba en él? ¿Había llegado a tener la convicción de que la justicia humana, después de haberse equivocado la primera vez, pronunciaría por fin su rehabilitación?

Sí, aún esperaba. Sabía que la memoria justificativa que él había escrito con tanta convicción debía estar en Río de Janeiro, en manos del jefe supremo de justicia, acompañada de la relación del juez Jarríquez, estableciendo su identidad.

Como sabemos, la tal memoria era la historia de su vida, desde su entrada en las oficinas del arrayal diamantino, hasta el momento en que la jangada se había detenido en las puertas de Manaos.

Juan Dacosta repasaba entonces en su espíritu toda su existencia. Revivía en su pasado, desde la época en la cual, huérfano, había llegado a Tijuco. Allí, por su celo, se había distinguido en las oficinas del gobernador general, en las que fue admitido siendo aún muy joven. ¡El porvenir le sonreía, debía llegar a una elevada posición...! Después, de repente, aquella catástrofe. El asalto al convoy de diamantes; el asesinato de los soldados de la escolta; las sospechas dirigiéndose contra él, como el único empleado que pudo divulgar el secreto de la partida; su arresto; su comparecencia ante el jurado; su condena, a pesar de todos los esfuerzos de su abogado; las últimas horas transcurridas en la celda de los condenados a muerte de la prisión de Villa Rica; su evasión llevada a cabo en condiciones que denotaban un valor extraordinario; su fuga a través de las provincias del Norte; su llegada a la frontera peruana; la acogida hecha al fugitivo, desprovisto de recursos y moribundo de hambre, por el hacendado Magallanes.

El prisionero se presentaba todos estos acontecimientos que tan brutalmente habían quebrantado su vida. Y entonces, abstraído en sus pensamientos, perdido en sus recuerdos, no oyó un ruido particular en el muro exterior del viejo convento, ni las sacudidas de una cuerda sujeta a los barrotes de su ventana, ni el rechinar del acero mordiendo el hierro, que hubieran atraído la atención de un hombre menos distraído.

No; Juan Dacosta continuaba viviendo en medio de los años de su juventud después de llegar a la provincia peruana. Se consideraba en la hacienda, siendo el dependiente, después el asociado del viejo portugués, trabajando por la prosperidad del establecimiento de Iquitos.

¡Ah! ¿Por qué desde un principio no se lo había confesado todo a su bienhechor? ¡Éste

no hubiera dudado de él! ¡Era la única falta que tenía que reprocharse! ¡Por qué no le había confesado de dónde venía, ni quién era! Sobre todo en el momento en que Magallanes había colocado en su mano la mano de su hija, que jamás hubiera querido ver en él al autor de tan espantoso crimen.

En este momento el ruido exterior fue lo bastante fuerte para atraer la atención del prisionero.

Juan Dacosta levantó por un instante la cabeza. Sus ojos se dirigieron hacia la ventana, pero con esa mirada vaga que es como inconsciente, y, un momento después, su frente volvió a hundirse entre sus manos. Su pensamiento había vuelto a conducirlo a Iquitos.

Allí, el viejo hacendado, se hallaba moribundo. Antes de morir quería asegurar el porvenir de su hija, que su asociado fuese el único dueño del establecimiento, tan próspero bajo su dirección. ¿Debía hablar entonces Juan Dacosta? ¡Tal vez, mas no se atrevió...! Volvió a ver el pasado, tan feliz junto a Yaqui ta; el nacimiento de sus hijos, toda la felicidad de esta existencia que inquietaban sólo los recuerdos de Tijuco y los remordimientos de no haber confesado su terrible secreto.

El encadenamiento de tales hechos se reproducía así en la imaginación de Juan Dacosta con una precisión y una lucidez sorprendentes.

Volvió a encontrarse ahora en el momento en que iba a verificarse el casamiento de su hija Minha con Manuel. ¿Podía consentir que esta unión se llevase a cabo bajo un falso nombre, sin hacer constar al joven los misterios de su vida? ¡No! Así es que estaba resuelto, según la opinión del juez Ribeiro, a reclamar la revisión de su proceso, a provocar la rehabilitación que se le debía. Había partido con todos los suyos, y entonces sobrevino la intervención de Torres, el odioso trato propuesto por aquel miserable, y la negativa del indignado padre de entregar a su hija para salvar su honor y su vida; ¡después, la denuncia, y más tarde la prisión...!

En este momento, la ventana, violentamente rechazada desde afuera, se abrió de par en par.

Juan Dacosta se enderezó; los recuerdos de su pasado se desvanecieron todos en aquel momento.

Benito había saltado en la habitación, estaba delante de su padre, y un instante después, Manuel, franqueando la ventana a la que había arrancado los barrotes, aparecía junto a él.

Juan Dacosta iba a arrojar un grito de sorpresa; Benito no le dio tiempo para ello.

—¡Padre mío! —le dijo—. He ahí una ventana cuya reja está arrancada, una cuerda pende hasta el suelo...; una piragua aguarda en el canal a poca distancia... Araujo está allí para conducirla lejos de Manaos, junto a la otra orilla del Amazonas, donde no podrán encontrarse vuestras huellas... ¡Padre mío es preciso huir al momento...! ¡El juez mismo nos ha dado este consejo!

—¡Es preciso! —añadió Manuel.

—Huir, huir por segunda vez.

Y cruzándose de brazos, la cabeza erguida, Juan

Dacosta retrocedió lentamente hasta el fondo de la habitación.

—¡Jamás! —dijo con una voz tan firme, que Benito y Manuel se miraron sorprendidos.

Los dos jóvenes no esperaban esta resistencia. Jamás hubieran podido pensar que los obstáculos de esta evasión provendrían del mismo prisionero.

Benito avanzó hacia su padre, y mirándole bien de frente, le tomó ambas manos, no para arrastrarle en pos de sí, sino para que le oyese y se dejase convencer.

—¿Jamás, habéis dicho, padre mío?

—¡Jamás!

—¡Padre mío! —dijo entonces Manuel—. Yo también tengo el derecho de daros este nombre, ¡padre mío, escuchadnos! ¡Si os decimos que es preciso huir sin perder un solo momento es porque si os quedáis seréis culpable para con los demás, para con vos mismo!

—Quedarse —replicó Benito— es aguardar la muerte, padre. La orden de ejecución puede llegar de un momento a otro. Si creéis que la justicia de los hombres ha de volver sobre un juicio inicuo, si pensáis que ha de rehabilitar al que ha condenado hace veinte años, os engañáis. Ya no hay esperanza,

es preciso huir; ¡huid!

Por un impulso irresistible, Benito había agarrado a su padre y le conducía hacia la ventana.

Juan Dacosta se desprendió de los brazos de su hijo y retrocedió por segunda vez.

—¡Huir! —respondió con el tono de un hombre cuya resolución es inquebrantable—. ¡Eso es deshonrarme, es deshonraros conmigo! ¡Sería la confesión de mi culpabilidad! Puesto que, libre, he venido a ponerme a disposición de los jueces de mi país, debo aguardar su decisión, y sea ésta la que fuere, la aguardaré.

—Pero las presunciones sobre las que os apoyáis pueden no ser bastantes —replicó Manuel— y hasta ahora nos falta la prueba material de vuestra inocencia. Os repetimos que es preciso huir, el mismo juez Jarríquez nos lo ha dicho. No tenéis otro medio para escapar a la muerte.

—¡Moriré, pues! —respondió Juan Dacosta con voz tranquila—. Moriré protestando del fallo que me condena. ¡Una vez, pocas horas antes de la ejecución, he huido! ¡Entonces era joven, tenía ante mí toda una vida para combatir la injusticia de los hombres! ¡Pero ahora; volver a empezar la miserable existencia de un culpable que se oculta bajo un falso nombre, que emplea todos sus esfuerzos en despistar las pesquisas de la policía; volver a esa vida de ansiedad que he llevado por espacio de veintitrés años, obligándoos a compartirla conmigo; aguardar a cada momento una denuncia que ha de llegar tarde o temprano y una demanda de extradición que me alcanzaría hasta en un país extranjero! ¿Sería eso vivir? ¡No, jamás!

—¡Padre mío —replicó Benito, cuya cabeza amenazaba extraviarse ante tal obstinación—, huiréis, yo lo quiero...!

Y agarrando a Juan Dacosta procuraba arrastrarle por fuerza hacia la ventana.

—¡No..., no...!

—¡Pero queréis volverme loco!

—¡Ante todo —le dijo Juan Dacosta—, déjame! ¡Ya una vez me he escapado de la prisión de Villa Rica, y se ha creído que huía a una condena justamente merecida! ¡Sí, han debido creerlo! Pues bien, por el honor del apellido que lleváis, no huiré por segunda vez.

Benito había caído de rodillas ante su padre. Le tendía las manos..., le suplicaba...

—Pero, padre mío, la orden puede llegar hoy..., en el momento, y esa orden contendrá la sentencia de muerte.

La escena que siguió a estas palabras fue desgarradora.

Benito luchaba contra su padre. Manuel, desolado, se mantenía junto a la ventana dispuesto a apoderarse del prisionero, cuando se abrió la puerta de la celda.

En el umbral apareció el jefe de policía acompañado del alcaide de la cárcel y de unos cuantos soldados.

El jefe de policía comprendió que acababa de perpetrarse una tentativa de evasión; pero por la actitud del prisionero se convenció de que éste no había querido huir. Nada dijo. La más profunda piedad se pintó en su fisonomía. Sin duda él también, como el juez Jarríquez, hubiera deseado que Juan Dacosta se hubiera escapado de la prisión.

¡Era demasiado tarde...!

El jefe de policía, que llevaba un papel en la mano, se adelantó hacia el prisionero.

—Ante todo —le dijo Juan Dacosta—, permitidme afirmaros, caballero, que he tenido ocasión de huir, pero que no he querido aprovecharla.

El jefe de policía bajó por un momento la cabeza; después, con voz que en vano procuraba aparentar segura:

—Juan Dacosta —hizo saber—, la orden del jefe supremo de justicia de Río de Janeiro acaba de llegar en este instante a nuestras manos.

—¡Ah! ¡Padre mío! —exclamaron Manuel y Benito.

—Esa orden —preguntó Dacosta, cruzando los brazos sobre el pecho—, esa orden, ¿es que se ejecute la sentencia?

—Sí.

—Y será...

—¡Mañana!

Benito se había arrojado sobre su padre. Quería una vez más arrastrarle fuera de la celda... Fue preciso que los soldados viniesen a arrancar al prisionero de este último abrazo.

Después, a una señal del jefe de policía, Benito y Manuel fueron conducidos fuera. Era preciso dar fin a esa escena que había ya durado mucho.

—Caballero —pidió entonces el condenado—, ¿podré mañana, antes de la ejecución, pasar unos momentos con el padre Passanha, a quien os ruego aviséis?

—Se le avisará.

—¿Y podré ver a mi familia y abrazar, por última vez, a mi mujer y a mis hijos?

—Desde luego.

—Gracias, caballero. Y ahora, haced que vigilen esa ventana. Es menester que no me lleven de aquí contra mi voluntad.

El jefe de policía, después de inclinarse, se retiró seguido por el guardián y los soldados.

El condenado quedó solo. Le restaban, pues, sólo algunas horas de vida.

CAPÍTULO XVIII

FRAGOSO

Como bien dijera el juez Jarríquez, había llegado la temida orden de ejecución inmediata de la sentencia pronunciada contra Juan Dacosta.

Como ninguna prueba se había presentado que pudiera justificar una demora, la justicia, pues, debía seguir su curso.

El condenado debía morir en el cadalso al día siguiente, treinta y uno de agosto, a las nueve de la mañana.

En el Brasil suele conmutarse casi siempre la pena de muerte, a menos que se trate de aplicarla a los negros; pero esta vez iba a aplicarse a un blanco.

Y es que eran tales las disposiciones en materia de crímenes relativos al arrayal diamantífero que, por interés público, la ley no había querido admitir ningún recurso de gracia.

Nada podía, pues, salvar a Juan Dacosta, quien además de perder la vida, perdería también el honor.

En la mañana del fatídico treinta y uno, un jinete corría a toda brida hacia Manaos. Era tal la rapidez de su carrera, que, a unos tres kilómetros de la ciudad, el valiente animal cayó, incapaz de seguir más adelante.

El jinete ni siquiera trató de volver a levantar su cabalgadura. Evidentemente había exigido y logrado de ella más que de lo que era posible, y a pesar del exceso de fatiga que él mismo sentía, se lanzó en dirección de la ciudad.

Este hombre venía de las provincias del Este, siguiendo la orilla izquierda del río.

Había empleado todas sus economías en la compra de un caballo que, más rápido que lo hubiera sido una piragua obligada a remontar la corriente del Amazonas, acababa de conducirlo a Manaos.

Este hombre era Fragoso.

¿El valeroso joven había salido adelante con la empresa de que no había querido hablar a nadie? ¿Había encontrado la milicia a que pertenecía Torres? ¿Había descubierto algún secreto que pudiera salvar a Juan Dacosta?

De cierto no lo sabía; pero en todo caso tenía una prisa extremada en comunicar al juez Jarríquez lo que acababa de averiguar en su breve excursión.

He aquí lo ocurrido:

Fragoso había acertado al reconocer en Torres uno de los capitanes de aquella milicia que operaba en las provincias ribereñas del Madeira.

Partió, pues, y, al llegar a la desembocadura de este afluente, supo que el jefe de estos *capitães domatto* se hallaba entonces por los alrededores.

Fragoso, sin perder un momento, se puso en su busca, y aunque no sin trabajo, logró encontrarle.

El jefe de la milicia no vaciló en contestar a las preguntas que le dirigió Fragoso, no sólo por la sencillez de éstas, sino porque no tenía el menor interés en callar acerca de lo que le preguntaban.

En efecto, las tres solas preguntas que Fragoso hizo fueron éstas:

—¿El capitán de los bosques, Torres, pertenecía a vuestra milicia hace algunos meses?

—Sí.

—¿En esta época, no tenía por camarada íntimo un compañero vuestro que ha muerto recientemente?

—En efecto.

—¿Y el nombre de este hombre era...?

—Ortega.

He aquí todo cuanto había averiguado Fragoso. ¿Eran estas noticias a propósito para modificar la situación de Juan Dacosta?

No era de suponer.

Fragoso, comprendiéndolo bien, insistió con el jefe de la milicia para saber si conocía a Ortega, si podía darle a conocer de dónde venía, y suministrarle algunos indicios respecto a su pasado. Esto no dejaba de tener una verdadera importancia, puesto que Ortega, según decía Torres, era el verdadero autor del crimen de Tijuco.

Pero, desgraciadamente, el jefe de la milicia no pudo dar indicio alguno sobre este asunto.

Lo que resultaba de cierto era que Ortega pertenecía hacía muchos años a la milicia; que existía una estrecha unión entre él y Torres; que se les veía siempre juntos, y que Torres velaba a su cabecera cuando rindió el último suspiro.

Esto era cuanto sabía con relación a este individuo el jefe de la milicia, sin que pudiera agregar una palabra más.

Fragoso tuvo que contentarse con estos insignificantes detalles, y se puso en marcha al momento.

Pero si bien es verdad que no volvía con la prueba de que Ortega era el autor del crimen de Tijuco, del paso que acababa de dar resultaba, cuando menos, que Torres había dicho la verdad cuando afirmaba que uno de sus camaradas de la milicia había muerto, y que él le había asistido en sus últimos momentos.

Respecto a la hipótesis de que Ortega le hubiese remitido el documento en cuestión, era

ahora muy admisible. Nada más probable también que este documento estuviese relacionado con el atentado de que Ortega era realmente el culpable y que encerrase la confesión de su culpa, acompañada de circunstancias que no permitiesen ponerla en duda. Así, pues, si este documento hubiera podido ser leído; si se hubiese encontrado la clave; si la cifra sobre la que reposaba su sistema hubiera sido conocida, no cabía duda de que se habría descubierto la verdad.

Pero esta cifra no la conocía Fragoso. Algunas presunciones más; la seguridad casi completa de que el aventurero nada había inventado; ciertas circunstancias que tendían a probar que el secreto de este asunto se encerraba en el documento, he aquí todo lo que el bravo mozo aportaba de su visita al jefe de la milicia a que había pertenecido Torres.

Y, sin embargo, por poco que fuese, tenía gran prisa por contarle todo al juez Jarríquez. Sabía que no tenía una hora que perder, y he aquí por qué, en aquella mañana, hacia las ocho, llegaba rendido de fatiga a pocos kilómetros de Manaos.

Fragoso franqueó en algunos minutos la distancia que le separaba de la villa. Un presentimiento irresistible le empujaba hacia adelante, casi había llegado a creer que la salvación de Juan Dacosta se encontraba entre sus manos.

De repente, Fragoso se detuvo como si sus pies hubiesen echado raíces en el suelo.

Se encontraba a la entrada de la pequeña plaza en la cual se abría una de las puertas de la villa.

Fragoso sintió que sus últimas fuerzas le abandonaban, y cayó. Sus ojos se cerraron involuntariamente, no quería mirar, y de sus labios se escapaban estas palabras:

—¡Demasiado tarde...! ¡Ah! ¡Demasiado tarde...!

Pero por un esfuerzo sobrehumano volvió a levantarse. ¡No, no era demasiado tarde! El cuerpo no colgaba aún de la cuerda fatal.

—¡El juez Jarríquez! ¡El juez Jarríquez! —gritó.

Y desatinado, sin aliento, se dirigió hacia la puerta de la villa; subió la calle principal de Manaos, y cayó medio muerto a la puerta de la casa del magistrado.

La puerta estaba cerrada. Fragoso tuvo aún fuerzas para llamar. Uno de los criados vino a abrir. Su amo no quería recibir a nadie. A pesar de esta prohibición, Fragoso rechazó al hombre que le impedía la entrada en la casa y de un salto llegó hasta el gabinete del juez.

—Vuelvo de la provincia en que Torres ha servido como capitán de los bosques —gritó—. ¡Señor juez, Torres ha dicho la verdad...! ¡Suspended..., suspended la ejecución!

—¿Habéis dado con esa milicia?

—Sí.

—¿Y me traéis la cifra del documento...?

Fragoso no contestó.

—¡Entonces dejadme, dejadme! —exclamó el juez Jarríquez, quien presa de un verdadero acceso de rabia cogió el documento para desgarrarlo.

Fragoso le contuvo diciendo;

—¡La verdad está ahí!

—¡Lo sé —respondió el juez—; pero es una verdad que no puede demostrarse!

—¡Ya se demostrará...! ¡Es preciso...! ¡Es preciso...!

—Por última vez, ¿poseéis la cifra...?

—¡No —respondió Fragoso—; pero, os lo repito. Torres no ha mentado...! ¡Uno de sus compañeros, con quien estaba unido estrechamente, ha muerto hace algunos meses, y no es dudoso que este hombre le haya entregado el documento que quería vender a Juan Dacosta!

—¡No! —respondió el juez—. Desde luego, para nosotros no es dudoso; pero esto no ha parecido así a los que disponen de la vida del condenado... ¡Dejadme!

Fragoso, aunque rechazado por el juez, no quiso abandonar su sitio, y se arrastraba a los pies del magistrado.

—¡Juan Dacosta es inocente! —gritó—. ¡No podéis consentir que muera! ¡No es él quien ha cometido el crimen de Tijuco! ¡Es el compañero de Torres, el autor del documento: Ortega...!

A este nombre el magistrado dio un salto. Después, cuando una especie de calma sucedió a la tempestad que se desencadenaba en su espíritu, retiró el documento de su crispada

mano, lo extendió sobre la mesa, se sentó, y pasando la mano por sus ojos, dijo:

—¡Este nombre...! ¡Ortega...! ¡Ensayemos...!

Y hete aquí procediendo con este nuevo nombre que había traído Fragoso, como lo había hecho con los otros nombres propios vanamente ensayados por él. Después de colocarle encima de las seis primeras letras del párrafo, obtuvo la siguiente fórmula:

O r t e g a

ch n y i s g

Nada, esto es nada.

Y, en efecto, la *ch* y *n*, colocadas bajo las *o* y *r*, no podían manifestarse por una cifra, puesto que en el orden alfabético las dos primeras ocupan un lugar anterior al de las dos segundas.

Las *y*, *i*, *g*, dispuestas sobre las *t*, *e*, *a*, sólo se cifraban por 4, 5, 6.

En cuanto a la *s* colocada bajo la *g*, el intervalo que las separa es de 15 letras, imposible de expresar por una sola cifra.

En este momento, gritos terribles se oyeron en la calle, gritos de desesperación.

Fragoso se lanzó a una de las ventanas, que abrió, sin que el magistrado hubiera podido impedirlo.

La muchedumbre obstruía la calle. Había llegado la hora en que el condenado iba a ser sacado de la prisión, y un reflujo de aquella multitud se verificaba en la dirección de la plaza en que se elevaba el patíbulo ya dispuesto.

El juez Jarríquez, espantoso de ver, tan fija era su mirada, devoraba las líneas del documento. —¡Las últimas letras! —murmuró—. ¡Probaremos aún las últimas letras!

Era la suprema esperanza.

Y entonces, con una mano cuyo temblor le impedía casi escribir, dispuso el nombre de Ortega encima de las seis últimas letras del párrafo, según acababa de verificarlo con las

seis primeras.

Un primer grito salió de su garganta. Había visto, desde luego, que las últimas letras eran posteriores en el orden alfabético a las que componían el nombre de Ortega, y, por consiguiente, que podían todas cifrarse y componer un número.

Y, en efecto, cuando hubo reducido la fórmula, ascendiendo de la letra posterior del documento hasta la anterior de la palabra, obtuvo:

O r t e g a

4 3 2 5 1 3

s u v i h d

El número compuesto de esta manera era el 432513.

¿Pero era, en fin, aquel número el que había presidido a la formación del documento?
¿No sería tan falso como los que había ensayado anteriormente?

Algunos minutos más era cuanto restaba vivir al condenado.

En este instante redoblaron los gritos, gritos de piedad que patentizaban la simpática emoción de toda aquella multitud.

Fragoso, loco de dolor, se lanzó fuera de la habitación.

Quería ver una última vez a su bienhechor que iba a morir.

Quería arrojarle ante el fúnebre cortejo y detenerle gritando; «¡No matéis a este justo!
¡No le matéis...!»

Pero el juez Jarríquez había ya dispuesto el número obtenido encima de las primeras letras del párrafo, repitiéndole cuantas veces era menester en esta forma;

4 3 2 5 1 3 4 3 2 5 1 3 4 3 2 5 1 3 4 3 2 5 1 3

ch n y i s g s g x p d z x q x e h ñ u q g q g

Luego, reconstituyendo las letras verdaderas ascendiendo en el orden alfabético, leyó:

El verdadero autor del robo de...

Un rugido de alegría surgió de su garganta. Este número 432513 era el número tan buscado. El nombre de Ortega le había dado el medio para reconstituirle. Tenía, por fin, la clave del documento que iba a demostrar definitivamente la inocencia de Juan Dacosta, y sin leer más, se precipitó a la calle, gritando:

—¡Deteneos! ¡Deteneos!

Cruzar por entre la muchedumbre que se abrió a su paso, correr a la prisión que el condenado abandonaba en aquel momento, en tanto que su esposa y sus hijos se agarraban a él con la violencia de la desesperación, todo esto no fue para el juez Jarríquez más que cosa de un momento.

Pero al llegar ante Juan Dacosta no tenía fuerzas para hablar, si bien su mano agitaba el documento. Finalmente, de sus labios se escapó esta palabra;

—¡Inocente! ¡Inocente!

CAPÍTULO XIX

LO QUE DECÍA EL DOCUMENTO

La fúnebre comitiva se detuvo ante la llegada del magistrado Jarríquez. Un eco inmenso había repetido con él ese grito que se escapaba de todos los pechos:

—¡Es inocente! ¡Inocente!

Tras esto reinó un profundo silencio. No se quería perder una sola de las palabras que se iban a decir.

El juez Jarríquez se había desplomado sobre un banco de piedra, y allí, en tanto que Minha, Benito, Manuel, Fragoso, le rodeaban; mientras que Dacosta oprimía a Yaquita sobre su corazón, él reconstituía, gracias a la clave, el último párrafo del documento, y a medida que las palabras aparecían claramente, bajo la cifra que sustituía la verdadera le tra a la letra criptográfica, iba separándolas, luego puntuaba y leía en alta voz.

He aquí lo que al final leyó en medio del más profundo silencio (1):

(1) Para reconstituir el documento, se ha empleado el alfabeto español, que presenta algunas diferencias con el francés.

El verdadero autor del robo de los diamantes

43 251343251 34325 134 3251 34 325 134325134

Chn yisgeggxp dzxqx ehñ uqgx gch ngy eleocruhx

y del asesinato de los soldados que escoltaban

3 251 3432513443 25 134 32513432 513 4325134325

b fill dxhumñdyr fi rllx vqoedhru vux chvetllxeecr

el convoy, cometido en el noche del veinte y

13 432513 43251343 25 13 4325 134 325134 3

fn grobpb grñiulhr gr lid qrif ehñ zgmñxch b

dos de enero de mil ochocientos veinte y seis,

251 34 32513 43 251 3432513432 513432 5 1343

ftt gch hoisr hh ñmll rlremfpyru bflqyg d thllv

no es Juan Dacosta, injustamente condenado a

25 13 4325 1343251 343251343251 343251343 2

of fv mycr edgrzb lqllxyudphozf fspñdhr c

muerte; yo soy el miserable empleado de la admi

523432 51 343 25 134325134 32513432 51 34 3251

qvhvxy dp vsb nl xhtfcuchhñ ullhegqchf chf ue dfpj

nistración del distrito diamantino; yo solo, que

343253432 513 43251343 2513432513 43 2513 432

pllvvxbflro chfn hluzslyr fmboepvmñr cr utllr uyg

lo firmo con mi verdadero nombre, Ortega.

51 34325 134 32 513432513 432513 432513

op chlluñt drp ok bfuhdfisr qrñgsh suvihd

Esta lectura no pudo terminar sin que interminables hurras se elevasen en los aires.

¡Qué más concluyente, en efecto, que el último párrafo que resumía el documento entero, que de manera tan absoluta proclamaba la inocencia del hacendado de Iquitos, que arrancaba del patíbulo a aquella víctima de un lastimoso error judicial!

Juan Dacosta, rodeado de su esposa, de sus hijos, de sus amigos, no podía estrechar tantas manos como se tendían hacia su persona.

Cualquiera que fuese la energía de su carácter, no dejó de presentarse la reacción; lágrimas de alegría se escaparon de sus ojos, y, al mismo tiempo, su corazón reconocido se elevaba hacia aquella Providencia que acababa de salvarle tan milagrosamente, en el momento en que iba a sufrir la última expiación hacia aquel Dios que no había querido que se consumase el peor de los crímenes: la muerte de un justo.

Sí, la justificación de Juan Dacosta no podía ofrecer ya ninguna duda. El verdadero autor del atentado de Tijuco confesaba él mismo su crimen y denunciaba todas las circunstancias en que se había cometido. En efecto, el juez Jarríquez, por medio de su número, acababa de reconstituir toda la narración criptográfica.

He aquí lo que Ortega confesaba.

Este miserable era el compañero de Juan Dacosta, empleado como él en Tijuco, en las oficinas del gobernador del arrayal diamantífero. El joven empleado encargado de acompañar el convoy a Río de Janeiro fue él. No retrocediendo ante la terrible idea de enriquecerse por el asesinato y el robo, había indicado a los contrabandistas el día fijo en que el convoy debía abandonar Tijuco. Durante el ataque de los malhechores, que aguardaban el convoy más allá de Villa Rica, fingió defenderse con los soldados de la escolta; arrojándose después entre los muertos, fue retirado por sus cómplices; de modo que el único soldado que sobrevivió a esta matanza pudo afirmar que Ortega había perecido en la lucha.

Pero el robo no debía aprovechar al criminal, y poco tiempo después era a su vez despojado por los mismos a quienes había ayudado a cometer el crimen.

Viéndose sin recursos y en la imposibilidad de volver a Tijuco, Ortega huyó hacia las provincias del Norte del Brasil, hacia los distritos del Alto Amazonas, donde se hallaba la milicia de los *capitães domatto*. Era menester vivir.

Ortega se hizo admitir en esta poco honrada tropa. Allí no se preguntaba quién se era ni de dónde se venía.

Ortega se hizo, pues, capitán de bosques, y durante largos años ejerció la profesión de cazador de hombres.

Torres, el aventurero, falto por entonces de todo medio para atender a su subsistencia llegó a ser su compañero; Ortega y él trabaron una íntima amistad. Pero, según había dicho

Torres, el remordimiento vino poco a poco a la vida del miserable.

El recuerdo de su crimen le horrorizó. Sabía que otro había sido condenado en su lugar; que éste era su compañero Juan Dacosta.

Sabía, en fin, que si bien este inocente había podido escapar al último suplicio, no por eso dejaba de abrumarle el peso de una condena capital.

La casualidad hizo que durante una expedición de la milicia, emprendida hacía algunos meses al otro lado de la frontera peruana, Ortega llegase a las cercanías de Iquitos, y que allí, en Juan Garra, que no le reconoció, encontrase a Juan Dacosta.

Entonces fue cuando resolvió reparar en lo posible la injusticia de que había sido víctima su antiguo compañero.

Consignó en un documento todos los hechos relativos al atentado de Tijuco; pero lo hizo bajo la forma misteriosa que sabemos, siendo su intención hacerlo llegar al hacendado de Iquitos con la cifra que permitía leerla.

La muerte no le dejó acabar esta obra de reparación.

Herido gravemente en un encuentro con los negros del Madeira, Ortega se sintió perdido. Su camarada Torres se hallaba entonces junto a él. Creyó poder confiarle este secreto, que tan hondamente había pesado sobre su existencia. Le remitió el documento escrito todo entero por su mano, haciéndole jurar que lo entregaría a Juan Dacosta, del cual le dio el nombre y las señas, y de sus labios se escapó con su último suspiro el número 432513, sin el cual el documento permanecería absolutamente indecifrado.

Muerto Ortega, ya sabemos cómo cumplió su misión el indigno Torres; cómo resolvió utilizar en su provecho el secreto de que era poseedor; y cómo intentó hacerlo objeto de un odioso comercio.

Torres debía perecer violentamente antes de acabar su obra, llevándose el secreto consigo. Pero el nombre de Ortega, traído por Frago, y que era como la firma del documento, había, por fin, permitido reconstituirlo, gracias a la sagacidad del juez Jarriquez.

¡Sí; esa era la prueba material tan buscada, el incontestable testimonio de la inocencia de Juan Dacosta, devuelto a la vida, devuelto al honor!

Las aclamaciones aumentaron cuando el digno magistrado hubo, en alta voz y para edificación de todos, dado cuenta de la terrible historia encerrada en el documento.

Y desde entonces el juez Jarríquez, poseedor de su indubitable prueba, de acuerdo con el jefe de policía, no quiso que Juan Dacosta tuviese otra prisión que su propia casa, ínterin llegaban las nuevas instrucciones que iban a pedirse a Río de Janeiro.

Como esto no ofrecía ninguna dificultad, Juan Dacosta, rodeado de todos los suyos y acompañado por casi toda la población de Manaos, se vio transportado, más bien que conducido, como un vencedor, a la habitación del magistrado.

El honrado granjero de Iquitos viose en este momento recompensado de todo cuanto había sufrido en tan largos años de destierro, y si era dichoso, más aún por su familia que por él mismo, no se mostraba menos orgulloso por su país, que no había definitivamente consumado tan terrible injusticia.

Y a todo esto, ¿qué había sido de Fragoso?

El honrado joven se veía cubierto de caricias; Benito, Manuel, Minha, le abrazaban, y Lina no se que daba en zaga. No sabía a quién escuchar, y se defendía como le era posible. En su opinión, no merecía tanto. Sólo la casualidad lo había hecho todo. ¿Se le debía algún reconocimiento porque había reconocido en Torres a un capitán de bosques? Seguramente que no. Respecto a la idea que había tenido de buscar la milicia a que había aquél pertenecido, no le parecía que hubiese mejorado la situación, y en cuanto al nombre de Ortega, ni aun sospechaba el valor que tenía.

—¡Bravo, Fragoso! Que quisiese o no, por eso no dejaba de ser el libertador de Juan Dacosta.

Pero ¡qué admirable sucesión de acontecimientos, tendiendo todos al mismo fin! ¡La salvación de Fragoso en el momento en que iba a perecer de fatiga en el bosque de Iquitos; la hospitalaria acogida que había recibido en la hacienda; el encuentro de Torres en la frontera brasileña; su llegada a la jangada, y por fin la circunstancia de que Fragoso le hubiese ya visto en otra parte!

—¡Pues bien, sí! —concluyó por exclamar Fragoso—. Pero no es a mí a quien se debe tanta felicidad, sino a Lina.

—¡A mí! —respondió la joven mulata.

—Sin duda... Sin la liana... Sin la idea de la liana, ¿hubiera yo podido hacer tantos dichosos?

Inútil es decir si Fragoso y Lina fueron festejados, acariciados por toda aquella honrada familia, y por los nuevos amigos que tantas pruebas les habían dado en Manaos.

Pero ¿el juez Jarríquez no tenía también su parte en la rehabilitación del inocente? Si a pesar de toda la finura de sus talentos de analista, no había podido interpretar ese documento en absoluto indescifrable para cualquiera que no poseyese la clave, ¿no había por lo menos reconocido sobre qué sistema criptográfico reposaba? ¿Sin él, quién con sólo el nombre de Ortega, hubiera podido reconstituir el número que servía de clave, del que sólo eran sabedores Torres y el autor del crimen?

Por lo tanto, no le faltaron felicitaciones.

No hay que decir que el mismo día partía para Río de Janeiro una relación detallada de todo este asunto, a la cual se había unido el documento original con la cifra que permitía leerlo. Preciso era esperar que del Ministerio se enviasen nuevas instrucciones al juez de derecho, y no cabía duda que éstas ordenarían la inmediata excarcelación del prisionero.

Todo se reducía a pasar algunos días más en Manaos; después, Juan Dacosta y los suyos, libres de todo cuidado, sin temor a nuevas inquietudes, se reembarcarían, y continuarían descendiendo por el Amazonas hasta el Pará, donde el viaje debía concluir por la doble unión de Minha y Manuel, de Lina y Fragoso, conforme al programa adoptado antes de la partida.

Cuatro días después, el 4 de setiembre, llegaba la orden de libertad.

El documento había sido reconocido auténtico. La escritura era indudablemente la de Ortega, el antiguo empleado del distrito diamantífero, y no era dudoso que la confesión de su crimen, dada con los más minuciosos detalles, aparecía enteramente escrita por su mano.

Fue admitida la inocencia del condenado de Villa Rica, y se reconocía judicialmente la rehabilitación del tan honrado Juan Dacosta.

Aquel mismo día, el juez Jarríquez comía con la familia en la jangada, y llegada la noche se estrecharon las manos y comenzaron las más conmovedoras despedidas, si bien las suavizaba la promesa de volverse a ver, a su vuelta en Manaos, y más tarde en la hacienda de Iquitos.

Al otro día, cinco de abril, a la salida del sol, se dio la orden de partida. Juan Dacosta, con su familia, todos estaban sobre el puente del enorme tren. La jangada comenzó a tomar el curso de la corriente, y cuando desapareció en el recodo del Río Negro, aún se escuchaban los clamores de toda la población, agrupada en la orilla para despedirlos.

CAPÍTULO XX

EL BAJO AMAZONAS

Poco queda que decir ahora de esta segunda parte del viaje que iba a verificarse sobre la corriente del gran río. Fue una sucesión de días felices para la honrada familia. Dacosta respiraba una nueva existencia que irradiaba sobre todos los suyos.

La jangada derivó con mayor rapidez sobre aquellas aguas, aumentadas entonces por la crecida.

Dejó sobre su izquierda la pequeña población de San José de Maturí, y sobre la derecha la desembocadura del Madeira, que tiene este nombre a causa de la flotilla de restos vegetales, de esos trenes de troncos verdes o descortezados que arrastra desde el fondo de Bolivia. Pasa por entre el archipiélago de Caniny, cuyos islotes resaltan cubiertos de palmeras ante el pueblecillo de Serpa, que, llevado sucesivamente de una a otra orilla, ha sentado por fin sus casitas sobre la orilla izquierda del río, sobre el tapiz amarillento de la arena. La aldea de Silves, construida sobre la izquierda del Amazonas; la ciudad de Villa Bella, que es el gran mercado de guaraná de toda la provincia, quedaron bien pronto detrás del largo tren de madera. Lo mismo sucedió con el pueblecito de Faro y su célebre río de Namundhas, sobre el cual, en 1539, Orellana pretendió haber sido atacado por mujeres guerreras que no se han vuelto a ver desde aquella época; leyenda que bastó para justificar el nombre imperecedero de Río de las Amazonas.

Allí concluye la vasta provincia de Río Negro. Allí comienza la jurisdicción del Pará, y en aquel día, veintidós de setiembre, la familia, maravillada de las magnificencias de un valle sin igual, entraba en aque lla porción del Imperio brasileño que no tiene al Este otro límite que el Atlántico.

—¡Qué magnífico es esto! —decía la joven.

—¡Qué largo! —murmuraba Manuel.

—¡Qué bello! —repetía Lina.

—¡Cuándo llegaremos! —exclamaba Fragoso.

Vaya usted a entenderse con tal desacuerdo de pareceres.

Como que el tiempo pasaba alegremente, Benito, ni paciente ni impaciente, había recobrado su buen humor.

Bien pronto la jangada se deslizó entre interminables plantaciones de cacao de un verde sombrío, sobre el cual se destacaba el amarillo de las espadañas o el rojo de las tejas que cubrían las cabañas de los explotadores de las dos orillas, desde Óbidos hasta la población de Montealegre.

Después se abrió la desembocadura del río Trombetas bañando con sus negras aguas las casas de Óbidos, una populosa villa, y hasta puede decirse una ciudad con anchas calles, formadas por bonitas casas, importante depósito del rico producto de los cacahuales y que se halla a más de ochenta millas de Belem.

Vieron entonces el confluente Tapajoz, cuyas aguas, de un verde gris descenden del Sudoeste; después, Santarem, rica población que no cuenta menos de cinco mil habitantes, indios en su mayor parte, y cuyas, primeras casas descansaban sobre vastas llanuras de blanca arena.

Desde su partida de Manaos, la jangada apenas se detenía al descender el curso menos desembarazado del Amazonas. Derivaba noche y día bajo la vigilante mirada de su diestro piloto. No se hacía ningún alto, ni para distracción de los pasajeros, ni para las necesidades del comercio. Se marchaba siempre, y el término del viaje se acercaba rápidamente.

A partir de Alemquer, situado sobre la orilla izquierda, un nuevo horizonte se dibujó a sus miradas. En lugar de las cortinas de bosques que la habían cerrado hasta entonces, se descubrieron, en primer término, colinas cuyas leves ondulaciones podía seguir la vista, y tras ella se destacaban, sobre el fondo lejano del cielo, las vagas cimas de altas montañas.

Ni Yaquita, ni su hija como tampoco Lina, ni la vieja Cibeles, habían visto jamás nada semejante.

En aquella jurisdicción de Jará, Manuel se encontraba como en su casa.

Podía dar los nombres que tenía la doble cadena, que, poco a poco, encerraban el valle del gran río.

—La que aparece a la derecha —decía— es la sierra de Paruacarta, que se redondea en semicírculo hacia el Sur. La de la izquierda es la tierra de Cucuva, cuyos últimos

contrafuertes muy pronto dejaremos atrás.

—¿Entonces nos acercamos? —exclamó Fragoso.

—Por supuesto nos acercamos —respondió Manuel.

Y ambos amantes se comprendían sin duda, pues un mismo movimiento de cabeza, a cuál más significativo, iba con la pregunta y la respuesta.

Finalmente, y pese a las mareas que comenzaron a sentirse y retardaban algún tanto la marcha de la jangada, fue pasada la población de Montealegre, después la de Praynha de Outerio; luego la desembocadura del Xingú frecuentada por los indios yuramas, cuya principal industria parece ser la de preparar en forma extraordinariamente diminuta las cabezas de sus enemigos, con destino a los gabinetes de historia natural.

El Amazonas deslizábase entonces con una anchura soberbia y se presentía ya que este rey de los ríos iba muy pronto a verse como un mar. Hierbas de tres a tres metros y medio de altura erizaban sus orillas, formando un bosque de matorrales. Pero de Mos, Boavista, Gurupa, cuya prosperidad iba disminuyendo, no fueron bien pronto más que puntos dejados atrás.

Allí el río se dividía en dos brazos importantes; el uno dirigíase hacia el Nordeste, en tanto que el otro se internaba hacia el Este y entre ambos hallábase la gran isla de Marajó. Esta isla forma una provincia; no mide menos de cincuenta y dos mil ochocientos kilómetros cuadrados. Diversamente surcada de pantanos y de ríos, toda sabanas al Este, toda bosques al Oeste, ofrece enormes ventajas para la cría de ganados, de los que existen millares de cabezas.

La inmensa barra de Marajó es el obstáculo natural que ha obligado al Amazonas a dividirse antes de lanzar al mar el torrente de sus aguas.

A seguir el brazo superior, la jangada, tras costear las islas de Caviana y Mexana, hubiera encontrado una embocadura de centenares de kilómetros de ancho; pero también habría tropezado con la barra de Pororoca, temible reflujo que, durante los tres días que preceden al novilunio o plenilunio, sólo necesita dos minutos, en lugar de seis horas, para hacer bajar el río tres metros y medio o cuatro de su nivel, en la época de menos caudal. Felizmente, el brazo inferior, conocido con el nombre de canal de las Breves (1), que es el brazo natural del Pará, no se halla sometido a las eventualidades de este temible fenómeno, sino a mareas de una marcha completamente regular.

(1) Género de aves insectívoras dentirrostras.

El piloto Araujo conocía todo aquello perfectamente. Internóse, pues, por medio de bosques magníficos, costeando algunas islas llenas de palmeras, con tan hermoso tiempo, que le daba confianza para arrastrar las tormentas que a veces barren el canal de las Breves.

Unos días más tarde, la jangada pasó por delante de la aldea de Breves, que, aunque construida sobre terrenos inundados bastantes meses del año, ha llegado a ser, desde 1845, una importante población.

Los tupuyas frecuentaban el centro de este país. Estos son unos indios del Bajo Amazonas, que se mezclan tanto y tanto con las poblaciones blancas, que su raza concluirá por ser absorbida.

En su descenso, la jangada rozaba en un punto, con riesgo de engancharse, las garras de los mangles, cuyas raíces se extendían por encima de las aguas como las patas de gigantescos crustáceos; más allá topaba con el tronco liso de los mangles, de follaje verde pálido, que servía de punto de apoyo a los largos bicheros de la tripulación que la empujaban hacia el curso de la corriente.

Más adelante, llegaron a la embocadura del Tocantins, cuyas aguas, que recibe de los diversos ríos de la provincia de Goyar, se mezclan a las del Amazonas por una ancha embocadura.

Después, está el Aloj; más allá, la pequeña villa de Santa Ana.

Todo este panorama de ambas orillas se extendía majestuosamente, sin interrupción, como si algún mecanismo ingenioso le obligase a irse manifestando.

Incontables embarcaciones descendían el río; allí había *ubas*, *egariteas*, *vigilingas*, piraguas de todas formas, pequeños y grandes barcos de cabotaje, de los parajes inferiores del Amazonas y del litoral del Atlántico. Todo ello formaba como el séquito de la jangada, semejante a las chalupas de algún monstruoso navio de guerra.

Finalmente, hacia la izquierda, aparecía Santa María de Belem do Pará, la *villa*, para emplear la expresión del país, con sus pintorescas manzanas de blancas casas de varios pisos, sus conventos ocultos bajo las palmeras, los campanarios de su catedral y de Nuestra Señora de la Merced; la flotilla de sus goletas, bricbarcas y fragatas, que comercialmente la ponen en relación con el Viejo Mundo.

Los pasajeros de la jangada sentían latir con fuerza su corazón.

Por fin llegaban al término de su viaje, el que creyeron no poder terminar. Cuando la prisión de Juan Dacosta les retenía en Manaos, es decir, a la mitad del camino de su itinerario, no esperaron ver nunca la capital de la provincia del Pará.

Cuatro meses y medio después de haber abandonado la hacienda de Iquitos, el quince de octubre, Belem aparecía ante sus ojos al volver un brusco recodo del río.

La llegada de la jangada había sido advertida hacía ya muchos días. Toda la población conocía la historia de Juan Dacosta y se aguardaba a este hombre honrado, y se le reservaba a él y a los suyos la más simpática acogida.

Innumerables embarcaciones acudieron, y bien pronto la jangada quedó invadida por todos los que querían festejar la vuelta de su compatriota, después de tan largo destierro. Centenares de curiosos, mejor dicho, millares de amigos, se apretaban sobre la ciudad flotante, aun antes de quedar anclada; por fortuna, era bastante extensa y sobrado sólida para contener toda una población.

Una de las primeras piraguas había llevado a la señora Valdés.

La madre de Manuel podía finalmente estrechar entre sus brazos a la nueva hija que su hijo le había escogido. La buena señora no había podido visitar Iquitos, pero allí llegaba un pedazo de la hacienda que el Amazonas juntó con su nueva familia.

Antes de la noche, el piloto Araujo había anclado sólidamente la jangada al fondo de una ensenada existente detrás de la punta del arsenal.

Este debía ser su último surgidero, su última detención tras tan largo camino por la gran arteria brasileña. Las cabañas de los indios, las chozas de los negros, los almacenes, que guardaban un cargamento precioso, se irían demoliendo poco a poco; después, llegaría su vez a la vivienda principal, escondida bajo su verde tapiz de follaje y de flores, y, por último, la pequeña capilla, cuya modesta campana contestaba entonces al estrepitoso repique de las iglesias de Belem.

Pero antes iba a celebrarse una ceremonia sobre la jangada misma: el casamiento de Manuel y de Minha, y el de Lina y de Fragoso. Al padre Passanha correspondía bendecir esta doble unión, que prometía ser tan dichosa. Los esposos debían recibirla de sus manos en aquella misma capilla.

Desde luego que, por ser demasiado estrecha, no podía contener más que los individuos de la familia de Dacosta, pero allí estaba la inmensa jangada para recibir a todos los que quisieran asistir a esta ceremonia, y si aun ella no bastaba, el río ofrecía las gradas de su

inmensa orilla a una simpática multitud, deseosa de festejar a quien una brillante reparación acababa de hacer el héroe del día.

Y así, la mañana del dieciséis de octubre se celebraron con gran pompa los dos casamientos.

Desde las diez de la mañana, con un tiempo soberbio, la jangada fue llenándose de una multitud de concurrentes. Además, en la orilla podía verse casi toda la población de Belem.

El padre Passanha les esperaba a la entrada de la capilla; la ceremonia se llevó a cabo con gran sencillez, y las mismas manos que en otro tiempo habían bendecido a Juan y a Yaquita se tendieron de nuevo para dar la bendición nupcial a sus hijos.

Tanta felicidad no iba a verse velada por el temor de largas separaciones.

En efecto, Manuel Valdés decidió presentar su dimisión para reunirse en Iquitos con la familia Dacosta, dedicándose a ejercer útilmente su profesión como médico civil.

Como es natural, la pareja Fragoso no podía pensar más que en seguir a los que eran para ellos, más bien que amos, verdaderos amigos.

La señora Valdés no se decidió a dejar su pequeño mundo; si bien puso la condición de que a menudo vendrían a verla en Belem.

Esto iba a ser fácil. El gran río era como un lazo de comunicación, que no debía romperse, entre Iquitos y Belem. En efecto, al cabo de poco tiempo iba a empezar su servicio el primer paquebote que, regular y rápido, sólo invertía una semana en remontar el Amazonas, que la jangada había necesitado tantos meses en descender.

Bien llevada por Benito, la importante operación comercial llevóse a término en las mejores condiciones, y no tardó en desaparecer todo cuanto había constituido la jangada, aquel enorme tren de madera formado por todo un bosque de Iquitos.

Un mes después, el hacendado, su esposa, su hijo, Manuel y Minha, Lina y Fragoso, partieron en uno de los paquebotes del Amazonas, para regresar al vasto establecimiento de Iquitos, de cuya dirección iba a encargarse Benito.

Dacosta entró en ella con la cabeza erguida, y esta vez cobijó a toda una familia de seres dichosos.

A Fragoso, lo menos veinte veces al día se le oía repetir:

—¡Ah, bendita liana aquélla!

Y concluyó por dar este nombre a su esposa, que le demostraba siempre la mayor ternura.

—Si se exceptúa una letra —decía el barbero—, ¿Lina y Liana no resultan lo mismo?

FIN